Adam Smith

Ensayos filosóficos

Estudio preliminar: John Reeder

Traducción: Carlos Rodríguez Braun

PIRÁMIDE

Adam Smith

Ensayos filosóficos

Estudio preliminar: John Reeder
Traducción: Carlos Rodríguez Braun

EDICIONES PIRÁMIDE

COLECCIÓN «CLÁSICOS DE LA ECONOMÍA»
Director: Carlos Rodríguez Braun

Título de la obra original: *Essays on philosophical subjects*.
obra publicada en Londres en 1795

Diseño de cubierta: Gerardo Domínguez
Diseño de interiores: Anaí Miguel

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier otro medio, sin la preceptiva autorización.

© EDICIONES PIRÁMIDE, S. A., 1998
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Teléfono: 91 393 89 89. Fax: 91 742 36 61
Depósito legal: M. 41.112-1998
ISBN: 84-368-1264-6
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

Estudio preliminar, por John Reeder 9

Ensayos filosóficos 39

Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados por la historia de la astronomía 43
Sección I: Del efecto de lo inesperado, o de la sorpresa 45
Sección II: Del asombro, o de los efectos de la novedad 49
Sección III: Del origen de la filosofía 59
Sección IV: La historia de la astronomía 64

Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados por la historia antigua de la física 113

Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados por la historia antigua de la lógica y la metafísica 125

De los sentidos externos 137
Del sentido del tacto 137
Del sentido del gusto 144
Del sentido del olfato 144
Del sentido del oído 145
Del sentido de la vista 150

De la naturaleza de la imitación que tiene lugar en las llamadas artes imitativas 173
Parte I 173
Parte II 184
Parte III 204
De la afinidad entre la música, la danza y la poesía 207

Una carta a los autores de la *Edinburgh Review* 213

Relación de la vida y escritos de Adam Smith, por Dugald Stewart 227
Sección I: Desde el nacimiento del Sr. Smith hasta la publicación de la *Teoría de los sentimientos morales* 227
Sección II: De la *Teoría de los sentimientos morales*, y la disertación sobre el origen de las lenguas 235
Sección III: De la publicación de la *Teoría de los sentimientos morales* hasta la de la *Riqueza de las naciones* 258
Sección IV: De la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* 267
Sección V: Concluye la narración 282
Notas a la vida de Adam Smith 291

Índice de nombres 315

ESTUDIO PRELIMINAR
JOHN REEDER

> A *La teoría de los sentimientos morales* y sus trabajos sobre derecho natural, «teología natural» y bellas letras hay que añadir seis ensayos —los *Ensayos filosóficos*, 1795—, algunos de los cuales son fragmentos cristalizados del grandioso plan de «una historia de las ciencias liberales y las artes elegantes», que abandonó por ser demasiado amplio. La perla de la colección es el primer ensayo sobre «Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados por la historia de la astronomía». Me atrevo a decir que nadie puede hacerse una idea adecuada de la estatura intelectual de Smith sin conocer estos ensayos.
>
> JOSEPH SCHUMPETER, *History of economic analysis*, 1954, pág. 182.

Así describe Schumpeter la colección póstuma de ensayos filosóficos, obras dejadas en forma manuscrita a la muerte de Adam Smith en 1790, publicada por sus albaceas en 1795, junto con una *Relación* de la vida de Smith escrita por su amigo, el catedrático de Filosofía Moral de la Universidad de Edimburgo, Dugald Stewart. La primera pregunta obviamente es ¿qué pintan unos estudios filosóficos, opúsculos sobre la filosofía de la ciencia, la teoría del conocimiento y la estética, en una colección de clásicos de la *economía*?

Hay algunos temas de interés particular para un economista. Así, el lector va a encontrar las primeras referencias a ideas claves en el pensamiento de Smith, como por ejemplo la metáfora de la «mano invisible», que luego utilizaría para describir cómo funciona el mecanismo de la economía de mercado (al comienzo de la Sección III en «Historia de la astronomía»); también es destacable el alto valor intrínseco que Schumpeter subraya en ensayos como la «Historia de la astronomía», con su penetrante y cuasi kuhniano análisis sobre cómo se desarrollan las ciencias. Pero dejando esto de lado hay que coinci-

dir con Schumpeter en que para el economista el valor de estas obras reside en que brindan un idea más compacta, más cabal de la talla intelectual del autor de la *Riqueza de las naciones*, y de la amplitud de su mirada científica.

A quienes solamente conocen a Smith como el autor de lo que algunos historiadores han considerado el libro fundacional de la ciencia económica —cuyo título completo es *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776)— la figura de Adam Smith filósofo acaso pueda producirles cierta sorpresa. Quizá se ha olvidado que Smith por formación y vocación era filósofo antes que economista, y que la filosofía —sobre todo la filosofía moral y todas sus ramificaciones— no dejó de ejercer una atracción constante sobre él a lo largo de su vida, antes y después de redactar su obra económica. Curiosamente, con la excepción de alguno de los ensayos aquí reproducidos, obras tempranas, Smith no volvió después a demostrar interés alguno en temas relacionados con la teoría del conocimiento, una asignatura central de la filosofía del siglo XVIII. Smith fue un filósofo preocupado sobre todo por la *conducta* humana. Aunque también es cierto que demostró interés por la retórica y la estética, y por la historia de la filosofía, por encima de todo lo que le obsesionó fue esta disciplina práctica definida en las universidades escocesas de su tiempo como filosofía moral, disciplina que abarcaba desde la ética tradicional hasta la jurisprudencia, las instituciones y sistemas políticos y las relaciones entre los agentes económicos.

No es demasiado aventurar que el origen del interés de Adam Smith por la economía, a la cual va a dedicar los años centrales de su vida (para luego, eso sí, volver al final a la filosofía), interés plasmado en la redacción de *La riqueza de las naciones*, radica en su preocupación por los aspectos más prácticos de la filosofía moral, y más concretamente surge en las clases de su maestro en esta materia, Francis Hutcheson, cuando Smith era aún un joven estudiante en la Universidad de Glasgow a finales de la década de 1730.

Estos *Ensayos filosóficos*, pues, redactados por el joven becario posgraduado, conferenciante y luego catedrático de Filosofía Moral que era Smith en los años 1740 y 1750, nos evocan la figura de Adam Smith, filósofo. Más tarde, su primera obra publicada y que le proporcionó su primera fama —la *Teoría de los sentimientos morales* de 1759— también tratará de filosofía moral, de ética, de una teoría de la simpatía como

cohesivo social y regulador de la conducta de los individuos; el subtítulo añadido en la cuarta edición da una idea bastante exacta de su tesis central: *Un ensayo de análisis de los principios por los cuales los hombres juzgan naturalmente la conducta y personalidad, primero de su prójimo y después de sí mismos*. Veremos cómo ya, al final, después de consagrar los años centrales de su vida a redactar la *Riqueza de las naciones*, Smith regresó a la filosofía. Aunque no retocó la *Riqueza* a partir de la tercera edición de 1784, sí dedicó los últimos años de su vida a reescribir y revisar completamente la *Teoría de los sentimientos morales*, su sexta edición, publicada apenas unos días antes de su muerte en 1790*.

Queremos proponer aquí la idea de que es difícil entender el proceso a través del cual Smith llega a componer su obra económica sin entender que surge precisamente de su vida como estudioso de la filosofía, y sobre todo de la filosofía *moral*. Hay un sentido en el que el Adam Smith economista sólo constituye un aspecto parcial del Adam Smith filósofo (y más precisamente, estudioso de la filosofía moral). Como veremos luego, la obra económica de Smith es parte de un proyectado plan de escribir una gran obra filosófica que abarcaría todas las ramas interrelacionadas de la filosofía moral y la estética y las artes, un plan inevitablemente fallido, el «grandioso plan» del que nos habla en tono despectivo el arrogante de Schumpeter.

Una lectura, entonces, de estos *Ensayos filosóficos* —fragmentos, borradores y restos de ese gran plan— aparte de ser entretenida en sí, posiblemente nos ayudará a comprender mejor cómo y por qué Smith llegó a redactar la *Riqueza de las naciones*, junto con la *Teoría de los sentimientos morales*, quizá la parte más acabada de este plan.

Para poder trazar con mayor precisión la evolución intelectual y científica de este filósofo práctico que sentó las bases de la ciencia económica, propongo entonces pasar a examinar en cierto detalle su biografía, esencialmente, como veremos a continuación, la de un universitario, estudiante primero, luego posgraduado y por fin conferenciante y catedrático. Veremos también cómo estos *Ensayos filosóficos* son el fiel reflejo de este proceso de evolución.

* Ha sido recientemente traducida al español por primera vez de forma completa. Véase *La teoría de los sentimientos morales*, versión española y estudio preliminar de Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

ADAM SMITH, FILÓSOFO

Estudiante en Glasgow, 1737-1740

En 1737 Smith ingresó en la Universidad de Glasgow, a la temprana edad —pero habitual en la época— de 14 años. La eficacia probada de la educación básica adquirida en el colegio local de Kirkcaldy, su pueblo natal, le había dotado con conocimientos más que rudimentarios de latín y griego; tal fue así que al entrar en la Universidad a Smith le eximieron de los dos primeros años de estudio de los cinco de la licenciatura, dos años en que los alumnos se dedicaban precisamente al perfeccionamiento de los idiomas antiguos.

Entró entonces el joven Smith directamente en el tercer año de la licenciatura, donde estudió una combinación de asignaturas filosóficas, científicas y lingüísticas: lógica y metafísica, teología natural, física, geometría y matemáticas, y gramática griega y latina. La Universidad de Glasgow había experimentado una profunda reforma en sus planes de estudio en la década anterior —aunque, por ejemplo, todavía algunos de los profesores, como el catedrático de Lógica y Metafísica, Loudon, insistían en seguir impartiendo sus clases en latín a la antigua usanza, en vez de la nueva práctica del uso de la vernácula— y a la vez una inyección de nuevos talentos, entre los cuales hay que destacar dos catedráticos que iban a dejar una profunda huella en el joven Smith: el de Filosofía Moral, Francis Hutcheson, y el de Matemáticas, Robert Simson, un geómetra con una reputación europea. Hutcheson, afamado orador y predicador, era el autor de quizá el mejor tratado de estética escrito en inglés en el siglo XVIII, la *Inquiry into the original of our ideas of beauty and virtue* (Investigación sobre el origen de nuestras ideas acerca de la belleza y la virtud), de 1725, y el propulsor de un sistema ético precursor del desarrollado luego por Smith en la *Teoría de los sentimientos morales* de 1759. Hutcheson reformó el contenido de las clases de filosofía, que abarcaban no sólo la ética propiamente dicha —que Hutcheson enseñaba mediante la lectura en lengua original de los filósofos griegos y romanos, y en especial los estoicos*—, sino de-

* Hasta el final de su vida Smith mantuvo su entusiasmo por la lengua griega y la filosofía estoica; su ejemplar universitario del *Encheiridion* de Epicteto estaba aún en su biblioteca cuando murió. Uno de sus amigos de sus últimos años, ya en la década de 1780, Andrew Dalzel, por entonces catedrático de Griego en la Universidad de Edimburgo, le comentó a Dugald Stewart (*Relación*, Sección I, nota), que Smith había retenido unos conocimientos muy detallados y exac-

recho natural (que a su vez incluía la discusión de temas económicos, como la formación de los precios, de temas relacionados con los derechos de propiedad privada, y de sistemas e instituciones políticas) y teología natural. Es probable que aquí estén las semillas del interés de Smith por los problemas económicos.

Un compañero de estudios de Smith relató a Dugald Stewart muchos años después que sus estudios favoritos cuando estaba en la Universidad de Glasgow habían sido las matemáticas y la «filosofía natural» (es decir, las ciencias físicas) (*Relación*, Sección I). El ambiente universitario de su época respiraba la atmósfera intoxicante de la nueva física y astronomía newtoniana, de la que Smith había sido sin duda imbuido, junto con la nueva geometría enseñada por Robert Simson, restaurador de la geometría clásica, redescubridor y editor de Euclides y Apolonio de Pérgamo. Como luego veremos en su «Historia de la Astronomía», Smith quedó profundamente impresionado por las implicaciones del nuevo sistema newtoniano, «un sistema cuyas partes están más estrechamente conectadas que las de ninguna otra hipótesis filosófica» (al final de la «Historia de la astronomía»).

A pesar de este interés manifiesto de Smith por las ciencias físicas y matemáticas, habría sin embargo que insistir en la influencia determinante y avasalladora que ejerció Hutcheson —el «jamás olvidable Hutcheson» que Smith recordó cuando fue nombrado rector de la Universidad de Glasgow muchos años más tarde, en 1787 (*Relación*, Sección V, y *Correspondence*, carta n.º 274)— sobre el joven Smith, influencia que se traducirá en la posterior dedicación plena del aprendiz de filósofo a la amplia disciplina de filosofía moral que explicaba Hutcheson.

Becario en Oxford, 1740-1746

Al final de sus tres años en Glasgow, Smith, recomendado por su catedrático de Griego, Alexander Dunlop, obtuvo una beca para estudiar en la Universidad de Oxford, y allí pasaría los siguientes siete años, en el renombrado Colegio Balliol. En franca decadencia intelectual por

tos de las *minutiae* de la filología griega, se supone que adquiridos en estos años de estudiante en Glasgow. Véase también la Parte VII, «De los sistemas de filosofía moral», de la sexta edición de su *Teoría de los sentimientos morales* de 1790, dedicada en parte a la filosofía estoica.

entonces —el historiador Gibbon, brevemente alumno de la universidad en 1752, escribió acerca de los profesores de su tiempo que «habían absuelto sus conciencias de las fatigas de leer o pensar o escribir»— Smith parece haber aprendido poco útil de la universidad o sus docentes en estos siete años de residencia en Balliol. Su veredicto acerca de la vida intelectual de Oxford, expresado años más tarde en la *Riqueza de las naciones*, coincide plenamente con el de Gibbon: «En la Universidad de Oxford la mayor parte de los profesores oficiales hace mucho que han renunciado incluso a simular que enseñan» (ed. Alianza, pág. 704).

Fueron, sin embargo, siete años formativos, entre los 17 y los 23 en la vida de un joven filósofo. ¿Qué hizo exactamente Smith en Oxford? Sabemos muy poco de estos años. Dugald Stewart nos cuenta que se dedicó al «estudio de la naturaleza humana en todas sus ramas, en especial el de la historia política de la humanidad... diversificado en sus horas de ocio por las ocupaciones menos severas de la literatura elegante... la práctica de la traducción (en especial del francés), con vistas a mejorar su propio estilo;... acometió con más cuidado el estudio de idiomas» (*Relación*, Sección I). Claramente sin interés en lo que tenía que ofrecer la universidad —«santuarios donde buscaron protección las doctrinas derrumbadas y los prejuicios obsoletos», tal como luego lo expresó mordazmente en la *Riqueza de las naciones*— Smith parece entonces haberse dedicado a «lecturas varias», desde la historia a la literatura. Por desgracia, no tenemos mayor información acerca de sus lecturas filosóficas, porque parece que éstos son años de exploración y descubrimiento en lo que sí ofrecía la universidad, sus buenas bibliotecas, tiempo para profundizar conocimientos en las obras, por ejemplo, de los dos filósofos de mayor resonancia en esta década, Berkeley y Hume.

La primera epistemología berkeleyana, la del *Ensayo acerca de una nueva teoría de la visión*, de 1709, parece subyacer al ensayo «De los sentidos externos» incluido en los *Ensayos filosóficos*, cuya redacción probablemente data por lo menos en parte de su etapa oxoniense, o quizá de los años siguientes a su regreso a Escocia en 1746. La huella de la misma obra de Berkeley vuelve a aparecer en la crítica de Locke que forma parte de la «Historia antigua de la lógica y la metafísica». Una anécdota apócrifa contada por el economista clásico McCulloch (Ross, 1995, pág. 462), sugiere que fue en Oxford donde Smith leyó por primera vez el *Tratado sobre la naturaleza humana* (1739-1740) de David Hume, obra cuya postura escéptica acerca de la causalidad parece

haber inspirado por lo menos en parte la versión que Smith presenta del mismo tema en la Sección II de la «Historia de la astronomía». Es decir, las lecturas de Smith a lo largo de estos siete años en Oxford siguen siendo un misterio, pero por lo menos en parte parecen haber contribuido decisivamente, en lo que a libros de filosofía se refiere, a la posterior redacción de los *Ensayos filosóficos*.

A corto plazo, sin embargo, para Smith lo más valioso de su estancia en Oxford fue la adquisición de un inglés hablado y sobre todo escrito depurado de los giros y formas escoceses que tanto obsesionaban a los escritores escoceses de su época —Hume llegó a publicar un opúsculo filológico, una lista de *Scotticisms* que había que evitar cuando un escocés escribía en inglés—. El inglés limpio y estilísticamente puro de Smith será el inglés tan admirado de la *Riqueza de las naciones*.

Conferenciante en Edimburgo, 1749-1751

Iba a ser precisamente este dominio del inglés ortodoxo escrito y hablado el factor determinante en proporcionarle su primer empleo como profesor, en las conferencias pagadas por suscripción que pronunció en Edimburgo entre 1748-1749 y 1750-1751.

Ya había abandonado Oxford en 1746, cuatro años antes de que terminara su beca, hastiado por el ambiente poco propicio a los estudios y quizá por las antipatías hacia un escocés pro-hanoveriano como era Smith por parte de los oxonienses pro-jacobitas, exacerbadas después de la fallida rebelión del príncipe Carlos Estuardo, en 1745-1746. Smith pasó los dos años siguientes leyendo y estudiando en su casa materna de Kirkcaldy, antes de ser contratado por Lord Kames para dar una serie de conferencias sobre retórica, la historia de la filosofía y el método científico, y el derecho civil a un público compuesto según un testigo contemporáneo por estudiantes de derecho y teología (Ross, 1995, página 87). Henry Home, Lord Kames, figura insigne de la Ilustración escocesa, era jurisconsulto afamado, filósofo diletante y, más importante en este caso, mecenas e impulsor principal de la Philosophical Society de Edimburgo, pretendida rival de la Royal Society de Londres, y bajo cuyos auspicios parece que Smith dio sus conferencias.

Estos cursos probablemente constituyeron la ocasión para la redacción final de los principales manuscritos luego publicados en la antología póstuma de *Ensayos filosóficos;* trabajos largamente meditados en

los años anteriores en Oxford y Kirkcaldy. Aunque no tenemos evidencia certera acerca del contenido preciso de estos cursos, parece que lo que explicó fueron primeras versiones de lo que luego desarrollaría con mayor soltura en las clases de su cátedra en la Universidad de Glasgow a partir de 1751. Así, por ejemplo, en su curso de retórica emplearía un enfoque novedoso y práctico, basado no en la explicación convencional de las múltiples figuras retóricas ilustradas con ejemplos tomados de la literatura griega y latina, sino en intentar establecer cánones del buen gusto, en el lenguaje sobre todo, y en la composición y redacción literaria. En un segundo curso Smith explicó una historia de la filosofía que parece haber abarcado también la historia de la «filosofía natural», es decir, las ciencias físicas. Su biógrafo moderno, Ian Ross, ha querido ver en este curso (Ross, 1995, pág. 98) la ocasión de la redacción de la obra principal de los *Ensayos filosóficos*, «Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas», tres estudios de lo que Stewart llamó historia teórica o conjetural (para una explicación más detallada ver *Relación*, al final de la Sección II) sobre la historia del método científico y de la filosofía de la ciencia. Estos «principios» están «ilustrados» por tres distintos ejemplos históricos: la historia de la astronomía, la historia antigua de la lógica y la metafísica, y la historia antigua de la física, siendo estas dos últimas fragmentos incompletos. Si la hipótesis razonable de Ross es correcta, este segundo curso entonces habría incluido, por ejemplo, una descripción concisa y precisa del sistema newtoniano (al final de la Historia de la astronomía), muy en la línea de las conferencias científicas patrocinadas por la Royal Society de Londres, diseñadas para poner al día científicamente a un público culto pero lego.

Sabemos, porque nos lo cuenta Smith mismo en el manuscrito perdido de 1755 citado por Stewart (*Relación*, final de la Sección IV), que en 1749 él explicaba un curso que incluía los principios básicos de sus ideas sobre política económica: «Todas ellas (las opiniones expresadas en esos papeles sobre política económica) habían sido temas de mis conferencias pronunciadas en Edimburgo durante el invierno anterior a mi partida». Este tercer curso, titulado Derecho civil, parece, entonces, haber tenido sus orígenes en las clases de derecho natural de su maestro Hutcheson en Glasgow, quien aparte de utilizar un enfoque basado en Grocio y Pufendorf, también explicaba temas relacionados con el funcionamiento de la economía.

Nos hemos detenido a analizar en cierto detalle el contenido de este conjunto de cursos novedosos impartidos por Smith en Edimburgo entre 1749 y 1751 dado que parece probable que fueran la ocasión directa de la redacción de los *Ensayos filosóficos*, de la reorganización de apuntes que databan de épocas anteriores en una forma apropiada para servir como base de esta serie de conferencias. Hay, sin embargo, que hablar con mucha cautela de fechas de composición de estos manuscritos inacabados. Smith, por ejemplo, en una carta a su amigo Hume, se refiere a la «Historia de la astronomía» como «un fragmento de una proyectada obra juvenil» (*Correspondence*, n.º 137), donde el adjetivo «juvenil» no parece corresponder al joven conferenciante de 26 o 27 años que dictaba los cursos de Edimburgo sino que nos retrotrae quizá hasta su etapa anterior en Oxford. Como veremos, hay una larga discusión acerca de la fecha de composición definitiva de estos manuscritos, que incluso parecen haber sufrido varias modificaciones y transmutaciones a lo largo de la vida de Smith hasta llegar al estado en que fueron póstumamente publicados. Por ejemplo, todavía en 1785 Smith hablaba en una carta (*Correspondence*, n.º 286) de cómo tenía «otras dos grandes obras en preparación; una es una suerte de historia filosófica de todas las diferentes ramas de la literatura, de la filosofía, poesía y elocuencia; la otra es una suerte de teoría e historia del derecho y el gobierno», lo que parece referirse a los ya perdidos manuscritos sobre retórica y derecho natural ¡cuyos orígenes se remontan a los cursos de Edimburgo!

Parece, pues, como si Smith acumulara borradores de obras en manuscrito y apuntes de clase, que luego iba constantemente retocando y reformando. Smith utilizó este acervo de manuscritos como una especie de cantera de la cual extraía materias primas para sus clases y luego para sus obras publicadas. Esto explica en parte la forma de estas obras, llenas de digresiones, adiciones e ilustraciones, reflejo de sus orígenes en apuntes de clase, como parece ser el caso de la primera versión de la *Teoría de los sentimientos morales*, o como si fuesen agrupados en alguna medida de borradores de versiones anteriores, en vez de ser compuestas de un tirón (véase más abajo la controversia acerca de la fecha de composición del ensayo «De los sentidos externos»). Todavía días antes de morir existían varios volúmenes de manuscritos —se supone que los dieciocho «cuadernos de folios» de que hablaba Smith al describir sus manuscritos a Hume en 1773 (*Correspondence*, núme-

ro 137), además de otros que había escrito entre esta fecha y 1790—todos los cuales mandó destruir, menos los que contenían lo que se publicó póstumamente como los *Ensayos filosóficos* que tiene el lector en sus manos.

Catedrático en Glasgow, 1751-1764

El éxito de estos cursos abrió las puertas de la universidad para Smith, quien fue elegido catedrático de Lógica en la Universidad de Glasgow en 1751 a la edad de 28 años. El catedrático de Filosofía moral fue obligado a jubilarse prematuramente por razones de salud, muriendo en noviembre de 1751, y el año siguiente Smith accedió a su cátedra. Considerado como poco convencional e innovador en sus planteamientos, modificó sustancialmente el contenido de los cursos dictados por sus antecesores, como nos permiten ver las transcripciones de los libros de apuntes de alumnos de sus clases de jurisprudencia y retórica y bellas letras que han sobrevivido y han sido recientemente reeditados como parte de la edición completa de las obras de Smith (véanse las *Lectures on jurisprudence* y las *Lectures on rhetoric and belles lettres* en la Bibliografía). También uno de los alumnos predilectos de Smith durante estos años, John Millar, después catedrático de Derecho civil en la misma universidad de Glasgow, en una carta que Stewart reproduce de forma completa (*Relación*, Sección I), describe con detalle el contenido de estos cursos de Glasgow, y a ella remitimos al lector curioso.

Así, por ejemplo, en su curso de Lógica, rompió Smith con la versión tradicional, ejercicios mecánicos de una lógica aristotélica muy pauperizada, para añadir un programa de retórica y bellas letras, basado presumiblemente en gran parte en lo que ya había explicado previamente en Edimburgo (véase «Conferenciante en Edimburgo», más arriba). Luego en su curso de Teología natural trató de las pruebas sobre la existencia de Dios y sus atributos desde el enfoque humeano del estudio de la religión natural, es decir, intentar identificar los principios en la mente humana sobre los cuales se basa la religión. Un observador contemporáneo, más ortodoxamente cristiano que Smith, John Ramsay de Ochtertyre, describió su concepto de la religión como basado en la premisa de que «las grandes verdades de la teología... podrían ser descubiertas a través de la luz que proporciona la naturaleza,

sin la necesidad de la revelación» (Ross, pág. 118). En parte esta fama de poco ortodoxo o tibio en materia de religión le viene a Smith por asociación, por su amistad y defensa de ese escéptico notorio que era David Hume. Pero parece cierto que escondido debajo de una máscara de eufemismos deístas, las creencias religiosas de Smith eran poco ortodoxas, algo más cercanas a un deísmo estoico y abstracto que al cristianismo.

El curso de Ética, luego publicado en gran parte como *La teoría de los sentimientos morales* (1759), donde expuso lo que se conoció después como su teoría de la simpatía, intentaba contestar a las preguntas ¿qué es la virtud? y ¿qué nos hace intentar ser virtuosos? El libro en su primera versión, la primera edición de 1759, parece ser el fiel reflejo tanto del contenido de estas clases de ética como de la forma de exposición de Smith, donde para facilitar la comprensión por sus alumnos de sus argumentos abstractos acumulaba ejemplos ilustrativos. No nos detendremos aquí en ofrecer un análisis pormenorizado de este libro, dado que en la *Relación de la vida y escritos de Adam Smith*, de Dugald Stewart, el lector encontrará precisamente ese análisis, a cargo de uno de los filósofos más eminentes de la época: el propio Stewart.

Las clases que Smith dictaba sobre jurisprudencia tenían en parte un enfoque histórico, lo que Millar llama la historia de la sociedad civil —las bases de lo que dirá Smith en el Libro III de la *Riqueza de las naciones:* De los diferentes progresos de la riqueza en distintas naciones—. Es un tratado sobre el proceso de crecimiento económico. A este enfoque histórico, Smith, en la parte teórica, añadió el derecho natural a través de la tradición representada por Grocio y Pufendorf, tal como lo había hecho anteriormente en sus conferencias de Edimburgo. También en este curso de jurisprudencia Smith examinaba, en palabras de Millar, «las reglamentaciones políticas que no se basan sobre el principio de la *justicia* sino sobre el de la *conveniencia*, cuyo objetivo es incrementar la riqueza, el poder y la prosperidad de un Estado. Analizaba las instituciones políticas relacionadas con el comercio, las finanzas, las organizaciones eclesiásticas y militares. Lo que opinaba sobre estos temas era la sustancia del libro que publicó después bajo el título de *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*» (*Relación*, Sección I).

Cursos novedosos, pues, cuyo embrión vimos en las conferencias públicas pronunciadas antes en Edimburgo, pero esta vez desarrolla-

das, pulidas y modificadas a lo largo de los trece años (1751-1764) en que Smith ejerció como catedrático en la Universidad de Glasgow.

La *Teoría de los sentimientos morales*, y la fama

El único fruto de su pluma publicado en esta larga época, sin embargo, es su obra de ética, la *Teoría de los sentimientos morales* de 1759 (habría cinco ediciones más en vida de Smith), que estableció su reputación como filósofo en toda Europa. Traducida al francés (tres veces en el siglo XVIII) y al alemán (dos veces en el mismo siglo), fue reeditada nada menos que veintiséis veces en inglés entre 1759 y 1825. Leída, comentada y discutida por todos los más eminentes filósofos de su tiempo —desde Hume, Burke, Reid y Stewart en Gran Bretaña, a *philosophes* franceses como D'Holbach o los dos Condorcet, Antoine y Sophie, pasando por Herder y Kant en Alemania— la *Teoría de los sentimientos morales* seguía siendo objeto de análisis (y refutación) por parte de filósofos franceses como Victor Cousin o Jouffroy hasta bien entrado el siglo XIX.

Más tarde, en la década de 1870, el interés por el libro fue reanimado gracias a la discusión de lo que en el mundo germanoparlante se conoció como *Das Adam Smith Problem* y la notoria e infundada *umschwungstheorie:* la hipótesis de que la teoría de la simpatía expuesta en la *Teoría de los sentimientos morales* era de alguna manera incompatible con la ética del interés propio y el impulso empresarial de maximizar beneficios supuestamente subyacentes en la *Riqueza de las naciones.*

Recientemente ha habido un renacimiento del interés por el libro, debido al menos en parte a la fascinación que ejerce sobre los economistas liberales la metáfora de la mano invisible para describir el mecanismo de asignación óptima de recursos que es la economía de mercado, metáfora desarrollada incluso en mayor detalle en la cuarta parte de la *Teoría de los sentimientos morales* (Del efecto de la utilidad sobre el sentimiento de aprobación) que en la *Riqueza de las naciones.* En segundo lugar, el mayor interés por la *Teoría* es meramente otro reflejo de este auge de la figura de Smith como economista, manifestado en múltiples reediciones de sus libros, y en cientos de estudios de su obra, en la llamada *Adam Smith Industry.* El propio Smith tenía a la *Teoría de los sentimientos morales* en tan alta consideración que dedicó como

luego veremos los dos últimos años de su vida a revisarla y en gran medida reescribirla, para su sexta edición de 1790.

Smith y la filosofía moral

> La belleza de una disposición sistemática de observaciones diferentes conectadas por unos pocos principios comunes fue percibida por vez primera en los rudos ensayos que en la ciencia griega antigua apuntaban hacia un sistema de filosofía natural. Con posterioridad se intentó algo parecido en la moral. Las máximas de la vida ordinaria fueron organizadas con un orden metódico y conectadas merced a un puñado de principios comunes, de la misma manera en que se había procurado ordenar y conectar los fenómenos de la naturaleza. La ciencia que pretende investigar y explicar esos principios conectivos es con propiedad denominada filosofía moral.
>
> *La riqueza de las naciones*, Libro V.

Quizá es éste el momento de intentar hacer una evaluación de Smith como filósofo, sobre todo como filósofo preocupado por la disciplina conocida en el siglo XVIII como la filosofía moral. ¿Dónde debemos situar a Smith y su concepto de la filosofía, dentro de las corrientes filosóficas más importantes de su siglo?

Cuando Hutcheson, después de leer unos capítulos del *Tratado sobre la naturaleza humana* de Hume, le escribió una carta donde acusó al libro de no mostrar suficiente «calor en pro de la causa de la virtud», Hume le contestó que ni su intención ni su metodología eran las de un moralista: «Estoy persuadido de que un metafísico puede serle muy útil a un moralista, aunque no me resulta fácil concebir a estas dos personalidades unidas en la misma obra» (*The letters of David Hume*, J. Y. T. Greig ed., Oxford, 1932, tomo I, pág. 33).

Smith era por encima de todo un investigador en el amplio campo de la disciplina de la filosofía moral, y no parece interesarse mucho, sobre todo en sus años de mayor madurez a partir de su elección como catedrático en la Universidad de Glasgow, en lo que Hume llamaría la metafísica, por ejemplo las especulaciones acerca de las teorías del conocimiento. Gran amigo de Hume, Smith incluso compartía algunos de sus planteamientos filosóficos, un acusado escepticismo con respecto a las religiones y las creencias religiosas, por ejemplo, y un sistema ético basado en las sensaciones y no en la razón. Sin embargo, lo que le preocupaba era la filosofía moral, la ya larga serie de debates sobre la «ética práctica» que empezó en las obras de Hobbes, para luego seguir

en las de Mandeville y su contrincante, Hutcheson, maestro directo de Smith.

En una obra como la *Teoría de los sentimientos morale*s Smith sí muestra «calor en pro de la causa de la virtud», y más aún si cabe en la sexta y última edición, revisada el año de su muerte, rebosante de desprecio por lo que él veía como el creciente egoísmo de su tiempo. Hay significativas diferencias entre Smith y Hutcheson —sobre todo de tono y lenguaje—. Smith, por ejemplo, se distancia completamente del estilo retórico, rapsódico e impreciso de Shaftesbury, heredado en cierta medida por Hutcheson, predicador, no olvidemos, antes que filósofo. Pero sí compartía con Hutcheson su preocupación por la moralidad práctica, con un enfoque ligeramente distinto quizá, laico y laicista; también fue profundamente influido por las lecturas de los filósofos antiguos, griegos y romanos, sobre todo los estoicos, que Hutcheson utilizaba como base para sus clases.

La otra línea fundamental de investigación filosófica en su época, la de la teoría del conocimiento, el debate secular que en las Islas Británicas empieza con Locke y pasa por Berkeley, Hume y Reid, no parece interesarle sobremanera, en especial en sus años de madurez. Solamente en algunos de estos *Ensayos filosóficos*, precisamente, obras de juventud y aprendizaje en su mayoría, muestra alguna preocupación por las teorías de la visión de Berkeley, por ejemplo, o deja entrever la influencia temprana del escepticismo epistemológico de Hume.

La *Riqueza de las naciones*, 1764-1784

Cómo llegó este catedrático de filosofía moral a obsesionarse con lo que era una parte de su curso de jurisprudencia, la política económica y la economía política, no lo sabemos. Sin embargo, sí sabemos que desde 1749, cuando según él mismo se le ocurrieron las líneas maestras de su pensamiento económico, esta obsesión fue en aumento, y cuando en 1763 se le ofrece la oportunidad de dejar su cátedra y asumir el puesto lucrativo de tutor del vástago de un aristócrata pudiente, lector y admirador de su *Teoría de los sentimientos morales*, lo aceptó. Liberado de sus tareas universitarias, y con la posibilidad de viajar por Europa y sobre todo Francia, donde entró en contacto con otros grupos interesados en temas económicos (los fisiócratas o «economistas», Turgot, etc.), Smith se dedicó en estos años 1764-1766 al estudio previo a

escribir su gran tratado de economía. La muerte inesperada de su alumno en octubre de 1766, y la concesión de una generosa pensión vitalicia a Smith por parte del aristócrata, le permitió dedicar los siguientes diez años, que pasó en su mayor parte en su pueblo maternal de Kirkcaldy, a la preparación y luego redacción de su *magnum opus*, finalmente publicada en 1776 con el título de *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*.

Nombrado Comisario de Aduanas en Escocia en 1777, todo su tiempo y sus energías fueron absorbidos por un lado por su nuevo puesto de trabajo, y por otro por las correcciones, enmiendas y alteraciones a las tres primeras ediciones de la *Riqueza de las naciones*. A partir de la tercera edición de 1784, sin embargo, según Smith la definitiva, las siguientes reediciones (4.ª, 1786, y 5.ª, 1789) aparecen sin alteraciones. Smith ya no volverá a escribir sobre temas económicos.

Últimos años y vuelta a la filosofía, 1784-1790

En una carta fechada el primero de noviembre de 1785 y dirigida al duque de La Rochefoucauld, Smith declara que se está dedicando a trabajar en su gran plan: está redactando las partes dedicadas a una historia filosófica de la literatura, poesía, retórica y de la filosofía misma, y en segundo lugar, a la teoría e historia del derecho y el gobierno. Es decir, a la materia que había acumulado años antes para sus clases en Glasgow sobre retórica, historia de la filosofía, derecho natural e instituciones políticas. Desafortunadamente, nada más se volvió a oír sobre estos trabajos, que claramente quedaron sin terminar, porque en la nueva Advertencia de la última edición de la *Teoría de los sentimientos morales*, de 1790, Smith nos cuenta, refiriéndose sólo al proyecto sobre el derecho: «Queda la teoría de la jurisprudencia, un proyecto largamente acariciado y cuya ejecución se ha visto obstruida por las mismas ocupaciones que me han impedido hasta ahora la revisión del presente libro» (es decir, la *Teoría*), *La teoría de los sentimientos morales*, traducción española, pág. 44.

Quizá la explicación más sencilla de todo esto nos la proporciona Dugald Stewart: «Los deberes del cargo, aunque requerían poco esfuerzo intelectual, fueron sin embargo suficientes para agotar sus energías y disipar su atención» (*Relación*, Sección V).

Smith dedicó los dos últimos años de su vida a la filosofía: a revisar y en parte reorganizar y reescribir su primer libro, *La teoría de los senti-*

mientos morales, publicado por vez primera treinta años antes. Amén de múltiples correcciones, esta sexta edición es casi un libro nuevo: hay muchos párrafos, capítulos e incluso secciones enteras nuevas que cambian por completo el tono del libro, dando mayor énfasis a los valores estoicos de ejercer el control sobre uno mismo (véase la nueva Parte VI, «Del carácter de la virtud», añadida en esta sexta edición de 1790). Ya en 1788 un Smith cansado y envejecido cuenta en una carta a su editor Cadell (*Correspondence*, n.º 276) que ha pedido un permiso de excedencia de cuatro meses para dedicarse a esta tarea. Una carta posterior, fechada el 31 de marzo de 1789 al mismo editor, revela cómo este trabajo de revisión se ha prolongado (*Correspondence*, n.º 287) —«el tema se ha ido apoderando de mí»— y Smith finalmente no entregará su manuscrito terminado hasta noviembre de ese año. Recibió doce ejemplares de la nueva edición en mayo de 1790, unas siete semanas antes de morir.

ADAM SMITH Y EL «GRAN PLAN»

> En otro estudio procuraré explicar los principios generales del derecho y el estado, y los grandes cambios que han experimentado a lo largo de los diversos períodos y etapas de la sociedad, no sólo en lo relativo a la justicia sino en lo que atañe a la administración, las finanzas públicas, la defensa y todo lo que cae bajo el ámbito legislativo.
>
> *Teoría de los sentimientos morales*, 1759, pág. 595.

> Esta pequeña obra (una historia de los sistemas astronómicos) la encontrará usted en un estrecho cuaderno de folios en mi escritorio, en mi cuarto. En cuanto a todos los demás papeles sueltos que hallará usted en el escritorio, o tras las puertas de cristal de un buró en mi dormitorio, junto con unos dieciocho cuadernos de folios que también verá usted tras las mismas puertas de cristal, deseo que sean destruidos sin examen previo alguno.
>
> *Correspondence*, n.º 137. Carta a David Hume, Edimburgo, 16 abril 1773.

> Tengo también otras dos grandes obras en preparación; una es una suerte de historia filosófica de todas las diferentes ramas de la literatura, de la filosofía, poesía y oratoria; la otra es una suerte de teoría e historia del derecho y el gobierno. Los materiales para ambas ya están en buena medida recopilados, y algunas partes de las mismas se hallan tolerablemente bien organizadas. Pero siento que se me aproxima a grandes pasos la indolencia de la edad avanzada, aunque lucho violentamente contra ella, y es en extremo dudoso que pueda acabar cualquiera de ellas.
>
> *Correspondence*, n.º 248. Carta al duque de La Rochefoucauld, Edimburgo, 1 noviembre 1785.

En el último párrafo de la primera edición del presente libro declaré que en otro discurso procuraría exponer los principios generales del derecho y el gobierno, y las diferentes revoluciones que han experimentado en las diversas edades y etapas de la sociedad, no sólo en lo concerniente a la justicia sino también a la administración, las finanzas públicas y la defensa, y todo lo demás que sea objeto del derecho. He cumplido mi compromiso parcialmente en la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, en lo referido a la administración, las finanzas y la defensa. Queda la teoría de la jurisprudencia, un proyecto largamente acariciado y cuya ejecución se ha visto obstruida por las mismas ocupaciones que me han impedido hasta ahora la revisión del presente libro. Aunque creo que mi muy avanzada edad me hace abrigar pocas esperanzas de completar esta gran obra satisfactoriamente, no he abandonado totalmente el proyecto y deseo continuar aún bajo la obligación de hacer lo que me sea posible; por ello he dejado el párrafo en esta edición tal cual fue escrito hace más de treinta años, cuando no tenía ninguna duda sobre mi capacidad de cumplir todo lo que allí se anunciaba.

Advertencia a la sexta edición de *La teoría de los sentimientos morales*, 1790.

Tiempo antes de su última enfermedad, cuando el Sr. Smith tuvo la ocasión de viajar a Londres, ordenó a sus amigos, a quienes había confiado sus manuscritos, que en la eventualidad de su muerte destruyeran todos los volúmenes con sus lecciones, y que hicieran con el resto de sus manuscritos lo que creyeran oportuno. Cuando empeoró e intuyó el final de su vida, volvió a hablar con sus amigos sobre el mismo tema. Le rogaron que se tranquilizara, porque podía confiar en que cumplirían su deseo. Con esto quedó satisfecho. Pero algunos días más tarde, al comprobar que su ansiedad no había desaparecido por entero, suplicó a uno de ellos que destruyera los volúmenes de inmediato. Así se hizo y su ánimo se vio tan aliviado que pudo recibir a sus amigos por la noche con su complacencia habitual.

El Sr. Riddell, amigo cercano del Sr. Smith, que estaba presente en una de las conversaciones a propósito de los manuscritos, me dijo, como complemento de la nota del Dr. Hutton, que el Sr. Smith lamentaba «haber hecho tan poco». «Pero pretendía (dijo) hacer mucho más, y hay materiales entre mis papeles que pude haber aprovechado grandemente. Sin embargo, eso es ahora imposible.»

Dugald Stewart, *Relación de la vida y escritos de Adam Smith*, Sección V.

El muy lamentado autor de estos ensayos los dejó en manos de sus amigos, para que dispusieran de ellos como creyeran conveniente; justo antes de su muerte había destruido muchos otros manuscritos cuya publicación juzgó inadecuada. Una vez inspeccionados, se vio que la mayoría de los ensayos formaban parte de un plan que él se planteó en su día sobre una historia que conectara las ciencias liberales y las artes elegantes. Desde hacía mucho tiempo había comprobado que era menester abandonar este proyecto, dada su exagerada amplitud, y dichas partes quedaron a un lado, ignoradas hasta su muerte.

Advertencia de los editores, *Essays on philosophical subjects*, 1795, pág. 32.

Nos cuenta Dugald Stewart en una nota de su *Relación* arriba citada cómo unos días antes de su muerte Smith obligó a sus albaceas a en-

tregar a las llamas gran parte de los volúmenes de sus manuscritos. ¿Qué contenían estos manuscritos, entre los cuales es de suponer que estaban los dieciocho cuadernos de los que habla Smith en su carta a David Hume? Stewart especula que se trataba de las conferencias sobre retórica dictadas en Edimburgo en 1748, y de las clases sobre «religión natural» y jurisprudencia explicadas desde su cátedra en la Universidad de Glasgow, cuyo contenido nos ha pormenorizado su alumno Millar (ver «Catedrático en Glasgow», más arriba). Esta hipótesis parece por lo menos reforzarse después del descubrimiento de varias copias de apuntes de sus alumnos de sus clases de retórica y jurisprudencia, recientemente descubiertas y reeditadas en la edición de Glasgow de las obras completas de Smith (*Lectures on rhetoric and belles lettres*, Oxford, 1983, y *Lectures on jurisprudence*, Oxford, 1978), el contenido de las cuales corresponde perfectamente a la descripción ofrecida por Millar.

Además de estas versiones manuscritas de sus apuntes y esquemas de clase habría probablemente que sumar a la quema las nuevas versiones de su historia filosófica y la especie de «teoría e historia del derecho y el gobierno» de las que hablaba en su carta de 1785 al duque de La Rochefoucauld, citada más arriba.

Parece razonable que los cuadernos manuscritos quemados contuviesen también, además de versiones de sus clases y conferencias, primeros borradores de algunas obras publicadas y capítulos de obras en distintos estados de redacción (ver, por ejemplo, las referencias de Stewart al «manuscrito breve» de 1755, primer ensayo de lo que luego se transforma en *La riqueza de las naciones*).

La evidencia que tenemos parece indicar entonces que todos estos manuscritos correspondían a las materias primas para su «gran plan» de «una historia que conectara las ciencias liberales y las artes elegantes» como nos cuentan sus albaceas en la Advertencia a los *Ensayos filosóficos* aquí traducidos. Y que como nos dicen Hutton y Black, los ensayos y fragmentos incompletos o inacabados reproducidos en los *Ensayos filosóficos* son lo que ha sobrevivido de este plan.

¿Cómo era el plan en sus orígenes —porque parece haber mudado varias veces—? Podemos, teniendo en cuenta los indicios, referencias y sugerencias que aparecen en distintas partes de su obra y correspondencia, intentar ofrecer tentativamente una reconstrucción de aquel plan, quizá demasiado ambicioso, incluso «grandioso», como lo descri-

be con antipatía mal disfrazada Schumpeter, concebido por un joven catedrático de filosofía moral:

— Ética: *La teoría de los sentimientos morales* (1759).
— Teología natural: no se conserva nada.
— Epistemología: el ensayo «De los sentidos externos».
— Historia filosófica (es decir, teórica o conjetural, como la definiría Stewart) de las ciencias y la filosofía: «Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas», ilustrados por las tres historias de los *Ensayos filosóficos*; Parte VII, «De los sistemas de filosofía moral», de la sexta edición de 1790 de la *Teoría de los sentimientos morales.*
— Retórica, estética, bellas letras y teoría del lenguaje: (*Lectures on rhetoric and belles lettres*, 1762-1763); la *Disertación sobre el origen de las lenguas*, publicada como apéndice a la tercera edición de la *Teoría de los sentimientos morales* de 1767; la conferencia «De la naturaleza de la imitación que tiene lugar en las llamadas artes imitativas» (1772) con su apéndice «De la afinidad entre la música, la danza y la poesía», reproducida en los *Ensayos filosóficos.*
— Jurisprudencia: (*Lectures on jurisprudence*, 1762-1763 y 1766).
— Economía política y política económica: *La riqueza de las naciones* (1776).
— Historia de las instituciones y sistemas políticos: La historia de las repúblicas antiguas de Grecia y Roma (mencionadas por Millar en la Sección II de la *Relación* de Stewart); y la historia conjetural de la evolución de las sociedades (Libro III de la *Riqueza:* «De los diferentes progresos de la riqueza en distintas naciones»).

Stewart nos cuenta, quizá con exagerado optimismo, que el estado avanzado de los distintos borradores era tal que con un poco de tiempo y energía Smith hubiera podido haber sacado adelante gran parte de su plan: «Los materiales fundamentales para las obras que había anunciado ya habían sido recopilados hacía tiempo, y probablemente no faltaba nada más que unos pocos años de salud y retiro para conferirles la disposición sistemática que tanto le deleitaba» (*Relación*, Sección V).

La realidad parece haber sido bien distinta. Así, Smith, a quien le horrorizaba que un editor poco escrupuloso pudiese aprovechar comercialmente sus manuscritos para publicar versiones a medio acabar de sus pensamientos (práctica nada infrecuente en la Gran Bretaña del si-

glo XVIII, como demostraba la publicación póstuma de los manuscritos literarios de Swift), obligó días antes de morir a sus albaceas a quemar la inmensa mayoría de estos borradores (*Relación*, nota en la Sección V).

LOS ENSAYOS FILOSÓFICOS

Amén entonces de su obra publicada anteriormente, y los apuntes de clase de sus alumnos que han sobrevivido, lo que queda del «gran plan» después de la quema de junio de 1790 son estos *Ensayos filosóficos* publicados en 1795, junto con la *Relación* biográfica de Stewart, por sus albaceas después de la muerte de Smith. Ésta es una miscelánea de ensayos, en distintos estados de acabado, artículos de prensa y reseñas, la mayoría de los cuales parecen datar, como ya hemos reseñado, de fechas tempranas en la carrera de Smith (con la excepción de la pieza sobre las artes imitativas compuesta en 1777); algunos incluso posiblemente deben sus orígenes a su época de becario en Oxford, y todos son anteriores a la publicación de la *Teoría de los sentimientos morales* en 1759. Obras y opúsculos, pues, de un joven filósofo, conferenciante y catedrático.

«Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas»

La obra de mayor enjundia (y la más larga) es el estudio de historia de la filosofía de la ciencia titulado «Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas», que están «ilustrados» por tres secciones, tres «historias»: la «Historia de la astronomía», la más acabada, la «Historia antigua de la física» y la «Historia antigua de la lógica y la metafísica», éstas dos últimas secciones más bien esbozos, proyectos todavía en ciernes.

La «Historia de la astronomía» refleja claramente la primera influencia del escepticismo epistemológico de David Hume, influencia recibida de la lectura obviamente cuidadosa de Smith del *Tratado sobre la naturaleza humana* (1739-1740), probablemente en Oxford. Una larga y estrecha amistad personal unirá a ambos filósofos a partir de que se conocieran en Edimburgo hacia 1749. Smith ya había descrito esta historia de la astronomía en una carta a Hume fechada en abril de

1773 (*Correspondence*, n.º 137) como «un fragmento de un borrador de una obra juvenil», lo cual debe remitirnos, es de suponer, a sus años de estudiante y posgraduado en Oxford entre 1740 y 1746. En la misma carta Smith ofrece el siguiente juicio de este ensayo: «empiezo a sospechar que hay en algunas de sus partes más refinamiento que solidez», una opinión quizá algo severa, pero bastante justa.

Smith dedica la primera parte de esta Historia de la astronomía a un largo preámbulo donde desarrolla una especie de antropología del saber científico, a explicar cómo y de dónde surge el impulso de intentar entender los fenómenos naturales. En esta explicación, donde por cierto se nota más claramente la huella de la lectura del *Tratado* de Hume, y sobre todo del capítulo «Del escepticismo con respecto a los sentidos» (I.iv.2.), Smith siguiendo a Hume asigna un papel clave a la imaginación y la costumbre en la interrelación causal de un sistema científico, en proporcionar lo que llama «una especie de puente» entre fenómenos a primera vista desconectados. Esta explicación es netamente humeana, incluso en la terminología —Smith habla de «nexo habitual» («Astronomía», Sección II) donde Hume utiliza la expresión «constante conjunción» (*Tratado*, I. iii.xv.), para referirse al proceso a través del cual se llegan a establecer relaciones de causalidad.

Es, pues, el afán de proporcionar una relación coherente e interconexa de los fenómenos naturales lo que da lugar a las hipótesis y sistemas científicos. Smith, por tanto, propone un proyecto de investigación:

> Examinemos, entonces, los diferentes sistemas de la naturaleza...; y, sin considerar su absurdo o verosimilitud, su acuerdo o incompatibilidad con la verdad y la realidad, estudiémoslos sólo desde el enfoque particular que corresponde a nuestro tema, y limitémonos a investigar el grado en que cada uno de ellos estaba preparado para aliviar la imaginación, para transformar el teatro del mundo en un espectáculo más coherente y por ello más magnífico de lo que podría haber parecido en otro caso («Astronomía», Sección II).

Es decir, su Historia de la astronomía no se detendrá en analizar la *práctica* científica, excluyendo deliberadamente cualquier tratamiento de problemas relacionados con la verificación y contrastación empírica, por ejemplo. Con cierta malicia, Smith comenta cómo los científicos mismos muestran mucha renuencia a la hora de modificar sus sistemas cuando aparece nueva evidencia: «la facilidad con que los eruditos renuncian a la evidencia de sus sentidos para preservar la coherencia de las ideas en su imaginación» («Astronomía», Sección IV).

En esta Historia, pues, Smith trata de cómo los sistemas científicos, definidos como «una máquina imaginaria inventada para conectar en la mente los diversos movimientos y efectos que ya existen en la realidad» (Sección IV), de cómo estos sistemas científicos se suceden unos a otros a lo largo de la historia en función no de su mayor capacidad explicativa sino por razones casi de estética y de insatisfacción psicológica. Al aparecer nueva información se hace cada vez más complicado para la imaginación asimilar esta información en el sistema. Se construye entonces un nuevo sistema, más sencillo en su concepción y diseño, pero que incorpora esta nueva información, es decir, una nueva versión que permite presentar el nuevo conjunto de hipótesis de una manera más coherente, más estéticamente satisfactoria, más capaz en definitiva de tranquilizar otra vez a la imaginación, como diría Smith. Y así sucesivamente. El parecido de esta versión smithiana de la historia de la ciencia con la hipótesis kuhniana de los paradigmas salta a la vista.

Smith termina su relación histórica de los distintos sistemas astronómicos con un análisis breve pero muy agudo del sistema newtoniano, nuevo por aquel entonces, «un sistema cuyas partes están más estrechamente conectadas que las de ninguna otra hipótesis filosófica» («Astronomía», Sección IV). Concluye su explicación con un párrafo que expresa un escepticismo epistemológico hondamente humeano: en última instancia no podremos demostrar que existe un mundo externo, y la ciencia no es más que un conjunto cambiante de hipótesis, producto de la imaginación, cuya relación con los fenómenos que pretende explicar no podemos nunca conocer, incluyendo el sistema newtoniano:

> E incluso nosotros, que hemos intentado representar todos los sistemas filosóficos como meras invenciones de la imaginación con objeto de conectar los fenómenos de la naturaleza que en otra circunstancia resultan desunidos y discordes, nos hemos visto seducidos a hacer uso del lenguaje que expresa los principios conectivos de este sistema, como si ellos fueran realmente las cadenas reales que la naturaleza utiliza para vincular sus diversas operaciones. No podemos maravillarnos, entonces, de que haya ganado la aprobación general y completa de la humanidad, y que sea hoy considerado no como un intento de conectar en la imaginación los fenómenos celestes, sino como el mayor descubrimiento jamás efectuado por el hombre, el descubrimiento de una inmensa cadena con las verdades más importantes y sublimes, todas estrechamente conectadas por un hecho capital, de cuya realidad tenemos experiencia cotidiana («Astronomía», Sección IV).

Hemos efectuado un análisis pormenorizado de la Historia de la astronomía, por ser la más acabada de las tres partes que componen «Los

principios», y sin lugar a dudas el fragmento de mayor envergadura de los *Ensayos filosóficos*. A veces algunos, como por ejemplo Schumpeter, la han considerado tal como si fuese una entidad separada, y no parte de una obra más amplia. La culpa de este error recae parcialmente sobre los editores originales, Hutton y Black, que concedieron en su disposición de los textos lo que parece ser una identidad autónoma a cada una de las tres partes que componen «Los principios». Una lectura detenida de los textos revela que las tres historias son capítulos complementarios de una misma obra, como indica el título completo del ensayo repetido al principio de las historias: «Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados por la historia de...». Aquí en nuestra traducción, a pesar de nuestra discrepancia, hemos respetado las subdivisiones y presentación impuestas por los editores en la edición original de 1795.

Las otras dos «historias», la historia antigua de la física y la historia antigua de la lógica y la metafísica, están en un estado menos acabado que la de la astronomía, y la de la lógica y la metafísica es en realidad poco más que un fragmento. Para ver cómo Smith hubiera desarrollado ésta última pieza, se supone que parte de una historia de la filosofía antigua, habría que ver la séptima parte, «De los sistemas de filosofía moral», añadida a su sexta edición revisada de la *Teoría de los sentimientos morales* de 1790. De todas formas, la historia de la lógica y la metafísica no demuestra el mismo nivel de erudición y capacidad analítica que la historia de la astronomía. Exhibe una aversión hacia la lógica aristotélica típicamente dieciochesca, y una visión muy superficial e incompleta de la misma —Smith ni siquiera hace referencia a las dos «Analíticas» del griego—. El estado poco desarrollado de los estudios de filosofía antigua en su tiempo, y el hecho de que el fragmento que se ha conservado de la Historia antigua de la lógica y la metafísica sólo consta de doce párrafos deben servir de excusa para Smith. En su texto dedica casi más espacio a discutir el problema de las ideas universales y particulares, donde siguiendo a Berkeley rechaza la noción de ideas generales y abstractas asociada a Locke y Malebranche, que a hablar de la filosofía antigua.

La Historia antigua de la física está en un estado igualmente fragmentario y truncado. De ella quizá lo que sorprende es el hecho de que Smith no tiene nada que decirnos acerca de la importancia central de la idea de causalidad en la evolución de la física griega. Sobre todo te-

niendo en cuenta el espacio que dedica al problema en la Historia de la astronomía. Acaso este hecho es lo que más nos indica lo poco acabado que está el fragmento que ha sobrevivido.

«De los sentidos externos»

El estudio «De los sentidos externos» es quizá la obra de los *Ensayos filosóficos* que más se corresponde con una definición moderna de un estudio filosófico. En lo que parece un trabajo de estudiante aventajado, Smith ofrece una paráfrasis de las teorías inmaterialistas de Berkeley, del primer Berkeley, el del *Ensayo de una nueva teoría de la visión* de 1709 (ver por ejemplo párrafo 18). Siguiendo al filósofo irlandés, Smith establece una distinción entre cualidades primarias y secundarias, al parecer sin haberse dado cuenta de que el propio Berkeley se retractaba de tal distinción en su siguiente obra, los *Principios de los conocimientos humanos* de 1710. Lo que de verdad interesa a Smith aquí, sin embargo, son otros dos problemas epistemológicos tratados por Berkeley, el problema de Molyneux y la prueba del lenguaje óptico. El llamado problema de Molyneux versa sobre la cuestión de si una persona ciega de nacimiento podría, al recobrar su sentido visual (mediante cirugía) identificar visualmente objetos que anteriormente sólo conocía por medio del tacto, como por ejemplo una esfera, lo cual demostraría que existen en la mente ideas comunes a ambos sentidos (ver «De los sentidos externos»). El segundo problema berkeleyano que atrae a Smith es la llamada prueba del lenguaje óptico, una de las pruebas que aduce Berkeley para demostrar la existencia de Dios, que Smith presenta así: «Los objetos de la vista, como subraya acertadamente el Dr. Berkeley, constituyen una suerte de lenguaje que el autor de la naturaleza dirige a nuestros ojos y por medio del cual nos informa acerca de muchas cosas, cuyo conocimiento resulta para nosotros de la máxima importancia. Así como en el lenguaje corriente las palabras o sonidos no guardan semejanza alguna con las cosas que denotan, en este otro lenguaje los objetos visibles no guardan similitud alguna con el objeto tangible que representan y de cuya posición relativa nos informan —con respecto a nosotros mismos o algún otro objeto».

Berkeley intenta luego establecer esta analogía entre los signos visuales de Dios y los signos lingüísticos (escritos y orales) en las lenguas humanas, siendo la función de ambas la de guiar la conducta humana,

una idea que Smith desarrollaría más en detalle en su *Disertación sobre el origen de las lenguas*, ensayo incluido como apéndice a la tercera edición de la *Teoría de los sentimientos morales* de 1767.

Como hemos visto, el atribuir fechas exactas a la redacción de estos opúsculos y fragmentos de los *Ensayos filosóficos* resulta tremendamente peliagudo. En un artículo reciente* Kevin L. Brown, de la Universidad de Chicago, ha argumentado que la utilización por parte de Smith en la segunda mitad del ensayo sobre los sentidos externos de términos taxonómicos —la clase de especies *mammalia* o de pájaros *grallae*, por ejemplo— sólo introducidos por Linneo en la décima edición de su *Systema naturae*, publicada en 1758, hace retrasar hasta después de esta fecha la composición del ensayo de Smith. Pero como hemos visto cuando nos referimos a los hábitos smithianos de composición, esto no es necesariamente del todo cierto. Smith muy fácilmente habría podido haber escrito la primera parte, la que se refiere a las posiciones epistemológicas del primer Berkeley, en un momento, supongamos mientras estaba en Oxford en los años 1740, y al revisar su manuscrito años más tarde, como era su costumbre, añadir la nueva información proveniente de Linneo.

Opúsculos varios y la *Relación* de Dugald Stewart

De las preocupaciones estéticas y literarias de Smith, aparte de los apuntes de un alumno de sus clases de retórica y bellas artes del curso 1762-1763, recientemente reeditados como parte de la edición Glasgow de las obras de Smith (ver Oxford, 1983), solamente nos ha quedado el ensayo (o probablemente, la conferencia) titulado «De la naturaleza de la imitación que tiene lugar en las llamadas artes imitativas», con su apéndice, «De la afinidad entre la música, la danza y la poesía», compuesto hacia 1777, cosecha muy escasa si tenemos en cuenta que Smith era un catedrático afamado por sus clases sobre el estilo literario y el buen gusto artístico. Todavía en 1785 en una carta al duque de La Rochefoucauld, hablando de un trabajo que tenía «en preparación», Smith se refiere a «una suerte de historia filosófica de todas las dife-

* BROWN, Kevin L. (1992): «Dating Adam Smith's Essay "Of the external senses"», *Journal of the History of Ideas*, 53: 333-337.

rentes ramas de la literatura, de la filosofía, poesía y elocuencia» (*Correspondence*, n.º 248) ¿Se quedó en el tintero o fue objeto de la quema de junio de 1790?

La carta publicada en una revista literaria, el *Edinburgh Review*, en marzo de 1756, revisa el estado de las letras y la cultura en Europa, sobre todo en la Francia ilustrada de la *Enciclopedia*, de Voltaire, y de Rousseau, cuyo *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres* había sido publicado el año anterior. En una reseña larga compara a Rousseau con el «disoluto» Mandeville, viejo adversario «inmoralista» de Smith: «El Dr. Mandeville representa el estadio primitivo de la humanidad como el más desdichado y miserable que quepa concebir; el Sr. Rousseau, por el contrario, lo pinta como el más feliz y más apropiado para la naturaleza humana». Smith claramente está poco impresionado ante las capacidades analíticas de Rousseau, y describe el *Discurso* como «un trabajo que consiste casi totalmente en retórica y descripción», características que Smith obviamente consideraba inapropiadas para una obra de ciencia política.

Finalmente, nuestra antología póstuma de *Ensayos filosóficos* termina con el fascinante estudio contemporáneo de la vida y obra de Smith, la *Relación de la vida y escritos de Adam Smith* de Dugald Stewart, escrito apenas dos años después de su muerte. Stewart, amigo personal de Smith, catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Edimburgo desde 1785 hasta 1809, era otro filósofo-cum-economista, que entre 1800 y 1809 dictó en Edimburgo un curso de economía política basado en una lectura crítica de la *Riqueza de las naciones*, combinado con algunas aportaciones analíticas tomadas de los fisiócratas.

Utilizada como prefacio para las innumerables ediciones de la *Riqueza* a lo largo del siglo XIX, la *Relación* ha sido, hasta hace muy poco, hasta la publicación en 1995 de una nueva y detallada biografía de Smith (la de Ian Ross), con mucho la más perspicaz de las biografías del escocés. De la *Relación* cabe destacar la parte que contiene lo que es todavía uno de los mejores estudios de la *Teoría de los sentimientos morales*, y sobre todo quizá la riqueza de detalles personales acerca de Smith y su obra, detalles que solamente un amigo, que era además filósofo y economista como él podía poseer.

Para un historiador del pensamiento económico quizá lo más interesante de la *Relación* es la descripción y las citas extraídas del llamado «manuscrito breve» de una conferencia pronunciada por Smith en 1755

(*Relación*, Sección IV), donde enuncia la primera versión de «ciertos principios fundamentales» de la ciencia económica, y que contenía según Stewart «muchas de las opiniones más importantes de *La riqueza de las naciones*». Este «manuscrito breve» se perdió tras la muerte de Stewart, y sólo nos quedan las tres sugerentes citas que nos ha conservado Stewart en su *Relación*. En primer lugar, Smith intenta establecer su prioridad en cuanto a la originalidad de sus planteamientos, que dice haber elaborado en unos apuntes utilizados por primera vez para unas conferencias en el año 1749 (es decir, en Edimburgo), que luego constituirían la materia de sus clases impartidas en su cátedra de Glasgow entre 1751 y 1755. Stewart nos deja con la miel en los labios con dos citas cuasi epigramáticas extraídas del manuscrito, que resumen con bastante precisión la política económica de *laissez-faire* luego desarrollada con todo lujo de detalles en el libro quinto de *La riqueza de las naciones:*

> El ser humano es generalmente considerado por políticos y proyectistas como el material de una suerte de mecánica política. Los proyectistas perturban la naturaleza en el curso de sus operaciones en los asuntos humanos, y lo único que se necesita es dejarla en paz y permitirle un juego limpio en la persecución de sus fines, de modo que pueda establecer sus propios designios...
>
> Para llevar a un estado de la más ruda barbarie hasta el máximo grado de opulencia se requiere poco más que paz, impuestos moderados y una tolerable administración de justicia; todo lo demás se produce por el curso natural de las cosas. Todos los gobiernos que desbaratan este curso natural, que fuerzan las cosas hacia otros canales, o que pretenden detener el progreso de la sociedad en un punto determinado, son antinaturales, y para mantenerse se ven forzados a ser opresivos y tiránicos.
>
> *Relación*, Sección IV.

Si la afirmación de Smith es cierta —y no tenemos ninguna razón para dudar de su palabra— esto quiere decir que maduró durante 27 años sus ideas económicas, antes de publicarlas en 1776.

Lecturas

Recientemente han aparecido un buen número de buenas traducciones al castellano de las obras de Smith. Está la traducción de la edición *variorum* de la Universidad de Glasgow de la *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1988), de R. H. Campbell y A. S. Skinner, en dos tomos en la barcelonesa editorial Oikos-Tau. Con menos aparato erudito, hay otra traducción quizá más ase-

quible de las secciones más interesantes del mismo libro, *La riqueza de las naciones* (1995), en una edición de Carlos Rodríguez Braun: Madrid, Alianza.

La misma Alianza Editorial ha publicado la primera traducción completa de *La teoría de los sentimientos morales* (1997) a cargo de Carlos Rodríguez Braun, autor también del estudio preliminar. Y la editorial Comares de Granada ha publicado en castellano la traducción de Manuel Escamilla Castillo de las *Lecciones sobre jurisprudencia* (1995), los apuntes de clase de los alumnos de Smith en el curso que dictó en Glasgow en 1762-1763.

Para los que tengan mayores conocimientos de inglés no hay sustituto, sin embargo, de la edición definitiva *variorum* de las obras completas de Smith, la famosa edición Glasgow, publicada por Oxford University Press entre 1976 y 1987 en seis tomos, que incluye, por ejemplo, una edición de las cartas de Smith, *Correspondence* (1987). Hay ediciones de estos seis tomos en rústica publicadas recientemente en la colección Liberty Classics de Liberty Press, Indianápolis, Estados Unidos.

Ha salido hace poco en inglés la reveladora e indispensable biografía de Smith a cargo de Ian Simpson Ross: *The life of Adam Smith* (1995), Oxford, Oxford University Press.

Para los interesados en proseguir el estudio de las ideas filosóficas de Smith más allá de este libro recomendamos los siguientes textos especializados:

CAMPBELL, T. D. (1971): *Adam Smith's science of morals*, Londres, Allen and Unwin.

FARRER, J. A. (1881): *Adam Smith* (reeditado en 1988 por J. Martin Stafford, Altrincham).

MACFIE, A. L. (1967): *The individual in society. Papers on Adam Smith*, Londres, Allen and Unwin.

REEDER, John (1997): *On moral sentiments. Contemporary responses to Adam Smith*, Bristol, Thoemmes Press.

SKINNER, A. S. (1979): *A system of social science. Papers on Adam Smith* (2.ª edición, 1996), Oxford, Clarendon Press.

SKINNER, A. S., y WILSON, T. (eds.) (1975): *Essays on Adam Smith*, Oxford, Clarendon Press.

Los siguientes son artículos que tratan aspectos concretos de la filosofía de Smith:

AHMAD, Syed (1990): «Adam Smith's four invisible hands», *History of Political Economy*, 22.1: 137-144.

BROWN, Kevin L. (1992): «Dating Adam Smith's essay "Of the external senses"», *Journal of the History of Ideas*, 53: 333-337.

DAVIS, J. Ronnie (1990): «Adam Smith on the providential reconciliation of individual and social interests: is man led by an invisible hand or misled by a sleight of hand?», *History of Political Economy*, 22.2: 341-353.

EVENSKY, Jerry (1993): «Retrospectives. Ethics and the invisible hand», *Journal of Economic Perspectives*, 7.2: 197-205.

FLEISCHAKER, Samuel (1991): «Philosophy in moral practice: Kant and Adam Smith», *Kant-Studien*, 82:249-269.

LINDGREN, J. R. (1969): «Adam Smith's theory of inquiry», *Journal of Political Economy*, 77: 897-915.

LONGUET-HIGGINS, H. Christopher (1992): «"The history of astronomy": a twentieth century view», en P. JONES y A. S. SKINNER (eds.): *Adam Smith reviewed* (1992), Edimburgo, Edinburgh University Press, 79-93.

MOSCOVICI, S., (1956): «À propos de quelques travaux d'Adam Smith sur l'histoire et la philosophie des sciences», *Revue d'Histoire des Sciences et de leurs Applications*, 9.3.

OSWALD, Donald J. (1995): «Metaphysical beliefs and the foundations of Smithian political economy», *History of Political Economy*, 27.3: 459-476.

PACK, Spencer J. (1995): «Theological (and hence economic) implications of Adam Smith's "Principles which lead and direct philosophical enquiries"», *History of Political Economy*, 27.2: 289-307.

RAPHAEL, D. D. (1977), «"The true old Humean philosophy" and its influence on Adam Smith», en G. P. MORICE (ed.): *David Hume. Bicentenary papers* (1977), Edimburgo, Edinbugh University Press, 23-38.

SKINNER, A. S. (1974): «Adam Smith. Science and the role of imagination», en W. B. TODD (ed.), *Hume and the Enlightenment* (1974), Edimburgo, Edinburgh University Press, 164-188.

STEWART, M. A. (1991): «The Stoic legacy in the early Scottish Enlightenment», en M. J. OSLER (ed.): *Atoms, pneuma and tranquility*, Cambridge, Cambridge University Press, 273-296.

THOMPSON, Herbert F. (1965): «Adam Smith's philosophy of science», *Quarterly Journal of Economics*, 79.2: 212-233.

WASZEK, Norbert (1984): «Two concepts of morality: Adam Smith's ethics and its Stoic origin», *Journal of the History of Ideas*, 45: 591-606.

En castellano existen los siguientes trabajos. De María Elósegui Itxaso:

«El derecho del ciudadano a la participación en la vida política en Hume, Smith y la Ilustración escocesa», *Anuario de Filosofía del Derecho*, vol. VII, 1990.

«En torno al concepto de simpatía y el espectador imparcial en Adam Smith o la sociedad como espejo», *Eurídice*, I, 1991.

«Utilidad, arte, virtud y riqueza en la Ilustración escocesa», *Telos*, n.º 1-2, 1992.

Otros artículos en castellano:

MARTÍN, Victoriano: «Baruch Spinoza y Adam Smith sobre ética y sociedad», en P. SCHWARTZ, C. RODRÍGUEZ BRAUN y F. MÉNDEZ IBISATE (eds.): *Encuentro con Karl Popper*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

SCHWARTZ, Pedro, y MARTÍN, Victoriano: «La ética del amor propio en Spinoza, en Mandeville y en Adam Smith», *Información Comercial Española*, n.º 691, marzo 1991.

TASSET CARMONA, José Luis: «La ética de Adam Smith: hacia un utilitarismo de la simpatía», *Thémata. Revista de Filosofía*, n.º 6, 1989.

Y finalmente, para los que quieran situarse filosóficamente en la Escocia de Adam Smith, recomendamos los siguientes libros:

FATE NORTON, David (1993): *The Cambridge companion to Hume*, Cambridge, Cambridge University Press.

HUTCHESON, Francis (1994): *Philosophical writings*, R. S. Downie (ed.), Londres, Everyman.

SCOTT, W. R. (1937): *Francis Hutcheson. His life, teaching and position in the history of philosophy* (hay una reedición de 1966, Nueva York, Augustus M. Kelley).

SCHNEIDER, Louis (ed.) (1967): *The Scottish moralists on human nature and society*, Chicago, University of Chicago Press.

STEWART, M. A., y WRIGHT, J. P. (eds.) (1994): *Hume and Hume's connexions*, Edimburgo, Edinburgh University Press.

STEWART, M. A. (ed.) (1990): *Studies in the philosophy of the Scottish Enlightenment*, Oxford, Clarendon Press.

ENSAYOS FILOSÓFICOS

ESSAYS

ON

PHILOSOPHICAL SUBJECTS.

BY

The late ADAM SMITH, LL. D.

FELLOW OF THE ROYAL SOCIETIES OF LONDON AND EDINBURGH,
&c. &c.

TO WHICH IS PREFIXED,

An ACCOUNT of the LIFE and WRITINGS of the AUTHOR;

By *DUGALD STEWART*, F. R. S. E.

LONDON:

Printed for T. CADELL Jun. and W. DAVIES (Succeſſors to Mr. CADELL)
in the Strand; and W. CREECH, Edinburgh.

1795.

LOS PRINCIPIOS QUE PRESIDEN Y DIRIGEN LAS INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS, ILUSTRADOS POR LA HISTORIA DE LA ASTRONOMÍA

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES*

El muy lamentado autor de estos ensayos los dejó en manos de sus amigos, para que dispusieran de ellos como creyeran conveniente; justo antes de su muerte había destruido muchos otros manuscritos cuya publicación juzgó inadecuada. Una vez inspeccionados, se vio que la mayoría de los ensayos formaban parte de un plan que él se planteó en su día sobre una historia que conectara las ciencias liberales y las artes elegantes. Desde hacía mucho tiempo había comprobado que era menester abandonar este proyecto, dada su exagerada amplitud, y dichas partes quedaron a un lado, ignoradas hasta su muerte. Entre sus amigos existe la convicción de que el lector descubrirá en ellas esa feliz conexión, esa expresión plena y precisa, y esa ilustración clara que destacan en el resto de sus obras; y que aunque es difícil añadir mucho a la vasta fama que justamente adquirió merced a sus restantes escritos, estos ensayos serán leídos con satisfacción y placer.

JOSEPH BLACK
JAMES HUTTON

LA HISTORIA DE LA ASTRONOMÍA

El asombro, la sorpresa y la admiración son palabras a menudo confundidas, que en nuestra lengua denotan sentimientos que en realidad están vinculados, aunque en algunos aspectos también difieren y son recíprocamente distintos. Lo nuevo y singular suscita el sentimiento que con estricta propiedad se denomina asombro; lo inesperado anima la sorpresa; y lo que es grandioso o hermoso, la admiración.

Nos asombran todos los objetos extraordinarios o poco comunes, los fenómenos raros de la naturaleza, los meteoros, los cometas, los

* [De la edición original de 1795.]

eclipses, las plantas y los animales extraños; en suma, cualquier cosa de la que con anterioridad hayamos tenido un conocimiento escaso o nulo; y nos maravillamos incluso aunque seamos advertidos de antemano sobre lo que vamos a ver.

Nos sorprenden las cosas que hemos visto con frecuencia, pero que no esperamos encontrar en el lugar donde las hallamos; nos sorprende la llegada súbita de un amigo, que hemos visto mil veces, pero que no imaginábamos que íbamos a ver en ese momento.

Admiramos la belleza de una llanura, la magnitud de una montaña, aunque las hayamos contemplado antes en muchas oportunidades, y aunque no aparezca en ellas nada que no hayamos esperado ver con total certidumbre.

El que este análisis del significado preciso de dichos términos sea acertado carece de importancia. Yo supongo que lo es, pero reconozco que los mejores escritores en nuestra lengua no siempre los han utilizado en ese sentido. Cuando la Muerte se aparece a Satán, dice Milton que

> El Demonio pudo admirar esto;
> admirar, no temer.

Pero si nuestro análisis es ajustado, la expresión correcta debió ser asombrarse. Ante el descubrimiento de la durmiente Ifigenia, afirma Dryden que

> El necio de carácter quedó de pie con mirada estúpida
> y boquiabierto, lo que testificaba sorpresa.

Mas lo que Cymon debió sentir en tal ocasión no pudo ser tanto sorpresa como asombro y admiración. Lo único que sostengo es que los sentimientos estimulados por lo nuevo, lo inesperado y lo grande y hermoso son de verdad diferentes, por más que las palabras utilizadas para expresarlos puedan ser a veces confundidas. Incluso la admiración excitada por la belleza es muy distinta (como se verá más claramente después) de la que es inspirada por la grandeza, aunque sólo poseemos una palabra para denotarlas.

Estos sentimientos, como todos los que son motivados por el mismo único objeto, se sostienen y animan mutuamente. Un objeto con el que estamos bastante familiarizados, que vemos todos los días, aunque

sea magnífico y hermoso apenas produce en nosotros un efecto pequeño, porque nuestra admiración no está sustentada ni por el asombro ni por la sorpresa; y si hemos oído una descripción sumamente detallada de un monstruo, nuestra admiración cuando lo veamos será menor, porque nuestro conocimiento de él de antemano en buena medida evitará nuestra sorpresa.

El objetivo del presente ensayo es considerar en profundidad la naturaleza y las causas de cada uno de estos sentimientos, cuya influencia es mucho más amplia de lo que un análisis descuidado podría hacernos imaginar. Empezaré con la sorpresa.

SECCIÓN I

DEL EFECTO DE LO INESPERADO, O DE LA SORPRESA

Cuando un objeto de cualquier tipo, que durante un tiempo ha sido esperado y previsto, se presenta, cualquiera que sea la emoción que por naturaleza está orientado a provocar, la mente debe estar preparada para ella e incluso en alguna medida la debe haber concebido con antelación; como la idea del objeto ha estado durante tanto tiempo presente, debe haber estimulado con anterioridad algún grado de la misma emoción que suscitaría el propio objeto; en consecuencia, el cambio que su presencia produce llega a ser menos considerable, y la emoción o pasión a que da lugar se desliza hacia el corazón de forma gradual y sencilla, sin violencia, dolor o dificultad.

Todo lo contrario sucede cuando el objeto es inesperado. La pasión se vierte entonces de repente en el corazón, que se ve arrastrado, si la pasión es intensa, a las emociones más tempestuosas y convulsas, que en ocasiones pueden ocasionar la muerte súbita; a veces, por lo imprevisto del éxtasis, se descoyunta tan completamente el marco de la imaginación que nunca más puede retornar a su tono y compostura de antes, sino que se precipita al delirio o la locura habitual; y casi siempre produce una pérdida momentánea de la razón o de la atención a las cosas que requiere nuestra posición o nuestro deber.

El pavor que experimentamos ante los efectos de las pasiones más vehementes, cuando inopinadamente nos invaden, se revela en los preparativos que todas las personas juzgan necesarios cuando van a informar a alguien de algo capaz de excitarlo. ¿Quién escogería contarle abrup-

tamente a un amigo que le ha sobrevenido una extraordinaria calamidad, y no preocuparse primero, alarmándolo con un temor incierto, de anunciar su desgracia, por así decirlo, y de ese modo prepararlo y disponerlo para recibir el impacto?

Los pánicos que a veces se apoderan de los ejércitos en el campo de batalla, o de las grandes ciudades, cuando un enemigo se halla en la vecindad, y que durante un tiempo privan de la capacidad de juicio incluso a los más decididos, nunca son generados si no es por la percepción súbita de un peligro inesperado. Tan violentas consternaciones, que en un instante confunden a multitudes enteras, entorpecen su entendimiento y agitan su corazón con toda la agonía del terror extravagante, no pueden ser producidas por un peligro previsto, por grande que sea. El miedo, aunque es naturalmente una pasión intensa, jamás llega a tales excesos si no es exasperado tanto por la admiración, debida a la naturaleza incierta del peligro, como por la sorpresa, derivada de lo repentino de la inquietud.

La sorpresa, por tanto, no ha de ser contemplada como una emoción original de una especie diferente de todas las otras. La alteración brusca y repentina producida en la mente cuando una emoción de cualquier clase la invade de pronto es lo que constituye toda la naturaleza de la sorpresa.

Cuando una gran pasión no sólo llega de repente a la mente sino que llega en el instante en que la mente está menos dispuesta a concebirla, entonces la sorpresa es máxima. Las sorpresas de gozo cuando el ánimo está hundido en la aflicción, o de pesar cuando está exaltado por la felicidad, son, pues, las más insoportables. En tales casos el cambio es el mayor posible. No sólo se concibe una pasión intensa de improviso, sino una pasión poderosa que es exactamente la opuesta a la que ocupaba el alma con anterioridad. Cuando el peso del dolor cae sobre un corazón que está expandido y alborozado con la alegría y la felicidad, no sólo lo hunde y oprime sino que casi lo quebranta y machaca, lo mismo que un peso real golpearía y magullaría el cuerpo. Por el contrario, cuando por un imprevisto vuelco de la fortuna una ola de dicha parece, por así decirlo, abalanzarse de pronto sobre el corazón, cuando está deprimido y contraído por la pena y el dolor, se siente como expandido y henchido por una fuerza violenta e irresistible, y es rasgado con los más exquisitos tormentos, que casi siempre ocasionan desmayos y delirios, y a veces la muerte instantánea. Puede ser pertinente ob-

servar que aunque el pesar es una pasión más aguda que el gozo, como ciertamente son todas las sensaciones desasosegadas más punzantes que las agradables que se les oponen, las sorpresas de felicidad son aún más intolerables que las sorpresas de pesar. Se cuenta que tras la batalla de Trasimeno, una dama romana, informada de que su hijo había muerto en la acción, estaba sentada en solitario llorando su desgracia; el joven, que había escapado, apareció de pronto ante sus ojos, y ella dio un grito y expiró al momento, en un arrebato de júbilo. Supongamos que hubiera sucedido lo contrario, y que en medio de una festividad y alborozo hogareños hubiese de súbito caído muerto a sus pies, ¿habrían sido los efectos igualmente virulentos? Creo que no. El corazón salta de alegría con una suerte de elasticidad natural, se deja llevar por una emoción tan grata cuando el objeto se presenta; parece palpitar y brincar hacia adelante para encontrarse con él, y la pasión con toda la plenitud de su fuerza conquista el alma por entero. Con la aflicción ocurre lo contrario; el corazón recula y resiste los primeros embates de tan desagradable pasión, y se requiere algún tiempo antes de que el objeto de la melancolía pueda producir plenamente su efecto. La pesadumbre arriba de forma lenta y gradual, y nunca se eleva en un momento a la altura agónica que alcanza pasado un tiempo. Pero el regocijo nos asalta de pronto, como un torrente. La alteración, pues, producida por una sorpresa feliz es más abrupta, y por ello más impetuosa y susceptible de generar efectos más fatales, que la derivada de una sorpresa desgraciada; también parece haber algo en la naturaleza de la sorpresa que la vincula más fácilmente con el enérgico y veloz movimiento del gozo que con el lento y tardo del dolor. La mayoría de las personas que puedan tomarse la molestia de recordarlo comprobarán que han oído de más gente que ha muerto o ha enloquecido por un ataque de felicidad que por uno de dolor. Y sin embargo, dada la naturaleza de los asuntos humanos, los segundos deben ser mucho más frecuentes que los primeros. Una persona puede romperse una pierna o perder un hijo sin haber sido advertida de ninguna de tales eventualidades, pero difícilmente topa con una muestra extraordinaria de buena fortuna sin tener alguna previsión de lo que va a suceder.

No sólo la aflicción y la alegría, sino todas las demás pasiones, son más violentas cuando los extremos opuestos se suceden. ¿Es acaso algún resentimiento tan aguzado como el que sigue a las peleas de los enamorados, o algún amor tan apasionado como el que sigue a su reconciliación?

Incluso los objetos de los sentidos externos nos afectan de manera más enérgica cuando los extremos opuestos se suceden o se sitúan uno junto al otro. Un calor moderado parece intolerablemente abrasador si se siente tras un frío extremo. Lo amargo lo parecerá aún más si es probado después de lo muy dulce; un blanco sucio parecerá radiante y puro colocado junto a un negro azabache. La vivacidad de cualquier sensación, en resumen, y de cualquier sentimiento, parece ser mayor o menor en proporción al cambio producido por la impresión de cualquiera de ellos sobre la situación de la mente o el órgano; pero este cambio debe necesariamente ser mayor cuando los sentimientos y las sensaciones opuestas se contrastan o se suceden inmediatamente. Tanto los sentimientos como las sensaciones son entonces más animados, y esta superior vivacidad sólo deriva de que llegan a la mente o al órgano cuando se hallan en el estado menos adecuado para concebirlos.

Así como la oposición de sentimientos contrapuestos acentúa su fogosidad, la similitud de los que se suceden inmediatamente los torna más tenues y abatidos. Un padre que ha perdido varios hijos sucesivamente se verá menos afectado por la muerte del último que por la del primero, aunque la pérdida por sí misma será en este caso indudablemente mayor; pero como su espíritu ya estará sumido en la tristeza, la nueva desgracia no parece suscitar otro efecto que la continuación de la misma melancolía, y en ningún caso puede dar pie a los paroxismos de aflicción que normalmente provoca la primera de tales calamidades; la recibe con gran desaliento pero con un cierto grado de calma y compostura, y sin la angustia y agitación del ánimo que ocasiona la novedad del infortunio. Es verdad que quienes han sido desdichados a lo largo de toda su vida son a menudo habitualmente melancólicos, y a veces enojadizos y atrabiliarios, pero no obstante, ante un nuevo contratiempo, aunque están irritados y se quejan un poco, rara vez se precipitan hacia una pasión más fuerte, y nunca caen en los accesos de ira o dolor que tan asiduamente, en circunstancias similares, aturden a los afortunados o exitosos.

Sobre esto se fundan en buena medida algunos de los efectos del hábito y la rutina. Es bien sabido que la costumbre amortigua la viveza tanto del dolor como del placer, abate la aflicción que experimentamos por el primero y debilita el gozo que derivamos del segundo. El dolor es soportado sin agonía, y el placer disfrutado sin embeleso, porque la costumbre y la repetición frecuente de cualquier objeto final-

mente conforma e inclina la mente o el órgano hacia el talante y la disposición habitual que mejor los adecua para recibir su impresión sin experimentar ninguna alteración demasiado violenta.

SECCIÓN II

DEL ASOMBRO, O DE LOS EFECTOS DE LA NOVEDAD

Es evidente que la mente se complace en observar las semejanzas que cabe descubrir entre objetos diferentes. Por medio de tales observaciones procede a disponer y metodizar todas sus ideas, reduciéndolas a sus clases y variedades correspondientes. Cuando puede observar una sola cualidad común a una amplia pluralidad de objetos, que en todo lo demás son ampliamente distintos, esa circunstancia aislada será suficiente para conectarlos a todos, reducirlos a una clase común y denominarlos con un nombre genérico. Así es como todas las cosas dotadas con el poder de automoción, las bestias, las aves, los peces, los insectos, son clasificados bajo la denominación común de animal; y que ellos, junto con los que carecen de dicho poder, son clasificados bajo la expresión aún más general de sustancia. Éste es el origen de todas las clasificaciones de objetos e ideas que en las universidades reciben los nombres de géneros y especies, y de los términos abstractos y generales que en todas las lenguas se utilizan para expresarlas.

Cuanto más progresamos en conocimiento y experiencia, nos vemos inclinados y obligados a introducir un número mayor de divisiones y subdivisiones en esos géneros y especies. Observamos una mayor multiplicidad de particularidades entre las cosas que se parecen mucho; y al efectuar nuevas divisiones de las mismas, conforme a esas particularidades de reciente detección, ya no nos satisface el referir un objeto a un género remoto o una clase de cosas muy general, con respecto a muchas de las cuales no guarda más que una semejanza débil e imperfecta. Es cierto que una persona desconocedora de la botánica puede esperar satisfacer su curiosidad diciéndole a usted que un vegetal determinado es una hierba o tal vez, en términos aún más generales, que es una planta. Pero un botánico ni dará ni aceptará esa respuesta. Él ha separado y dividido esa gran clase de objetos en un número de clasificaciones inferiores, de acuerdo con las variedades que su experiencia ha descubierto entre ellos, y referirá cada planta individual a alguna tribu de ve-

getales, con todas las cuales guardará un parecido más estrecho que con las numerosas cosas comprendidas bajo el extenso género de las plantas. Un niño cree que ha proporcionado una respuesta satisfactoria cuando le dice a usted que un objeto cuyo nombre desconoce es una cosa, y fantasea con que le ha brindado a usted una información, cuando en realidad lo que ha hecho así es descubrir a cuál de las más obvias y omnicomprensivas clases de objetos cabe referir una impresión concreta, si a la clase de las realidades o sustancias sólidas que él llama *cosas*, o bien a la de las apariencias que llama *no-cosas*.

En suma, nos agrada referir cualquier cosa que se nos ocurra a alguna especie o clase de cosas, con todas las cuales guarde un parecido casi exacto; y aunque a menudo sabemos tan poco sobre las segundas como sobre la primera, tendemos a fantasear que, al hacerlo, demostramos un mejor conocimiento de ella, una visión más profunda sobre su naturaleza. Cuando se nos presenta, empero, una cosa nueva y singular nos sentimos incapaces de hacerlo. La memoria, en todos sus depósitos, no puede recuperar ninguna imagen que se asemeje bastante a tan extraña aparición. Si por alguna de sus cualidades se parece y está conectada con una especie de la que tenemos conocimiento previo, por otras resulta separada y apartada de ella, y de todas las demás clasificaciones de las cosas que hayamos podido realizar hasta entonces. Se yergue sola y aislada en la imaginación, y rehúsa ser agrupada o confundida dentro de ningún conjunto posible de objetos. La imaginación y la memoria se esfuerzan sin éxito, y revisan en vano todas sus clases de ideas buscando una dentro de la que pueda ser ubicada. Van sin rumbo de pensamiento a pensamiento, y nosotros seguimos inciertos e indecisos sobre dónde situarla o qué pensar de ella. Esta fluctuación y vana recordación, y la emoción o movimiento del espíritu que excitan, constituye el sentimiento que con propiedad se llama *asombro*, y que ocasiona la mirada fija y a veces los ojos en blanco, la respiración entrecortada y la dilatación del corazón, que todos hemos observado, tanto en nosotros mismos como en otros, cuando admiramos un objeto novedoso, y que son los síntomas naturales del pensamiento incierto e indeciso. ¿Qué tipo de cosa será ésa? ¿A qué se parece? Tales las preguntas que en esas ocasiones estamos naturalmente predispuestos a formular. Si podemos recordar muchos objetos que se asemejan estrechamente a esta nueva aparición, y que naturalmente se presentan a nuestra imaginación, voluntariamente, por así decirlo, entonces nues-

tro asombro cesa por completo. Si podemos recordar sólo algunos, y hay que superar alguna dificultad para evocarlos, nuestra extrañeza ciertamente disminuye, pero no queda destruida totalmente. Si no podemos recordar ninguno, estamos perplejos, y entonces es la máxima posible.

¡Con qué notable atención examina un naturalista una planta peculiar o un fósil extraordinario que le sean presentados! No padece desorientación alguna para referirlos al género amplio de plantas o fósiles, pero esto no lo satisface, y cuando considera todas las diferentes tribus o especies de cada uno con las que ha estado familiarizado hasta ese momento, comprueba que todas rehúsan admitir entre ellas al nuevo objeto. Está solo en su pensamiento, separado de todas las demás especies del género al que pertenece. El naturalista se esfuerza por conectarlo con alguna de ellas. Ahora piensa que puede ser ubicado en una clasificación, y más tarde cree que en otra; nunca está satisfecho hasta que ha encontrado una a la que se parezca en la mayor parte de sus cualidades. Si no puede hacerlo, en vez de dejar al objeto aislado, preferirá ampliar el distrito de alguna especie, si puedo utilizar esa expresión, para que quepa en ella; o creará una especie nueva con objeto de integrarlo allí, y la llamará Juego de la Naturaleza o alguna otra apelación bajo la cual incluirá todas las extrañezas con las que no sabe qué hacer. Pero debe referir el objeto a alguna clase u otra de objetos conocidos; entre aquél y éstos deberá encontrar alguna suerte de similitud, antes de que pueda desprenderse de esa admiración, esa incertidumbre e inquieta curiosidad suscitadas por su apariencia excepcional, y por su desemejanza con todos los demás objetos que ha observado hasta entonces.

Así como los objetos aislados e individuales animan de ese modo nuestro asombro cuando por sus cualidades poco comunes y su apariencia singular nos resulta incierta la especie de cosas a la que debemos referirlos, una sucesión de objetos que se siguen uno después de otro en un curso u orden infrecuente producirá el mismo efecto, aunque no haya nada de particular en cualquiera de ellos por sí mismo.

Cuando un objeto usual aparece después de otro al que no suele seguir, primero excita por ser inesperado el sentimiento que con propiedad se llama sorpresa, y luego, por la singularidad de la sucesión u orden de su aparición, el sentimiento que con propiedad se denomina asombro. Damos un respingo y nos sorprende al percibirlo allí, y a con-

tinuación nos preguntamos maravillados cómo llegó hasta allí. El movimiento de un pequeño trozo de hierro sobre una mesa plana no es en sí mismo algo raro, pero la persona que vio el inicio del movimiento, sin impulso visible alguno, como consecuencia de la acción de un imán situado a poca distancia, no podría contemplarlo sin la más extrema sorpresa; y terminada esa emoción momentánea se maravillaría preguntándose cómo llegó a conectarse con algo con lo que, de acuerdo con el curso ordinario de las cosas, no pudo sospechar que mantenía conexión alguna.

Cuando dos objetos, por diferentes que sean, han sido a menudo observados consecutivamente, y siempre se presentan a los sentidos en ese orden, llegan a quedar tan ligados en la imaginación, que la idea de uno parece de por sí convocar y presentar la del otro. Si los objetos siguen sucediéndose uno al otro como antes, esta conexión o, como ha sido denominada, esta asociación de sus ideas, se vuelve cada vez más estrecha, y el hábito del pensamiento de pasar de la concepción de uno a la del otro se torna cada vez más afianzado y confirmado. Como sus ideas se mueven más rápidamente que los objetos externos, continuamente va delante de ellas, y por eso anticipa, antes de que ocurra, cualquier acontecimiento que tenga lugar en este curso ordinario de las cosas. Cuando los objetos se suceden en el mismo orden en el que las ideas de la imaginación se han acostumbrado de ese modo a moverse, y en el cual, aunque no estén conducidas por la cadena de hechos que se presenta a los sentidos, han adquirido una tendencia a moverse por cuenta propia, tales objetos aparecen estrechamente conectados entre sí, y el pensamiento se desliza fácilmente entre ellos, sin esfuerzo y sin interrupción. Se corresponden con la senda natural del pensamiento; y así como las ideas que representan ese curso de las cosas parecen presentarse mutuamente, y cada pensamiento parece convocado por el precedente y convocar a su vez al subsiguiente, entonces, cuando los objetos mismos tienen lugar, cada último hecho, de la misma forma, parece presentado por el anterior y presentar el ulterior. No hay ruptura, ni parada, ni brecha, ni intervalo. Las ideas provocadas por una ordenación tan coherente de las cosas parecen, por así decirlo, flotar a través de la mente de forma espontánea, sin obligarla a ejercitarse ni a realizar ningún esfuerzo para pasar de una a otra.

Si este nexo habitual se interrumpe, si uno o más objetos figuran en un orden muy diverso de aquel al que el pensamiento se ha acostum-

brado, y para el que está preparado, lo que ocurre es todo lo contrario. Nos sorprende primero lo inesperado de la aparición nueva, y una vez que esa emoción momentánea queda atrás, nos preguntamos cómo pudo suceder en ese lugar. La imaginación ya no siente la facilidad usual del paso de un hecho que va antes al que va después. Se trata de una ordenación o ley de sucesión a la que no está acostumbrada, y a la que por ello encuentra difícil seguir o entender. La mente se detiene e interrumpe en el curso o movimiento natural conforme al cual estaba procediendo; los hechos se sitúan distantes; ella procura agruparlos pero ellos rechazan la unificación; ella siente, o imagina que siente, algo como una brecha o intervalo entre ellos. Titubea y, por así decirlo, aguarda en el margen de dicho intervalo; procura encontrar algo para rellenar la brecha, algo que, como un puente, pueda unir esos objetos distantes de forma tal que el pasaje del pensamiento entre ellos sea suave, natural y sencillo. El supuesto de una cadena de hechos intermedios, aunque invisibles, que se suceden unos a otros en un curso análogo a aquel en el cual la imaginación estaba habituada a moverse, y que enlaza dos apariencias desunidas, es el único medio por el que el pensamiento puede llenar el intervalo, es el único puente que, si cabe expresarlo así, puede suavizar el paso de un objeto al otro. Así, cuando observamos el movimiento del hierro, como consecuencia del del imán, miramos y vacilamos, y sentimos una falta de conexión entre dos acaecimientos que se siguen en un curso tan inusual. Pero cuando, con Descartes, pensamos que hay ciertos efluvios invisibles que circulan en torno a uno de ellos, y que por sus repetidos impulsos fuerzan al otro a desplazarse hacia el primero y seguir sus movimientos, llenamos el intervalo entre ellos, los juntamos con una especie de puente, y así eliminamos la vacilación y dificultad que afrontaba la imaginación para pasar de uno a otro. Que el hierro deba ir tras el imán parece, bajo esta hipótesis, conforme en alguna medida con el curso normal de las cosas. El movimiento después de un impulso es un orden de sucesión que nos resulta de lo más familiar. Dos objetos que están así conectados ya no parecen desunidos, y el pensamiento fluye suave y fácilmente entre ellos.

Tal la naturaleza de esta segunda especie de asombro, que surge a partir de una sucesión inusual de cosas. El obstáculo que se erige así ante el camino de la imaginación, la dificultad con que tropieza para pasar entre objetos tan desunidos, y la sensación de una suerte de bre-

cha o intervalo entre ellos, constituye toda la esencia de esta emoción. Una vez descubierta nítidamente una cadena de conexión con hechos intermedios, se desvanece por completo. Lo que obstruía el curso de la imaginación es entonces eliminado. ¿A quién asombran los mecanismos de un teatro de la ópera después de haber podido ver lo que sucede detrás del escenario? Pero en las maravillas de la naturaleza rara vez podemos descubrir de modo tan transparente dicha cadena de conexión. En verdad, sólo en muy pocas hemos sido admitidos detrás del escenario como para que nuestro asombro finalice totalmente. Así, los eclipses del Sol y la Luna, que en un tiempo, aún más que todas las apariencias de los cielos, despertaron el terror y el pasmo de la humanidad, ya no parecen maravillosos, puesto que se ha encontrado la cadena de conexión que los vincula al curso ordinario de las cosas. Más aún, en los casos en que hemos tenido menos éxito, incluso las vagas hipótesis de Descartes, y las aún más indeterminadas nociones de Aristóteles, han contribuido, con las que las han seguido, a otorgar alguna coherencia a los fenómenos de la naturaleza, y a atenuar el asombro, aunque no hayan podido destruirlo. Si no han rellenado plenamente el intervalo entre los dos objetos separados, al menos les han conferido una suerte de débil nexo del que antes carecían.

El que el pensamiento experimenta una dificultad genuina para pasar entre dos hechos que se siguen en un orden poco común puede ser confirmado por numerosas observaciones obvias. Si pretende seguir después de un cierto lapso a una serie prolongada de este tipo, el esfuerzo continuado que deberá realizar para pasar de un objeto a otro y acompañar así la evolución de la sucesión, pronto lo fatigará y, si se repite con demasiada frecuencia, alterará y desarticulará todo el conjunto. Así sucede que una aplicación demasiado severa al estudio a veces desemboca en la locura y el delirio, especialmente en personas de edad avanzada pero cuyas imaginaciones, al haber empezado tarde a ejercitarse, no han adquirido los hábitos que las predisponen para seguir con facilidad los razonamientos de las ciencias abstractas. Cualquier paso de una demostración, que para un practicante veterano resulta natural y sencillo, requiere de esas personas la más intensa aplicación intelectual. Espoleados, empero, por la ambición o la admiración ante el asunto, prosiguen hasta que se ven primero confundidos, después aturdidos, y finalmente frenéticos. Podemos concebir el caso de un individuo del juicio más sólido, que ha llegado a la madurez, y cuya imaginación ha

adquirido esos hábitos y contornos que la constitución de las cosas en este mundo necesariamente le imprime, que se vea de improviso transportado vivo a otro planeta, donde la naturaleza es gobernada por leyes bien diferentes de las que rigen aquí; como se vería continuamente obligado a seguir unos eventos que a su juicio serían sumamente chocantes, irregulares y disonantes, pronto experimentaría la misma confusión y desconcierto que desembocarían finalmente, del mismo modo, en la locura y el delirio. Para generar este efecto no es necesario que los objetos en sí mismos sean notables, interesantes o poco comunes. Basta con que se sucedan en un orden infrecuente. Si alguien intenta contemplar un juego de naipes y seguir atentamente cada jugada, sin conocer la naturaleza y las reglas del juego, esto es, sin saber las leyes que regulan la sucesión de las cartas, entonces pronto se verá sumido en la misma confusión y aturdimiento que, si el proceso continúa durante días y meses, terminarán de igual forma en la insania y el frenesí. Pero si la mente se ve así arrebatada en el desorden más violento al atender a una serie prolongada de hechos que se suceden en una ordenación poco común, deberá sentir un cierto grado del mismo desorden incluso cuando observa un solo hecho que tiene lugar de esa manera inusual, puesto que la perturbación violenta no puede surgir de nada que no sea la repetición demasiado frecuente de esa pequeña zozobra.

No es menos evidente que lo que ocasiona la detención e interrupción en el desarrollo de la imaginación es ese carácter inusual de la sucesión, así como la noción de un intervalo entre dos objetos que se suceden inmediatamente, y que hay que rellenar con alguna cadena de hechos intermedios. Los mismos órdenes de sucesión que a un conjunto de personas semejan plenamente conformes con el curso natural de las cosas, de forma que su vinculación no requiere ningún hecho intermedio, a otro conjunto le parecerá totalmente incoherente y discorde, salvo que se supongan dichos hechos intermedios. Esto sólo se debe a que los órdenes de sucesión son familiares para un conjunto y extraños para el otro. Cuando entramos en los talleres de los artesanos más conocidos, como los tintoreros, los cerveceros, los destiladores, observamos un número de fenómenos que se nos presentan en un orden que nos resulta extremadamente extraño y asombroso. Nuestro intelecto no puede seguir ese orden con facilidad, sentimos que hay un intervalo entre cualquier par de hechos, y necesitamos alguna cadena de eventos intermedios para cubrirlo y poder así vincularlos. Pero el artesano, que

durante muchos años se ha familiarizado con las consecuencias de todas las operaciones de su oficio, no detecta intervalo alguno. Las cosas ocurren dentro de lo que la costumbre ha hecho que sea la marcha natural de su pensamiento; ya no provocan su asombro, y si no posee un genio superior al de su profesión, de forma tal de ser capaz de realizar la simple reflexión de que esas cosas pueden ser familiares para él pero extrañas para nosotros, estará más predispuesto a reírse de nuestro pasmo que a simpatizar con él. No puede concebir que se precisen acontecimientos conjuntivos para vincular esos fenómenos, que a su juicio se suceden mutuamente con toda naturalidad. Nos dice que está en su naturaleza el sucederse de tal modo, y por consiguiente siempre lo hacen así. Como el pan ha sido, desde el comienzo del mundo, el alimento más común del cuerpo humano, y las personas lo han visto durante tanto tiempo, cada día, convertido en carne y huesos, sustancias en todos los aspectos tan disímiles del pan, rara vez han tenido la curiosidad de analizar mediante qué proceso de hechos intermedios sobreviene dicha conversión. El paso del intelecto de un objeto a otro se ha vuelto gracias a la costumbre tan fluido y sencillo que casi prescinde del supuesto de dicho proceso. Es cierto que los filósofos, que a menudo buscan una cadena de objetos invisibles que permita enlazar dos hechos que ocurren en un orden familiar a todos, han procurado descubrir una cadena de este tipo entre los dos hechos que acabo de mencionar; del mismo modo en que han intentado merced a una cadena intermedia similar conectar la gravedad, la elasticidad e incluso la cohesión de los cuerpos naturales con algunas de sus otras cualidades. Todas estas combinaciones de hechos, empero, no obstaculizan la imaginación del grueso de la humanidad, porque no despiertan asombro alguno, ni ninguna aprensión porque falte un nexo estrecho entre ellos. Pero como hay sonidos que para la mayoría de las personas parecen conformes al compás y la armonía, y sin embargo el más fino oído de un músico descubrirá que les falta tanto el ritmo exacto como los acordes perfectos, así el intelecto más entrenado del filósofo, que se ha pasado toda la vida estudiando los principios de conexión de la naturaleza, muchas veces percibirá un intervalo entre dos objetos que para los observadores más descuidados parecerán estrictamente vinculados. Por haber prestado una prolongada atención a todos los nexos que han podido presentarse a su observación, por haberlos comparado asiduamente uno con el otro, ha adquirido, igual que el músico, un oído más fino, por así de-

cirlo, y una percepción más delicada con respecto a las cosas de esa naturaleza. Y así como para uno puede parecer disonante una música que no alcanza la armonía más perfecta, para el otro unos hechos parecen totalmente separados y desunidos cuando no llegan a la conexión más estricta y perfecta.

La filosofía es la ciencia de los principios conectivos de la naturaleza. Tras la máxima experiencia que la observación habitual pueda acumular, en la naturaleza parecen proliferar los hechos solitarios e incoherentes con todo lo que los precede, y que por ende perturban el movimiento cómodo del pensamiento; que hacen que sus ideas se sucedan en saltos y corcovos irregulares, por así decirlo; y que tiende de esta manera a introducir las confusiones y desórdenes ya mencionados. La filosofía, al exponer las cadenas invisibles que conectan todos esos objetos dislocados, pretende traer el orden a este caos de apariencias discordes y chirriantes, apaciguar el tumulto en la imaginación y restaurar en ella, cuando revisa los grandes cambios del universo, el tono de tranquilidad y compostura que le es al tiempo más grato de por sí y más conforme a su naturaleza. La filosofía, en consecuencia, puede ser considerada como una de las artes que se dirigen a la imaginación, y cuya teoría e historia caen por ello propiamente dentro del ámbito de nuestra investigación. Intentemos rastrearla, desde sus primeros orígenes hasta la cumbre de perfección que se supone ha conquistado en el presente y a la que, en realidad, se supuso casi siempre en el pasado que ya había arribado. Es la más sublime de todas las artes agradables y sus revoluciones han sido las más grandes, las más frecuentes y las más distinguidas de todas las que han ocurrido en el mundo del saber. Por ello, su historia debe ser desde todos los puntos de vista la más entretenida e instructiva. Examinemos, entonces, los diferentes sistemas de la naturaleza que en estas partes occidentales del mundo, las únicas partes donde sabemos algo de su historia, han sido adoptados sucesivamente por las personas sabias e ingeniosas; y, sin considerar su absurdo o verosimilitud, su acuerdo o incompatibilidad con la verdad y la realidad, estudiémoslos sólo desde el enfoque particular que corresponde a nuestro tema, y limitémonos a investigar el grado en que cada uno de ellos estaba preparado para aliviar la imaginación, para transformar el teatro del mundo en un espectáculo más coherente y por ello más magnífico de lo que podría haber parecido en otro caso. Según lo hayan conseguido o no, habrán sistemáticamente logrado reputación y reconoci-

miento para sus autores o no; y se verá que ésta es la clave que mejor puede conducirnos a través de todos los laberintos de la historia filosófica; al tiempo sirve para confirmar lo que ha sucedido antes y arrojar luz sobre lo que puede venir después; y podemos observar en general que no hay sistema, por mejor fundamentado que haya estado en otros aspectos, que haya podido cosechar un crédito amplio en el mundo si sus principios conectivos no resultaban familiares a toda la humanidad. ¿Por qué la filosofía química en todas las épocas ha avanzado en la oscuridad y ha sido tan desatendida por la generalidad de los hombres, mientras que otros sistemas menos útiles y no más compatibles con la experiencia han ostentado una admiración universal durante siglos enteros? Los principios conectivos de la filosofía química son tales que la generalidad de los hombres no saben sobre ellos nada en absoluto, rara vez los han percibido y nunca los han conocido; para ellos, por tanto, no pueden facilitar el paso del pensamiento entre dos objetos aparentemente desarticulados. Las sales, los sulfuros y los mercurios, los ácidos y los alcalinos, son principios que sólo pueden allanar los caminos de quienes viven alrededor de los hornos, pero cuyas operaciones más comunes parecerán al grueso de la humanidad tan desunidas como cualquier par de hechos que los químicos puedan conectar gracias a ellos. Los artesanos, empero, se explicaron naturalmente las cosas a sí mismos por medio de principios que les resultaban familiares. Aristóteles observa que los primeros pitagóricos, que iniciaron los estudios de la aritmética, explicaban todas las cosas por las propiedades de los números; y Cicerón relata que Aristógenes, el músico, pensaba que la naturaleza del alma consistía en la armonía. Del mismo modo, un competente médico ha expuesto recientemente un sistema de filosofía moral basado en los principios de su propio arte, en el que la sabiduría y la virtud forman el estado saludable del alma; los diversos vicios y desatinos son las enfermedades a las que se ve sujeta; las causas y síntomas de tales enfermedades son investigadas y, en el mismo estilo médico, se prescribe un método apropiado de curación. Análogamente también otros han trazado paralelos entre la pintura y la poesía, la poesía y la música, la música y la arquitectura, la belleza y la virtud, en todas las bellas artes; estos sistemas se han derivado siempre de las elucubraciones de quienes conocían una de las artes pero ignoraban la otra, y que por ello interpretaban los fenómenos del arte que les era extraño recurriendo a los del arte que les era familiar; en ellos, por tal razón, la ana-

logía, que en otros autores da pie a unas pocas comparaciones ingeniosas, se vuelve el gran gozne sobre el que todo gira.

SECCIÓN III
DEL ORIGEN DE LA FILOSOFÍA

En las primeras etapas de la sociedad, antes del establecimiento de la ley, el orden y la seguridad, los seres humanos tienen una escasa curiosidad para descubrir las cadenas ocultas de hechos que enlazan las aparentemente desunidas apariencias de la naturaleza. Un salvaje, cuya subsistencia es precaria y cuya vida está expuesta cada día a los peligros más brutales, no tiene propensión alguna a entretenerse buscando aquello que si encontrado no parece servir a ningún otro propósito que el hacer en su imaginación que el teatro de la naturaleza sea un espectáculo más coherente. Muchas de las pequeñas inconsistencias en el curso de las cosas, que dejan perplejos a los filósofos, escapan totalmente a su atención. Las irregularidades más magníficas, cuya grandiosidad no puede pasar por alto, lo dejan atónito. Cometas, eclipses, truenos, relámpagos y otros meteoros, por su magnitud, naturalmente lo intimidan, y los contempla con una reverencia cercana al temor. Su inexperiencia e incertidumbre en todo respecto a ellos, cómo han empezado, cómo terminarán, qué vino antes, qué vendrá después, exasperan su sentimiento hasta el terror y la consternación. Pero todas nuestras pasiones, como observó el padre Malebranche, se justifican a sí mismas, esto es, nos sugieren opiniones que las justifican. Como tales apariencias lo aterrorizan, está por ello dispuesto a creer sobre ellas cualquier cosa que las vuelva aún más los objetos de su pánico. La noción que más puede acrecentar esta pasión es que proceden de unas causas inteligentes, aunque invisibles, de cuya venganza y descontento son signos o consecuencias; de ahí que es la que más tiende a creer. A ello lo predispone aún más la cobardía y pusilanimidad tan naturales en el hombre en su estado incivilizado; desprotegido de las leyes de la sociedad, expuesto, indefenso, percibe su debilidad en todas las ocasiones, y su fuerza y seguridad en ninguna.

Pero no todas las irregularidades de la naturaleza asumen este carácter intimidatorio y terrible. Algunas son perfectamente hermosas y gratas. Ellas, por ende, dada la misma impotencia intelectual, serán

contempladas con amor y complacencia, e incluso con raptos de gratitud, puesto que todo lo que causa placer suscita naturalmente agradecimiento. El niño acaricia la fruta que le es agradable, y golpea la piedra que lo hiere. Las nociones de un salvaje no son muy distintas. Los antiguos atenienses, que solemnemente castigaban al hacha que había sido la causa accidental de la muerte de un hombre, erigían altares y ofrecían sacrificios al arco iris. Sentimientos no muy diferentes a éstos pueden a veces, en tales ocasiones, empezar a animarse en los pechos de las personas más civilizadas, pero al poco tiempo son reprimidos por la reflexión de que esas cosas no constituyen sus objetos apropiados. Para un salvaje, sin embargo, cuyas nociones son totalmente guiadas por la naturaleza y las pasiones indómitas, la prueba de que una cosa es el objeto apropiado de cualquier sentimiento es que lo excita. La reverencia y gratitud que le inspiran algunas de las apariencias de la naturaleza lo convencen de que son objetos apropiados para la reverencia y la gratitud, y por tanto proceden de unos seres inteligentes, que se complacen en las expresiones de esos sentimientos. Para él, entonces, cualquier objeto de la naturaleza que por su belleza o grandiosidad, su utilidad o perjuicio, sea lo suficientemente considerable como para llamar la atención, y cuyas operaciones no sean perfectamente regulares, supuestamente actúa dirigido por un poder invisible y deliberado. El mar se despliega en calma o se agita en una tormenta conforme a la voluntad de Neptuno. ¿Produce la tierra una exuberante cosecha? Se debe a la indulgencia de Ceres. ¿Rinden los viñedos una abundante vendimia? Eso fluye de la generosidad de Baco. ¿Rehúsa alguno de ellos sus dones? Ello es atribuido al disgusto de esas deidades ofendidas. El árbol, que ahora florece y ahora se marchita, es habitado por una dríada, cuya salud o enfermedad marcan su aspecto. La fuente, que mana con una corriente a veces copiosa y a veces magra, que aparece en unas ocasiones clara y límpida, y en otras barrosa y revuelta, se ve afectada en todos sus cambios por la náyade que en ella reside. De ahí el origen del politeísmo, y de la superstición vulgar que adscribe todos los acontecimientos irregulares de la naturaleza al favor o disfavor de seres inteligentes aunque invisibles: dioses, demonios, brujas, genios, hadas. Cabe apuntar que en todas las religiones politeístas, entre los salvajes y también en los primeros estadios de la antigüedad pagana, son sólo los hechos irregulares de la naturaleza los que son atribuidos a la obra y poder de sus dioses. El fuego quema, el agua refresca, los cuerpos pesados

caen y las sustancias livianas se elevan, por necesidad de su propia naturaleza; nunca se pensó que la mano invisible de Júpiter intervenía en tales asuntos. Pero truenos y relámpagos, tormentas y el brillo del sol, hechos más irregulares, eran adscritos a su agrado o su ira. El ser humano, el único poder deliberado que conocían, nunca actúa si no es para interrumpir o alterar el curso que los hechos naturales adoptarían si fueran dejados a sí mismos. Naturalmente supusieron que esos otros seres inteligentes, imaginados pero no conocidos, actuaban de la misma forma, no se dedicaban a sostener el curso ordinario de las cosas, que se desarrollaba por sí mismo, sino a detenerlo, frustrarlo y perturbarlo. Y así, en los primeros tiempos del mundo, la superstición más rastrera y pusilánime ocupó el lugar de la filosofía.

Pero cuando la ley establece el orden y la seguridad, y la subsistencia deja de ser precaria, la curiosidad del ser humano se expande y sus temores se atenúan. El ocio del que entonces disfruta lo vuelve más atento a los fenómenos de la naturaleza, más observador de sus pequeñas irregularidades, y más deseoso de conocer la cadena que las vincula. Las personas necesariamente llegan a la convicción de que existe una cadena así entre todos los fenómenos aparentemente desligados; y la magnanimidad, y jovialidad, que adquieren todas las personalidades generosas educadas en sociedades civilizadas, donde tienen tan pocas ocasiones de percibir sus debilidades, las vuelve menos predispuestas a utilizar en esa cadena conectora a esos seres invisibles engendrados por el temor y la ignorancia de sus primitivos antepasados. Los que gozan de abundante fortuna, que no ocupan mucho su atención ni con el trabajo ni con el placer, no pueden llenar el vacío de su imaginación, tan desembarazada de los asuntos ordinarios de la vida, de otro modo que atendiendo a la sucesión de eventos que transcurre en su derredor. Mientras que pasan revista a los grandes objetos de la naturaleza, ocurren muchas cosas en un orden al que no estaban acostumbrados. Su imaginación, que acompaña con sosiego y deleite el progreso regular de la naturaleza, es obstruida y turbada por esas aparentes incoherencias; ellas provocan su asombro y parecen exigir una cadena de hechos intermedios que, al conectarlas con algo que ha venido antes, pueden así lograr que el curso total del universo sea consistente y armado. El asombro, por ende, y no una expectativa de obtener una ventaja por sus descubrimientos, es el primer principio que empuja a las personas al estudio de la filosofía, de la ciencia que pretende desvelar los nexos ocul-

tos que unen las diversas apariencias de la naturaleza; y abordan dicho estudio por sí mismo, como un placer original o un bien en sí mismo, sin considerar su tendencia a procurarles los medios para alcanzar muchos otros placeres.

Grecia y las colonias griegas en Sicilia, Italia y Asia Menor, fueron los primeros países que, en estas partes occidentales del mundo, arribaron a un estadio de sociedad civilizada. Fue en ellos donde aparecieron los primeros filósofos de cuya doctrina tenemos noticias claras. Es verdad que la ley y el orden habían sido establecidos en las grandes monarquías de Asia y Egipto mucho antes de existir en Grecia; no obstante, después de todo lo que se ha dicho sobre la educación de los caldeos y los egipcios, si hubo alguna vez en esas naciones algo que mereciese el nombre de ciencia, o si ese despotismo que es más destructivo de la seguridad y el ocio que la propia anarquía, y que predominó en todo Oriente, impidió el desarrollo de la filosofía, es una cuestión que por falta de documentación suficiente no puede ser determinada con ningún grado de precisión.

Las colonias griegas se instalaron entre naciones o bien totalmente bárbaras o bien totalmente pacíficas; por consiguiente, pronto adquirieron sobre ellas una vasta autoridad; y por tal razón llegaron a un nivel considerable de imperio y opulencia antes de que cualquier Estado en la metrópoli hubiese superado esa pobreza extrema que, al no dejar lugar para ninguna distinción clara entre rangos, necesariamente viene acompañada de la confusión y el desgobierno que se derivan de una falta de toda subordinación formal. Las islas griegas, a salvo de la invasión de ejércitos de tierra o de fuerzas navales, que en esos tiempos eran prácticamente desconocidas, llegaron también por ese motivo antes que el continente a todos los grados de urbanidad y progreso. Así, los primeros filósofos y los primeros poetas fueron todos nativos de las colonias o las islas. Allí nacieron Homero, Arquíloco, Estesícoro, Simónides, Safo, Anacreonte. Los fundadores de las primeras escuelas filosóficas, Tales y Pitágoras, provinieron el uno de una colonia asiática y el otro de una isla; y ninguno de ellos estableció su escuela en la madre patria.

Cuál era el sistema particular de cualquiera de estos dos filósofos, o si su doctrina estaba tan metodizada como para merecer el nombre de sistema, es imposible de determinar, dada la imperfección y la incertidumbre de todas las tradiciones que nos han llegado con respecto a

ellos. Parece, empero, que la escuela de Pitágoras avanzó en el estudio de los principios conectivos de la naturaleza más que la del filósofo jónico. Las noticias que tenemos de Anaximandro, Anaxímenes, Anaxágoras, Arquelao, los sucesores de Tales, nos muestran las doctrinas de esos sabios plagadas de las confusiones más inextricables. No obstante algo parecido a un sistema compuesto y ordenado puede ser conjeturado a partir de lo que nos ha llegado de la doctrina de Empédocles, Arquitas, Timeo y Ocelo Lucano, los más renombrados filósofos de la escuela italiana. Las opiniones de los dos últimos coinciden bastante, una con las de Platón y la otra con las de Aristóteles; tampoco las de los dos primeros difieren apreciablemente, siendo el primero el autor de la doctrina de los cuatro elementos, y el otro el inventor de las categorías, y que por tanto pueden ser considerados como los fundadores de la antigua física el uno, y de la antigua dialéctica el otro; su estrecha conexión será explicada más adelante. Pero la filosofía sólo recibió en la escuela de Sócrates, a partir de Platón y Aristóteles, la forma que la presentó, por así decirlo, para que la conociera todo el mundo. En consecuencia, empezaremos a detallar su historia a partir de ellos. Lo que había de valioso en los sistemas anteriores, lo que era coherente con sus principios generales, ellos lo consolidaron en sus propios sistemas. No he sido capaz de descubrir si derivaron algo de la filosofía jónica. De la escuela pitagórica tanto Platón como Aristóteles obtuvieron los principios fundamentales de virtualmente todas sus doctrinas. Platón, además, derivó algo de otras dos sectas de filósofos, cuya extrema oscuridad parece que les impidió a ellos mismos adquirir una reputación amplia: una es la de Cratilo y Heráclito; y la otra la de Jenófanes, Parménides, Meliso y Zenón. Pretender rescatar el sistema de cualquiera de esos sabios presocráticos del olvido que actualmente los cubre sería un intento vano e inútil. Lo que de ellos se ha obtenido, en cambio, lo iremos destacando ocasionalmente.

Hubo otra escuela filosófica anterior a Platón, pero de la que no sólo no tomó nada sino que orientó toda la fuerza de su razón a desacreditarla y desenmascarar sus principios. Fue la escuela de Leucipo, Demócrito y Protágoras, que en consecuencia parece haber quedado sometida a su elocuencia, y yació aletargada, olvidada durante algunas generaciones, hasta que después tuvo más éxito cuando fue reanimada por Epicuro.

Sección IV
La historia de la astronomía

De todos los fenómenos de la naturaleza, las apariencias celestes son, por su grandiosidad y belleza, los objetos más universales de la curiosidad humana. Quienes apenas estudiaron los cielos con descuidada atención necesariamente distinguieron en ellos tres clases de objetos diferentes: el Sol, la Luna y las estrellas. Estas últimas aparecen siempre en la misma posición y giran cada día en torno a la Tierra en círculos paralelos, que se amplían gradualmente desde los polos hasta el Ecuador, con lo que naturalmente se pensó que mostraban todas las señales de estar fijas, como si fueran otras tantas gemas en el lado cóncavo del firmamento, y que las rotaciones diurnas de ese cuerpo sólido las transportaban; pues pronto se pensó que el cielo azur donde parecen flotar las estrellas, dada la uniformidad de sus movimientos aparentes, era un cuerpo sólido, el techo o pared exterior del universo, en cuyo lado interior estaban pegados esos pequeños objetos resplandecientes.

Como la Luna y el Sol cambian reiteradamente su distancia y situación con respecto a los demás cuerpos celestes, no cabía concebir que estaban enganchados en la misma esfera que éstos. Se les asignó, por tanto, una esfera propia a cada uno; esto es, se supuso que cada uno estaba fijado en el lado cóncavo de un cuerpo sólido y transparente, cuyas vueltas lo transportaban en torno a la Tierra. Es verdad que en este caso no había el mismo fundamento para suponer una esfera de ese tipo que en el caso de las estrellas fijas, puesto que ni el Sol ni la Luna parecen mantener siempre la misma distancia con respecto a ninguno de los demás cuerpos celestes. Pero como el movimiento de las estrellas había sido explicado por una hipótesis de esa clase, el interpretar del mismo modo el del Sol y la Luna hacía que la teoría de los cielos fuera más uniforme. La esfera del Sol fue ubicada por encima de la de la Luna, porque se observaba nítidamente que en los eclipses la Luna pasaba entre el Sol y la Tierra. Se supuso que cada uno tornaba merced a un movimiento propio, y que al mismo tiempo era afectado por la marcha de las estrellas fijas. Así, el Sol era transportado de Este a Oeste por la moción comunicada de esta esfera exterior, que producía sus giros diurnos, y las vicisitudes del día y la noche; pero al mismo tiempo el Sol poseía movilidad propia, de Oeste a Este, lo que daba lugar a su vuelta anual y al desplazamiento continuo de su posición con

respecto a las estrellas fijas. Se pensó que este movimiento era más sencillo cuando tenía lugar de lado y no en oposición directa al curso de la esfera exterior, lo que ocasionaba la inclinación del eje de la esfera del Sol con relación a la esfera de las estrellas fijas; esto producía la oblicuidad de la Eclíptica y los cambios consiguientes en las estaciones. La Luna, al estar situada en una esfera inferior a la del Sol, tenía un curso más corto que recorrer y además no se veía obstruida por un movimiento en sentido contrario de la esfera de las estrellas fijas, de las que estaba aún más lejos. Culminaba su período, por ende, en un tiempo más breve, y sólo necesitaba un mes para completarlo, en vez de un año.

Cuando algunas personas observaron más atentamente las estrellas, vieron que algunas de ellas eran menos constantes y uniformes que el resto en sus evoluciones, y que cambiaban sus posiciones con relación a los otros cuerpos celestes; circulaban en general hacia el Este, pero a veces parecían detenerse y otras veces incluso se movían hacia el Oeste. Fueron distinguidas, hasta cinco de ellas, con el nombre de planetas, o estrellas errantes, y marcadas con los apelativos de Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio. Como, al igual que el Sol y la Luna, parecían acompañar el movimiento de las estrellas fijas de Este a Oeste, pero poseer al mismo tiempo una movilidad propia, generalmente de Oeste a Este, se pensó que, como aquellas dos grandes lámparas del cielo, estaban fijadas en el interior de una esfera sólida, cóncava y transparente, que tenía una evolución propia, que era casi directamente la contraria a la del cielo exterior, pero que al mismo tiempo era impulsada por la violencia y rapidez superiores de esta última.

Tal el sistema de las esferas concéntricas, el primer sistema formal de astronomía que conoció el mundo, según fue enseñado por la escuela italiana antes de que Aristóteles y dos filósofos contemporáneos suyos, Eudoxio y Calipo, le confirieran toda la perfección que es capaz de recibir. Aunque rudo y sencillo, puede conectar en la imaginación las más grandiosas y aparentemente desvinculadas apariencias de los cielos. Los desplazamientos de los objetos más notables de las regiones celestes, el Sol, la Luna y las estrellas fijas, quedan por esta hipótesis suficientemente conectados entre sí. Los eclipses de esos dos grandes astros, aunque no son fácilmente calculados, son explicados por este sistema antiguo tan simplemente como por el moderno. Cuando aquellos filósofos primitivos exponían ante sus discípulos las muy sencillas causas de tan tremendos fenómenos, lo hacían bajo la confirmación del

secreto más sagrado, para evitar la furia de la gente y no incurrir en la imputación de impiedad, al arrebatar a los dioses la dirección de esos eventos, concebidos como las señales más terribles de su inminente venganza. La oblicuidad de la Eclíptica, los cambios consecuentes en las estaciones, las vicisitudes del día y la noche, y las diferentes extensiones tanto del día como de la noche en las diversas estaciones, se corresponden, con bastante exactitud, con esta antigua doctrina. Y si no hubiese habido nada más para descubrir en los cielos, salvo el Sol, la Luna y las estrellas fijas, esta vieja hipótesis habría resistido el análisis de todos los tiempos y habría llegado triunfante a la más remota posteridad.

Si ganó el crédito de la humanidad por su razonabilidad, atrajo su asombro y admiración, sentimientos que afianzaron aún más su creencia, gracias a la novedad y la belleza de la visión de la naturaleza que presentó al pensamiento. Antes de que este sistema fuera enseñado en el mundo, la Tierra era concebida tal como aparece a la vista: una planicie vasta, tosca e irregular, base y fundamento del universo, rodeada por todos lados por el océano, y cuyas raíces se extendían por toda la infinita profundidad que yacía debajo. El cielo era considerado como un hemisferio sólido, que cubría la Tierra y se unía con el océano en la extremidad del horizonte. El Sol, la Luna y todos los cuerpos celestes salían desde el océano oriental, trepaban por el lado convexo de los cielos y descendían hacia el océano occidental; de ahí, por unos pasajes subterráneos, regresaban a sus aposentos originales en el Este. Tal noción no se limitaba al pueblo o a los poetas que retrataban las opiniones populares; era defendida por Jenófanes, el fundador de la filosofía eleática, la primera que apareció en Grecia después de las escuelas jónica e italiana. Tales de Mileto, asimismo, que según Aristóteles representaba a la Tierra como flotando en un inmenso océano, pudo haber sido casi de la misma opinión, a pesar de lo que nos cuentan Plutarco y Apuleyo sobre sus descubrimientos astronómicos, puesto que todos ellos evidentemente corresponden a una fecha muy posterior. A quienes no tenían ninguna otra idea acerca de la naturaleza aparte de la que derivaron de una explicación tan confusa, les debió resultar muy aceptable el sistema que representaba la Tierra como separada entre tierra y agua, equilibrada y suspendida en el centro del universo, rodeada por los elementos aire y éter, y cubierta por ocho esferas pulcras y cristalinas, cada una de las cuales venía marcada con uno o más cuerpos her-

mosos y luminosos, y todo eso giraba en torno a un centro común merced a desplazamientos diversos pero ecuables y proporcionales. Parece que fue la belleza de este sistema lo que dio a Platón la idea de algo como una proporción armónica, que había que descubrir en las mociones y distancias de los cuerpos celestes; y lo que sugirió a los primeros pitagóricos la famosa fantasía de la música de las esferas: una idea alocada y romántica, pero que no deja de tener su correspondencia con la admiración que un sistema tan bello, recomendado además por las gracias de la novedad, tiende a inspirar.

Los defectos que subyacen a esta interpretación de las cosas son tales que no era fácil que los primeros observadores de los cielos los detectaran. Si todos los desplazamientos de los cinco planetas no pueden ser conectados por ella, al menos la mayor parte de ellos sí pueden serlo, y fácilmente; tanto ellos como sus evoluciones constituyen los objetos menos destacables de los cielos; la mayor parte de los seres humanos no los advierte en absoluto, y a su juicio un sistema cuya única deficiencia estriba en la explicación de los mismos no puede quedar muy desacreditado. Si algunas de las apariencias del Sol y la Luna, las marchas a veces aceleradas y a veces retardadas de estos astros no encajan bien en el sistema, se trata nuevamente de cosas que no pueden ser descubiertas sino por la observación más prolija, y no podemos maravillarnos, entonces, de que las imaginaciones de los primeros investigadores hayan pasado rápidamente sobre ellas y les hayan prestado poca atención.

Eudoxio, el amigo y oyente de Platón, creyó necesario incrementar el número de las esferas celestes precisamente para remediar esos defectos. Se observa que cada planeta a veces avanza en el curso que le es peculiar, hacia el Este, a veces se retira hacia atrás y a veces se detiene. El suponer que la esfera de los planetas por su propia cuenta, por así decirlo, en unas ocasiones rueda hacia adelante, en otras hacia atrás y en otras no hace nada, resulta contrario a todas las propensiones naturales del pensamiento, que acompaña con desenvoltura y encanto cualquier movimiento regular y ordenado, pero se siente siempre bloqueado e interrumpido si procura seguir uno tan inconexo e incierto. Seguirá naturalmente y por sí mismo el movimiento directo o progresivo de la esfera, pero de cuando en cuando se verá sobresaltado, por así decirlo, y apartado violentamente de su curso natural por las apariciones retrógrada o estacionaria del planeta: la mente percibe una falta de cone-

xión, una brecha o intervalo entre ellas y su evolución habitual, que sólo puede rellenar suponiendo alguna cadena de hechos intermedios que las unan. La hipótesis de un número de otras esferas rotando en los cielos, además de aquellas donde los propios cuerpos luminosos estaban fijados, fue la cadena planteada por Eudoxio. Asignó cuatro de estas esferas a cada uno de los cinco planetas: una en donde giraba el propio cuerpo luminoso, y otras tres más arriba. Cada una de ellas poseía un movimiento regular y constante, pero específico, que se comunicaba con lo que propiamente era la esfera del planeta, y así ocasionaba la diversidad de cursos observable en tales cuerpos. Una de las esferas, por ejemplo, tenía un movimiento oscilatorio, como el péndulo circular de un reloj. Así como cuando usted da vuelta un reloj, como una esfera en torno a su eje, el péndulo, mientras gira con él, continuará oscilando y comunicará a cualquier cuerpo que abarque tanto sus propias oscilaciones como el movimiento circular del reloj, así esa esfera oscilante, girada ella misma por la marcha de la esfera superior, comunicaba a la esfera inferior ese impulso circular, y el suyo propio oscilatorio; el uno producía las rotaciones diarias; el otro, las apariencias directas, estacionarias y retrógradas del planeta, que derivaban de una tercera esfera la vuelta por la cual desarrollaban su período anual. Los desplazamientos de todas estas esferas eran en sí mismos constantes y ecuables, de forma que la imaginación podía con facilidad acompañar y seguir, y conectaban entre sí esa diversidad de mociones observable en la esfera del planeta que en otro caso habría sido incoherente. Las evoluciones del Sol y la Luna eran más regulares que las de los cinco planetas, y Eudoxio pensó que asignándoles tres esferas a cada uno podía conectar toda la diversidad de movimientos que cabría descubrir en cualquiera de ellos. Al ser los cursos de las estrellas fijas perfectamente regulares, juzgó que una esfera resultaba suficiente para todas ellas. Era tan perfectamente uniforme el desplazamiento de las estrellas fijas que creyó que bastaba una esfera para todas. Según su explicación, el número total de las esferas celestes era veintisiete. Calipo, contemporáneo de Eudoxio, aunque algo más joven, comprobó que ese número no era suficiente para conectar la vasta variedad de movimientos que descubrió en esos cuerpos, y lo amplió hasta treinta y cuatro. Aristóteles, tras una investigación aún más cuidadosa, vio que ni siquiera todas esas esferas alcanzarían, y añadió veintidós más, lo que incrementó su número hasta cincuenta y seis. Posteriores observadores descubrieron más movimientos y más

desigualdades en los cielos. Hubo, por tanto, que añadir nuevas esferas al sistema, y algunas de ellas fueron situadas por encima de las estrellas fijas. De tal modo que en el siglo XVI, Fracastoro, conmovido con la elocuencia de Platón y Aristóteles, y con la regularidad y armonía de su sistema, perfectamente hermoso en sí mismo, pero cuya correspondencia con los fenómenos era inexacta, intentó resucitar esta antigua astronomía, que había dejado su lugar tiempo atrás a la de Ptolomeo e Hiparco, y creyó necesario multiplicar el número de las esferas celestes hasta setenta y dos; pero ni siquiera ellas fueron suficientes.

Este sistema se volvió, pues, tan intrincado y complejo como las propias apariencias que su invención pretendió convertir en uniformes y coherentes. La imaginación, por ende, obtuvo merced a una interpretación tan confusa de las cosas un escaso alivio del desconcierto en el que dichos fenómenos la había sumido. Por tal razón, no mucho después de los tiempos de Aristóteles, un nuevo sistema fue inventado por Apolonio, perfeccionado más tarde por Hiparco, y ha llegado hasta nosotros a través de Ptolomeo: el sistema más elaborado de las esferas excéntricas y los epiciclos.

Ellos distinguieron primero en este sistema entre los movimientos real y aparente de los cuerpos celestes. Observaron que estos cuerpos, debido a su inmensa distancia, debían necesariamente aparecer como rotando en círculos concéntricos con el globo terráqueo y recíprocamente, y por ello no podíamos estar seguros de que realmente evolucionaban en tales círculos porque aun si no lo hicieran seguirían teniendo esa apariencia. Mediante el supuesto, entonces, de que el Sol y los demás planetas giraban en círculos, cuyos centros eran muy distantes del centro de la Tierra, y que, por consiguiente, en el curso de su evolución debían a veces acercarse y a veces alejarse de él, y parecer por eso a sus habitantes que se movían en un caso más rápido y en otro más despacio, esos filósofos pensaron que podían explicar las velocidades visiblemente desiguales de todos esos cuerpos.

Supusieron que en la solidez de la esfera de cada uno de los cinco planetas se formaba otra esfera pequeña, llamada epiciclo, que giraba en torno a su propio centro al mismo tiempo que era transportada alrededor del centro de la Tierra por la rotación de la esfera grande, entre cuyos lados cóncavo y convexo estaba encerrada; del mismo modo que podemos suponer una rueda pequeña metida en el círculo exterior de una rueda grande, que gira varias veces sobre su propio eje mientras

su centro es transportado en torno al eje de la rueda grande, ellos imaginaron que podían dar cuenta de las apariciones retrógradas y estacionarias de esos objetos sumamente irregulares de los cielos. Creyeron que el planeta estaba encajado en la circunferencia y giraba en torno al centro de esa esfera pequeña, al tiempo que era transportado alrededor de la Tierra por la circulación de la esfera grande. La evolución de la esfera pequeña o epiciclo era tal que el planeta, cuando estaba en su parte superior, esto es, más lejos y con menos sensibilidad a la vista, era llevado en la misma dirección que el centro del epiciclo, o con la esfera que abarcaba al epiciclo; pero cuando estaba en la parte inferior, esto es, la más cercana y más sensible a la vista, era llevado en una dirección contraria a la del centro del epiciclo; del mismo modo que cualquier punto en la parte superior del círculo exterior de una rueda de un coche gira hacia adelante en la misma dirección que el eje, mientras que cualquier punto en la parte inferior gira hacia atrás en una dirección opuesta a la del eje. El movimiento del planeta, por tanto, visto desde la Tierra parecía directo cuando estaba en la parte superior del epiciclo e inverso cuando estaba en la parte inferior. Cuando descendía de la parte superior a la inferior, o ascendía desde la inferior hasta la superior, necesariamente parecía estar estacionario.

Aunque pudieron así, merced a la excentricidad de la esfera grande, conectar en alguna medida las velocidades desiguales de los cuerpos celestes, y gracias a los giros de la esfera pequeña las apariciones directas, estacionarias e inversas de los planetas, todavía quedaba otra dificultad. Ni la Luna ni los tres planetas superiores aparecen siempre en la misma parte de los cielos cuando se hallan en sus períodos de marcha más lenta, o cuando se supone que están a una distancia mayor de la Tierra. El apogeo, pues, o el punto de la distancia máxima desde la Tierra, en las esferas de cada uno de esos cuerpos, debe poseer un movimiento propio, que lo pueda llevar sucesivamente a través de todos los diferentes puntos de la Eclíptica. Supusieron entonces que mientras la gran esfera excéntrica giraba hacia el Este en torno a su centro, este mismo centro giraba hacia el Oeste en un círculo propio en torno al centro de la Tierra, y así llevaba su apogeo a través de los diversos puntos de la Eclíptica.

Los partidarios de este sistema, con todos estos círculos combinados y confusos, pudieron otorgar un cierto grado de uniformidad a las direcciones reales de los planetas, pero hallaron imposible el ajustar las

velocidades de esas supuestas esferas a los fenómenos de forma tal que la rotación de cualquiera de ellas, observada desde su propio centro, resultara perfectamente ecuable y uniforme. Desde ese punto, el único punto en el que la velocidad de lo que se mueve en círculos puede ser verdaderamente ponderada, seguían pareciendo irregulares e inconstantes, de forma de turbar y confundir la imaginación. Inventaron, en consecuencia, para cada uno un círculo nuevo, llamado el círculo igualador, desde cuyo centro todo parecía perfectamente ecuable, es decir, ajustaron las velocidades de las esferas de manera tal que, aunque la evolución de cada una fuese irregular vista desde su propio centro, hubiese no obstante un punto comprendido en su circunferencia desde el cual sus movimientos parecería intersectar en tiempos iguales porciones iguales del círculo del que dicho punto era el centro.

La invención de este círculo igualador demuestra, de forma más evidente que cualquier cosa, que el objetivo último de la filosofía es el reposo y la tranquilidad del pensamiento. Las mociones de los cuerpos celestes habían parecido inconstantes e irregulares, tanto en sus velocidades como en sus direcciones. Era, pues, algo que tendía a desconcertar y confundir la imaginación siempre que intentara analizarlos. La invención de las esferas excéntricas o epiciclos y de la rotación de los centros de las esferas excéntricas tendió a mitigar esta confusión, a conectar esas apariencias desunidas y a introducir armonía y orden en la concepción mental de los movimientos de dichos cuerpos. Lo logró, pero sólo imperfectamente; introdujo uniformidad y coherencia en sus direcciones reales, pero sus velocidades, cuando eran analizadas desde el único punto desde el que cabe evaluar la velocidad de lo que se mueve en círculos, el centro del círculo, seguían siendo en alguna medida inconstantes como antes, y todavía, por ende, turbaban el pensamiento. La mente halló algún alivio a esta inquietud cuando concibió que por más irregulares que pudiesen aparecer los movimientos de esos círculos cuando eran observados desde sus propios centros, había empero en cada uno de ellos un punto desde el cual sus rotaciones aparecerían perfectamente ecuables y uniformes, y que la imaginación podía seguir con facilidad. Esos filósofos se transportaron en la imaginación hasta los centros de tales círculos imaginarios, y se complacieron estudiando desde allí todos esos movimientos fantásticos dispuestos conforme a esa armonía y orden que todas sus investigaciones habían tenido como objetivo el conferirles. Allí por fin disfrutaron de la tranquilidad y repo-

so que habían perseguido a través de los laberintos de tan intrincada hipótesis, y allí contemplaron la más hermosa y magnífica parte del gran teatro de la naturaleza, dispuesta y construida de manera tal que podían seguir con comodidad y deleite todas las evoluciones y cambios que en ella ocurrían.

Los sistemas de las esferas concéntricas y excéntricas fueron los dos sistemas astronómicos que obtuvieron más crédito y reputación en aquella sección del mundo antiguo que destacó en su dedicación al estudio de los cielos. Pero Cleanto y los demás filósofos de la escuela estoica que le siguieron defendieron un sistema propio, que difería bastante de cualquiera de los otros dos. Sin embargo, aunque fueron justamente renombrados por su destreza dialéctica y por la seguridad y sublimidad de sus doctrinas morales, estos sabios nunca gozaron de una elevada reputación por su conocimiento de los cielos, y ni uno solo de ellos figura en el catálogo de los grandes astrónomos y observadores de las estrellas de la antigüedad. Rechazaron la doctrina de las esferas sólidas y sostuvieron que las regiones celestes estaban llenas de un fluido éter de naturaleza tan dúctil como para poder llevar por una marcha propia cuerpos tan inmensamente grandes como el Sol, la Luna y los cinco planetas. Ellos, por tanto, así como las estrellas fijas, no derivaban su moción del cuerpo circundante sino que cada uno tenía en sí mismo un principio motriz vital propio, que lo impulsaba a moverse con una velocidad peculiar y una dirección específica propia. Por este principio interno las estrellas fijas rotaban directamente de Este a Oeste en círculos paralelos al Ecuador y mayores o menores según su lejanía o cercanía a los polos, y con velocidades tan proporcionadas que cada una culminaba su período diurno en el mismo tiempo, en algo menos de veintitrés horas y cincuenta y seis minutos. Por un principio del mismo tipo el Sol se movía hacia el Oeste —pues ellos no admitían ningún movimiento hacia el Este en los cielos— pero a menor velocidad que las estrellas fijas, con lo que completaba su período diurno en veinticuatro horas y, por consiguiente, caía detrás de ellas todos los días, con un espacio en los cielos casi igual al que recorre en cuatro minutos, esto es, casi igual a un grado. Esta evolución del Sol, además, no era ni directamente hacia el Oeste ni exactamente circular, sino que después del solsticio de verano su movimiento empezaba a inclinarse gradualmente hacia el sur, y si un día aparecía en meridiano, al día siguiente lo hacía más al sur y al otro día aún más al sur, y así con-

tinuaba día tras día describiendo una espiral alrededor de la Tierra, que lo llevaba paulatinamente más hacia el sur hasta que llegaba al solsticio de invierno. En este punto la espiral empezaba a cambiar de dirección y a llevarlo gradualmente más y más hacia el norte cada día, hasta que nuevamente alcanzaba el solsticio de verano. Del mismo modo dieron cuenta del movimiento de la Luna y de los cinco planetas, suponiendo que cada uno rotaba hacia el Oeste pero con direcciones y velocidades que eran no sólo diferentes entre sí sino además siempre cambiantes, aunque lo hacían en general en trayectorias esféricas inclinadas algo hacia el Ecuador.

Este sistema nunca estuvo en boga. El sistema de las esferas concéntricas y el de las esferas excéntricas proporcionan alguna razón, tanto para la constancia y ecuabilidad del curso de las estrellas fijas como para la variedad e incertidumbre del de los planetas. Cada uno confiere algo de coherencia a esos fenómenos aparentemente disjuntos. Pero este otro sistema parece dejar las cosas fundamentalmente como las encontró. Si se pregunta a un estoico por qué todas las estrellas fijas desarrollan sus evoluciones diarias en círculos paralelos entre sí, aunque de diámetros muy diferentes y con velocidades tan proporcionadas que todas terminan su período al mismo tiempo, y durante todo su curso mantienen la misma distancia y situación recíproca, él no podrá dar otra respuesta sino que la naturaleza peculiar o, por así decirlo, el capricho de cada estrella la dirige para que se mueva de esa manera concreta. Su sistema no le aporta ningún principio conectivo por el cual pueda unir en su imaginación un número tan abultado de rotaciones armónicas. Los otros dos sistemas, en cambio, al suponer un firmamento sólido, pueden hacer esto fácilmente. Tampoco el estoico es capaz de conectar las peculiaridades que se observan en los desplazamientos de los demás cuerpos celestes, la marcha en espiral de todos ellos, su progresión alternativa de norte a sur y de sur a norte, los movimientos ora acelerados ora retardados del Sol y la Luna, las apariencias, directas, inversas y estacionarias de los planetas. Todos ellos carecen en su sistema de nexo de unión, y quedan indefinidos e incoherentes en la imaginación, igual que aparecieron por vez primera a los sentidos antes de que la filosofía hubiese procurado, proporcionándoles una nueva disposición, situándolos a distancias diferentes, asignando a cada uno un principio motriz peculiar pero regular, sistematizarlos y disponerlos en un orden que pudiese permitir al pensamiento pasar entre

ellos de forma tan fluida y con tan escasa turbación como lo hace entre los fenómenos más regulares, familiares y coherentes de la naturaleza.

Tales fueron los sistemas astronómicos que en el mundo antiguo fueron adoptados por grupos más o menos considerables. El sistema de las esferas excéntricas era el que más exactamente se correspondía con las apariencias de los cielos. No fue inventado hasta después que dichas apariencias hubiesen sido observadas con alguna precisión durante más de un siglo, y no fue completamente asimilado por Ptolomeo hasta el reinado de Antonino, después de un muy prolongado período de observaciones. No podemos maravillarnos, pues, si se adaptaba a un número de fenómenos mucho más amplio que cualquiera de los otros dos sistemas, formados antes de que dichos fenómenos fuesen observados con algún grado de atención, y que por tanto sólo podían conectarlos si eran considerados a grandes rasgos, pero que no cabía esperar que valieran para analizarlos en detalle. Desde los días de Hiparco, entonces, este sistema fue acogido en líneas generales por todos los que se dedicaban a estudiar los cielos. El astrónomo efectuó primero un catálogo de las estrellas fijas; calculó las evoluciones del Sol, la Luna y los cinco planetas para seiscientos años; marcó los lugares en los cielos donde debían aparecer esos cuerpos a lo largo de todo el período; determinó los momentos de los eclipses solares y lunares, y los lugares concretos de la Tierra donde serían visibles. Basó sus cálculos en este sistema, y como los hechos se ajustaron a sus predicciones con un grado de precisión que, aunque inferior a lo que consiguió después la astronomía, era vastamente superior a todo lo conocido hasta entonces, ello determinó para todos los astrónomos y matemáticos la preferencia en favor de su sistema por encima de todos los que había antes.

Sin embargo, esto sólo ocurrió entre los astrónomos y los matemáticos porque, a pesar de la evidente superioridad de este sistema con respecto a todos los conocidos hasta entonces, nunca fue adoptado por ninguna escuela de filósofos.

Mucho antes de los tiempos de Hiparco, los filósofos habían abandonado el estudio de la naturaleza para dedicarse principalmente a cuestiones éticas, retóricas y dialécticas. Cada grupo de ellos, asimismo, ya había completado en ese momento su sistema o teoría particular sobre el universo, y ninguna consideración humana les habría inducido a renunciar a parte alguna del mismo. Además, el desdén altanero

e ignorante con el que contemplaban a todos los matemáticos, entre quienes incluían a los astrónomos, les impidió investigar sus doctrinas de forma suficiente como para enterarse de las opiniones que defendían. Ni Cicerón ni Séneca, que tan a menudo se refieren a los antiguos sistemas astronómicos, prestan atención alguna al de Hiparco. Su nombre no figura en los escritos de Séneca. Es mencionado sólo una vez en los de Cicerón, en una carta a Atico, pero sin ninguna señal de aprobación, y en tanto que geógrafo, no astrónomo. Plutarco, cuando enumera en su segundo libro, acerca de las opiniones de los filósofos, todos los sistemas astronómicos antiguos, nunca menciona éste, el único aceptable de todos los conocidos en su tiempo. Parece que estos tres autores sólo conocían los escritos de los filósofos. Sólo Plinio el Viejo, hombre cuya curiosidad se extendía por igual a todos los campos del saber, describe el sistema de Hiparco y nunca deja de mencionar a su autor, lo que hace a menudo, sin alguna nota de la gran admiración que tan justamente profesaba hacia sus méritos. Tan supina ignorancia desplegada por los declarados instructores de la humanidad con respecto a una parte tan importante del saber de su propia época resulta tan sumamente notable que a mi juicio merece ser destacada incluso en esta breve relación de la evolución de la filosofía.

Los sistemas en muchos aspectos se asemejan a las máquinas. Una máquina es un sistema pequeño, creado para desarrollar y para conectar en la realidad los diferentes movimientos y efectos que el artesano necesita. Un sistema es una máquina imaginaria inventada para conectar en la mente los diversos movimientos y efectos que ya existen en la realidad. Las máquinas que son primero inventadas para efectuar cualquier marcha concreta son siempre las más complejas, y los artesanos posteriores generalmente descubren que con menos ruedas, con menos principios motrices que los empleados originalmente se pueden producir más fácilmente los mismos efectos. Análogamente, los primeros sistemas son siempre los más complejos y por regla general se cree que es necesario una cadena o principio conectivo para enlazar todos los pares de fenómenos aparentemente desunidos; pero frecuentemente sucede que después se descubre que un solo gran principio conectivo es suficiente para ligar todos los fenómenos desacordes que tienen lugar en el conjunto de una especie de cosas. ¡Cuántas ruedas son necesarias para las marchas de esa máquina imaginaria, el sistema de las esferas excéntricas! La evolución diurna hacia el Oeste del firmamento, cuya

rapidez arrastra consigo a todos los demás cuerpos celestes requiere una. Las evoluciones periódicas hacia el Este del Sol, la Luna y los cinco planetas requieren una para cada uno de estos cuerpos. Sus desplazamientos diferentemente acelerados y retardados requieren que esas ruedas o círculos no sean ni concéntricos con el firmamento ni recíprocamente; esto parece perturbar la armonía del universo más que ninguna otra cosa. La apariencia retrógrada y estacionaria de los cinco planetas, así como la extremada inconstancia del curso de la Luna requieren en cada caso un epiciclo, otra pequeña rueda pegada a la circunferencia de la rueda grande, que interrumpe aún más la uniformidad del sistema. El movimiento del apogeo de cada cuerpo precisa en cada uno otra rueda más, para llevar los centros de sus esferas excéntricas en torno al centro de la Tierra. Y así esta máquina imaginaria, aunque quizá más simple y ciertamente mejor adaptada a la realidad que las cincuenta y seis esferas planetarias de Aristóteles, resultaba aún demasiado intrincada y compleja como para que el pensamiento descansara sobre ella con total tranquilidad y satisfacción.

Preservó, sin embargo, su autoridad sin disminución alguna de su reputación mientras la ciencia fue objeto de consideración en el mundo antiguo. Tras el reinado de Antonino, y en realidad después de los tiempos de Hiparco, que vivió casi trescientos años antes que Antonino, la gran reputación que los primeros filósofos habían adquirido se impuso sobre las mentes de la humanidad en tal grado que perdieron toda esperanza de igualar alguna vez su renombre. Supusieron que toda la sabiduría humana estaba comprendida en los escritos de esos sabios mayores. La única senda posible hacia la reputación era el resumirlos, explicarlos, comentarlos, y demostrar así que se era capaz de entender algunos de sus sublimes misterios. Proclo y Teón redactaron comentarios sobre el sistema de Ptolomeo; pero el haber intentado inventar uno nuevo habría sido considerado no sólo una presunción sino una impiedad hacia la memoria de sus muy reverenciados predecesores.

La caída del Imperio Romano y con ella la subversión de toda ley y orden, que tuvo lugar pocos siglos después, produjo un total abandono del estudio de los principios conectivos de la naturaleza, que sólo puede tener cabida en un ambiente de ocio y seguridad. Tras el derrumbe de esos grandes conquistadores y civilizadores de la humanidad, el imperio de los califas fue el primer estado bajo el cual el mundo pudo disfrutar del grado de tranquilidad que el cultivo de la ciencia exige. Bajo

la protección de esos príncipes generosos y magnificentes la antigua filosofía y la astronomía de los griegos fueron restauradas y establecidas en Oriente; esa tranquilidad, que su suave, justo y religioso gobierno difundió por su vasto imperio, reanimó la curiosidad de los seres humanos con respecto a los principios conectivos de la naturaleza. La fama de la sabiduría griega y romana, entonces reciente en la memoria de los hombres, hizo que ansiaran conocer acerca de los abstrusos temas que habían conformado las doctrinas de los celebrados sabios de ambas naciones.

Así fue como tradujeron al árabe y estudiaron con profundidad las obras de muchos filósofos griegos, en especial las de Aristóteles, Ptolomeo, Hipócrates y Galeno. La superioridad que rápidamente detectaron en ellos con respecto a los rudos ensayos que entonces habían aparecido en sus propias naciones, que cabe suponer atravesaban entonces la primera infancia de la ciencia, necesariamente los llevó a compartir sus sistemas, en particular el de la astronomía, y nunca fueron capaces de superar después su autoridad. Aunque se dice que la magnificencia de los abbasí, la segunda dinastía de los califas, hizo que los astrónomos árabes dispusieran de mejores y mayores instrumentos que los que conocieron Ptolomeo e Hiparco, el estudio de las ciencias en ese gran imperio fue de una existencia o bien demasiado breve o bien demasiado interrumpida como para permitirles alcanzar una corrección considerable en las doctrinas de aquellos antiguos matemáticos. La imaginación de los seres humanos no ha tenido aún tiempo de familiarizarse tanto con los sistemas antiguos como para contemplarlos sin ninguna dosis de la admiración que su grandiosidad y novedad suscitaron; y la novedad era de una suerte peculiar, porque ostentaba al mismo tiempo la gracia de lo nuevo y la autoridad de lo antiguo. Por consiguiente, ellos aún estaban demasiado apegados a esos sistemas como para atreverse a alejarse de ellos cuando los trastornos que agitaron y finalmente derribaron el trono pacífico de los califas desterraron de dicho imperio el estudio de las ciencias. Antes de eso, empero, llegaron a efectuar aportaciones apreciables: midieron la oblicuidad de la Eclíptica con mayor precisión que nunca antes. Las tablas de Ptolomeo, por la longitud del tiempo y la inexactitud de las observaciones sobre las que se basaban, se apartaron mucho de lo que era la situación real de los cuerpos celestes, algo que por cierto él mismo había predicho. Fue necesario, pues, construir unas nuevas, lo que fue llevado a

cabo por orden del califa Al Mamún, bajo cuyo mandato se realizó asimismo la primera medición conocida de la Tierra durante la era cristiana: dos astrónomos árabes en la planicie de Senaar midieron dos grados de su circunferencia.

Las armas victoriosas de los sarracenos llevaron a España la sabiduría de Oriente, y también su elegancia; así llegaron las tablas de Al Mamún y las traducciones árabes de Ptolomeo y Aristóteles, con lo que Europa recibió por segunda vez, ahora desde Babilonia, los rudimentos de la ciencia de los cielos. Los escritos de Ptolomeo fueron traducidos del árabe al latín, y la filosofía peripatética fue estudiada en Averroes y Avicena con tanto ahínco y con tanta sumisión a sus doctrinas en Occidente como lo había sido en Oriente.

La doctrina de las esferas sólidas fue originalmente inventada para proporcionar una explicación física de las evoluciones de los cuerpos celestes, según el sistema de los círculos concéntricos, al que dicha doctrina se ajustaba con mucha facilidad. Los matemáticos que inventaron la doctrina de los círculos excéntricos y los epiciclos se contentaron con demostrar cómo los fenómenos podían ser conectados suponiendo que los cuerpos celestes giraban en tales órbitas, lo que confería una suerte de uniformidad y coherencia sobre sus mociones reales. Dejaron a los filósofos el análisis de las causas físicas de dichos movimientos; aunque, como aparece en algunos pasajes de Ptolomeo, tenían una cierta noción general de que habrían de ser explicadas por medio de una hipótesis análoga. Pero aunque el sistema de Hiparco fue adoptado por todos los astrónomos y matemáticos, nunca fue reconocido por ninguna escuela de la filosofía antigua, como ya hemos apuntado.

Los escolásticos, que recibieron de los árabes al mismo tiempo la filosofía de Aristóteles y la astronomía de Hiparco, se vieron necesariamente forzados a armonizarlas y a conectar los giros de los círculos excéntricos y los epiciclos de la una con las esferas sólidas de la otra. Muchos filósofos distintos acometieron esta tarea en numerosas oportunidades, pero de todos los intentos el más feliz y el más estimado fue el de Peuerbach en el siglo XV. Aunque su hipótesis es la más simple de todas no se la puede describir sin un esquema y tampoco es fácilmente inteligible con uno; porque si el sistema de los círculos excéntricos y epiciclos había sido demasiado confuso e intrincado como para que la imaginación se apoyara sobre él con total tranquilidad y satisfacción, la cuestión empeoró mucho cuando se le integró ese añadido. El mun-

do aplaudió, con razón, el ingenio del filósofo que supo unir tan felizmente dos sistemas aparentemente tan incompatibles. Pero su labor aumentó en vez de disminuir las causas de la insatisfacción que los sabios pronto empezaron a sentir hacia el sistema de Ptolomeo. Él, como todos los que habían trabajado en el mismo plan antes que él, al volver más complicada su explicación de las cosas, la tornó aún más embarazosa de lo que había sido antes.

La complejidad de su sistema no fue la única causa de la insatisfacción general que el mundo empezó a expresar hacia él poco después de la época de Peuerbach. Las tablas de Ptolomeo, en razón de la inexactitud de las observaciones sobre las que se basaron, llegaron a apartarse mucho de la situación real de los cuerpos celestes, y las de Al Mamún en el siglo IX fueron compuestas con la misma hipótesis para corregir sus desviaciones. Tiempo después y por la misma razón, se volvieron igualmente inútiles. En el siglo XIII, Alfonso, el sabio rey de Castilla, creyó necesario ordenar la composición de las tablas que llevan su nombre. Es muy conocida la extravagante impiedad con que solía decir que de haber sido consultado a la hora de la creación del mundo habría dado algunos buenos consejos; un apotegma supuestamente derivado del disgusto que sentía hacia el intrincado sistema de Ptolomeo. En el siglo XV la desviación de las tablas alfonsinas empezó a ser apreciable, tal como había sucedido antes con las de Ptolomeo y Al Mamún. Resultó por tanto evidente que aunque el sistema de Ptolomeo podía ser básicamente verdadero, era necesario realizar algunas correcciones para que pudiera corresponderse con exacta precisión con los fenómenos. La evolución de sus círculos excéntricos y epiciclos, suponiendo que existan, claramente no podía ser cabalmente la que él había expuesto, porque los giros de los cuerpos celestes se desviaban en poco tiempo ampliamente de sus representaciones conforme a los cálculos más precisos fundados en su hipótesis. Era patente la necesidad de corregir, gracias a observaciones más ajustadas, tanto las velocidades como las direcciones de todas las ruedas y círculos que componen su hipótesis. Esta tarea fue iniciada por Peuerbach y proseguida por Regiomontano, el discípulo, continuador y perfeccionador del sistema de Peuerbach, y cuya muerte prematura, rodeado de innumerables proyectos para recuperar las ciencias antiguas e inventar y fomentar las nuevas, ha de ser lamentada incluso en nuestros días.

Una vez que el mundo se ha convencido de que un sistema establecido debe ser corregido, no es muy difícil convencerlo de que debería

ser destruido. Y así, no mucho después de la muerte de Regiomontano, Copérnico empezó a meditar sobre un nuevo sistema, que conectaría todas las apariencias celestes de un modo más simple y también más preciso que el de Ptolomeo.

Él cuenta que la confusión en la cual se representaba la marcha de los cuerpos celestes según la vieja hipótesis fue lo que primero le sugirió el proyecto de elaborar un sistema nuevo, de forma tal que ellos, las más nobles obras de la naturaleza, ya no aparecieran más desprovistos de esa armonía y proporción que se revelan en sus producciones más ínfimas. Lo que menos le satisfacía era el movimiento del círculo ecualizador que al representar las evoluciones de las esferas celestes como exclusivamente ecuables, cuando era analizado desde un punto distinto de sus centros introducía en sus movimientos una desigualdad efectiva; algo contradictorio con la idea muy natural y en verdad fundamental planteada por todos los autores de sistemas astronómicos: Platón, Eudoxio, Aristóteles e incluso los propios Hiparco y Ptolomeo, según la cual los desplazamientos reales de objetos tan bellos y divinos deben ser por necesidad perfectamente regulares, y proceder de una forma tan acorde con la imaginación como los propios objetos lo son para los sentidos. Empezó a analizar, pues, si el suponer que los cuerpos celestes estaban dispuestos en un orden diferente de aquel donde Aristóteles e Hiparco los habían situado podría conferir a sus cursos esa tan buscada uniformidad. Para descubrir dicha disposición examinó todas las tradiciones oscuras que han llegado hasta nosotros con referencia a cualquier otra hipótesis que los antiguos hubiesen formulado con el mismo objetivo. Leyó en Plutarco que algunos de los viejos pitagóricos habían representado a la Tierra girando en el centro del universo, como una rueda en torno a su propio eje, y que otros de la misma secta la habían apartado del centro y la expusieron girando en la Eclíptica como una estrella alrededor del fuego central. Pensó que con este fuego central se referían al Sol, y aunque en este punto se equivocó sobremanera, parece que fue a partir de esta interpretación que empezó a pensar en cómo podía lograrse que dicha hipótesis se correspondiera con las apariencias. La supuesta autoridad de esos antiguos filósofos, si no le sugirió originalmente su sistema, al menos parece que lo confirmó en una opinión que no es improbable que tuviera de antemano razones para respaldar, a pesar de lo que él mismo diría en sentido contrario.

Se le ocurrió que si la Tierra supuestamente giraba cada día alrededor de su eje, de Oeste a Este, todos los cuerpos celestes parecerían girar en dirección contraria, de Este a Oeste. La evolución diurna de los cielos, conforme a tal hipótesis, podría ser sólo aparente; el firmamento, que carece de cualquier otro movimiento sensible, podría perfectamente estar quieto; y el Sol, la Luna y los cinco planetas podrían no poseer otro movimiento salvo el giro hacia el Este que les es peculiar. Al suponer que la Tierra giraba con los planetas alrededor del Sol, en una órbita que comprendía las órbitas de Venus y de Mercurio pero que era comprendida por las de Marte, Júpiter y Saturno, pudo, sin la incomodidad de los epiciclos, conectar las evoluciones anuales visibles del Sol y las apariencias directas, retrógradas y estacionarias de los planetas; mientras la Tierra giraba efectivamente en torno al Sol en un lado de los cielos, el Sol parecía girar en torno a la Tierra en otro; mientras ella efectivamente avanzaba en su curso anual, él parecía avanzar hacia el Este en el curso que le es propio. Al suponer que el eje de la Tierra sería siempre paralelo a sí mismo, no perpendicular sino algo inclinado con respecto al plano de su órbita, que por tanto presentaba al Sol un polo cuando estaba en un lado y el otro cuando estaba en el otro, pudo explicar la oblicuidad de la Eclíptica, la progresión alternativa del Sol de Norte a Sur y de Sur a Norte, el cambio consiguiente en las estaciones y la diversa longitud de días y noches en las diferentes estaciones.

Si esta hipótesis nueva conectaba así estos fenómenos tan bien como la de Ptolomeo, conectaba otros mucho mejor. Los tres planetas superiores, cuando están casi en conjunción con el Sol, siempre aparecen a la máxima distancia de la Tierra, quedan pequeños y son menos perceptibles a la vista, y parecen girar hacia adelante en su movimiento directo con la mayor velocidad. Por el contrario, cuando están opuestos al Sol, esto es, cuando están en su meridiano cerca de medianoche, aparecen más cercanos a la Tierra, se ven más grandes y son más perceptibles a la vista, y parecen girar hacia atrás en su movimiento retrógrado. Para explicar esto, el sistema de Ptolomeo supuso que cada planeta estaba en la parte superior de sus diversos epiciclos, en un caso, y en la parte inferior en el otro. Pero no aportó ningún principio conectivo satisfactorio que pudiese hacer que la mente concibiera con facilidad cómo los epiciclos de esos planetas, cuyas esferas estaban tan distantes de la esfera del Sol, pudieran seguirle el paso, por así decirlo. El sistema de Copérnico resolvió esto cómodamente, y como una maquinaria más

simple, sin la ayuda de los epiciclos, conectó con menos mociones las apariencias complejas de los cielos. Cuando los planetas superiores están casi en conjunción con el Sol están en el lado de sus órbitas que es casi opuesto y más distante de la Tierra, y por eso parecen más pequeños y menos sensibles al ojo. Pero cuando giran en una dirección que es casi la opuesta a la de la Tierra parecen avanzar con el doble de velocidad; como un barco que navega en una dirección contraria a otro parece, visto desde éste, navegar con su propia velocidad y con la velocidad del barco desde el que es contemplado. Por el contrario, cuando esos planetas están opuestos al Sol están en el mismo lado del Sol con la Tierra, se hallan más cerca y son más perceptibles a la vista y giran en la misma dirección de la Tierra; pero como sus vueltas alrededor del Sol son más lentas que las de la Tierra, necesariamente quedan detrás y por ello parecen girar hacia atrás; como un barco que navega más despacio que otro, aunque en su misma dirección, parece visto desde éste que navega hacia atrás. Del mismo modo, por el mismo giro anual de la Tierra, conectó las marchas directas y retrógradas de los dos planetas inferiores, y las apariencias estacionarias de los cinco.

Hay otros fenómenos particulares de los dos planetas inferiores que encajan aún mejor con este sistema, y peor con el de Ptolomeo. Venus y Mercurio parecen seguir constantemente el movimiento del Sol, y se ven a veces en un lado y a veces en el otro de dicho gran astro; Mercurio queda prácticamente enterrado en sus rayos y Venus nunca retrocede más allá de los cuarenta y ocho grados con respecto a él, al revés de lo que se observa en los otros tres planetas, que a menudo se ven en el lado opuesto de los cielos, a la máxima distancia posible del Sol. El sistema de Ptolomeo daba cuenta de esto suponiendo que los centros de los epiciclos de esos dos planetas siempre estaban alineados con los del Sol y la Tierra, y que por consiguiente aparecían en conjunción con el Sol cuando estaban en la parte superior o inferior de sus epiciclos, y a la máxima distancia de él cuando estaban a los lados. Pero no planteó ninguna razón por la cual los epiciclos de esos dos planetas debían observar una regla tan diferente de la que opera en los de los otros tres, ni para el enorme epiciclo de Venus, cuyos lados debían estar a cuarenta y ocho grados de distancia del Sol cuando su centro estaba en conjunción con él, y cuyo diámetro debía cubrir más de un cuadrante del Gran Círculo. Pero la facilidad con que estas apariencias coinciden con la hipótesis que representa a ambos planetas inferiores rotando en torno al

Sol en órbitas comprendidas en la órbita de la Tierra es tan obvia que no requiere explicación.

Esta nueva explicación de las cosas volvió a las apariencias de los cielos más cabalmente coherentes de lo que habían sido en cualquiera de los sistemas anteriores. Lo hizo, además, por medio de una maquinaria más sencilla e inteligible, y también más hermosa. Representó al Sol, el gran iluminador del universo, cuyo cuerpo era en solitario más grande que el de todos los planetas juntos, establecido inmóvil en el centro, arrojando luz y calor en todos los mundos que lo circundaban en una dirección uniforme pero en períodos breves o prolongados conforme a sus diferentes distancias. Dejó de lado la rotación diurna del firmamento, cuya rapidez según la vieja hipótesis estaba más allá de lo que podía concebir el pensamiento. No sólo libró a la imaginación del desconcierto de los epiciclos, sino de la dificultad de concebir esos dos movimientos opuestos procediendo a la vez, que el sistema de Ptolomeo y el de Aristóteles habían conferido a todos los planetas; quiero decir, sus giros diurnos hacia el Oeste y periódicos hacia el Este. La rotación de la Tierra en torno a su propio eje era fácilmente concebida por sí misma. Los cinco planetas, que en todos los demás sistemas eran objetos de una especie propia, distintos de todas las cosas a las que la imaginación estaba habituada, con el supuesto de que giraban con la Tierra alrededor del Sol fueron naturalmente percibidos como objetos del mismo tipo que la Tierra: habitables, opacos e iluminados sólo por los rayos solares. Y así esta hipótesis, al clasificarlos en la misma especie de cosas junto a un objeto que nos resulta el más familiar de todos, eliminó el misterio y la incertidumbre que la extrañeza y singularidad de su apariencia había provocado; de este modo cumplió mejor con el gran objetivo de la filosofía.

No fueron sólo la belleza y sencillez de este sistema las que lo recomendaron a la imaginación; lo nuevo e inesperado del enfoque de la naturaleza que abrió ante la imaginación despertaron más admiración y sorpresa que la más extraña de las apariencias, para cuya transformación en algo natural y familiar había sido inventado, y estos sentimientos lo volvieron aún más apreciado. Porque aunque el fin de la filosofía es aquietar ese pasmo suscitado por las apariencias inusuales o dislocadas de la naturaleza, ella nunca triunfa tanto como cuando, para conectar unos pocos objetos, quizá insignificantes en sí mismos, crea, por así decirlo, otra constitución de las cosas, más natural, que la imagina-

ción puede seguir con mayor facilidad, pero más nueva y más opuesta a las opiniones y expectativas comunes que ninguna de esas mismas apariencias. Como en el caso que nos ocupa: para conectar algunas aparentes irregularidades en los movimientos de los planetas, los objetos más insignificantes de los cielos, y a los cuales la aplastante mayoría de la humanidad no necesita prestar atención en toda su vida, la filosofía, por emplear el lenguaje hiperbólico de Tycho Brahe, desplazó a la Tierra de sus fundamentos, interrumpió la rotación del firmamento, detuvo al Sol y subvirtió todo el orden del universo.

Tales las ventajas de esta nueva hipótesis, según aparecían ante su autor cuando la inventó. Pero, aunque el amor a la paradoja, tan natural en los eruditos, y el placer que tanto tienden a experimentar cuando despiertan, por la novedad de sus supuestos descubrimientos, el asombro del género humano, pueden haber influido a impulsar a Copérnico a adoptar este sistema, a pesar de lo que en contrario nos dice uno de sus discípulos, sin embargo, cuando terminó su tratado sobre las revoluciones y empezó a analizar fríamente la extraña doctrina que estaba a punto de ofrecer al mundo, fue tal su pavor ante el prejuicio de la humanidad en su contra que, por una suerte de continencia, la más ardua de todas para un filósofo, lo mantuvo encerrado en su gabinete durante treinta años. Finalmente, en su extrema ancianidad, permitió que le fuera arrebatado, pero murió cuando estaba impreso y antes de que fuera publicado.

Cuando salió a la luz cosechó la reprobación virtualmente universal, tanto de los sabios como de los ignaros. Los prejuicios naturales de la razón, confirmados por la educación, prevalecían demasiado en ambos grupos como para permitir que le concedieran un examen justo. Sólo un puñado de discípulos, a quienes él mismo había instruido en su doctrina, lo acogieron con estima y admiración. Uno de ellos, Reinhold, elaboró a partir de esta hipótesis unas tablas astronómicas mayores y más precisas que las que acompañaron al tratado sobre las revoluciones, en las que Copérnico había cometido algunos errores de cálculo. Pronto resultó patente que estas tablas pruténicas, como fueron llamadas, se correspondían más exactamente con los cielos que las tablas de Alfonso. Naturalmente, esto debería haber levantado un prejuicio en favor de la diligencia y rigor de Copérnico al observar los cielos; pero no en favor de su hipótesis, puesto que las mismas observaciones y el resultado de los mismos cálculos podrían haber sido acomodados dentro del sis-

tema de Ptolomeo sin introducir en dicho sistema ninguna alteración más sustancial que lo previsto e incluso predicho por el propio Ptolomeo. Pero animó un prejuicio en favor de ambas, y los estudiosos empezaron a examinar con alguna atención una hipótesis que proporcionaba los métodos de cálculo más sencillos y sobre la cual cabía basar las predicciones más fidedignas. El grado superior de coherencia que confirió a los fenómenos celestes, la sencillez y uniformidad que introdujo en las direcciones y velocidades reales de los planetas, al poco tiempo predispusieron a numerosos astrónomos a apoyar y finalmente a adoptar el sistema que de esa forma conectaba tan felizmente los más desarticulados de los objetos que ocupaban sus pensamientos. Nada puede demostrar de forma más evidente la facilidad con que los eruditos renuncian a la evidencia de sus sentidos para preservar la coherencia de las ideas en su imaginación, que la prontitud con que ésta, la más violenta paradoja de toda la filosofía, fue adoptada por numerosos e ingeniosos astrónomos, a pesar de su contradicción con todos los sistemas físicos conocidos entonces en el mundo, y a despecho de la gran cantidad de otras objeciones más efectivas a las que esta explicación de las cosas quedó con justicia expuesta tal como Copérnico la planteó.

Fue adoptada, empero, sólo por astrónomos, y no cabe maravillarse por ello. Los sabios de todas las demás ciencias continuaron ponderándola con el mismo desdén que el vulgo. Incluso los astrónomos estaban divididos en lo tocante a sus méritos; muchos de ellos rechazaban una doctrina que no sólo contradecía el sistema establecido de la filosofía natural sino que, desde el exclusivo punto de vista astronómico, operaba con bastantes dificultades.

Es cierto que algunas de las objeciones planteadas contra el movimiento de la Tierra, derivadas de los prejuicios sensoriales, fueron resueltas con facilidad por los patrocinadores del sistema. Manifestaron que la Tierra podía estar realmente moviéndose aunque a sus habitantes les pareciera que no, y que el Sol y las estrellas fijas podían estar quietos aunque desde la Tierra parecieran en movimiento; igual que un barco que navega por un mal calmo les parece detenido a quienes están a bordo, aunque en realidad se mueve, mientras que los objetos a cuyo lado pasa parecen moverse cuando en realidad están quietos.

Hubo otras objeciones cuya superación les resultó más complicada, aunque se basaban en los mismos prejuicios naturales. La Tierra se había presentado siempre a los sentidos no sólo quieta sino inerte, pon-

derosa e incluso aversa al movimiento. La imaginación se había acostumbrado a concebirla siempre así, y sufrió una gran violencia al verse obligada a seguirla y atenderla con la gran velocidad que le confirió el sistema de Copérnico. Para hacer hincapié en su objeción, los adversarios de esta hipótesis se afanaron en calcular la rapidez extrema de esta marcha. Manifestaron que la circunferencia de la Tierra había sido computada por encima de las veintitrés mil millas; por tanto, si se suponía que la Tierra giraba cada día en torno a su eje, cada punto de la misma cercano al Ecuador recorrería más de veintitrés mil millas diarias, y en consecuencia, casi mil millas por hora, unas dieciséis millas por minuto, a mayor velocidad que una bala de cañón e incluso que el más ligero proceder del sonido. La rapidez de su rotación periódica era aún más violenta que la de su giro diurno. Entonces ¿cómo podía la imaginación llegar a concebir un cuerpo tan ponderoso dotado naturalmente de una moción tan tremenda? La filosofía peripatética, la única conocida entonces en el mundo, confirmó aún más este prejuicio. Dicha filosofía, merced a una distinción muy natural aunque probablemente infundada, dividió todo el movimiento en natural y violento. El movimiento natural era el que fluía de una tendencia innata en los cuerpos, como el de una piedra que cae; el movimiento violento surgía de fuerzas externas y era en alguna medida contrario a la tendencia natural de los cuerpos, como cuando una piedra es arrojada hacia arriba u horizontalmente. Ningún movimiento violento podía ser perdurable; al estar constantemente debilitado por la tendencia natural de los cuerpos, pronto era destruido. El movimiento natural de la Tierra, era evidentemente en todas sus partes hacia abajo, en una línea recta hacia el centro; así como el del fuego y el aire era hacia arriba, en una línea recta desde el centro. Sólo los cielos giraban naturalmente en círculos. Entonces, ni la supuesta rotación de la Tierra en torno a su centro, ni en torno al Sol, podían ser cursos naturales; en tal caso debían ser violentos y por consiguiente no podían continuar de forma prolongada. En vano replicó Copérnico que la gravedad no era probablemente nada más que una tendencia de las diferentes partes de un mismo planeta a unirse entre sí; que esta tendencia regía probablemente en las partes de los demás planetas igual que en la Tierra; que bien podían estar unidas con un movimiento circular, que podía ser natural para el cuerpo total del planeta y para cada parte del mismo; que sus adversarios mismos admitían que un movimiento circular era natural a los cie-

los, cuya rotación diurna era infinitamente más rápida que el curso que él había asignado a la Tierra; que aunque una moción análoga era natural a la Tierra, ella aparecería de todos modos quieta a los ojos de sus habitantes, y todas sus partes tenderían en línea recta hacia el centro, igual que siempre. Pero esta respuesta, por satisfactoria que nos resulte hoy, no lo fue entonces, ni podía serlo. Al admitir la distinción entre movimientos naturales y violentos, se basaba en la misma ignorancia de los principios mecánicos que su objeción. Los sistemas de Aristóteles e Hiparco ciertamente supusieron que la marcha diurna de los cuerpos celestes era infinitamente más veloz que incluso el movimiento colosal que Copérnico atribuyó a la Tierra. Pero al mismo tiempo conjeturaron que esos cuerpos eran objetos de una especie muy diferente de cualquier cosa que pudiéramos conocer cerca de la superficie terráquea, y por tanto era menos difícil concebir que les pudiese resultar natural cualquier suerte de movimiento. Esos objetos, asimismo, nunca se habían presentado a los sentidos con un movimiento distinto o menos rápido que el representado por tales sistemas. La imaginación, pues, no enfrentaba obstáculo alguno para seguir una representación que los sentidos habían vuelto sumamente familiar. Pero cuando los planetas llegaron a ser considerados como otras tantas Tierras, el asunto cambió apreciablemente. La imaginación se había habituado a concebir esos objetos tendiendo al reposo más que al movimiento; esta noción de su naturaleza inerte estorbaba, por así decirlo, y obstruía su vuelo siempre que pretendía seguirlos en sus cursos periódicos y concebirlos lanzados a través de los espacios celestes con una rapidez tan violenta e incesante.

Tampoco fueron los primeros seguidores de Copérnico más afortunados en sus réplicas a algunas otras objeciones, fundadas sin duda en la misma ignorancia de las leyes motrices, pero al mismo tiempo conectadas necesariamente con la forma de concebir las cosas que entonces prevalecía universalmente en el mundo del saber.

Se apuntó que si la Tierra giraba tan velozmente de Oeste a Este habría un viento perpetuo de Este a Oeste, más impetuoso que el que sopla en los mayores huracanes; una piedra, arrojada hacia el Oeste volaría hasta una distancia mucho más lejana que una arrojada con la misma fuerza hacia el Este, porque lo que se moviese en una dirección contraria a la moción de la Tierra necesariamente pasaría por una porción mayor de su superficie que lo que se moviese a igual velocidad en

su misma dirección. Se dijo que una bola que cae desde el mástil de un barco en plena navegación no cae precisamente al pie del mástil sino detrás de él; del mismo modo, una piedra que cayese desde una torre elevada, con el supuesto del movimiento de la Tierra, no caería precisamente en la base de la torre sino al oeste de ella, porque en el ínterin la Tierra se habría movido hacia el Este. Es entretenido observar con qué sutiles y metafísicas evasiones procuraron los seguidores de Copérnico eludir esta objeción, a la que no hubo forma de responder antes de que Galileo explicara la doctrina de la composición del movimiento. Aceptaron que una bola que cayese desde el mástil de una nave en marcha no caería al pie del mástil sino detrás, pero dijeron que ello se debía a que la bola no era parte del barco y porque el movimiento de la embarcación no era natural ni a sí misma ni a la bola. Pero la piedra era una parte de la Tierra y los giros diurnos y anuales de la misma eran naturales al conjunto, a todas sus partes, y por tanto a la piedra. Como la piedra tenía naturalmente el mismo movimiento que la Tierra, caía precisamente en la base de la torre. Ahora bien, esta respuesta no podía satisfacer a la imaginación, que a pesar de todo concebía con dificultad cómo tales movimientos podían ser naturales a la Tierra, o cómo un cuerpo que siempre se había presentado ante los sentidos como inerte, ponderoso y averso al movimiento, podía estar naturalmente dando vueltas sin cesar sobre su propio eje y en torno al Sol, con una rapidez tan violenta. Además, Tycho Brahe argumentó según los principios de la misma filosofía, que había planteado tanto la objeción como la respuesta, que incluso bajo el supuesto de que un movimiento de ese tipo era natural al cuerpo conjunto de la Tierra, la piedra, separada de la misma, no podría ser impulsada por su moción. Un miembro cortado de un animal pierde los movimientos animales que son naturales al conjunto. La rama seccionada del tronco pierde el movimiento vegetativo que es natural al árbol completo. Incluso los metales, minerales y piedras, excavados de las entrañas de la Tierra, pierden los movimientos que ocasionaron su producción e incremento, y que les eran naturales en su estado original. Por consiguiente, aunque la marcha diaria y anual de la Tierra les haya sido natural mientras estuvieron contenidos en su seno, ello ya no sería así una vez separados del mismo.

Tycho Brahe, el gran restaurador de la ciencia de los cielos, que dedicó su vida y gastó su fortuna en el progreso de la astronomía, y cuyas observaciones fueron más numerosas y también más exactas que las de

todos los astrónomos que le precedieron, quedó tan afectado por la fuerza de esta objeción que, aunque nunca menciona al sistema de Copérnico sin una señal de la gran admiración que sentía hacia su autor, nunca se lo pudo convencer para que lo adoptara, a pesar de que sus observaciones astronómicas tendían a ratificarlo. Demostraron que Venus y Mercurio estaban a veces por encima y a veces por debajo del Sol; y que por consiguiente el Sol, y no la Tierra, era el centro de sus rotaciones periódicas. Demostraron que Marte, cuando estaba en su meridiano a medianoche, estaba más cerca de la Tierra que la Tierra del Sol; aunque, cuando estaba en conjunción con el Sol, estaba mucho más alejado de la Tierra que ese astro; descubrimiento que era absolutamente contradictorio con el sistema de Ptolomeo, y que probaba que el Sol, y no la Tierra, era el centro de las rotaciones periódicas de Marte, así como las de Venus y Mercurio, y que demostraba que la Tierra estaba ubicada entre las órbitas de Marte y Venus. Volvieron probable la misma cuestión con respecto a Júpiter y Saturno; ellos daban vueltas también alrededor del Sol, y así el Sol era, si no el centro del universo, al menos el del sistema planetario. Probaron que los cometas estaban por encima de la Luna y que se desplazaban por los cielos en todas las direcciones posibles; una observación incompatible con las esferas sólidas de Aristóteles y Peuerbach y que, por tanto, echaba abajo al menos la parte física de la astronomía establecida.

Todas estas observaciones, unidas a su aversión al sistema de Copérnico —y quizá, pese a la generosidad de su carácter, unos ciertos celos de su fama— sugirieron a Tycho Brahe la idea de una nueva hipótesis en la que la Tierra seguía siendo, como en la explicación antigua, el centro inmóvil del universo, en torno al cual el firmamento giraba todos los días de Este a Oeste y, por alguna secreta virtud, arrastraba con él al Sol, la Luna y los cinco planetas, a pesar de la inmensa distancia y a pesar de que no había nada entre ellos salvo el más fluido éter. Pero aunque los siete cuerpos obedecían así a la rotación diurna del firmamento, cada uno de ellos tenía asimismo, como en el viejo sistema, una rotación periódica propia contraria hacia el Este, lo que hacía que parecieran estar más o menos detrás en el firmamento. El Sol era el centro de las vueltas periódicas de los cinco planetas; la Tierra lo era de las del Sol y la Luna. Los cinco planetas seguían al Sol en su rotación periódica alrededor de la Tierra, y al firmamento en su rotación diurna. Los tres planetas superiores incluían la Tierra en la órbita en la que gi-

raban alrededor del Sol, y cada uno tenía un epiciclo para conectar, de la misma forma que en el sistema de Ptolomeo, sus apariencias directas, retrógradas y estacionarias. Como a pesar de su inmensa distancia seguían al Sol en su vuelta periódica en torno a la Tierra, manteniéndose siempre a la misma distancia de él, necesariamente quedaban mucho más cerca de la Tierra cuando se hallaban en oposición al Sol que cuando estaban en conjunción con él. Marte, el que está más cerca, cuando se halla en su meridiano a medianoche ingresaba en la órbita que el Sol describía en torno a la Tierra, y por consiguiente estaba entonces más cerca de la Tierra que la Tierra del Sol. Las apariencias de los dos planetas inferiores eran explicadas del mismo modo que en el sistema de Copérnico y consecuentemente no requerían ningún epiciclo que las conectara. Los círculos que los cinco planetas describían en sus giros periódicos alrededor del Sol, así como los que el Sol y la Luna describían en torno a la Tierra, eran círculos excéntricos, como en las hipótesis vieja y nueva, que conectaban sus movimientos diversamente acelerados y retardados.

Tal el sistema de Tycho Brahe, compuesto evidentemente de los de Ptolomeo y Copérnico; mejor que el de Ptolomeo en su explicación de los movimientos de los dos planetas inferiores; más complejo por suponer que las diferentes rotaciones de los cinco planetas se realizaban en torno a centros distintos, la diurna alrededor de la Tierra, la periódica alrededor del Sol; pero en todo respecto más complejo y más incoherente que el de Copérnico. Pero fue tal la dificultad experimentada por los hombres para concebir el movimiento de la Tierra que durante mucho tiempo contrapesó la reputación del otro sistema que en lo demás era más hermoso. Cabe argüir que quienes sólo estudiaban los cielos apoyaron el sistema de Copérnico, que conectaba tan felizmente todas las apariencias que allí se presentan. Pero quienes miraban a la Tierra adoptaron la explicación de Tycho Brahe, que al dejarla descansar en el centro del universo, violentaba menos los hábitos usuales de la imaginación. Las personas instruidas fueron ciertamente conscientes de lo intrincado y las muchas incoherencias de dicho sistema: no explicaba por qué el Sol, la Luna y los cinco planetas debían seguir la rotación del firmamento; o por qué los cinco planetas, a pesar de la inmensa distancia de los tres superiores, debían obedecer al movimiento periódico del Sol; o por qué la Tierra, aunque ubicada entre las órbitas de Marte y Venus, debía permanecer inmóvil en el centro del firma-

mento, y constantemente resistir la influencia de lo que fuera que transportaba periódicamente en torno al Sol a cuerpos tanto más grandes que ella y ubicados en todos sus lados. Tycho Brahe murió antes de completar la explicación de su sistema. Su gran y merecida fama predispuso a muchas personas eruditas a creer que, de haber vivido más, habría podido conectar muchas de estas incoherencias, y que conocía métodos para adaptar su sistema a otras apariencias con las que ninguno de sus seguidores podía conectarlo.

La objeción al sistema de Copérnico, derivada de la naturaleza del movimiento, y sobre la que Tycho Brahe insistió mucho, fue finalmente respondida de forma cabal por Galileo, pero no antes de treinta años después de la muerte de Tycho, y unos cien años después de la de Copérnico. Fue entonces cuando Galileo, al explicar la naturaleza de la composición del movimiento, al demostrar, tanto por la razón como por la experiencia, que una bola que cae desde el mástil de un barco navegando caería exactamente al pie del mástil, y al hacer que esta doctrina, gracias a un abultado número de otros ejemplos, se volviese bastante familiar a la imaginación, eliminó la que quizá fuese la principal objeción planteada ante esta hipótesis.

El mismo filósofo resolvió también otras dificultades astronómicas que estorbaban a esta explicación de las cosas. Copérnico, una vez alterado el centro del universo y al hacer que la Tierra y todos los planetas giraran en torno al Sol, se vio forzado a dejar que la Luna lo hiciese alrededor de la Tierra, como antes. Pero como no había ejemplo alguno de un planeta secundario como ése descubierto en los cielos, parecía que esta irregularidad persistía en el sistema. Galileo, que aplicó por vez primera los telescopios a la Astronomía, descubrió por medio de ellos los satélites de Júpiter, que rotaban en torno al planeta y al mismo tiempo eran transportados junto a él en su evolución alrededor de la Tierra o el Sol, lo que hacía menos contrario a la analogía de la naturaleza el que la Luna girase en torno a la Tierra y la acompañase en su trayectoria alrededor del Sol.

Se había objetado a Copérnico que si Venus y Mercurio giraban alrededor del Sol, en una órbita comprendida en la órbita terrestre, entonces debían exhibir las mismas fases que la Luna y presentar a la Tierra a veces su lado oscuro, a veces su lado iluminado, y a veces una parte del uno y una parte del otro. Él respondió que así lo hacían, indudablemente, pero que su pequeñez y distancia nos impedían percibirlo.

Esta sumamente audaz afirmación de Copérnico fue confirmada por Galileo. Sus telescopios lograron que las fases de Venus fueran bien visibles, y demostró así, de forma más patente que nunca, ni siquiera por las observaciones de Tycho Brahe, las revoluciones de ambos planetas alrededor del Sol, con tanta claridad que destruyó el sistema de Ptolomeo.

Las montañas y mares que con ayuda del mismo instrumento descubrió, o creyó haber descubierto, en la Luna, al hacer que ese planeta fuera en todo los aspectos similar a la Tierra, lograron que pareciera menos contrario a la analogía de la naturaleza el que así como la Luna rotaba en torno a la Tierra, la Tierra lo hiciese en torno al Sol.

Las manchas que por el mismo medio descubrió en el Sol demostraron, por su moción, la rotación del Sol en torno a su eje, lo que hizo que pareciera menos improbable que la Tierra, un cuerpo tanto más pequeño que el Sol, girase del mismo modo alrededor de su eje.

Sucesivas observaciones telescópicas revelaron en cada uno de los cinco planetas unas manchas no distintas a las que Galileo detectó en la Luna, lo que apuntaba a demostrar aquello que Copérnico sólo había conjeturado, a saber, que los planetas eran naturalmente opacos, sólo iluminados por los rayos solares, habitables, diferenciados por mares y montañas, y en todo los aspectos unos cuerpos del mismo tipo que la Tierra; esto añadió una probabilidad adicional al sistema. También, el descubrimiento de que cada uno de los planetas rotaba en torno a su propio eje, al mismo tiempo que era transportado alrededor de la Tierra o del Sol, hizo que pareciera muy coherente con la analogía de la naturaleza el que la Tierra, que en todo lo demás se parecía a los planetas, girase igual que ellos en torno a su eje y al mismo tiempo efectuase su circulación periódica alrededor del Sol.

Mientras que en Italia el infortunado Galileo estaba añadiendo tantas probabilidades al sistema de Copérnico, otro filósofo se dedicaba, en Alemania, a estudiarlo, corregirlo y mejorarlo. Képler, con gran genio pero sin el gusto o el orden y método de Galileo, desplegaba como todos sus compatriotas la laboriosidad más afanosa, junto a una pasión por descubrir proporciones y semejanzas entre las diferentes partes de la naturaleza que, aunque común a todos los filósofos, llegó en él a ser excesiva. Había sido instruido por Maestlin en el sistema de Copérnico, y nos cuenta que su primera curiosidad fue averiguar por qué los planetas, la Tierra entre ellos, eran seis; por qué estaban situa-

dos a distancias tan irregulares del Sol; y si existía una proporción uniforme entre sus diversas distancias y los tiempos empleados en sus giros periódicos. Según él el sistema no resultaría plenamente coherente hasta tanto no se descubriese alguna razón o proporción de este tipo. Procuró, en primer lugar, encontrarla en las proporciones de números y figuras planas; después, en las de los sólidos regulares; y finalmente en las de las divisiones musicales de la octava. Cualquiera fuese la ciencia que Képler estudiaba, constantemente se complacía en hallar alguna analogía entre ella y el sistema del universo; y así, la aritmética y la música, la geometría plana y sólida, todas entraban por turnos en la explicación de aquello a lo que estaba por su profesión principalmente abocado. Tycho Brahe, a quien le había regalado uno de sus libros, aunque no pudo sino desaprobar su sistema, estaba encantado con su genio y con su infatigable diligencia en la preparación de los cálculos más laboriosos. Ese danés generoso y magnífico invitó al oscuro e indigente Képler a vivir a su casa, y tan pronto llegó le informó de sus observaciones sobre Marte, que en esa época sus discípulos se encargaban de ordenar y metodizar. Képler las comparó y vio que la órbita de Marte no era un círculo perfecto; que uno de sus diámetros era algo más extenso que el otro; y que se aproximaba a un óvalo o una elipse, con el Sol ubicado en uno de sus focos. Comprobó también que el curso del planeta no era ecuable; que era más rápido cuando estaba más cerca del Sol y más lento cuanto estaba más lejos; y que su velocidad gradualmente aumentaba o disminuía conforme se aproximaba a él o se alejaba. Las observaciones de este astrónomo le hicieron percibir, aunque no de forma tan evidente, que lo mismo era cierto para todos los demás planetas; que sus órbitas eran elípticas y que sus movimientos eran más rápidos cuando estaban más cercanos al Sol y más lentos cuando estaban más alejados. Demostraron lo mismo acerca del Sol también, si se suponía que giraba en torno a la Tierra; y por consiguiente de la Tierra, si se suponía que giraba en torno al Sol.

Que las marchas de todos los cuerpos celestes eran perfectamente circulares había sido la noción fundamental sobre la que se edificaron todas las hipótesis astronómicas, salvo la irregular de los estoicos. Como el grado de su curvatura es en todas partes el mismo, un círculo es de todas las líneas curvas la más simple y más fácil de concebir. Como resultaba patente, entonces, que los cuerpos celestes no se desplazaban en línea recta, la imaginación indolente pensó que lo más fácil para seguir

sus movimientos era suponer que rotaban en círculos perfectos. Por eso se decidió que el desplazamiento circular era el más perfecto de todos, y que unos objetos tan hermosos y divinos sólo podían merecer el movimiento más perfecto; de ahí que tantas veces, y en vano, se intentara ajustar a las apariencias tantos sistemas diferentes que suponían, todos ellos, que rotaban de esa manera.

La igualdad de sus mociones fue otra idea básica, que del mismo modo y por la misma razón fue supuesta por todos los fundadores de sistemas astronómicos. Porque un movimiento igual puede ser más fácilmente seguido que uno que continuamente acelera o se retrasa. Por consiguiente, se declaró que toda inconstancia era indigna de los cuerpos que evolucionaban en las regiones celestes, y sólo apropiada para las cosas inferiores y sublunares. Los cálculos de Képler echaron abajo, en lo tocante a los planetas, ambos prejuicios naturales de la imaginación; destruyeron sus órbitas circulares; e introdujeron en sus movimientos reales una desigualdad tal que ningún círculo igualador podría remediar. Y Copérnico mismo nos asegura que inventó originalmente su sistema para hacer que sus movimientos resultaran perfectamente ecuables sin la asistencia de un círculo igualador. Como los cálculos de Képler derribaron así lo que Copérnico había tenido principalmente en mente al establecer su sistema, no podemos maravillarnos de que al principio haya parecido que lo estorbaban más que mejorarlo.

Con estas órbitas elípticas y movimientos desiguales Képler liberó el sistema de la incomodidad de esos pequeños epiciclos que Copérnico se vio forzado a dejar en él para conectar las marchas aparentemente aceleradas y retardadas de los planetas con su supuesta igualdad real. Porque es de notar que aunque Copérnico liberó las órbitas de los planetas de los enormes epiciclos de Hiparco, aunque la gran superioridad de su sistema sobre el de los antiguos astrónomos estribaba en eso, él mismo se vio obligado a perder en cierta medida esta ventaja y a hacer uso de unos pequeños epiciclos con objeto de unir esas aparentes irregularidades. Sus epiciclos, como las irregularidades por las cuales fueron introducidos, eran ciertamente pequeños, y las imaginaciones de sus primeros seguidores, por tanto, o bien los agruparon o los pasaron por alto. Ni Galileo ni Gassendi, sus dos defensores más elocuentes, les prestan atención. Y tampoco fue generalmente considerado que había tal cosa como epiciclos en el sistema de Copérnico, hasta que Képler, para reivindicar sus propias órbitas elípticas, insistió en que de acuerdo

a Copérnico incluso el cuerpo del planeta sólo debía hallarse en dos lugares diferentes de la circunferencia del círculo descrito por el centro de su epiciclo.

Es verdad también que de todas las líneas curvas, aparte el círculo, la elipse es la más simple y más fácil de concebir; y también lo es que además de todo esto, aunque Képler tomó del movimiento de los planetas la más fácil de las proporciones, la de la igualdad, no los dejó desprovistos de alguna, sino que determinó la regla por la cual variaban continuamente sus velocidades; porque un genio tan apegado a las analogías, si eliminaba una, indudablemente la sustituiría por otra. A pesar de todo, a pesar de que su sistema está mejor avalado por observaciones que ningún sistema anterior, fue tal la adhesión a las mociones iguales y las órbitas circulares de los planetas que durante un tiempo los estudiosos no le concedieron atención, fue ignorado por los filósofos y ni siquiera muy considerado por los astrónomos.

Gassendi, cuyo nombre empezó a ser conocido al final de la vida de Képler, y no era un mediocre astrónomo, llegó a abrigar una alta estima por su diligencia y precisión para acomodar las observaciones de Tycho Brahe al sistema de Copérnico. Pero Gassendi no apreció la importancia de las alteraciones que Képler había introducido en el sistema, lo que resulta evidente porque apenas las menciona en sus voluminosos escritos sobre astronomía. Descartes, contemporáneo y rival de Gassendi, no las considera y edifica su teoría de los cielos sin ninguna referencia a las mismas. Incluso los astrónomos que tras minucioso estudio se habían convencido de la justeza de sus correcciones, estaban tan enamorados de las órbitas circulares y los movimientos iguales que intentaron integrar su sistema con esos antiguos aunque naturales prejuicios. De este modo, Ward pretendió demostrar que aunque los planetas se desplazaban en órbitas elípticas, con el Sol en uno de sus focos, y aunque sus velocidades en la línea elíptica variaban continuamente, sin embargo, si se suponía que un rayo se extendía desde el centro de cualquiera de ellos hasta el otro foco y era llevado por el movimiento periódico del planeta, trazaría ángulos iguales en tiempos iguales, y consiguientemente intersectaría porciones iguales del círculo cuyo centro era el otro foco. A una persona, pues, situada en ese foco, el movimiento del planeta le parecería perfectamente circular y perfectamente ecuable, igual que en los círculos igualadores de Ptolomeo e Hiparco. También Boulliau, que criticó esta hipótesis de Ward, inventó otra del

mismo tipo, infinitamente más extravagante y caprichosa. Los planetas, de acuerdo con este astrónomo, siempre giraban en círculos; siendo ésta la figura más perfecta, era imposible que lo hicieran de ninguna otra forma. Pero ninguno de ellos sigue el mismo círculo sino que perpetuamente pasan de uno a otro, a través de un número infinito de círculos en el curso de cada revolución; dijo que una elipse es una sección oblicua de un cono, y en un cono, entre los dos vértices de la elipse hay un número infinito de círculos, a partir de las porciones infinitamente pequeñas de las que está compuesta la línea elíptica. El planeta, pues, que se mueve en esta línea, está en cada punto de ella moviéndose en una porción infinitamente pequeña de un círculo determinado. El movimiento de cada planeta, según él, era por la misma razón y por necesidad perfectamente ecuable, porque un movimiento ecuable es el más perfecto de todos. Ahora bien, no era ecuable en la línea elíptica sino en cualquiera de los círculos que eran paralelos a la base de dicho cono, a través de cuya sección se había formado esa línea elíptica; porque si un rayo se extendía desde el planeta hasta cualquiera de esos círculos y era llevado por su movimiento periódico, cortaría las mismas porciones de ese círculo en los mismos tiempos; otro círculo igualador en extremo fantástico, carente de ninguna base salvo la frívola conexión entre un cono y una elipse, y sin ningún otro aval que no fuera la pasión natural por las órbitas circulares y los movimientos ecuables. Puede ser considerado como el esfuerzo postrero de esta pasión, y servir para demostrar que la fuerza de ese principio podía obligar de tal forma a este preciso observador y gran mejorador de la teoría de los cielos a adoptar una hipótesis tan extraña. Así fue la dificultad y renuencia con que los seguidores de Copérnico adoptaron las correcciones de Képler.

Es cierto que la regla que estableció Képler para determinar la aceleración o retardo gradual en la marcha de los planetas era intrincada y difícil de comprender; por ello facilitó muy poco el avance de la imaginación para rastrear las evoluciones que supuestamente conducía. Según dicho astrónomo, si una línea recta era trazada desde el centro de cada planeta hasta el Sol, y transportada por el movimiento periódico del planeta, describiría unas áreas iguales en unos tiempos iguales, aunque el planeta no pasara por espacios iguales; halló que la misma regla valía prácticamente para el caso de la Luna. La imaginación, cuando conoce la ley por la cual cualquier movimiento es acelerado o retarda-

do, puede seguirlo y presenciarlo más fácilmente que cuando está desorientada y, por así decirlo, vaga en la incertidumbre con relación a la proporción que regula sus variaciones; el descubrimiento de esta analogía, por tanto, indudablemente hizo que el sistema de Képler fuera más acorde con el gusto natural del ser humano; sin embargo, era una analogía de seguimiento y comprensión demasiado arduos como para que fuera totalmente acorde con el mismo.

Képler introdujo además otra analogía nueva en el sistema, y descubrió primero que había una relación uniforme observable entre las distancias de los planetas al Sol y los tiempos empleados en sus movimientos periódicos. Descubrió que sus tiempos periódicos eran más que proporcionales a sus distancias y menos que proporcionales a los cuadrados de esas distancias; pero que eran casi las proporciones medias entre sus distancias y los cuadrados de las mismas; o, en otras palabras, que los cuadrados de sus tiempos periódicos eran aproximadamente los cubos de sus distancias; una analogía que, como todas las demás, sin duda tornó al sistema más definido y comprensible, pero que, como la anterior, era de una naturaleza demasiado intrincada como para facilitar demasiado el esfuerzo de la imaginación para concebirla.

Por intrincadas que fueran, la verdad de ambas analogías fue por fin plenamente establecida por las observaciones de Cassini. Este astrónomo descubrió que los planetas secundarios de Júpiter y Saturno giraban en torno a los primarios, conforme a las mismas leyes que Képler había observado en los giros de los primarios alrededor del Sol y de la Luna en torno a la Tierra; que cada uno de ellos describía áreas iguales en tiempos iguales, y que los cuadrados de sus tiempos periódicos eran como los cubos de sus distancias. Una vez que se comprobó que estas dos últimas y abstrusas analogías —que cuando Képler las expresó por vez primera no llamaron la atención— se reflejaban en los giros de los cuatro satélites de Júpiter, y en los cinco de Saturno, ya se pensó que no sólo confirmaban la doctrina de Képler sino que añadían una nueva probabilidad a la hipótesis copernicana. Las observaciones de Cassini parecen estipular como una ley del sistema que cuando un cuerpo gira alrededor de otro describe áreas iguales en tiempos iguales; y que cuando varios giran en torno al mismo cuerpo, los cuadrados de sus tiempos periódicos son como los cubos de sus distancias. Si la Tierra y los cinco planetas supuestamente daban vueltas alrededor del Sol,

se dijo que estas leyes tenían validez universal. Pero si, de acuerdo con el sistema de Ptolomeo, el Sol, la Luna, y los cinco planetas supuestamente daban vueltas alrededor de la Tierra, los movimientos periódicos del Sol y la Luna cumplirían la primera de esas leyes, y describirían cada uno áreas iguales en tiempos iguales; pero no cumplirían la segunda, y los cuadrados de sus tiempos periódicos no serían como los cubos de sus distancias; y las rotaciones de los cinco planetas no cumplirían ninguna de las dos leyes. O si, según el sistema de Tycho Brahe, los cinco planetas supuestamente giraban en torno al Sol, mientras que el Sol y la Luna lo hacían en torno a la Tierra, las revoluciones de los cinco planetas alrededor del Sol cumplirían ciertamente ambas leyes; pero las del Sol y la Luna alrededor de la Tierra sólo la primera. La analogía de la naturaleza, por consiguiente, sólo podía ser totalmente preservada por el sistema de Copérnico, que por tal razón debía ser el verdadero. Este argumento es considerado por Voltaire y por el cardenal de Polignac como una demostración irrefragable; incluso Maclaurin, que tenía más elementos de juicio, y hasta el mismo Newton lo mencionan como una de las principales evidencias en favor de la veracidad de dicha hipótesis. Y sin embargo, parecería que una analogía de este tipo, lejos de ser una demostración, no debería constituir más que la sombra de una probabilidad.

Cierto es que aunque Cassini supuso que los planetas giraban en una curva oblonga, era una curva algo diferente de la de Képler. En la elipse la suma de las dos líneas trazadas desde cualquier punto de la circunferencia hasta los dos focos es siempre igual a la de cualesquiera otras trazadas desde cualquier otro punto en la circunferencia hasta los mismos focos. En la curva de Cassini lo que resulta siempre igual no es la suma de las líneas sino los rectángulos contenidos bajo las líneas. Pero como esta proporción era más difícil de comprender que la otra, la curva de Cassini nunca estuvo muy en boga.

En este momento ya nada estorbaba al sistema de Copérnico, salvo el escollo que la imaginación percibía para concebir unos cuerpos tan ponderosos como la Tierra y los demás planetas girando alrededor del Sol a velocidades tan increíbles. En vano arguyó Copérnico que a pesar de los prejuicios de los sentidos esta moción circular podía ser tan natural para los planetas como lo era el que una piedra cayese al suelo. La imaginación se había acostumbrado a concebir tales objetos tendiendo al reposo, no al movimiento. Esta noción habitual de que eran

naturalmente inertes resultaba incompatible con la de su movimiento natural. En vano aludió Képler, con el afán de ayudar a la imaginación a enlazar esta inercia natural con sus asombrosas velocidades, a alguna virtud vital e inmaterial derramada por el Sol en los espacios circundantes, que daba vueltas con sus giros en torno a su propio eje y que se apoderaba de los planetas y los forzaba, a pesar de su intensa y ponderosa propensión al reposo, a dar vueltas alrededor del centro del sistema. La imaginación carecía de control sobre esta virtud inmaterial y era incapaz de formarse una idea clara de en qué consistía. La imaginación detectaba ciertamente una brecha o intervalo entre el movimiento constante y la supuesta inercia de los planetas, y tenía en este caso, como en todos los demás, una noción o aprehensión general en el sentido de que debía existir una cadena conectiva de objetos intermedios que vinculara estas cualidades desunidas. No podía por supuesto concebir en qué consistía dicha cadena, y la doctrina de Képler no brindaba al respecto ayuda alguna. Esa doctrina, como casi todas las de la filosofía de moda en su época, concedió un nombre a esa cadena invisible, la llamó una virtud inmaterial, pero no planteó ninguna idea definida sobre cuál era su naturaleza.

Descartes fue el primero que intentó averiguar en qué consistía exactamente tal cadena invisible y proporcionar a la imaginación la sucesión de acontecimientos intermedios que, sucediéndose en el orden más familiar de todos, pudiese unir esas cualidades incoherentes: el movimiento rápido y la inercia natural de los planetas. Descartes fue el primero que explicó en qué consistía la inercia de la materia; que no era una aversión al movimiento o una propensión al reposo sino una capacidad de continuar indiferentemente en reposo o en movimiento, y de resistir con una cierta fuerza todo lo que procurase cambiar su estado de una situación a la otra. Según este ingenioso e imaginativo filósofo, todo el espacio estaba lleno de materia, porque para él materia y extensión eran lo mismo, y por consiguiente no podía haber vacío. Supuso que esta inmensidad de materia podía ser dividida en un número infinito de pequeños cubos que, al rotar en torno a sus propios centros, necesariamente daban lugar a la producción de dos elementos distintos. El primero consistía en las partes angulares que al ser necesariamente limadas y pulidas por su mutua fricción constituían la parte más tenue y móvil de la materia. El segundo radicaba en los pequeños glóbulos que se formaban a partir del mencionado rozamiento. Los

intersticios entre los glóbulos del segundo elemento se llenaban con las partículas del primero. Pero en las infinitas colisiones que deben ocurrir en un espacio infinito lleno de materia, y toda ella en movimiento, necesariamente habrá de suceder que muchos de los glóbulos del segundo elemento se quiebren y sean reducidos al primero. La cantidad del primer elemento, al expandirse de este modo más allá de lo suficiente para llenar los intersticios del segundo, deberá acumularse en muchos lugares, sin mezcla alguna del segundo. Tal fue según Descartes la división original de la materia. Sobre esta infinitud de la materia así dividida, el Creador de todas las cosas imprimió una cierta cantidad de movimiento, y las leyes motrices fueron ajustadas de manera tal de preservar siempre la misma cantidad, sin aumento ni disminución. Cualquier movimiento perdido por una parte de la materia era comunicado a alguna otra; y cualquier movimiento adquirido por una parte de la materia era derivado de alguna otra; y así, a través de una evolución eterna del reposo al movimiento y del movimiento al reposo, la cantidad de movimiento en todo el universo era siempre la misma.

Pero como no había vacío, ninguna parte de la materia podía moverse sin empujar a alguna otra fuera de su sitio, ni ésta podría hacerlo sin empujar a alguna otra, y así siguiendo. Para evitar, por lo tanto, una progresión infinita, supuso que la materia que cualquier cuerpo impulsaba volvía inmediatamente hacia atrás, para ocupar el lugar de la materia que fluía detrás; como podemos observar que un pez al nadar empuja un agua delante de sí, que inmediatamente vuelve hacia atrás para ocupar el lugar de lo que está detrás, y forma de tal modo un pequeño círculo o vórtice en torno al cuerpo de pez. Análogamente, la moción originalmente impresa por el Creador sobre la infinitud de la materia, necesariamente producía en ella una infinidad de vórtices o flujos circulares mayores o menores; y como la ley del movimiento se ajustaba con objeto de preservar siempre la misma cantidad de movimiento en el universo, esos vórtices o bien continuaban para siempre o bien su disolución daba origen a otros del mismo tipo. En todo momento había un número infinito de vórtices o corrientes circulares mayores o menores rotando en el universo.

Todo lo que se mueve en círculos tiende constantemente a apartarse del centro de su giro. El movimiento natural de todos los cuerpos es una línea recta. Todas las partículas de materia, pues, en cada uno de los vórtices mayores presionaban continuamente desde el centro hacia

la circunferencia con mayor o menor fuerza conforme a los grados diversos de su volumen y solidez. Los glóbulos mayores y más sólidos del segundo elemento forzaban su movimiento hacia arriba, hacia la circunferencia, mientras que las partículas más pequeñas, dúctiles y activas del primero, que incluso podían fluir entre los intersticios del segundo, eran impulsadas hacia abajo, hacia el centro. Eran forzadas hacia el centro a pesar de su tendencia natural a subir hacia la circunferencia, por la misma razón que hace que un pedazo de madera, al ser hundido en el agua, es impulsado hacia arriba, hacia la superficie, a pesar de su tendencia natural a ir hacia abajo, hacia el fondo; porque su tendencia descendente es menos intensa que la de las partículas de agua que, por tanto, arremeten delante de él, por así decirlo, y lo obligan a ascender. Como había una cantidad del primer elemento mayor de la necesaria para llenar los intersticios del segundo, necesariamente se acumulaba en el centro de cada una de las grandes corrientes circulares, y allí formaba la flamígera y activa sustancia del Sol. Según este filósofo, los sistemas solares eran infinitos en número, y cada estrella fija era el centro de uno de ellos; él es uno de los primeros de los modernos que suprimieron así los límites del universo; incluso Copérnico y Képler lo habían confinado en lo que suponían era la bóveda del firmamento.

Como el centro de cada vórtice estaba ocupado por las partes más activas y móviles de la materia, había en ellos necesariamente una agitación más violenta que en ninguna otra parte del vórtice, y esta agitación violenta del centro fomentaba y sostenía el movimiento del conjunto. Pero entre las partículas del primer elemento que llenan los intersticios del segundo hay muchas que, por la presión de los glóbulos de todos los lados, necesariamente adquieren una forma angular, y constituyen así un tercer elemento de partículas menos preparadas para la moción que las de los otros dos. Como las partículas de este tercer elemento se forman en los intersticios del segundo, son inevitablemente más pequeñas que las del segundo, y por tanto son presionadas, junto con las del primero, descendentemente hacia el centro donde, cuando un número de ellas se agrupan, forman manchas sobre la superficie de las partículas acumuladas del primer elemento, que a menudo se pueden descubrir con los telescopios en la cara del Sol que ilumina y anima nuestro sistema particular. Esas manchas son con frecuencia rotas y dispersadas por la violenta agitación de las partículas del primer elemento, tal como afortunadamente ha sucedido con las que se han ido

formando sucesivamente en la faz de nuestro Sol. A veces, en cambio, encostran toda la superficie del fuego acumulado en el centro; la comunicación entre las partes más activas y más inertes del vórtice queda interrumpida, la rapidez de su movimiento empieza a languidecer de inmediato y ya no puede impedir ser devorado y arrastrado por la violencia superior de alguna otra corriente circular parecida; y de esta forma lo que una vez fue un sol, se convierte en un planeta. Hubo un tiempo, según este sistema, cuando la Luna era un cuerpo del mismo tipo análogo al Sol, un centro de fuego de una corriente circular de éter, que fluía sin cesar a su alrededor; pero como su faz fue encostrada por un cúmulo de partículas angulares, el movimiento de esa corriente circular empezó a apagarse y no pudo impedir que fuese absorbida por el vórtice más violento de la Tierra, que entonces era también un sol y que estaba cerca de ella. Así la Luna se transformó en un planeta que giraba en torno a la Tierra. Con el tiempo la Tierra corrió idéntica suerte que la Luna; su faz fue encostrada por una sustancia gruesa e inactiva; el movimiento de su vórtice empezó a agotarse y fue absorbida por el mayor vórtice del Sol; pero aunque el vórtice de la Tierra languideciera, tenía aún la fuerza suficiente tanto para su giro diario como para el movimiento mensual de la Luna. Es fácil concebir que hay una corriente circular pequeña fluyendo en torno al cuerpo de la Tierra, mientras que al mismo tiempo ella es transportada por el gran océano de éter que continuamente gira en torno al Sol; del mismo modo que en un gran remolino de agua uno puede a menudo observar varios remolinos pequeños, que rotan alrededor de sus propios centros y al mismo tiempo son llevados en torno al centro del más grande. Tal fue la causa de la formación original y los movimientos consecuentes del sistema planetario. Cuando un cuerpo sólido es girado alrededor de su centro, las partes que están más cerca y más lejos del centro completan su giro al mismo tiempo. Pero esto no es así en el caso de las revoluciones de un fluido: sus partes más cercanas al centro completan sus vueltas en un lapso más breve que las más apartadas. Los planetas, pues, que flotan todos en una inmensa marea de éter que continuamente se mueve de Oeste a Este alrededor del cuerpo del Sol, completan sus giros en un tiempo más o menos prolongado, conforme a su lejanía o cercanía del Sol. Descartes afirmó que no había una proporción demasiado precisa entre los tiempos de sus giros y sus distancias del centro. La bella analogía que Képler había descubierto entre ellos no había sido confirma-

da por las observaciones de Cassini y, como ya he apuntado, fue totalmente descartada por Descartes. Según él, asimismo, sus órbitas podían no ser perfectamente circulares, sino más largas en un sentido que en otro, y aproximarse así a una elipse. Tampoco era necesario suponer que describían esta figura con exactitud geométrica, y ni siquiera que describían siempre la misma figura. Rara vez sucede que la naturaleza pueda ser matemáticamente exacta con respecto a la figura de los objetos que produce, en razón de las infinitas combinaciones de impulsos que deben confluir en la producción de cada uno de sus efectos. No hay dos planetas, como no hay dos animales del mismo tipo, que tengan exactamente la misma figura, ni es la de ninguno de ellos perfectamente regular. Por tanto, era vano el empeño de los astrónomos en hallar una constancia y regularidad perfectas en los movimientos de los cuerpos celestes, cuando no existen en ninguna otra parte de la naturaleza. Esos movimientos, como todos los demás, deben apagarse o acelerarse según que la causa que los produce, la evolución del vórtice del Sol, se apague o acelere; y existen innumerables hechos que pueden dar pie a uno u otro de esos cambios.

Así fue como Descartes procuró familiarizar a la imaginación con la máxima dificultad del sistema copernicano: el rápido movimiento de los enormes cuerpos de los planetas. Una vez que la mente aprendió de tal modo a concebirlos como flotando en un inmenso océano de éter, ya resultó acorde con sus hábitos usuales el concebir que siguieran la corriente de ese océano, por rápida que fuera. Éste era un orden de sucesión al que llevaba mucho tiempo acostumbrada y con el que estaba, por tanto, bastante familiarizada. Además, esa explicación de los movimientos de los cielos se conectaba con un vasto e inmenso sistema que integraba un número mayor de los fenómenos más disonantes de la naturaleza que los que había unido cualquier otra hipótesis; un sistema en el cual los principios conectivos, aunque fueran quizá igualmente imaginarios, eran más claros y determinados que ninguno de los conocidos con anterioridad; y que intentaba señalar a la imaginación no sólo el orden de sucesión por el que los cuerpos celestes eran impulsados sino el orden en el que ellos y virtualmente todos los demás objetos naturales habían sido producidos. La filosofía cartesiana empieza a ser casi universalmente rechazada, mientras que el sistema copernicano continúa siendo universalmente aceptado. Pero no es fácil imaginar cuánta probabilidad y coherencia se supuso que este admira-

do sistema derivó de aquella refutada hipótesis. Hasta que Descartes publicó sus principios, el sistema deslavazado de Tycho Brahe, aunque no era compartido animosa ni completamente por casi nadie, era sin embargo aludido por todos los estudiosos como algo que en términos de probabilidad estaba a la par con el de Copérnico. Subrayaron ciertamente su inferioridad en lo tocante a coherencia y conexión, pero expresaron su esperanza de que tales defectos pudieran ser remediados por algunas mejoras futuras. Mas cuando el mundo contempló la coherencia plena y casi perfecta que la filosofía de Descartes confirió al sistema de Copérnico, la imaginación de la humanidad ya no pudo refrenar el placer de compartir una explicación tan armoniosa de las cosas. El sistema de Tycho Brahe fue cada día menos mencionado y por fin fue olvidado por completo.

El sistema de Descartes, aunque conectaba los movimientos reales de los cuerpos celestes según el sistema de Copérnico mejor que antes, lo hacía sólo cuando eran considerados en líneas generales, y no se aplicaba a los mismos cuando eran analizados en detalle. Descartes, ha sido apuntado, nunca había observado él mismo los cielos con ninguna aplicación especial. Aunque no ignoraba ninguna de las observaciones efectuadas antes de su tiempo, no parece haberles prestado demasiada atención; algo que probablemente se debía a su propia inexperiencia en el estudio de la astronomía. Así, lejos de acomodar su sistema a todas las diminutas irregularidades que Képler había detectado en los movimientos de los planetas, o de demostrar con detalle cómo estas irregularidades en concreto podían surgir de los mismos, se limitó a observar que no cabía esperar una uniformidad perfecta en sus mociones, a partir de la naturaleza de las causas que las generaban; que ciertas irregularidades podían tener lugar en ellas, dado el gran número de revoluciones sucesivas, irregularidades que podían dar lugar a otras de diferente tipo: una observación que con fortuna lo liberó de la necesidad de aplicar su sistema a las observaciones de Képler y los demás astrónomos.

Pero una vez que las observaciones de Cassini establecieron la autoridad de esas leyes descubiertas primero por Képler en el sistema, la filosofía de Descartes, que no podía aportar ninguna razón por la cual esas leyes concretas debían ser cumplidas, pudo seguir entreteniendo a los estudiosos en otras ciencias pero ya no podía satisfacer a los expertos en astronomía. Sir Isaac Newton fue el primero que intentó una explicación física de los movimientos de los planetas, que se ajustara a to-

das las constantes irregularidades que los astrónomos habían observado en sus mociones. La conexión física con la que Descartes había procurado enlazar los movimientos de los planetas eran las leyes del impulso que fluyen en su totalidad de la inercia de la materia; de todos los órdenes de sucesión, son los más familiares a la imaginación. Después de esta cualidad, no hay ninguna que conozcamos mejor que la de la gravedad. Nunca actuamos sobre la materia, pero tenemos ocasión de observarla. El genio y la sagacidad superiores de Sir Isaac Newton, pues, lograron el más feliz y ahora podemos proclamar que el más grande y más admirable adelanto nunca conseguido en la filosofía cuando descubrió que podía integrar los movimientos de los planetas por un principio conectivo tan familiar que eliminó totalmente las dificultades que la imaginación había experimentado en su seguimiento hasta entonces. Demostró que si los planetas gravitaban hacia el sol, y recíprocamente, y si al mismo tiempo poseían una fuerza proyectadora impresa originalmente en ellos, los primarios podían describir elipses en uno de los focos donde se ubicaba ese gran astro, y los secundarios podían describir figuras del mismo tipo alrededor de sus respectivos primarios, sin ser perturbados por la moción continua de los centros de sus revoluciones. Que si la fuerza que los retenía a cada uno en sus órbitas era como la fuerza de la gravedad, entonces describirían cada uno áreas iguales en tiempos iguales. Que si el poder de atracción del Sol, como todas las otras cualidades difundidas en rayos desde un centro, disminuía en la misma proporción en que aumentaba el cuadrado de sus distancias, sus movimientos serían más veloces cuanto más cerca del Sol estuvieran y más lentos cuanto más lejos estuvieran, en la misma proporción en que se descubriese su posición mediante la observación; y que bajo el mismo supuesto de la gradual disminución de sus gravedades respectivas, sus tiempos periódicos mantendrían la misma proporción con respecto a sus distancias que Képler y Cassini habían establecido entre ellos. Una vez que demostró que la gravedad podía ser el principio conectivo que uniera los movimientos de los planetas, pasó a tratar de probar que así era en la realidad. La experiencia nos muestra cuál es el poder de la gravedad cerca de la superficie de la Tierra. Su fuerza es tal que hace que en el primer segundo de su descenso un cuerpo caiga unos quince pies parisinos. La Luna dista de la superficie de la Tierra unos sesenta semidiámetros de ésta. Por tanto, si la gravedad disminuye como aumentan los cuadrados de la distancia, un cuerpo en

la Luna caería hacia la Tierra en un minuto; esto es, en sesenta segundos en el mismo espacio a través del cual cae en un segundo cuando se halla cerca de la superficie. Pero el arco que la Luna describe en un minuto cae por observación unos quince pies parisinos por debajo de la tangente trazada al comienzo del mismo. Así, pues, cabe concebir que la Luna cae constantemente hacia la Tierra.

El sistema de Sir Isaac Newton respondió a muchas otras irregularidades que los astrónomos habían observado en los cielos. Asignó un motivo a por qué los centros de las revoluciones de los planetas no eran exactamente el centro del Sol sino el centro de gravedad común del Sol y los planetas. A partir de la mutua atracción de los planetas dio razón de algunas otras irregularidades en sus movimientos; irregularidades que son bien apreciables en los de Júpiter y Saturno, cuando estos planetas se hallan casi en conjunción recíproca. Pero de todas las irregularidades de los cielos, las de la Luna habían sido hasta entonces las que más perplejidad habían suscitado en los astrónomos; y el sistema de Sir Isaac Newton se correspondía con ellas aún mejor si cabe que con las de cualquiera de los demás planetas. La Luna, cuando está en conjunción o en oposición al Sol parece más lejos de la Tierra, y más cerca cuando está en sus cuartos. De acuerdo con el sistema de este filósofo, cuando se halla en conjunción con el Sol, está más cerca del Sol que la Tierra; en consecuencia, más atraída hacia él y por ello más separada de la Tierra. Por el contrario, cuando se halla en oposición al Sol está más lejos del Sol que la Tierra. La Tierra está entonces más atraída hacia el Sol y por ello en este caso más separada de la Luna. Cuando la Luna está en sus cuartos, al estar la Tierra y la Luna a la misma distancia del Sol, están igualmente atraídas hacia él. Así, no tenderían a acercarse la una a la otra por esta razón solamente. Pero como no están atraídas hacia el Sol en líneas paralelas sino en líneas que se cruzan en su centro, están por eso aún más aproximadas la una a la otra. Sir Isaac Newton calculó la diferencia de las fuerzas con las cuales la Luna y la Tierra debían según su teoría en todas esas situaciones diferentes estar impelidas la una hacia la otra; y descubrió que diferentes grados de sus aproximaciones, tal como habían sido observados por los astrónomos, se correspondían exactamente con sus cálculos. Como la atracción del Sol en las conjunciones y oposiciones disminuye la gravedad de la Luna hacia la Tierra, por consiguiente hace necesariamente que extienda su órbita y por ello requiere un tiempo periódico más prolongado para

completarla. Pero cuando la Luna y la Tierra se hallan en la parte de la órbita más cercana al Sol, esta atracción solar será máxima; por tanto, la gravedad de la Luna hacia la Tierra será allí mínima; su órbita se extenderá más y su tiempo periódico será por eso el más prolongado. Esto también encaja con la experiencia, y en la misma proporción en la cual cabría esperarlo de esos principios, por medio del cálculo.

La órbita de la Luna no está precisamente en el mismo plano que la de la Tierra, sino que forma con éste un muy pequeño ángulo. Los puntos de intersección de ambos planos se denominan los nodos de la Luna. Estos nodos lunares están en continuo movimiento, y en dieciocho o diecinueve años giran hacia atrás, de Este a Oeste, a través de todos los diferentes puntos de la Eclíptica. La Luna, una vez completado su giro periódico, intersecta la órbita de la Tierra algo por detrás del punto donde lo hizo antes. Pero aunque la moción de los nodos es así generalmente retrógrada, no lo es siempre, y a veces es directa y a veces incluso estacionaria; la Luna generalmente cruza el plano de la órbita terrestre detrás del punto en que lo hizo en su rotación anterior, pero a veces lo hace antes y a veces lo hace en ese mismo punto. La posición de esos nodos es lo que determina los tiempos de los eclipses y por tal razón sus movimientos habían sido siempre analizados con detalle por los astrónomos. Pero nada los había confundido más que explicar esos movimientos tan incoherentes y al mismo tiempo preservar su tan buscada regularidad en los giros de la Luna. No tenían otro medio de conectar las apariencias que no fuera suponer que los movimientos que las producían eran en realidad perfectamente regulares y ecuables. La historia de la astronomía, así, incluye más teorías inventadas para conectar los movimientos de la Luna que para conectar los de todos los demás cuerpos celestes juntos. La teoría de la gravedad integraba del modo más preciso, mediante las diferentes operaciones del Sol y la Tierra, todas esas mociones irregulares; y por el cálculo puede comprobarse que cabe esperar que el tiempo, la cantidad y la duración de esos movimientos directos y retrógrados de los nodos, así como sus apariencias estacionarias, resulten exactamente como las observaciones de los astrónomos los han determinado.

El mismo principio, la atracción del Sol, que da cuenta así de los movimientos de los nodos, conecta también otra sumamente extraña irregularidad en la apariencia de la Luna: la perpetua variación en la inclinación de su órbita con respecto a la de la Tierra.

La Luna gira en una elipse, uno de cuyos focos es el centro de la Tierra, y el eje más largo de su órbita se denomina la línea de los ápsides. Por observación se ve que esta línea no siempre está dirigida hacia los mismos puntos del firmamento, sino que rota hacia adelante, de Oeste a Este, de forma que pasa a través de todos los puntos de la Eclíptica, y completa su período en unos nueve años; otra irregularidad que había confundido a los astrónomos pero que la teoría de la gravedad explicó suficientemente.

La Tierra había sido hasta entonces considerada perfectamente globular, probablemente por la misma razón por la cual los hombres imaginaron que las órbitas de los planetas debían ser por necesidad perfectamente circulares. Pero Sir Isaac Newton, a partir de principios mecánicos, concluyó que como las partes de la Tierra debían ser más agitadas por su giro diurno en el Ecuador que en los polos, necesariamente debían estar algo elevadas en el primero y achatadas en los segundos. La observación de que la oscilación de los péndulos era menor en el Ecuador que en los polos, y que parecía demostrar que la gravedad era más intensa en los polos y más débil en el Ecuador, probaba para él que el Ecuador estaba más lejos del centro que los polos. Todas las medidas que se habían hecho de la Tierra hasta entonces apuntaban en sentido contrario, que se expandía hacia los polos y achataba hacia el Ecuador. Newton, en cambio, prefirió sus cálculos mecánicos antes que las medidas de los geógrafos y astrónomos; y fue en ello confirmado por las observaciones de los astrónomos sobre la figura de Júpiter, cuyo diámetro en el polo parece guardar una relación con su diámetro en el Ecuador como doce a trece; una desigualdad mucho mayor que la que supuestamente existía entre los diámetros correspondientes de la Tierra, pero exactamente proporcional con el volumen superior de Júpiter, y la superior velocidad con que opera sus revoluciones diurnas. Las observaciones de los astrónomos en Laponia y Perú han confirmado plenamente el sistema de Sir Isaac, y no sólo han demostrado que la figura de la Tierra es en líneas generales como él supuso, sino que la proporción de su eje con el diámetro de su ecuador es casi exactamente la que él calculó. Y de todas las pruebas que se han aducido sobre la rotación diaria de la Tierra, ésta es quizá la más sólida y satisfactoria.

Hiparco, comparando sus propias observaciones con las de algunos astrónomos anteriores, descubrió que los puntos equinocciales no siempre estaban opuestos a la misma parte de los cielos, sino que avanzaban

gradualmente hacia el Este con una moción tan lenta que apenas era perceptible en cien años, y que requeriría treinta y seis mil para efectuar un giro completo de los equinoccios, y llevarlos sucesivamente a través de todos los diferentes puntos de la Eclíptica. Observaciones más precisas detectaron que esta precesión de los equinoccios no era tan lenta como había pensado Hiparco, y que requería algo menos de veintiséis años para completarse. Cuando regía el antiguo sistema astronómico, que representaba a la Tierra como el centro inmóvil del universo, esta apariencia era necesariamente explicada suponiendo que el firmamento, además de su rápida revolución diaria alrededor de los polos del Ecuador, tenía también una periódica más lenta en torno a los de la Eclíptica. Y cuando los escolásticos unieron el sistema de Hiparco con las esferas sólidas de Aristóteles situaron una nueva esfera cristalina por encima del firmamento, para juntar este movimiento con el resto. En el sistema copernicano, esta apariencia había sido conectada hasta entonces con las otras partes de dicha hipótesis suponiendo una pequeña rotación del eje terrestre de Este a Oeste. Sir Isaac Newton conectó esta moción con el mismo principio de la gravedad por el que había vinculado a todos los demás, y mostró cómo la elevación de las partes de la Tierra en el Ecuador debían producir, por la atracción del Sol, el mismo movimiento retrógrado de los nodos de la eclíptica que producían los nodos de la Luna. Calculó la cantidad de movimiento que podría surgir de esta acción del Sol y sus cómputos aquí también se correspondieron con las observaciones de los astrónomos.

De todas las apariencias de los cielos, a lo que menos habían atendido los astrónomos había sido hasta entonces a los cometas. La rareza e inconstancia de sus apariciones los separaba por entero de los constantes, regulares y uniformes objetos de los cielos, y hacía que se asemejaran más a los inconstantes, transitorios y accidentales fenómenos de las regiones vecinas a la Tierra. Aristóteles, Eudoxio, Hiparco, Ptolomeo y Peuerbach, por consiguiente, los degradaron por debajo de la Luna, y los clasificaron entre los meteoros de las regiones superiores del aire. Las observaciones de Tycho Brahe demostraron que ellos ascendían en las regiones celestes y a menudo estaban más altos que Venus o el Sol. Descartes supuso al azar que siempre se hallaban por encima incluso de la órbita de Saturno; y por esa superior elevación que les confirió parece que deseaba compensar la injusta degradación que habían padecido durante tanto tiempo antes. Las observaciones de algunos astrónomos pos-

teriores demostraron que también ellos giraban en torno al Sol y podían ser, entonces, partes del sistema solar. Newton aplicó su principio mecánico de la gravedad para explicar los movimientos de estos cuerpos. Las observaciones de algunos astrónomos ya habían descubierto que describían áreas iguales en tiempos iguales; y Newton pretendió mostrar cómo a partir de ese principio y esas observaciones se podía averiguar la naturaleza y posición de sus diversas órbitas y determinar sus tiempos periódicos. A partir de sus principios, sus seguidores aventuraron la predicción del retorno de varios de ellos, en particular el que aparecerá en 1758*. Habrá que esperar hasta entonces para que podamos determinar si su filosofía se corresponde tan bien con esta parte del sistema como con todas las demás. Entretanto, no obstante, la ductilidad de este principio, que se aplicó tan felizmente a éstas, las más irregulares de todas las apariencias celestes, y que ha introducido una coherencia tan completa en los movimientos de todos los cuerpos celestes, ha servido mucho para recomendarlo a las imaginaciones de la humanidad.

De todos los intentos de la filosofía newtoniana, el que parece más lejos del alcance de la razón y la experiencia humana es el de calcular los pesos y densidades del Sol y los planetas. Pero este intento era indispensable para completar la coherencia del sistema newtoniano. El poder de atracción que conforme a la teoría de la gravedad posee cada cuerpo se halla en proporción a la cantidad de materia contenida en dicho cuerpo. Pero el tiempo periódico en el que un cuerpo a una distancia dada rota alrededor de otro que lo atrae es más corto en proporción a la magnitud de ese poder, y consecuentemente a la cantidad de materia en el cuerpo atrayente. Si las densidades de Júpiter y Saturno fueran las mismas que la de la Tierra, los tiempos periódicos de sus diversos satélites serían más breves que lo que la observación muestra que son. Porque la cantidad de materia y por tanto el poder de atracción de cada uno de ellos sería como los cubos de sus diámetros. Comparando los volúmenes de esos planetas y los tiempos periódicos de sus satélites, se comprueba que bajo la hipótesis de la gravedad la densidad de Júpiter debe ser mayor que la de Saturno, y la de la Tierra mayor que la de Júpiter. Esto parece establecer una ley del sistema, de que cuanto

* Ha de observarse que este ensayo fue escrito en su totalidad antes de la fecha indicada; y que el retorno del cometa tuvo lugar de acuerdo con la predicción. [Nota de los editores en la edición original.]

más cerca están los distintos planetas del Sol mayor es la densidad de su materia; una constitución de cosas que parece la más ventajosa de todas las que cabe establecer; porque el agua de la misma densidad que la de nuestra Tierra se congelaría bajo el Ecuador de Saturno y hervía bajo el de Mercurio.

Tal el sistema de Sir Isaac Newton, un sistema cuyas partes están más estrechamente conectadas que las de ninguna otra hipótesis filosófica. Si se admite este principio, la universalidad de la gravedad, y que disminuye como se incrementa el cuadrado de la distancia, todas las apariencias que une a través de él se siguen necesariamente. Su conexión no es meramente un vínculo general e indefinido, como el de la mayoría de los otros sistemas, en los que es indiferente esperar estas apariencias o algunas similares. En todas partes es el más preciso y concreto que imaginarse pueda, y determina el tiempo, el lugar, la cantidad, la duración de cada fenómeno individual, de forma tal que resultan ser exactamente lo que la observación indica. Tampoco son los principios unificadores que emplea algo que la imaginación pueda experimentar dificultad alguna en seguir. La gravedad de la materia es de todas sus cualidades la que nos resulta más familiar, después de su inercia. Nunca actuamos sobre ella sin tener ocasión de observar esta propiedad. Asimismo, la ley por la cual se supone que disminuye a medida que se aleja de su centro es la misma que tiene lugar en todas las demás cualidades que son propagadas en rayos desde un centro, en la luz, y en todas las demás cosas del mismo tipo. No sólo vemos que tiene lugar en todas esas cualidades sino que estamos por necesidad decididos a concebir que debe tener lugar por la naturaleza de las cosas. La oposición que en Francia y otras naciones extranjeras se ha levantado contra la prevalencia de este sistema no provino de ninguna dificultad que los seres humanos naturalmente experimentaron al pensar en la gravedad como un motor original y primario en la constitución del universo. El sistema cartesiano, que había predominado tan ampliamente antes había acostumbrado a las personas a pensar en el movimiento como algo que nunca comenzaba sino a consecuencia de un impulso, y había conectado el descenso de los cuerpos pesados cerca de la superficie de la Tierra y los otros planetas mediante este lazo de unión más general; el apego que el mundo había desarrollado hacia esta explicación de las cosas fue lo que lo indispuso contra la de Sir Isaac Newton. Su sistema, empero, prevalece hoy sobre toda oposición, y ha progre-

sado hacia la adquisición del imperio más universal que jamás haya sido establecido en la filosofía. Ha de reconocerse que sus principios poseen un grado de firmeza y solidez que en vano buscaremos en cualquier otro sistema. Ni los más escépticos podrán evitar percibirlo. No sólo conectan con la mayor perfección todos los fenómenos de los cielos que habían sido observados con anterioridad, sino también aquellos que hemos conocido merced a la perseverante laboriosidad y más perfectos instrumentos de los astrónomos recientes; los fenómenos han sido o bien explicados más fácil e inmediatamente que antes merced a la aplicación de sus principios, o han sido explicados como consecuencia de cálculos más elaborados y precisos a partir de esos principios. E incluso nosotros, que hemos intentado representar todos los sistemas filosóficos como meras invenciones de la imaginación con objeto de conectar los fenómenos de la naturaleza que en otra circunstancia resultan desunidos y discordes, nos hemos visto seducidos a hacer uso del lenguaje que expresa los principios conectivos de este sistema, como si ellos fueran realmente las cadenas reales que la naturaleza utiliza para vincular sus diversas operaciones. No podemos maravillarnos, entonces, de que haya ganado la aprobación general y completa de la humanidad, y que sea hoy considerado no como un intento de conectar en la imaginación los fenómenos celestes sino como el mayor descubrimiento jamás efectuado por el hombre, el descubrimiento de una inmensa cadena con las verdades más importantes y sublimes, todas estrechamente conectadas por un hecho capital, de cuya realidad tenemos experiencia cotidiana.

Nota de los editores*

El autor, al final de este ensayo, dejó unas notas y memorandos por los que cabe deducir que consideraba a esta última parte de su Historia de la Astronomía como imperfecta y necesitada de varios añadidos. Los editores, sin embargo, han preferido publicarla y no suprimirla. No debe ser contemplada como una historia o explicación de la astronomía de Sir Isaac Newton sino fundamentalmente como una ilustración adicional de los principios de la mente humana que el Sr. Smith ha destacado como los motivos universales de las investigaciones filosóficas.

* [De la edición original.]

DE LOS SENTIDOS EXTERNOS

Normalmente se considera que los sentidos por los que percibimos los objetos externos son cinco: vista, oído, olfato, gusto y tacto.

Los cuatro primeros se limitan a partes u órganos específicos del cuerpo; el sentido de la vista está confinado en los ojos; el del oído en los oídos; el del olfato en la nariz; el del gusto en el paladar. Sólo el sentido del tacto no parece limitado a un órgano particular, sino difundido por casi todo el cuerpo, creo que en todas sus partes salvo el pelo y las uñas de las manos y los pies. Diré unas palabras sobre cada uno de estos sentidos, empezando por el último y procediendo en un orden contrario a cómo son habitualmente enumerados.

DEL SENTIDO DEL TACTO

Los objetos del tacto siempre se presentan presionando o resistiendo contra la parte concreta del cuerpo que los percibe o por medio de la cual los percibimos. Cuando apoyo mi mano sobre la mesa, la mesa presiona contra mi mano o resiste el movimiento ulterior de la misma, de igual forma que mi mano presiona sobre la mesa. Pero la presión o la resistencia necesariamente supone la exterioridad de la cosa que presiona o resiste. La mesa no podría presionar contra mi mano o resistir su movimiento ulterior si no fuera externa a mi mano. La siento por ello como algo que no es meramente una emoción de mi mano sino totalmente externo e independiente de mi mano. La sensación agradable, indiferente o dolorosa de la presión, conforme a que mi mano apriete suave o enérgicamente, la siento sin duda como impresión de mi mano; pero la cosa que presiona y resiste la siento como algo completamente diferente de esa sensación, y exterior a mi mano y por entero independiente de ella.

Al mover mi mano a lo largo de la mesa pronto llega, en cualquier dirección, a un lugar donde esa presión o resistencia cesa. Llamamos a este lugar el límite o final de la mesa; su extensión y figura son determinados por la extensión y dirección de las líneas o superficies que constituyen ese límite o final.

De esta forma una persona ciega de nacimiento o que ha perdido la vista a tan corta edad que carece de memoria de los objetos visibles

puede formarse una idea precisa de la extensión y figura de todas las partes diferentes de su propio cuerpo, y de cualquier otro objeto tangible que tenga la oportunidad de manipular y examinar. Cuando toca con su mano su pie, y su mano siente la presión o resistencia del pie, igualmente su pie percibe la de su mano. Son ambos exteriores recíprocamente, pero ninguno es externo a la propia persona. Siente en ambos y naturalmente los considera parte de sí misma, o al menos como algo que le pertenece y que debe cuidar en aras de su propia felicidad y comodidad.

Cuando un hombre apoya su mano sobre la mesa, aunque su mano sienta la presión de la mesa, la mesa no siente, o al menos él no sabe que siente la presión de su mano. La percibe por ello como algo exterior no sólo a su mano sino a sí mismo, como algo que no forma parte de él, y acerca de cuyo estado y condición no tiene necesariamente preocupación alguna.

Cuando apoya su mano sobre el cuerpo de otra persona u otro animal, aunque sabe o puede saber que ellos sienten la presión de su mano tanto como él siente la de su cuerpo, sin embargo, como esta sensación es del todo exterior a él, con frecuencia no le presta atención alguna, y en ningún momento se preocupa por ella más que en la medida en que está obligado a hacerlo por la solidaridad que la naturaleza, con los más sabios propósitos, ha implantado en el hombre no sólo con respecto a las demás personas sino (aunque indudablemente en un grado mucho menor) hacia todos los animales. Al destinarlo a ser el animal director en este pequeño mundo, parece que su benévola intención fue inspirar en él algún grado de respeto incluso para los más inferiores y débiles de sus súbditos.

A este poder o cualidad de resistencia lo denominamos solidez; y la cosa que lo posea, un cuerpo o cosa sólida. La sentimos totalmente exterior a nosotros, y por ello necesariamente la concebimos como algo del todo independiente de nosotros. La consideramos, así, como lo que llamamos una sustancia, o una cosa que subsiste por sí misma e independientemente de cualquier otra cosa. Por consiguiente, sólido y sustancial son dos palabras que en el lenguaje ordinario son consideradas total o casi totalmente sinónimas.

La solidez necesariamente supone algún grado de extensión, en todas las tres direcciones de longitud, anchura y espesor. Todos los cuerpos sólidos de los que tenemos experiencia poseen algún grado de ese

volumen o magnitud. Parece ser esencial a su naturaleza, y sin él no podemos concebir cómo podrían ser capaces de presión o resistencia, los poderes por los que los conocemos y que sólo ellos pueden ejercer sobre nuestro cuerpo y sobre todos los demás.

La extensión, al menos cualquier extensión sensible, supone divisibilidad. Un cuerpo puede ser tan duro que nuestra fuerza no pueda romperlo; pero suponemos, de todas maneras, que si se le aplica una fuerza suficiente se lo podrá romper; y en cualquier caso siempre podemos, al menos mentalmente, imaginar que es dividido en dos partes o más.

Todo cuerpo sólido y extenso, si no es infinito (como cabe concebir al universo), debe tener forma o figura, o ser limitado por ciertas líneas y superficies.

Todo cuerpo de esa clase debe asimismo ser concebido como capaz tanto de movimiento como de reposo, tanto de alterar su situación con respecto a los otros cuerpos circundantes como de permanecer en la misma situación. El que los cuerpos de tamaño pequeño o moderado son capaces de movimiento y reposo es algo de lo que tenemos continua experiencia. En cuanto a las grandes masas, quizá, se supone de acuerdo con los hábitos ordinarios de la imaginación que son más aptas para el reposo que para el movimiento. Pero si se aplica una fuerza suficiente no tenemos dificultad alguna en concebir que las mayores y más ponderosas masas pueden ser capaces de moverse. La filosofía nos enseña (y con razones a las que es prácticamente imposible rehusar el asentimiento) que la Tierra misma, y cuerpos mucho mayores que la Tierra, no sólo son movibles sino que de hecho están todo el tiempo en movimiento, y continuamente alteran su situación con respecto a los otros cuerpos circundantes, con una rapidez que casi supera la comprensión humana. En el sistema del universo, al menos según las imperfectas nociones que hemos podido hasta hoy acumular sobre él, la gran dificultad no parece estribar en hallar las masas más enormes en movimiento sino en descubrir la más diminuta partícula de materia que esté en perfecto reposo con relación a todos los demás cuerpos circundantes.

Estas cuatro cualidades o atributos de extensión, divisibilidad, figura y movilidad, o la capacidad de movimiento o reposo, parecen integrar necesariamente la idea o concepción de una sustancia sólida. Son en realidad inseparables de esa idea o concepción, y no es posible con-

cebir sin ellas la existencia de la sustancia sólida. Ninguna otra cualidad o atributo integra del mismo modo nuestra idea o concepción de la solidez. Sería sin embargo apresurado concluir a partir de esto que la sustancia sólida como tal no puede poseer otras cualidades o atributos. No obstante, esta muy apresurada conclusión ha sido no sólo extraída sino que filósofos de muy eminente reputación han insistido en ella como un axioma de la más indudable certeza.

De estas sustancias externas y resistentes, algunas ceden fácilmente y cambian su figura, al menos en cierto grado, como consecuencia de la presión de nuestra mano; otras ni ceden ni cambian su figura, en ningún aspecto, como consecuencia de la máxima presión que nuestra mano sea capaz de ejercer sobre ellas. Llamamos a las primeras cuerpos blandos y a las segundas cuerpos duros. En algunos cuerpos sus partes son tan fácilmente separables que no sólo ceden ante una presión muy moderada sino que fácilmente reciben al cuerpo presionante dentro de ellos, y sin mucha resistencia dejan que atraviese su extensión en todas las direcciones posibles. Son los llamados fluidos, en distinción frente a aquellos cuyas partes no son tan fácilmente separables y que por ello se llaman cuerpos sólidos; como si poseyeran de modo más claro y perceptible la cualidad característica de la solidez o el poder de la resistencia. El agua (uno de los fluidos con los que estamos más familiarizados), cuando está limitada por todos lados (como en un globo hueco de metal que es llenado primero de agua y después sellado herméticamente), se ha comprobado que resiste la presión tanto como los cuerpos más duros o lo que comúnmente denominamos los más sólidos.

Algunos fluidos ceden tan fácilmente ante la más mínima presión que en ocasiones normales apenas apreciamos su resistencia; y por tal motivo no estamos dispuestos a concebirlos como cuerpos o como cosas capaces de presión y resistencia. Hubo un tiempo, como leemos en Aristóteles y Lucrecio, cuando se suponía que era necesario un cierto grado de filosofía para demostrar que el aire era un cuerpo sólido real, capaz de presión y resistencia. Lo que en tiempos antiguos y en comprensiones vulgares era supuestamente dudoso con respecto al aire lo sigue siendo con respecto a la luz, cuyos rayos, por más condensados o concentrados que sean, nunca han parecido capaces de presentar la más mínima resistencia ante el movimiento de otros cuerpos, característico poder o cualidad de los denominados sustancias o cuerpos sólidos. Por

eso algunos filósofos dudan y algunos incluso niegan que la luz sea una sustancia material o corpórea.

Aunque todos los cuerpos o sustancias sólidas resisten, todos los que conocemos parecen ser más o menos compresibles, o susceptibles de tener, sin disminución alguna en la cantidad de su materia, un volumen más o menos reducido a un espacio menor que el que normalmente ocupan. Un experimento de la academia de Florencia supuestamente probó que el agua era absolutamente incomprimible. Pero el mismo experimento, realizado con más cuidado y exactitud, mostró que el agua, aunque resiste intensamente la compresión, es como todos los demás cuerpos susceptible de la misma, si se aplica una fuerza suficiente. El aire, por el contrario, ante la aplicación de una fuerza muy moderada, es fácilmente reducible a una porción de espacio mucho más pequeña que la que usualmente ocupa. Esto queda suficientemente demostrado por la máquina de condensación y la bomba de aire, que se basa en ella; e incluso sin la ayuda de tales maquinarias ingeniosas y costosas, podemos convencernos de su veracidad si apretamos una bolsa llena de aire con su gollete bien cerrado.

La dureza o suavidad de los cuerpos, o la fuerza mayor o menor con la que resisten cualquier cambio de forma, parece depender totalmente del mayor o menor grado de cohesión con que sus partes se atraen mutuamente. La fuerza más o menos intensa con la que resisten la compresión puede deberse en muchas ocasiones a la misma causa, pero también puede deberse a la proporción mayor o menor de espacio vacío comprendido entre sus dimensiones, o entremezclado con las partes sólidas que los componen. Un cuerpo con ningún espacio vacío comprendido en sus dimensiones, que estuviese completamente repleto en todas sus partes de la sustancia resistente, es algo que naturalmente estamos predispuestos a concebir como absolutamente incompresible, y que resistiría con fuerza inconquistable cualquier intento de reducirlo a dimensiones más estrechas. Si una sustancia sólida y resistente, sin desplazarse de su lugar, admite en el mismo sitio otra sustancia sólida y resistente, a nuestro juicio desde ese momento dejaría de ser una sustancia sólida y resistente, y ya no poseería esa cualidad que en exclusiva nos la identifica, y que por tal razón consideramos como constitutiva de su naturaleza y esencia, y totalmente inseparable de la misma. De ahí nuestra noción de lo que ha sido denominado impenetrabilidad de la materia, o de la absoluta

imposibilidad de que dos sustancias resistentes sólidas ocupen el mismo lugar al mismo tiempo.

Esta doctrina, tan antigua como Leucipo, Demócrito y Epicuro, fue relanzada durante el siglo pasado por Gassendi, y desde entonces ha sido adoptada por Newton y la mayoría de sus seguidores. Actualmente puede ser considerada como el sistema establecido, o el sistema más en boga y más respaldado por el grueso de los filósofos europeos. Aunque se le han opuesto bastantes argumentos paradójicos, derivados de esa especie de metafísica que confunde todas las cosas y no explica ninguna, parece en conjunto que es la más simple, la más clara y la más comprensible explicación proporcionada hasta hoy sobre los fenómenos de los que pretende dar cuenta. Sólo observaré que cualquiera sea el sistema que pueda adoptarse acerca de la dureza o suavidad, la fluidez o solidez, la compresibilidad o incompresibilidad, de la sustancia resistente, la certeza de nuestro inequívoco sentido y sensación de su exterioridad, o de su completa independencia del órgano que la percibe, o mediante el cual la percibimos, no se ve ni mínimamente afectada por dicho sistema. Por consiguiente, no intentaré aquí desarrollar ninguna explicación ulterior del mismo.

El calor y el frío, sentidos por casi todas las partes del cuerpo humano, han sido usualmente clasificados junto con la solidez y la resistencia entre las cualidades que son objeto del tacto. Pero creo que no es correcto en nuestra lengua afirmar que tocamos, que sentimos las cualidades del calor y el frío. La palabra *sensación*, aunque en muchos casos la utilizamos como sinónimo de *tacto*, tiene empero un significado mucho más amplio, y con frecuencia es empleada para denotar nuestras impresiones internas tanto como externas. Sentimos hambre y sed, sentimos alegría y pesar, sentimos amor y odio.

El calor y el frío, en realidad, aunque pueden a menudo ser percibidos por las mismas partes del cuerpo humano, constituyen un orden de sensaciones del todo diferente de los objetos propios del tacto. No son naturalmente sentidos como presionando contra el órgano sino en el mismo órgano. Lo que sentimos cuando estamos bajo el rayo del sol en un día cálido, o a la sombra en un día frío, es evidente que no lo experimentamos como presión sobre el cuerpo sino dentro del cuerpo. No sugiere necesariamente la presencia de ningún objeto externo, ni podríamos inferir sólo de su presencia la existencia de un objeto externo. Es una sensación que ni existe ni puede existir sino en el órgano que la

siente, o en el principio ignoto de la percepción, sea cual fuere, que siente en dicho órgano o a través de dicho órgano. Cuando apoyamos la mano en una mesa que está caliente o fría a mucha más temperatura que la de nuestra mano, tenemos dos percepciones diferentes: primero, la de la mesa sólida o resistente, que necesariamente es sentida como algo exterior a e independiente de la mano que la siente, y segundo, el calor o el frío que el contacto con la mesa provoca en nuestra mano, y que es naturalmente sentido sólo en nuestra mano, o en el principio de la percepción que siente en nuestra mano.

Pero aunque las sensaciones de calor y frío no sugieren necesariamente la presencia de ningún objeto externo, pronto aprendemos por experiencia que son normalmente excitadas por un objeto de ese tipo; a veces por la temperatura de un cuerpo exterior en contacto inmediato con nuestro propio cuerpo, y a veces por un cuerpo que está a una distancia moderada o remota de nosotros, como el fuego en una habitación o el sol en un día de verano. Por la frecuencia y uniformidad de esta experiencia, por la costumbre y el hábito de pensamiento que esa frecuencia y uniformidad necesariamente ocasionan, la sensación interna y la causa externa de dicha sensación llegan a estar tan estrechamente conectadas en nuestra concepción que en nuestra ordinaria y descuidada forma de pensar tendemos a considerarlas casi como si fueran una y la misma cosa, y por tanto a denotarlas con una y la misma palabra. La confusión, asimismo, estriba en este caso más en la palabra que en el pensamiento; porque en realidad seguimos reteniendo alguna idea de la distinción, aunque no siempre la desarrollamos con la precisión que un ligero grado de atención nos permitiría alcanzar. Cuando desplazamos nuestra mano, por ejemplo, a lo largo de la superficie de una mesa muy caliente o muy fría, aunque afirmamos que la mesa está caliente o fría en todas sus partes, nunca queremos decir que en todas sus partes siente las sensaciones de calor o frío sino que en todas sus partes posee la capacidad de provocar en nuestros cuerpos una u otra de dichas sensaciones. Los filósofos que tanto empeño han puesto en demostrar que no hay calor en el fuego, significando que la sensación o impresión de calor no radica en el fuego, se han afanado en refutar una opinión que las personas más ignorantes nunca han sostenido. Pero como en el lenguaje común se emplea la misma palabra para significar tanto la sensación como el poder de provocarla, ellos se han aprovechado de esta ambigüedad, quizá sin saberlo o pretenderlo, y

han triunfado en su propia superioridad cuando establecieron merced a argumentos irresistibles una opinión que en sus términos es diametralmente opuesta a los juicios más obvios de los seres humanos, pero que en realidad se halla en perfecta armonía con dichos juicios.

DEL SENTIDO DEL GUSTO

Cuando probamos una sustancia sólida o líquida tenemos siempre dos percepciones distintas; primera, la del cuerpo sólido o líquido que es naturalmente sentido presionando el órgano que lo siente, y por tanto como algo exterior e independiente del mismo; y segunda, la del gusto, dejo o sabor particular que provoca en el paladar o en el órgano del gusto, y que es naturalmente sentida no como presionando sobre el órgano, como exterior o independiente del mismo, sino totalmente en el órgano, y sólo allí, o en el principio de la percepción que siente en dicho órgano. Cuando afirmamos que el alimento que comemos tiene un gusto agradable o desagradable en todas sus partes no queremos decir que tiene la impresión o sensación de gusto en ninguna parte, sino que todas sus partes poseen la capacidad de provocar esa impresión o sensación en nuestros paladares. Aunque en este caso denotamos con la misma palabra (del mismo modo y por la misma razón que en el caso del calor y el frío) tanto la sensación como la capacidad de excitarla, esta ambigüedad del lenguaje confunde tan poco los juicios naturales de las personas como en el caso anterior. Nadie fantasea nunca con que nuestra comida siente ella su propio gusto agradable o desagradable.

DEL SENTIDO DEL OLFATO

Cada aroma u olor es naturalmente sentido en la nariz; no presionando sobre el órgano, o resistiéndolo, no como exterior en ningún sentido al órgano, ni independientemente de él, sino totalmente en el órgano, y sólo allí, o en el principio de la percepción que siente en dicho órgano. Pronto aprendemos por la experiencia, además, que esta sensación es habitualmente excitada por un cuerpo externo; por ejemplo, por una flor, cuya ausencia suprime y cuya presencia restaura la sensación. Consideramos este cuerpo exterior la causa de esa sensación, y denominamos con las mismas palabras tanto la sensación como la ca-

pacidad por la que el cuerpo externo produce dicha sensación. Pero cuando afirmamos que el aroma está en la flor no queremos con ello decir que la flor posee ella misma ninguna impresión de la sensación que nosotros experimentamos, sino que tiene la capacidad de provocar esa sensación en nuestra nariz o en el principio de la percepción que allí siente. Aunque la sensación y el poder de excitarla son, pues, denotadas con la misma palabra, esta ambigüedad del lenguaje confunde en este caso los juicios naturales de las personas tan poco como en los dos precedentes.

DEL SENTIDO DEL OÍDO

Todo sonido es naturalmente sentido en nuestros oídos, que son el órgano de la audición. El sonido no es naturalmente experimentado como algo que resiste o presiona sobre el órgano, o en ningún aspecto exterior a o independiente del órgano. Lo sentimos naturalmente como una impresión de nuestro oído, como algo que está totalmente allí y sólo allí, en el principio de la percepción que siente en nuestro oído. Pronto aprendemos por la experiencia que la sensación con frecuencia es provocada por cuerpos que se hallan a una distancia considerable de nosotros, a menudo mucho más lejanos que los que excitan la sensación del olfato. También aprendemos por experiencia que este sonido o sensación en nuestros oídos sufre diversas modificaciones conforme a la distancia y dirección del cuerpo que originalmente lo causa. La sensación es más fuerte, el sonido más alto, cuando ese cuerpo está cerca. La sensación es más débil, el sonido más bajo, cuando ese cuerpo está lejos. Además, el sonido o la sensación registra alguna variación si el cuerpo está situado a nuestra derecha o nuestra izquierda, si está delante o detrás de nosotros. En el lenguaje ordinario afirmamos a menudo que el sonido parece provenir de una distancia grande o pequeña, de la derecha o la izquierda. Pero el sonido real, la sensación en nuestros oídos, nunca puede ser escuchada o sentida en ninguna otra parte que no sea nuestro oído, nunca puede cambiar de lugar, es incapaz de moverse, y no puede, pues, provenir ni de la derecha ni de la izquierda, ni de delante ni de detrás de nosotros. El oído no puede oír o sentir en ninguna parte salvo donde está, y no puede extender su poder de percepción a una distancia grande o pequeña, ni a la derecha ni a la izquierda. Con tales frases en realidad sólo pretendemos expresar nues-

tra opinión acerca de la distancia o la dirección del cuerpo que excita la sensación del sonido. Cuando sostenemos que el sonido está en la campana no queremos decir que la campana escucha su propio tañido, o que hay algo en la campana parecido a nuestra sensación, sino que posee la capacidad de provocar esa sensación en nuestro órgano auditivo. Aunque en este caso, como en otros, expresamos con la misma palabra tanto la sensación como la capacidad de suscitarla, esta ambigüedad del lenguaje apenas da pie a confusión alguna en el pensamiento, y cuando los diversos significados de la palabra son adecuadamente distinguidos, las opiniones del vulgo y las del filósofo, aunque aparentemente opuestas, resultan ser exactamente las mismas.

Estas cuatro clases de cualidades secundarias, como los filósofos las han llamado, o para hablar con más propiedad, estas cuatro clases de sensaciones —calor y frío, gusto, olfato y sonido—, al no ser sentidas como resistiendo o presionando contra el órgano sino en el propio órgano, no son percibidas naturalmente como sustancias exteriores e independientes, y ni siquiera como cualidades de dichas sustancias, sino como meras impresiones del órgano, que no pueden existir sino en el propio órgano.

No poseen ni podemos concebir que sean capaces de poseer ninguna de las cualidades que consideramos esenciales e inseparables de las sustancias exteriores sólidas e independientes.

Primero, no tienen extensión. No son ni largas ni cortas, ni anchas ni estrechas, ni profundas ni superficiales. Los cuerpos que las excitan, los espacios en los que pueden ser percibidas, sí pueden poseer esas dimensiones, pero las sensaciones mismas no. Cuando afirmamos que una nota musical es larga o corta queremos decir que lo es en cuanto a su duración. Pero en su extensión no podemos ni siquiera concebir que pueda ser una cosa u otra.

Segundo, esas sensaciones no tienen figura. No son redondas ni cuadradas, aunque los cuerpos que las provocan, y los espacios en los que pueden ser percibidas, puedan tener una u otra de esas formas.

Tercero, esas sensaciones son incapaces de moverse. Los cuerpos que las suscitan pueden ser desplazados a una distancia grande o pequeña. Las sensaciones se volverán débiles en un caso y fuertes en el otro. Los cuerpos pueden cambiar su dirección con respecto al órgano de la sensación. Si el cambio es considerable, las sensaciones registran como consecuencia una variación apreciable. Pero nunca atribuimos

movimiento a las sensaciones. Incluso cuando la persona que experimenta cualquiera de esas sensaciones, y por consiguiente el órgano a través del cual las percibe, cambia de posición, nunca decimos en este caso que la sensación se mueve o es movida. Siempre parece estar en el único lugar donde puede: en el órgano que la siente. Nunca adjudicamos a esas sensaciones el atributo del reposo, porque nunca declaramos que una cosa está en reposo, salvo que supongamos que es capaz de moverse. Nunca afirmamos que una cosa no cambia su posición con respecto a otras, si no suponemos que es capaz de cambiarla.

Cuarto, esas sensaciones, así como carecen de extensión, no pueden ser divisibles. No podemos concebir que un grado de calor o frío, que un olor, un sabor, o un sonido puedan ser divididos (del mismo modo en que una sustancia sólida y extendida puede ser dividida) en dos mitades, o en cuatro cuartos o en cualquier otro número de partes.

Pero aunque todas estas sensaciones son igualmente incapaces de división alguna, hay tres de ellas —el gusto, el olfato y el sonido— que parecen susceptibles de una cierta composición y descomposición. Un cocinero hábil podrá con su gusto, quizá, distinguir a veces los diversos ingredientes que entran en la composición de una nueva salsa, y en la cual los sabores sencillos formen el primer compuesto. Un perfumero habilidoso podrá quizá en alguna ocasión hacer lo mismo con un nuevo aroma. En un concierto de música vocal e instrumental, un oído agudo y experimentado distingue fácilmente todos los distintos sonidos que impactan sobre él al mismo tiempo y que pueden, por tanto, ser considerados como integrantes de un sonido compuesto.

¿Cómo aprendemos a distinguir entre sensaciones simples y compuestas de esa clase, por naturaleza o por experiencia? Estoy dispuesto a creer que es totalmente por experiencia, y que naturalmente todos los gustos, olores y sonidos que afectan al órgano sensitivo al mismo tiempo son sentidos como sensaciones simples y no compuestas. Creo que es sólo por experiencia que aprendemos a observar las diferentes afinidades y semejanzas que la sensación compuesta guarda con las simples que la componen, y a analizar cómo las diversas causas que naturalmente excitan esas diferentes sensaciones simples entran en la composición de la causa que excita la compuesta.

Es bastante evidente que esta composición y descomposición es completamente diferente de la unión y separación de partes que constituye la divisibilidad de la extensión sólida.

Las sensaciones de calor y frío parecen incapaces incluso de esta suerte de composición y descomposición. Las sensaciones de calor y frío pueden ser fuertes en un momento y débiles en otro. Pueden diferir en grado, pero no en calidad. Las sensaciones de gusto, olfato y sonido difieren a menudo no sólo en el grado sino también en el modo. No sólo son fuertes y débiles sino que algunos gustos son dulces y otros amargos; algunos olores son gratos, otros ofensivos; algunos sonidos son agudos, otros graves; y cada uno de estos diferentes modos o cualidades es a su vez capaz de una inmensa variedad de diferentes modificaciones. La combinación de esas sensaciones simples, no sólo diversas en grado sino también en modo, es lo que constituye la sensación compuesta.

Estas cuatro clases de sensaciones, pues, al no tener ninguna de las cualidades que son esenciales e inseparables de las sustancias sólidas, exteriores e independientes que las provocan, no pueden ser cualidades o modificaciones de dichas sustancias. En la práctica no las consideramos así naturalmente; aunque en la forma en que nos expresamos acerca de esta cuestión hay frecuentemente una gran dosis de ambigüedad y confusión. Pero cuando los diferentes significados de las palabras son adecuadamente distinguidos, se entiende, incluso por los más ignorantes e iletrados, que esas sensaciones no son las cualidades sino meramente los efectos que sustancias sólidas, exteriores e independientes ejercen sobre el órgano sensible y vivo, o sobre el principio de la percepción que siente en ese órgano.

Los filósofos en general no han supuesto que esos cuerpos estimuladores producen tales sensaciones inmediatamente, sino mediante la intervención de una, dos o más causas intermedias.

Por ejemplo, en el sentido del gusto, aunque el cuerpo estimulador presiona sobre el órgano de la sensación, no se supone que esta presión es la causa inmediata de la sensación del gusto. Se supone que ciertos fluidos del cuerpo estimulador entran en los poros del paladar y suscitan en las fibras irritables y sensibles de dicho órgano ciertos movimientos o vibraciones que producen allí la sensación del gusto. Pero ningún filósofo ha intentado —y probablemente nunca intentará— explicarnos cómo provocan esos fluidos dichos movimientos, o cómo esos movimientos producen en el órgano o en el principio de la percepción que siente en el órgano, la sensación del gusto, o una sensación que no sólo no guarda la más mínima semejanza con ningún

movimiento, sino que en sí misma parece incapaz de movimiento alguno.

Las sensaciones de calor y frío, de olor y sonido, son a menudo provocadas por cuerpos distantes, a veces a una gran distancia del órgano que las siente. Pero un axioma de la metafísica antiguo y firmemente establecido afirma que nada puede actuar donde no está; y pienso que ha de reconocerse que este axioma está al menos perfectamente ajustado a nuestros hábitos de pensamiento naturales y normales.

El Sol, la gran fuente de calor y luz, se halla a una distancia inmensa de nosotros. Pero sus rayos (que atraviesan las regiones intermedias con rapidez inconcebible), transmiten la sensación de luz a nuestros ojos y la de calor a todas las partes sensibles de nuestro cuerpo. Confieren incluso el poder de excitar esa sensación a todos los demás cuerpos que nos rodean. Decimos que calientan la tierra y el aire, esto es, confieren a la tierra y al aire el poder de excitar esa sensación en nuestros cuerpos. Del mismo modo, un fuego produce idénticos efectos, pero la esfera de su acción está confinada dentro de límites mucho más estrechos.

Se supone que el cuerpo odorífero, que también suele estar distante de nosotros, actúa sobre nuestros órganos por medio de unas pequeñas partículas de materia, llamadas efluvios, que son dispersadas en todas las direcciones posibles, que entran en nuestra nariz merced a la inspiración, y que allí producen la sensación del olor. La pequeñez de esas reducidas partículas de materia deben superar toda comprensión humana. Introdúzcase en una caja de oro, durante unas pocas horas, una pequeña cantidad de almizcle. Quítese después el almizcle y lávese la caja con agua y jabón todo lo cuidadosamente que se pueda. Cabe suponer que en la caja no hay nada, pero los efluvios, al haber penetrado en sus poros interiores, pueden haber escapado de los efectos de dicha limpieza. Y la caja quizá retenga el aroma del almizcle durante no sé cuántos años; estos efluvios, por diminutos que cabe suponer que sean, deben poseer la capacidad de subdividirse y de emitir otros efluvios análogos continuamente y sin interrupción durante un período tan prolongado. Pero ni la más delicada balanza que el artificio humano haya podido inventar registrará el más mínimo incremento de peso en la caja inmediatamente después de haber sido de esa forma cuidadosamente limpiada.

La sensación del sonido es frecuentemente sentida a una distancia del cuerpo sonoro mucho mayor que la que separa a la sensación del

olor del cuerpo odorífero. Se supone que las vibraciones del cuerpo sonoro producen ciertas vibraciones y pulsaciones correspondientes en la atmósfera circundante, que se propagan en toda dirección, alcanzan nuestro órgano auditivo, y producen allí la sensación del sonido. Quizá no haya muchas doctrinas filosóficas establecidas sobre un fundamento tan probable como la de la propagación del sonido merced a las pulsaciones o vibraciones del aire. El experimento de la campana, que en un receptor exhausto no produce sonido sensible alguno bastaría para conferir algo más que probabilidad a esta doctrina. Pero esa gran verosimilitud se ha visto aún más confirmada por los cálculos de Sir Isaac Newton, que ha probado que la llamada velocidad del sonido, o el tiempo que transcurre entre el comienzo de la acción del cuerpo sonoro y el de la sensación en nuestro oído, es perfectamente homogénea a la velocidad con la que se propagan naturalmente las pulsaciones y vibraciones de un fluido elástico de la misma densidad del aire. El Dr. Franklin ha planteado algunas objeciones a esta doctrina, aunque pienso que sin éxito.

Tales las causas intermedias a través de las cuales los filósofos han procurado conectar las sensaciones en nuestros órganos con los cuerpos que las provocan. Hasta hoy ningún filósofo ha intentado explicar cómo esas causas intermedias, por los movimientos y vibraciones diferentes que supuestamente estimulan en nuestros órganos, producen allí esas diversas sensaciones, ninguna de las cuales guarda la menor similitud con ninguna clase de vibración o movimiento.

Del sentido de la vista

El Dr. Berkeley, en su *Nueva Teoría de la Visión*, uno de los mejores ejemplos de análisis filosófico que cabe encontrar en nuestra lengua o en cualquier otra, ha explicado con tanta precisión la naturaleza de los objetos de la vista, sus diferencias y sus correspondencias y nexos con los del tacto, que apenas tengo nada que añadir a lo que ya se ha dicho. Si he tenido la presunción de abordar el mismo asunto después de un maestro tan insigne es sólo para que algunas de las cosas que diré más tarde resulten inteligibles a los lectores que puedan no haber tenido la oportunidad de estudiar su libro. Lo que tenga que exponer sobre el tema, si no ha sido tomado de él directamente, al menos ha sido sugerido por lo que él ha escrito.

Es suficientemente obvio que los objetos de la vista no son percibidos como resistiendo o presionando sobre el órgano que los percibe. Por tanto, no pueden sugerir, al menos no del mismo modo que los objetos del tacto, la exterioridad e independencia de su existencia.

Podemos tender a pensar que contemplamos los objetos distantes de nosotros, y que en consecuencia la exterioridad de su existencia es inmediatamente percibida por nuestra vista. Pero si consideramos que la distancia entre cualquier objeto y nuestro ojo es una línea trazada entre uno y otro, y que esta línea debe aparecer ante el ojo como un punto, comprobaremos que la distancia del ojo no puede ser el objeto inmediato de la vista, sino que todos los objetos visibles deben naturalmente ser percibidos como cercanos al órgano, o quizá más propiamente, como todas las otras sensaciones, dentro del órgano que los percibe. Cualquier persona con un ligero barniz de la ciencia de la óptica sabe bien que los objetos de la vista son todos pintados en el fondo del ojo, sobre una membrana llamada *retina*, de forma muy parecida a cómo los objetos resultan dibujados en una cámara oscura; y es probable que el principio de la percepción los perciba originalmente existiendo en esa parte del órgano y sólo allí. De tal modo que ningún óptico, ninguna persona que haya prestado un grado moderado de atención a la naturaleza de la visión ha pretendido nunca que la distancia del ojo sea el objeto inmediato de la vista. Los ópticos han intentado explicar de diversas maneras cómo es que por medio de nuestra vista aprendemos a ponderar dichas distancias. Pero no me detendré ahora a examinar sus sistemas.

Los objetos del tacto son la solidez y las modificaciones de la solidez que consideramos esenciales e inseparables de la misma: la extensión sólida, la figura, la divisibilidad y la movilidad.

Los objetos de la vista son el color y las modificaciones del color que consideramos de la misma manera esenciales e inseparables del mismo: extensión colorida, figura, divisibilidad y movilidad. Cuando abrimos los ojos, los objetos sensibles coloridos que se nos presentan deben poseer todos una cierta extensión, u ocupar una cierta porción de la superficie visible que se abre ante nosotros. También deben tener todos una cierta figura o estar bordeados por unas líneas visibles, que marcan sobre esa superficie la extensión de sus respectivas dimensiones. Cada porción sensible de esta extensión visible o colorida debe ser concebida como divisible o separable en dos, tres o más partes. Cada porción

de esta superficie visible o colorida, además, debe ser concebida como móvil, o capaz de cambiar su posición o de asumir una disposición diferente con respecto a las demás porciones de la misma superficie.

El color, el objeto visible, no es en nada similar a la solidez, el objeto tangible. Un ciego de nacimiento, o que ha perdido la vista a tan corta edad que carece de memoria de los objetos visibles, no puede formarse idea o concepción alguna del color. El mero tacto nunca podrá ayudar a que la tenga. He sabido que algunas personas que han perdido la vista después de la edad adulta han aprendido a distinguir, sólo por el tacto, los diferentes colores de las telas y las sedas, bienes con los cuales comerciaban. Los poderes por los que los distintos cuerpos excitan en los órganos visuales las sensaciones de colores diferentes dependen probablemente de algunas diferencias en la naturaleza, configuración y disposición de las partes que componen sus respectivas superficies. Puede que para un tacto fino y delicado esta diferencia represente una diferencia en la sensación suficiente para hacer que una persona, muy interesada en el caso, efectúe esta distinción en algún grado, aunque probablemente en uno muy imperfecto e inexacto. Es posible que se puedan enseñar unas distinciones análogas a una persona ciega de nacimiento. Pero aunque ella pueda de esa forma nombrar los diversos colores, que las diversas superficies reflejan, aunque pueda tener así una noción imperfecta de las causas remotas de esas sensaciones, no podría tener una idea mejor de las sensaciones mismas que la del ciego mencionado por el Sr. Locke, que afirmaba imaginar que el color escarlata se asemejaba al sonido de una trompeta. Un sordo de nacimiento podría, del mismo modo, aprender a hablar articuladamente. Se le podría enseñar a ajustar y disponer sus órganos de forma de pronunciar cada letra, sílaba y palabra. Sin embargo, aunque pudiese tener una idea imperfecta de las causas remotas de los sonidos que él mismo profiriese, de las causas remotas de las sensaciones que él mismo provocase en otras personas, no podría tener ninguna idea de esos sonidos o sensaciones.

Si fuera posible, de la misma manera, que un hombre pudiese nacer sin el sentido del tacto, nunca podría el de la vista sugerirle en solitario la idea de la solidez, o permitirle formarse ninguna noción de la sustancia externa y resistente. Pero no es probable que ninguna persona y ni siquiera ningún animal haya nacido nunca sin el sentido del tacto, que parece esencial e inseparable de la naturaleza de la vida y la exis-

tencia animal. Es por ello innecesario desperdiciar cualquier razonamiento o arriesgar cualquier conjetura acerca de cuáles serían los efectos de lo que pienso constituye un supuesto totalmente imposible. Cuando el ojo recibe la presión de cualquier sustancia exterior y sólida, siente indudablemente esa presión y resistencia, y nos sugiere (de la misma manera que cualquier otra parte sensible del cuerpo) la existencia externa e independiente de dicha sustancia sólida. Pero en este caso el ojo no actúa como el órgano de la visión sino como un órgano del tacto; porque el ojo posee el sentido del tacto en común con casi todas las demás partes del cuerpo.

La extensión, figura, divisibilidad y movilidad del color, el único objeto de la vista, aunque por su correspondencia y nexo con la extensión, figura, divisibilidad y movilidad de la solidez, reciben el mismo nombre, no guardan parecido alguno con sus homónimos. Así como el color y la solidez no guardan ninguna semejanza recíproca, otro tanto sucede con sus modificaciones respectivas. Con justicia observa el Dr. Berkeley que aunque podemos concebir una línea colorida o sólida que se prolonga indefinidamente, no podemos concebir que la una se añada a la otra. Ni con la imaginación podemos concebir que un objeto del tacto se prolonga hasta ser un objeto de la vista, o un objeto de la vista hasta ser un objeto del tacto. Los objetos de la vista y del tacto constituyen dos mundos que, aunque tienen una importante correspondencia y conexión mutua, no se asemejan recíprocamente en nada. El mundo tangible, así como todas las diferentes partes que lo componen, tiene tres dimensiones: largo, ancho y profundidad. El mundo visible, y todas las diferentes partes que lo componen, tiene sólo dos: largo y ancho. Se nos presenta sólo como un plano o superficie que, por ciertas sombras y combinaciones de colores, nos sugiere y representa (como lo hace un cuadro) ciertos objetos tangibles que carecen de color, y que por tanto no se parecen en nada a esas sombras y combinaciones de colores. Tales sombras y combinaciones sugieren que esos diversos objetos tangibles están a diferentes distancias, conforme a ciertas reglas de perspectiva, cuyo aprendizaje no es fácil determinar si proviene de algún instinto particular o de alguna aplicación de la razón o la experiencia, que se ha convertido en tan perfectamente habitual en nosotros que apenas nos damos cuenta de que la utilizamos.

La claridad de esta perspectiva, la precisión y exactitud con la que podemos mediante ella ponderar la distancia de los diferentes objetos

tangibles, es mayor o menor precisamente en proporción al grado en que esa claridad, esa precisión y exactitud sea más o menos relevante para nosotros. Podemos juzgar la distancia de objetos cercanos, por ejemplo, las mesas y sillas de la habitación donde nos encontramos, con la más perfecta precisión y exactitud; y si a la luz del día tropezamos alguna vez con cualquiera de ellas no se deberá a ningún error de visión sino a alguna deficiencia en la atención. La precisión y rigor de nuestro juicio a propósito de esos objetos cercanos es de la máxima trascendencia para nosotros y constituyen la gran ventaja de la persona que ve sobre la que padece la desgracia de la ceguera. A medida que la distancia se incrementa, la nitidez de esta perspectiva, la exactitud y rigor de nuestra ponderación gradualmente disminuyen. En el caso de los objetos tangibles que están a una distancia moderada de nosotros, dos o tres millas de nuestros ojos, con frecuencia no somos capaces de determinar cuál es el más cercano y cuál el más lejano. Rara vez es muy importante para nosotros ponderar con precisión la posición de los objetos tangibles que se hallan a esa distancia moderada. A medida que la distancia aumenta, nuestros juicios se vuelven cada vez más inciertos; si la distancia es muy grande, como la de las estrellas fijas, se vuelve totalmente incierta. El conocimiento más riguroso de la posición relativa de tales objetos no sería para nosotros más útil que el de satisfacer la más innecesaria curiosidad.

Las distancias a las que diferentes personas pueden distinguir con la vista, con algún grado de precisión, la posición de los objetos tangibles que representan los visibles es muy diferente; y esta diferencia, aunque indudablemente a veces puede depender de alguna diferencia en la configuración original de sus ojos, a menudo surge por entero de las diferentes costumbres y hábitos que han contraído gracias a sus ocupaciones respectivas. Los hombres de letras, que viven mucho tiempo en sus gabinetes y en raras ocasiones contemplan objetos muy distantes, no suelen ver bien de lejos. Los marineros, por el contrario, casi siempre lo hacen; en especial los que han emprendido viajes remotos, en los que han pasado buena parte de su tiempo sin ver la costa, y con la luz del día han estado constantemente oteando el horizonte para ver aparecer algún barco o alguna orilla lejana. La persona de tierra firme se asombra a menudo al observar con qué precisión puede distinguir un marino en la lontananza no sólo la existencia de una nave que es totalmente invisible para la persona de tierra firme, sino también el núme-

ro de sus mástiles, el curso que lleva y la marcha de su navegación. Si es un barco que el marino conoce, podrá citar su nombre antes de que la persona de tierra firme sea ni siquiera capaz de descubrir el barco.

Los objetos visibles, el color y todas sus diferentes modificaciones, son en sí mismos meras sombras o imágenes que parecen, por así decirlo, flotar ante el órgano de la visión. En sí mismos, e independientemente de su nexo con los objetos tangibles que representan, carecen de valor para nosotros y esencialmente no pueden ni beneficiarnos ni perjudicarnos. Incluso cuando los vemos rara vez pensamos en ellos. Incluso cuando parece que los estamos mirando con la máxima seriedad, nuestra atención se dirige con frecuencia no hacia ellos sino hacia los objetos tangibles que ellos representan.

Por eso, porque casi toda nuestra atención no se orienta a los objetos visibles y representantes sino hacia los tangibles y representados, en nuestra imaginación tendemos a adscribir a los primeros un grado de magnitud que no les corresponde en nada a ellos, sino en todo a los segundos. Si cierra usted un ojo y coloca inmediatamente delante del otro un pequeño círculo de cristal plano, cuyo diámetro no supere la media pulgada, verá usted a través de ese círculo el más extenso panorama: prados y bosques, brazos de mar y montañas lejanas. Tenderá usted a pensar que el escenario que se abre así ante usted, que la imagen que ve, es inmensamente grande. E indudablemente así sucede con los objetos tangibles que este retrato visible representa. Pero el dibujo visible que los representa no puede ser más amplio que el reducido círculo visible a través del cual usted lo ve. Si al mirar a través del círculo usted pudiera concebir una mano milagrosa y un lápiz milagroso que pudieran interponerse entre su ojo y el cristal, el lápiz podría delinear sobre ese diminuto cristal el contorno de esos vastos prados y bosques, brazos de mar y montañas lejanas, en plena y exactamente las mismas dimensiones en que son realmente vistos por el ojo.

Todo objeto visible que tapa desde el ojo cualquier otro objeto visible debe parecer al menos tan grande como el otro objeto visible. Debe ocupar al menos una porción igual del plano o superficie visible que en ese momento se presente ante el ojo. Los ópticos, pues, nos dicen que todos los objetos visibles que son vistos en ángulos iguales deben parecer al ojo igualmente grandes. Pero el objeto visible que tapa desde el ojo cualquier otro objeto visible debe necesariamente ser visto desde ángulos al menos igualmente grandes que aquellos desde los que el otro

objeto es visto. Cuando pongo mi dedo delante de mi ojo, parece tapar la mayor parte de la habitación visible en la que estoy sentado. Debería por tanto parecer tan grande como la mayor parte de esa habitación visible. Pero como yo sé que el dedo tangible guarda sólo una pequeña proporción con respecto a la mayor parte de la habitación tangible, tenderé a imaginar que el dedo visible guarda una proporción similar con relación a la mayor parte de la habitación visible. Mi juicio corrige mi visión y, en mi pensamiento, reduce el objeto visible, que representa el pequeño objeto tangible, por debajo de sus dimensiones reales visibles; y, por el contrario, expande el objeto visible que representa el objeto grande tangible muy por encima de tales dimensiones. Como mi atención está generalmente ocupada por entero en los objetos tangibles y representados, y no en los visibles y representantes, mi descuidada fantasía confiere a estos últimos una proporción que no les corresponde en lo más mínimo, sino que pertenece por entero a los primeros.

Como el objeto visible que tapa a otro objeto visible debe siempre parecer al menos tan grande como el otro, los ópticos nos informan que la esfera de nuestra visión le parece al ojo igualmente grande; y que cuando ponemos una mano delante de nuestro ojo, de tal forma de no ver más que la cara interna de la mano, seguimos viendo precisamente el mismo número de puntos visibles, la esfera de nuestra visión sigue estando tan completamente llena, la retina tan enteramente cubierta con el objeto que así se le presenta, como cuando observamos el horizonte más amplio.

Un joven que de nacimiento tenía cataratas en ambos ojos fue operado en 1728 por el Sr. Cheselden, y pudo así ver claramente por primera vez. «Al principio —dice el cirujano— no podía soportar ver, y creía que las cosas que veía eran extremadamente grandes; pero una vez que contempló objetos aún mayores concibió menos a los que ya había visto, y no podía imaginar contorno alguno más allá de los límites que veía; decía que sabía que el cuarto donde se encontraba formaba parte de la casa, pero no podía concebir cómo la casa completa parecería más grande». Era inevitable que al principio pensara que ningún objeto visible pudiese ser mayor, pudiese presentar al ojo un número mayor de puntos visibles, o pudiese llenar el alcance de dicho órgano más plenamente que la esfera más estrecha de su visión. Y cuando esa esfera se expandió, tampoco podía concebir que los objetos visibles que presentaba pudiesen ser mayores que los que había visto antes. Probablemen-

te entonces ya estaba en algún grado habituado a la conexión entre objetos visibles y tangibles, y pudo concebir que tal objeto visible era pequeño, al representar un objeto tangible pequeño; y ese otro era grande, al representar uno grande. Los objetos grandes no aparecían ante su visión más grandes que como habían aparecido los objetos pequeños antes; pero los pequeños, que al llenar toda la esfera de su visión habían aparecido tan grandes como era posible, al saber ahora que representaban objetos tangibles más reducidos, resultaban en su concepción más pequeños. Había empezado a dirigir su atención más hacia los objetos tangibles y representados que hacia los visibles y representantes, y empezaba a atribuir a los segundos las proporciones y dimensiones que en propiedad correspondían totalmente a los primeros.

Como frecuentemente adscribimos a los objetos de la vista una magnitud y proporción que en realidad no les corresponden a ellos sino sólo a los objetos del tacto que representan, del mismo modo les atribuimos una estabilidad de apariencia que también les corresponde escasamente a ellos, y que derivan por entero de su nexo con los mismos objetos del tacto. Puedo pensar que la silla que está en el otro extremo de la habitación aparece ante mi ojo tan grande como cuando estaba cerca de mí, cuando fue vista desde ángulos al menos cuatro veces mayores que aquellos desde los que es contemplada ahora, y cuando debió ocupar al menos dieciséis veces la porción que ocupa ahora del plano o superficie visible que se halla ahora ante mis ojos. Pero como sé que la magnitud de la silla tangible y representada, el objeto principal de mi atención, es la misma en ambas situaciones, atribuyo a la silla visible y representante (aunque ahora se halle reducida a menos de la dieciseisava parte de sus dimensiones previas) una apariencia estable que ciertamente no le corresponde en ningún aspecto a ella sino sólo a la tangible y representada. A medida que nos acercamos o nos alejamos del objeto tangible representado por cualquier objeto visible, el visible gradualmente se agranda en un caso y se achica en el otro. Hablando con precisión, no es el mismo objeto visible el que vemos a distancias diferentes, sino una sucesión de objetos visibles que —aunque se asemejan mutuamente, en especial los que se siguen de cerca— son en realidad diferentes y particulares. Como sabemos, empero, que el objeto tangible que representan es siempre el mismo, les atribuimos a ellos también una identidad que sólo le corresponde a él, y pensamos que vemos el mismo árbol a una milla, a media milla y a unas pocas yardas de dis-

tancia. A esas distancias diferentes, sin embargo, los objetos visibles son tan vastamente distintos que apreciamos un cambio en su apariencia. El objeto tangible que representan, no obstante, es invariablemente el mismo, y de ahí que les atribuyamos también a ellos una suerte de identidad.

Se ha dicho que ninguna persona ve jamás el mismo objeto visible dos veces; y aunque esto es sin duda una exageración, en realidad lo es menos de lo que superficialmente parece. Aunque tiendo a pensar que todas las sillas y mesas y pequeñas piezas de mobiliario en el cuarto donde estoy sentado aparecen ante mi ojo siempre iguales, en realidad su apariencia está variando continuamente, no sólo conforme a cualquier variación de su posición y distancia con respecto al sitio donde estoy sentado, sino también conforme a cualquier variación —incluso la más inapreciable— en la postura de mi cuerpo, en el movimiento de mi cabeza e incluso de mis ojos. La perspectiva necesariamente varía con cada una de esas variaciones, incluso la más mínima de ellas; y en consecuencia lo hace la apariencia de los objetos que dicha perspectiva me presenta. Obsérvese la dificultad con que tropieza un retratista para conseguir que la persona que posa para él le presente exactamente la visión del semblante a partir de la cual trazó el primer bosquejo. El pintor casi nunca está plenamente satisfecho con el aspecto del rostro que se le presenta, y encuentra que casi nunca es exactamente el mismo del que rápidamente dibujó el primer esbozo. Procura lo mejor que puede corregir la diferencia a partir de la memoria, con su fantasía y con una especie de arte de la aproximación mediante el cual se afana para expresar con la mayor fidelidad que pueda el efecto habitual del aspecto, aire y naturaleza de la persona cuyo retrato está pintando. La persona que dibuja una estatua, totalmente inmóvil, también experimenta una incomodidad análoga, aunque indudablemente de un grado menor. Surge por entero de la dificultad con la que tropieza para situar a su propio ojo precisamente en la misma posición durante todo el período que transcurra hasta completar su dibujo. La dificultad es más del doble en el caso de quien dibuja un sujeto vivo. La estatua jamás es causa de ninguna variación o inestabilidad en su propia apariencia; el sujeto vivo con frecuencia lo es.

El benévolo objetivo de la naturaleza al concedernos el sentido de la vista es evidentemente informarnos acerca de la posición y distancia de los objetos tangibles que nos rodean. Del conocimiento de esa dis-

tancia y posición depende toda la conducta en la vida humana, en los asuntos más triviales tanto como en los más relevantes. Incluso el movimiento animal depende del mismo, y sin él no podríamos movernos y ni siquiera estar quietos con total seguridad. Los objetos de la vista, como subraya acertadamente el Dr. Berkeley, constituyen una suerte de lenguaje que el autor de la naturaleza dirige a nuestros ojos y por medio del cual nos informa acerca de muchas cosas, cuyo conocimiento resulta para nosotros de la máxima importancia. Así como en el lenguaje corriente las palabras o sonidos no guardan semejanza alguna con las cosas que denotan, en este otro lenguaje los objetos visibles no guardan similitud alguna con el objeto tangible que representan y de cuya posición relativa nos informan —con respecto a nosotros mismos o algún otro objeto.

Admite que aunque virtualmente no existe palabra que por naturaleza esté mejor preparada para expresar un significado que otro, ciertos objetos visibles están mejor preparados que otros para representar ciertos objetos tangibles. Un cuadrado visible, por ejemplo, es más idóneo que un círculo visible para representar un cuadrado tangible. Quizá no exista, hablando con propiedad, un cubo visible o un globo visible, y los objetos de la vista son todos presentados naturalmente a nuestros ojos como si estuvieran sobre una superficie. Pero a pesar de todo existen ciertas combinaciones de colores preparadas para representar al ojo tanto al cubo tangible cercano como al distante, tanto sus líneas, ángulos y superficies que avanzan como las que retroceden; y hay otras preparadas para representar del mismo modo tanto la superficie del globo tangible que se aproxima como la del que se aleja. La combinación que representa al cubo tangible no será idónea para representar al globo tangible; y la que representa al globo tangible no servirá para representar al cubo tangible. Aunque pueda no haber semejanza, entonces, entre los objetos visibles y tangibles, existe una suficiente afinidad o correspondencia entre ellos para hacer que cada objeto visible sea más idóneo para representar un cierto objeto tangible en concreto antes que ningún otro objeto tangible. Pero la gran mayoría de las palabras parecen no mantener ninguna clase de afinidad o correspondencia con los significados o ideas que expresan; y si la costumbre así lo ha ordenado, también podrían con igual propiedad ser utilizadas para manifestar cualquier otro significado o idea.

El Dr. Berkeley, con esa facilidad para la ilustración que casi nunca lo abandona, destaca que esto en realidad no es más que lo que ocurre

en el lenguaje corriente; y que aunque las letras no son en nada parecidas a las palabras que denotan, a pesar de ello la misma combinación de letras que representa una palabra no siempre será apta para representar otra; y que cada palabra es mejor representada siempre por su propia combinación de letras. La comparación, empero, resulta aquí totalmente alterada. El nexo entre los objetos visibles y tangibles fue ilustrado primero mediante la comparación entre el lenguaje hablado y los significados o ideas que el lenguaje hablado nos sugiere; y ahora es ilustrado mediante la conexión entre el lenguaje escrito y el oral, lo que es totalmente diferente. Además, ni siquiera esta segunda ilustración se aplica perfectamente al caso. Es verdad que cuando la costumbre ha determinado exactamente las potencialidades de cada letra, cuando ha estipulado, por ejemplo, que la primera letra del alfabeto siempre ha de representar tal sonido, y la segunda letra tal otro sonido; cada palabra llega entonces a ser representada por una cierta combinación de letras o caracteres escritos más correctamente que por ninguna otra combinación. Pero aun los caracteres mismos son totalmente arbitrarios, y no tienen afinidad o correspondencia de ninguna clase con los sonidos articulados que denotan. El carácter que señala la primera letra del alfabeto, por ejemplo, si la costumbre así lo hubiese ordenado, podría con total propiedad haber sido utilizado para expresar el sonido que hoy anexamos a la segunda, y el carácter de la segunda para expresar el que hoy anexamos a la primera. Pero los caracteres visibles que representan ante nuestros ojos el globo tangible no representarían tan bien el cubo tangible; y los que representan el cubo tangible no representarían con tanta propiedad el globo tangible. Existe, pues, evidentemente, una cierta afinidad y correspondencia entre cada objeto visible y el objeto tangible concreto por él representado, muy superior a la que tiene lugar entre el lenguaje escrito y el oral, o entre el lenguaje hablado y las ideas o significados que sugiere. El lenguaje que la naturaleza dirige hacia nuestros ojos tiene claramente una idoneidad representativa, una aptitud para significar las cosas precisas que denota, muy superior a la de cualquiera de los lenguajes artificiales que el arte e ingenio humanos han sido capaces de inventar hasta hoy.

El que esta afinidad y correspondencia entre los objetos visibles y tangibles no puede de por sí, y sin la asistencia de la observación y la experiencia, enseñarnos a inferir por cualquier esfuerzo racional qué objeto tangible preciso es representado por cada objeto visible, si no es

suficientemente evidente por lo dicho hasta aquí, lo será completamente a partir de las observaciones del Sr. Cheselden sobre el joven ya mencionado que operó de cataratas. «Aunque decimos que este caballero estaba ciego —afirma el Sr. Cheselden— como lo hacemos de todas las personas que padecen cataratas, en realidad nunca están por tal causa ciegos, sino que pueden discernir el día de la noche; y en la mayoría de los casos pueden con una luz potente distinguir el blanco, el negro y el escarlata; pero no pueden percibir la forma de ninguna cosa, porque la luz a la que se efectúan tales percepciones entra oblicuamente a través de humor ácueo, o la superficie anterior del cristalino (por la que los rayos no pueden enfocarse sobre la retina), y no pueden discernir, como no podría un ojo sano a través de un cristal lleno de jalea, donde una gran variedad de superficies refractan la luz de modo tan diferente que los numerosos haces de rayos no pueden ser recogidos por el ojo en su foco apropiado; de ahí que la forma de un objeto en tal caso no puede ser percibida en modo alguno, aunque su color sí; y así fue cómo este joven, aunque conocía esos colores separados a la luz del día, cuando los vio después de la operación, las ligeras ideas que tenía antes sobre ellos no le resultaban suficientes para reconocerlos después; y por eso creía que no eran los mismos que antes había conocido con tales nombres». Este joven, pues, tenía alguna ventaja sobre la persona que de un estado de ceguera total pasa a ver por primera vez. Tenía una noción imperfecta de la distinción entre colores; y debió saber que esos colores poseían alguna clase de conexión con los objetos tangibles que se había acostumbrado a sentir. De haber emergido de una ceguera completa sólo podría haber aprendido esta conexión a partir de un curso prolongado de observación y experiencia. Pero lo poco que dicha ventaja le sirvió queda claro en parte de los pasajes del relato del Sr. Cheselden ya citados, y del siguiente:

«Cuando vio por primera vez —afirma este diestro cirujano— ponderaba tan mal las distancias que pensaba que todos los objetos tocaban sus ojos (así lo decía) como sentía que lo hacían con su piel; y creía que no había objetos tan agradables como los suaves y regulares, aunque no podía formarse una opinión sobre su forma o averiguar qué era lo que en cualquier objeto le agradaba. Desconocía la forma de todo y no distinguía una cosa de otra, por distintas que fueran su forma o magnitud; pero cuando se le apuntaban las cosas cuya forma conocía él antes por el tacto, las observaba cuidadosamente, de modo de recono-

cerlas después; aunque como debía familiarizarse con muchos objetos a la vez, olvidaba a bastantes de ellos; y (como él decía) primero aprendía a conocer, y después se olvidaba de mil cosas al cabo del día. Relataré sólo una circunstancia (aunque pueda parecer insignificante): al haberse olvidado muchas veces cuál era el gato y cuál el perro, sentía vergüenza de preguntar; entonces tomaba al gato entre sus manos (conocía su tacto), lo miraba con resolución, y después lo dejaba en el suelo diciendo: minino, ya sabré quién eres la próxima vez».

Cuando el joven declaraba que los objetos que veía tocaban sus ojos ciertamente no quería decir que presionaban o resistían contra sus ojos; porque los objetos de la vista nunca actúan sobre el órgano en ninguna manera que se asemeje a la presión o la resistencia. No podía querer decir más que estaban cerca de sus ojos o, para hablar con más propiedad, quizá, que estaban en sus ojos. Una persona sorda que pudiera de pronto oír, podría del mismo modo naturalmente proclamar que los sonidos que oye tocan sus oídos, queriendo decir que los siente cerca de ellos o, por decirlo con más propiedad, quizá, dentro de ellos.

El Sr. Cheselden añade después: «Pensamos que pronto se daría cuenta de lo que eran los cuadros que se le mostraban, pero comprobamos más tarde que estábamos equivocados; dos meses después de la operación descubrió que representaban cuerpos sólidos, cuando hasta ese momento los consideraba sólo como planos multicolores, o superficies con una diversidad de pinturas; e incluso entonces quedó sorprendido, porque esperaba que los cuadros serían al tacto como las cosas que representaban y se admiró al verificar que las partes que por su luz y su sombra parecían redondas e irregulares, al tacto eran tan planas como el resto; y preguntó cuál era el sentido que engañaba, el tacto o la vista».

La pintura, al combinar luz y sombra, análogamente a lo que hace la naturaleza en los objetos visibles que nos presenta, procura imitar esos objetos; pero nunca ha sido capaz de igualar la perspectiva de la naturaleza, o de proporcionar a sus producciones la fuerza y claridad de relieve y proyección que la naturaleza confiere a las suyas. Cuando el joven empezaba a comprender la intensa y nítida perspectiva de la naturaleza, la tenue y débil perspectiva de la pintura no le impresionó nada, y el cuadro le pareció lo que en realidad era: una superficie plana salpicada con varios colores. Cuando se familiarizó más con la perspectiva de la naturaleza, la inferioridad de la de la pintura no le impi-

dió descubrir su semejanza con la de la naturaleza. En la perspectiva de la naturaleza había observado que la posición y distancia de los objetos tangibles y representados se correspondían exactamente con la que los objetos visibles y representantes le sugería. Esperaba ver la misma cosa en la perspectiva similar aunque inferior de la pintura, y le desilusionó el comprobar que en ese caso los objetos visibles y tangibles no manifestaban su correspondencia habitual.

«Un año después de ver —agrega el Sr. Cheselden— el joven caballero fue llevado a Epsom-downs, y al observar un vasto panorama disfrutó con él sobremanera, y lo llamó una nueva clase de visión». Es obvio que en ese momento ya había comprendido perfectamente el lenguaje visual. Los objetos visibles que esa amplia perspectiva le presentaba no parecía ya que tocaran el ojo o que estuvieran cerca de él. Ya no parecían de la misma magnitud que aquellos objetos a los que se había acostumbrado poco después de su operación, en el pequeño cuarto donde se hallaba confinado. Esos nuevos objetos visibles a un mismo tiempo y como si fuera espontáneamente asumían tanto la distancia como la magnitud de los grandes objetos tangibles que representaban. Parece, pues, que había llegado a controlar completamente el lenguaje visual, y lo había hecho al cabo de un año, un período mucho más breve que el que requeriría cualquier persona adulta para aprender totalmente un idioma extranjero. También parece que hizo grandes progresos incluso en los dos primeros meses. En ese primer período empezó a comprender hasta la tenue perspectiva de la pintura; y aunque al principio no podía distinguirla de la poderosa perspectiva de la naturaleza, no pudo haber sido así engañado por una imitación tan imperfecta si los grandes principios de la visión no hubiesen sido antes profundamente impresos en su mente, y si no hubiera estado, por asociación de ideas o algún otro principio ignoto, firmemente resuelto a esperar ciertos objetos tangibles como consecuencia de los visibles que se le habían presentado. Este rápido progreso puede ser quizá explicado por esa preparación para la representación, que ya ha sido destacada, entre los objetos visibles y tangibles. Cabe decir que en este lenguaje de la naturaleza las analogías son más perfectas; las etimologías, las declinaciones y las conjugaciones, por así decirlo, son más regulares que las de ningún lenguaje humano. Hay menos reglas y las que hay no admiten excepciones.

Pero aunque puede haber sido exclusivamente por los pasos lentos de la observación y la experiencia que este joven caballero adquirió el

conocimiento de la conexión entre los objetos visibles y tangibles, no podemos de ahí inferir con certeza que los niños carecen de una percepción instintiva de la misma clase. En él este poder instintivo, al no haber sido ejercitado en la edad apropiada, quizá se degradó por la falta de uso, y quedó finalmente obliterado por completo. O quizá (lo que parece muy posible) algunos restos débiles e inobservados del mismo facilitaron de algún modo su adquisición de lo que en otro caso le habría resultado mucho más difícil alcanzar.

El que antes de toda experiencia los jóvenes de la mayoría de los animales poseen alguna percepción instintiva de este tipo resulta suficientemente evidente. La gallina no alimenta a sus pequeños poniendo comida en sus picos, como lo hacen el jilguero y el tordo. Casi desde que salen del cascarón no los alimenta sino que los lleva al campo para que coman, y allí caminan tranquilamente, y parecen poseer la percepción más clara de los objetos tangibles que los rodean. A menudo podemos verlos correr, por el camino más corto, a recoger cualquier pequeño grano que ella les muestre, incluso a una distancia de varias yardas; y ellos tan pronto ven la luz parecen entender este lenguaje visual tan bien como lo hacen después. Las crías de perdices y faisanes tienen también desde la misma temprana edad percepciones sumamente claras de esa clase. La cría de la perdiz, casi cuando sale del cascarón, corretea entre altos pastos y trigales; la del faisán lo hace entre extensos matorrales; ambas se dañarían considerablemente si carecieran de la percepción más aguda y nítida sobre los objetos tangibles que no sólo las rodean sino que las hostigan desde todas las direcciones. Otro tanto sucede con las crías de los gansos, los patos y, por lo que he podido observar, con al menos las de la mayoría de las aves que ponen sus nidos sobre el suelo, el grueso de las clasificadas por Linneo en las categorías de las gallinas y los gansos, y muchas de las aves zancudas que incluye en la categoría que denomina *grallae*.

Las crías de aves que anidan en arbustos, árboles, en los huecos y rendijas de los muros, en rocas elevadas y precipicios, y otros lugares de difícil acceso; la mayoría de los clasificados por Linneo en las categorías de halcones, urracas y gorriones, surgen ciegos del cascarón, y lo siguen siendo varios días después. Sus padres los alimentan conjuntamente hasta que pueden volar. Hasta que llega ese momento, y probablemente un tiempo antes, disfrutan de todas las capacidades de la visión en la perfección más absoluta, y pueden distinguir con exacta precisión la forma

y proporción de los objetos tangibles que representan todos los visibles. En un período tan breve no cabe suponer que las han adquirido por experiencia, por lo que las deben haber derivado de alguna sugerencia instintiva. La vista de los pájaros parece ser más temprana y más aguda que la de los demás animales. Sin dañarse se lanzan hacia los matorrales más impenetrables y espinosos, vuelan con la máxima rapidez a través de los bosques más intrincados, y mientras flotan altos en el aire pueden descubrir en el suelo los pequeños insectos y granos con los que se alimentan.

Las crías de diversas clases de cuadrúpedos, igual que las del grueso de las aves que anidan en el suelo, parecen disfrutar tan pronto llegan al mundo de la misma facultad de una vista tan cabal como la que tienen después. El día que nace, o el día después, el ternero sigue a la vaca, y el potrillo a la yegua, hasta el campo; y aunque por timidez rara vez se alejan mucho de la madre, parecen ir por ahí tranquilamente; no podrían hacerlo si no distinguiesen con cierta precisión la forma y proporción de los objetos tangibles que cada objeto visible representa. El grado de precisión, empero, con el que cada caballo puede efectuar esta distinción no es muy completo en ningún período de su vida. Es siempre susceptible de asustarse ante muchos objetos visibles que, si le sugirieran la forma y proporción verdaderas de los objetos tangibles que representan, no podrían constituir motivos de temor; por ejemplo, el tronco o raíz de un árbol viejo, al costado del camino, o una gran piedra o un fragmento de roca que se halle cerca de donde él esté. El reconciliarlo incluso con un solo objeto de esta clase que una vez lo haya alarmado requiere con frecuencia alguna pericia en el jinete, así como mucha paciencia y buen temperamento. Pero parece disfrutar de la capacidad de ver, que la naturaleza ha juzgado conveniente conferirle, de forma tan perfecta al nacer como después.

Las crías de otros cuadrúpedos, como las de los pájaros que anidan en lugares de difícil acceso, llegan ciegas a este mundo. Pero su vista se abre pronto, y cuando lo hace parecen disfrutarla en la más completa perfección, como todos podemos observar en los perrillos y los gatitos. Otro tanto, creo, se puede decir de todos los animales de rapiña, al menos aquellos sobre los que he podido recoger una información solvente. Llegan ciegos a este mundo, pero tan pronto se abre su vista la disfrutan en completa perfección.

Es difícil suponer que el ser humano sea el único animal cuyas crías no están dotadas de alguna percepción instintiva de este tipo. Pero los

jóvenes de la especie humana continúan por tanto tiempo en un estado de total dependencia, deben ser llevados durante tanto tiempo en brazos de sus madres o sus niñeras, que una percepción instintiva de esa clase puede parecer menos necesaria en su caso que en el de cualquier otra raza de animales. Antes de que puedan utilizarla, la observación y la experiencia, por el conocido principio de la asociación de ideas, han conectado suficientemente en sus jóvenes intelectos cada objeto visible con el objeto tangible correspondiente que representa. Puede afirmarse que la naturaleza nunca confiere a ningún animal una facultad que no es necesaria o útil, y un instinto de este tipo sería totalmente inútil para un animal que debe necesariamente adquirir el conocimiento, que el instinto ha de suplementar, mucho antes de que dicho instinto resulte útil para él. Ahora bien, como los niños desde una edad tan temprana parecen conocer la distancia, la forma y la magnitud de los diferentes objetos tangibles que se les presentan, estoy dispuesto a creer que incluso ellos deben poseer una percepción instintiva de esta clase, aunque posiblemente en un grado muy inferior al del grueso de los otros animales. Un niño de apenas un mes extiende sus manos para tocar cualquier pequeño juguete que se le presente. Distingue a su niñera y las demás personas que lo rodean de los extraños. Se aferra a las primeras y aparta de los segundos. Si usted sostiene un pequeño espejo ante un niño de no más de dos o tres meses, verá que extiende sus brazos detrás del espejo para tocar al niño que ve, y que imagina detrás del espejo. Es defraudado, sin duda, pero incluso esta suerte de engaño demuestra suficientemente que posee una aprehensión aceptablemente clara de la perspectiva visual ordinaria, que no puede haber aprendido por observación y experiencia.

¿Es que alguno de nuestros otros sentidos, antes de dicha observación y experiencia, nos sugieren instintivamente alguna concepción de las sustancias sólidas y resistentes que excitan sus sensaciones respectivas, aunque esas sensaciones no guarden semejanza alguna con tales sustancias?

El sentido del gusto ciertamente no. Antes de que podamos sentir la sensación, la sustancia sólida y resistente que la provoca debe oprimir los órganos del gusto y debe consiguientemente ser percibida por ellos. Antes de la observación y la experiencia, pues, nunca se puede afirmar que el sentido del gusto instintivamente sugiere alguna concepción de dicha sustancia.

Puede que suceda algo distinto con el sentido del olfato. Las crías de todos los animales mamíferos (los *mammalia* de Linneo), sea que nazcan con o sin vista, tan pronto llegan a este mundo se aferran al pezón de la madre para mamar. Al hacerlo están evidentemente orientados por el olfato. Parece que el olfato excita el apetito de comida o al menos dirige al animal recién nacido hacia el lugar donde puede hallar la comida. Quizá haga ambas cosas.

Todos hemos experimentado frecuentemente el hecho de que cuando el estómago está vacío el aroma de una comida agradable excita e irrita el apetito. Pero el estómago de cualquier animal recién nacido está necesariamente vacío. En el seno materno no es alimentado por la boca sino por el cordón umbilical. Hay niños que han nacido aparentemente con la salud y el vigor más perfectos, y han empezado a mamar de la forma habitual, pero inmediatamente o poco después han devuelto la leche y en el transcurso de pocas horas han muerto entre vómitos y convulsiones. Se ha descubierto al abrir sus cuerpos que el tubo o canal intestinal no había sido abierto o traspasado en toda su longitud sino que, como un saco, no permitía el paso más allá de un sitio determinado. Por tanto, ese niño no pudo haber sido alimentado para alcanzar el grado de salud y fuerza con que nació en modo alguno a través de la boca, sino por entero a través del cordón umbilical. Todo animal, en el seno materno, obtiene su nutrición más como un vegetal, de la raíz, que como un animal, de la boca; y ese alimento es transmitido a todas las diversas partes de su cuerpo por tubos y canales en muchos aspectos diferentes de los que cumplen la misma función después. Tan pronto llega a este mundo, ese nuevo conjunto de tubos y canales, que el cuidado providencial de la naturaleza venía preparando desde mucho tiempo antes, se abre de pronto e instantáneamente. Todos están vacíos y exigen ser llenados. Una sensación incómoda acompaña una situación, y una agradable la otra. El olor de la sustancia que está preparada para llenarlos incrementa e irrita esa sensación incómoda y produce hambre, o apetito de comida.

Pero todos los apetitos que se originan de un cierto estado del cuerpo parecen sugerir el medio de su propia satisfacción; e incluso mucho antes que la experiencia, alguna anticipación o preconcepción del placer que acompaña dicha satisfacción. En el apetito sexual, que frecuentemente —pienso que casi siempre— llega bastante antes de la edad de la pubertad, esto es perfecta y claramente evidente. El apetito de co-

mida sugiere al niño recién nacido la operación de mamar, el único medio por el que puede gratificar dicho apetito. Está continuamente mamando; chupa todo lo que se presenta ante su boca; lo hace incluso cuando no se le presenta nada, y alguna anticipación o preconcepción del placer que disfruta chupando parece hacerlo deleitarse al colocar su boca en la única forma y configuración en que puede gozar con ese placer. Existen otros apetitos en los que la imaginación más inexperimentada produce un efecto similar sobre los órganos que la naturaleza ha proporcionado para su satisfacción.

El olor no sólo excita el apetito sino que dirige hacia el objeto capaz de satisfacerlo. Al sugerir la dirección hacia dicho objeto, el olor debe necesariamente sugerir alguna noción de distancia y exterioridad, que necesariamente involucra la idea de dirección, en la idea de la línea de movimiento que mejor puede superar la distancia, y llevar la boca a contactar con la sustancia desconocida que es objeto del apetito. No parece muy probable que el olor pueda en solitario sugerir ninguna preconcepción acerca de la forma o magnitud del cuerpo externo hacia el que dirige. La sensación del olor no parece guardar afinidad o correspondencia de ninguna clase con la forma o magnitud; y cualquiera sea la preconcepción que el niño pueda tener de las mismas (puede ser muy posible que efectivamente las tenga), le será sugerida probablemente no tanto directamente por el olor e indirectamente por el apetito excitado por dicho olor, sino más bien por el principio que enseña al niño a ajustar su boca a la conformación y acción de mamar incluso antes de alcanzar el objeto sobre el que únicamente pueden aplicarse provechosamente esa conformación y esa acción.

Pero el olor, así como sugiere la dirección en la que hay que aproximarse al cuerpo externo, al menos debe sugerir una vaga idea o preconcepción de la existencia de dicho cuerpo; de la cosa hacia la que dirige, aunque quizá no de la forma y magnitud precisas de la misma. El niño, al sentir que su boca es atraída y por así decirlo impulsada hacia ese cuerpo externo, debe concebir el aroma que de esa forma lo atrae e impulsa como algo que pertenece a o procede de ese cuerpo, o lo que después es denominado y oscuramente comprendido como una suerte de cualidad o atributo de dicho cuerpo.

El olor, asimismo, bien puede sugerir una percepción hasta tolerablemente clara del sabor de la comida hacia la que dirige. Es cierto que los objetos respectivos de nuestros sentidos externos no parecen en su

mayoría guardar ninguna clase de parecido entre ellos. El color no es en nada semejante a la solidez, ni al calor, ni al frío, ni al sonido, ni al olor, ni al sabor. Ante esta regla general parece haber una excepción y quizá sólo una. Las sensaciones del olfato y el gusto evidentemente ostentan un cierto parecido. Parece que la naturaleza nos concedió el olfato como guía del gusto. Anuncia, antes de la prueba, el sabor probable de la comida que se nos presenta. Aunque es percibida por un órgano diferente, en muchos casos resulta una sensación más débil del mismo tipo que la del gusto que anuncia. Es muy natural suponer, pues, que el olor puede sugerirle al niño una preconcepción aceptablemente nítida del sabor del alimento que anuncia, y puede incluso antes que la experiencia lograr que, como se dice habitualmente, por ese alimento se le haga agua la boca.

La numerosa división de los animales que Linneo clasifica como *gusanos* carecen casi todos de cabeza. No ven ni oyen, no tienen ojos ni oídos; pero muchos de ellos poseen el poder de automoción y se mueven por ahí en busca de alimento. En dicha búsqueda sólo los puede orientar el olfato. Pero las observaciones microscópicas más precisas no han sido capaces de descubrir en esos animales ningún órgano del olfato. Tienen boca y estómago, pero no nariz. Es probable que el órgano del gusto posea en ellos una sensibilidad del mismo tipo que la que los nervios olfativos poseen en los animales más perfectos. Pueden, por así decirlo, saborear a distancia, y ser atraídos hacia su alimento por una cualidad del mismo órgano a través del cual después lo disfrutan; acaso no quepa distinguir en ellos el olfato y el gusto de otro modo que no sean sensaciones débiles o intensas del mismo órgano.

No puede afirmarse, antes de la observación y la experiencia, que las sensaciones de calor y frío, cuando son estimuladas por la presión de un cuerpo calentado o enfriado más allá de la temperatura efectiva de nuestros propios órganos, sugieren instintivamente ninguna concepción de la sustancia sólida y resistente que las provoca. Lo que fue apuntado sobre el sentido del gusto puede apuntarse con propiedad ahora. Antes de que podamos sentir esas sensaciones, la presión del cuerpo externo que las excita debe necesariamente sugerir no sólo alguna concepción sino la convicción más clara de su propia existencia exterior e independiente.

Quizá no suceda así cuando esas sensaciones son provocadas por la temperatura del aire exterior. En un día calmo sin viento apenas perci-

bimos al aire como un cuerpo sólido; cabe pensar que en ese caso las sensaciones de calor y frío son sentidas meramente como impresiones de nuestro propio cuerpo, sin referencia a nada externo. Cabe imaginar, empero, varios casos en los que habrá que reconocer que esas sensaciones, incluso cuando son excitadas de esa forma, deben sugerir una noción imprecisa de una cosa o sustancia exterior que las estimula. Pienso que un animal recién nacido, con poder de automoción, y que sintiera su cuerpo, de manera agradable o desagradable, más caliente o más frío en un lado que en otro, instintivamente y antes de toda observación y experiencia, procurará moverse hacia el lado donde siente la sensación agradable, y alejarse del lado donde siente la desagradable. El deseo mismo de moverse supone una noción o preconcepción de exterioridad; y el deseo de desplazarse hacia el lado de la sensación agradable, y lejos de la desagradable, supone al menos una vaga noción de una cosa o lugar exterior que es la causa de esas respectivas sensaciones.

La experiencia ha probado que los grados de calor y frío que son agradables son también saludables; y los que son desagradables, son insalubres. El grado de su insalubridad, asimismo, está bastante en proporción al de su desagrado. Si cualquiera de ellos es tan desagradable como para resultar doloroso, es por regla general destructivo; y además en un período de tiempo muy breve. Da la impresión de que tales sensaciones nos fueron concedidas para la preservación de nuestros propios cuerpos. Necesariamente avivan el deseo de cambiar nuestra posición cuando resulta insalubre o destructiva; y cuando es saludable, nos permiten o más bien nos tientan a permanecer en ella. Pero el deseo de cambiar nuestra posición necesariamente supone alguna idea de exterioridad; o de movimiento hacia un lugar diferente de aquél donde estamos; e incluso el deseo de permanecer en el mismo lugar supone alguna idea de al menos la posibilidad de cambiar. Esas sensaciones no podrían corresponderse bien con la intención de la naturaleza si no nos sugirieran así instintivamente una noción difusa de existencia externa.

Estoy muy inclinado a creer que el sonido, el objeto del sentido del oído, aunque es percibido en el oído y sólo allí, puede del mismo modo, instintivamente y antes de toda observación y experiencia, sugerir oscuramente una vaga noción de alguna sustancia o cosa externa que lo excite. Admito que no he sido capaz de detectar ni un sólo ejemplo en el que este sentido produzca dicho efecto de forma tan clara como lo hacen en casos concretos la vista, el olfato e incluso el calor y el frío. El

sonido inusual e inesperado siempre alarma, y nos predispone a buscar en derredor alguna sustancia o cosa externa como la causa que lo provoca o de la cual procede. Pero el sonido, considerado meramente como sensación, o como impresión del órgano de la audición, en la mayoría de los casos no puede beneficiarnos ni perjudicarnos. Puede ser agradable o desagradable, pero por su propia naturaleza no parece anunciar nada más allá de la sensación inmediata. No debería por tanto despertar alarma alguna. La alarma siempre es el temor de un mal incierto más allá de lo que es inmediatamente sentido, proveniente de una causa desconocida y externa. Todos los animales, los seres humanos entre ellos, experimentan merced a un sonido inusual e inesperado algún grado de esta alarma, se sobresaltan, levantan y se vuelven cautelosos y atentos. Este efecto se produce por añadidura de forma tan pronta e instantánea que muestra todas las señales de una sugerencia instintiva de una impresión inmediatamente tocada por la mano de la naturaleza, que no aguarda a ninguna reminiscencia de observaciones o experiencias pasadas. Se supone que la liebre y todos los animales tímidos cuya única defensa es la huida poseen un sentido del oído activo en el máximo grado. Parece ser el sentido en el que probablemente sobresalgan los cobardes.

Los tres sentidos de la vista, el oído y el olfato parecen habernos sido concedidos por la naturaleza para informarnos acerca de la posición efectiva no tanto de nuestros cuerpos como de aquellos cuerpos exteriores que, aunque estén lejos de nosotros, pueden tarde o temprano afectar esa posición efectiva, y eventualmente beneficiarnos o perjudicarnos.

DE LA NATURALEZA DE LA IMITACIÓN QUE TIENE LUGAR EN LAS LLAMADAS ARTES IMITATIVAS

PARTE I

Es evidente que la imitación más perfecta de un objeto de cualquier clase deberá ser otro objeto de la misma clase, que copie el mismo modelo del modo más exacto posible. Por ejemplo, ¿cuál sería la imitación más perfecta de la alfombra que ahora yace ante mí? Sería ciertamente otra alfombra, elaborada siguiendo en todo lo posible el mismo patrón. Pero cualquiera que pudiese ser el mérito o belleza de esta segunda alfombra, no cabría suponer que se derivan del hecho de haber sido tejida imitando la primera. Esta circunstancia de no ser original sino una copia sería incluso considerada como una disminución de dicho mérito, mayor o menor en proporción a la medida en que el objeto sea de una naturaleza tal que convoque una admiración mayor o menor. No reduciría mucho el mérito de una alfombra común, porque en tan insignificantes objetos, que en el mejor de los casos ostentan muy escasa belleza o mérito de ninguna clase, no siempre pensamos que vale la pena pretender ser original; pero disminuiría apreciablemente el de una alfombra de elaboración muy exquisita. En objetos de trascendencia vastamente mayor, esta imitación exacta —o, como sería llamada, servil— sería considerada un defecto imperdonable. El construir otra iglesia de San Pedro o San Pablo, con exactamente las mismas dimensiones, proporciones y ornamentos que tienen hoy las de Roma o Londres, sería estimado revelador de tal esterilidad de genio e inventiva que deshonraría la más opulenta de las magnificencias.

La semejanza puntual de las partes correspondientes del mismo objeto es con frecuencia apreciada como belleza, y su ausencia como fealdad; así sucede con las partes correspondientes del cuerpo humano, las alas opuestas del mismo edificio, los árboles opuestos del mismo paseo arbolado, los compartimientos correspondientes en la misma alfombra o el mismo jardín, las sillas o mesas ubicadas en las partes correspondientes de un mismo aposento, etc. Pero en objetos de la misma clase, que en otros aspectos son considerados totalmente separados e inconexos, esta semejanza escrupulosa rara vez es concebida como belleza,

ni su falta como fealdad. Un hombre, y análogamente un caballo, es agraciado o no, en cada caso, por su propia belleza o fealdad intrínseca, sin relación alguna con que se parezcan o dejen de hacerlo, el uno a otro hombre, o el otro a otro caballo. Es verdad que un coche de caballos es supuestamente más bonito si éstos son todos iguales, pero en este caso cada caballo no es observado en tanto que objeto separado y desvinculado, o como un conjunto en sí mismo, sino en tanto que parte de otro conjunto, con respecto a cuyas restantes partes debería guardar una cierta correspondencia. Separado del conjunto no obtiene por esta semejanza con los demás caballos que lo componen hermosura alguna, y tampoco fealdad alguna por su disparidad con ellos.

Incluso en las partes correspondientes del mismo objeto, a menudo no requerimos más que una afinidad en el contorno general. Si los miembros inferiores de esas partes correspondientes son demasiado pequeños como para ser vistos con claridad, sin un examen separado y minucioso de cada parte por sí misma, como objeto separado e inconexo, llegaríamos incluso al disgusto si la similitud fuera llevada más allá de esta línea general. En las partes correspondientes de una misma habitación solemos colgar cuadros del mismo tamaño; pero esos cuadros no se parecen más que en el marco o quizá en el aire general de su tema. Si uno es un paisaje, el otro también lo es; si uno representa un tema religioso o bacanal, su compañero hace otro tanto. Nadie pensó jamás en repetir el mismo cuadro en cada marco correspondiente. El marco y el tema general de dos o tres cuadros es lo más que el ojo puede abarcar en una visión, o desde un lugar. Cada cuadro, para ser visto con nitidez y comprendido cabalmente, debe ser contemplado desde un lugar concreto y examinado por sí mismo en tanto que objeto separado e inconexo. En un vestíbulo o pórtico, adornado con estatuas, los nichos o acaso los pedestales pueden parecerse muy exactamente, pero las estatuas siempre son distintas. Incluso los mascarones que a veces tienen las distintas claves de la misma arcada, o los de las puertas y ventadas del mismo frente, aunque todos son semejantes en sus líneas generales, cada uno presenta facetas peculiares y una expresión propia. Hay construcciones góticas en las que las ventanas correspondientes sólo se parecen en su perfil general, pero no en los adornos y subdivisiones más pequeños. Éstos son diferentes en cada una, y el arquitecto ha estimado que son demasiado pequeños como para ser vistos con claridad, sin un estudio particular y separado de cada ventana por sí mis-

ma, como objeto separado y desvinculado. Pienso, sin embargo, que una diversidad de esta suerte no es agradable. En objetos sólo susceptibles de un orden inferior de belleza, tales como los marcos de los cuadros, los nichos o los pedestales de las estatuas, etc., con frecuencia hay una afectación en la atención a la diversidad, cuyo mérito casi nunca es suficiente para compensar la falta de perspicuidad y nitidez, de esa facilidad para ser comprendido y recordado, que es la consecuencia natural de la uniformidad precisa. En un pórtico del estilo corintio o jónico, cada columna es como cualquier otra, no sólo en sus líneas generales sino en sus ornamentos más nimios; aunque alguno de ellos, para ser visto con nitidez, puede requerir una investigación separada y diferenciada en cada columna, y en el entablamento de cada intercolumnio. En la marquetería que, según la moda actual, se pone en las partes correspondientes del mismo cuarto, sólo difieren en cada una los dibujos. Los otros adornos más frívolos y caprichosos, por lo que yo he podido seguir la moda, coinciden en todos los casos. Pero para poder ver claramente dichos adornos se requiere un examen separado y detallado de cada tabla.

El parecido extraordinario de dos objetos naturales —por ejemplo, los gemelos— es abordado como una circunstancia curiosa, que aunque no aumenta la belleza de cada uno, considerado como objeto separado y desconectado, tampoco la disminuye. Pero la semejanza exacta entre dos obras de arte siempre es ponderada como una rebaja en el mérito de al menos una de ellas, porque parece probar que al menos una de ellas es copia de la otra o de algún otro original. Cabe sostener que la copia de un cuadro deriva su mérito no tanto de su parecido con el original como de su parecido con el objeto que el original pretendía representar. El propietario de la copia, lejos de atribuir un valor elevado a su semejanza con el original, se afana a menudo para destruir todo valor o mérito que podría derivar de esa circunstancia. Con frecuencia se esfuerza en persuadirse y persuadir a los demás de que no es una copia sino un original, del que el considerado como original no es más que una mera reproducción. Pero cualquiera que sea el mérito que una copia pueda derivar de su similitud con el original, éste último ciertamente no puede derivar ninguno de la semejanza con su copia.

Aunque una obra de arte rara vez obtiene ningún mérito merced a su parecido con otro objeto de la misma clase, a menudo lo obtiene copiosamente de su parecido con un objeto de otra clase, sea dicho obje-

to una obra de arte o de la naturaleza. Una tela pintada por un laborioso artista holandés, sombreada y coloreada como para representar el pelaje y suavidad de un tejido de lana, puede derivar algún mérito por parecerse incluso a la triste alfombra que yace ahora a mis pies. En este caso la copia puede ser y probablemente sea mucho más valiosa que el original. Pero si esta alfombra es representada extendida, bien en el suelo o sobre una mesa, y proyectada en el contexto del cuadro con una exacta observación de la perspectiva, de la luz y de la sombra, el mérito de la imitación sería aún mayor.

En la pintura, una superficie plana de una clase determinada llega a representar no sólo una superficie plana de otra clase sino las tres dimensiones de una sustancia sólida. En la estatuaria y la escultura una sustancia sólida de una clase representa una sustancia sólida de otra. La disparidad entre el objeto imitador y el objeto imitado es mucho más amplia en el primer arte que en el segundo, y el placer surgido de la imitación parece ser más intenso en proporción al grado de esa disparidad.

En la pintura la imitación a menudo complace, aunque el objeto original sea indiferente o incluso ofensivo. En la estatuaria y la escultura sucede lo contrario. La imitación rara vez agrada, salvo que el objeto original sea en grado sumo o bien grandioso, o hermoso, o interesante. La tabla de un carnicero o la mesa de un cocinero, con los objetos que habitualmente presentan, no son los temas más felices, ni siquiera para la pintura. Han sido, empero, representadas por algunos maestros holandeses con tanto cuidado y fortuna que es imposible mirar los cuadros sin un cierto grado de placer. No obstante, serían los temas más absurdos para la estatuaria o escultura, a pesar de que ambas son capaces de representarlos. El cuadro de un hombre muy feo o deforme, como Esopo o Scarron, podría no ser una pieza desagradable del mobiliario. La estatua ciertamente lo sería. Incluso los hombres y las mujeres corrientes como los que contemplamos con tanto placer en los cuadros de Rembrandt, serían temas indignos para la estatuaria. Los más apropiados y los que siempre han sido sus favoritos son Júpiter, Hércules y Apolo, Venus y Diana, las Ninfas y las Gracias, Baco, Mercurio, Antinoo y Meleagro, la muerte desdichada de Laocoonte, el triste destino de los hijos de Niobe, los luchadores, los combates, el gladiador moribundo, las figuras de dioses y diosas, héroes y heroínas, las formas más perfectas del cuerpo humano, emplazadas o bien en las ac-

titudes más nobles o en las situaciones más interesantes que la imaginación humana es capaz de concebir. Dicho arte no puede sin rebajarse condescender en representar nada que sea ofensivo, o vil o incluso indiferente. La pintura no es tan desdeñosa y aunque es capaz de representar los objetos más nobles, también puede permitirse, sin perder su derecho a complacer, la imitación de aquellos cuya naturaleza es mucho más humilde. El mérito de la pura imitación, sin mérito alguno en el objeto imitado, puede sostener la dignidad de la pintura, pero no la de la estatuaria. Parecería por tanto que existe más mérito en un tipo de imitación que en el otro.

En la estatuaria los más escuetos ropajes resultan agradables. Las mejores estatuas antiguas están desnudas por completo o casi desnudas; y aquellas en las que una parte considerable del cuerpo está cubierta se representan como si estuvieran vestidas con lino humedecido —un atavío que con toda seguridad no se ha ajustado nunca a la moda de país alguno—. Asimismo, estos ropajes se esculpen tan ceñidos como para revelar debajo de sus estrechos pliegues la forma y contorno exactos de cualquier miembro y casi de cualquier músculo del cuerpo. Así, las ropas que más se aproximaban a ninguna ropa constituían a juicio de los grandes artistas de la antigüedad lo más adecuado para la estatuaria. Un ilustre maestro de la escuela romana, que había formado su estilo casi por entero basándose en el estudio de las estatuas antiguas, inicialmente imitó sus vestimentas en sus cuadros; pronto comprobó que en pintura ello tenía un aire de humildad y pobreza, como si las personas que las portaban careciesen de medios ni siquiera para comprar unos atuendos que las cubriesen; y que dobleces más amplios y ropajes más holgados y ondeantes se conformaban mejor con la naturaleza de su arte. En la pintura, la imitación de una cosa tan ordinaria como la vestimenta puede ser placentera; y para conferir a este objeto toda la magnificencia de que es capaz es necesario que los dobleces sean amplios, holgados y ondeantes. No se requiere en pintura que la forma y contorno precisos de cada miembro y de cada músculo del cuerpo sean revelados debajo de los pliegues de los vestidos; basta con que sean dispuestos de forma que indique en términos generales la situación y postura de los miembros principales. Por la pura fuerza y mérito de su imitación, la pintura puede aventurarse en muchas ocasiones, sin riesgo de desagradar, a reemplazar el objeto superior por uno inferior, y hacer que uno cubra y oculte una buena parte del otro. En muy

contadas ocasiones la estatuaria se arriesgará a hacerlo, y sólo con la máxima reserva y cautela; y el mismo atavío que es noble y magnífico en un arte resulta torpe y desmañado en el otro. Algunos artistas modernos, no obstante, han intentado introducir en la estatuaria los atuendos propios de la pintura. Ello quizá no resulte en todos los casos tan ridículo como las pelucas de mármol en la abadía de Westminster; pero si no parece siempre torpe y desmañado, en el mejor de los casos siempre es insípido y carente de interés.

No es la falta de colorido lo que hace que muchas cosas que complacen en pintura no lo hagan en escultura, sino la falta de ese grado de disparidad entre el objeto imitador y el imitado que es necesario para volver interesante la imitación de un objeto que en sí mismo no lo es. Cuando el color se añade a la estatuaria, lejos de incrementar el placer que recibimos gracias a la imitación, lo destruye casi por completo, porque elimina la principal fuente de dicho placer: la disparidad entre el objeto imitador y el imitado. El que un objeto sólido y colorido sea réplica fiel de otro objeto sólido y colorido no parece despertar gran asombro o admiración. Una estatua pintada, aunque ciertamente puede parecerse a una figura humana mucho más exactamente que cualquier estatua no pintada, es generalmente considerada algo desagradable e incluso ofensivo; lejos de estar complacidos con esa superior semejanza, nunca nos satisface; tras contemplarla una y otra vez, siempre comprobamos que no se acerca a lo que pensamos que podría haber sido; aunque parezca que no le falta más que vivir, no le perdonamos el carecer de aquello que es imposible que tenga. Las obras de la Sra. Wright, una artista autodidacta de gran mérito, son en este sentido quizá las más perfectas que yo haya visto nunca. Son admirables si se las ve de cuando en cuando como un espectáculo; pero si traemos a nuestra casa la mejor de todas ellas, y la colocamos en un lugar de modo que sea vista con frecuencia, no resultará una pieza de adorno del mobiliario, sino una sumamente ofensiva. De ahí que las estatuas pintadas sean objeto de general reprobación, y es raro que nos topemos con alguna. El colorear los ojos de las estatuas no es tan infrecuente; pero incluso esto es desaprobado por todos los que saben. «No lo puedo soportar (solía proclamar un caballero, de amplios conocimientos en este arte), no lo puedo soportar: siempre estoy esperando que me hablen».

Las frutas y flores artificiales a veces nos engañan, porque reproducen fielmente los objetos naturales que representan. Pero pronto nos

cansamos de ellas; y aunque parezca que no les falta sino la frescura y el aroma de las frutas y flores naturales, no podemos del mismo modo perdonarles que carezcan de aquello que es totalmente imposible que tengan. No nos hastiamos, sin embargo, de un buen cuadro de flores y frutas. No nos fatiga el follaje del capitel corintio, o las flores que a veces adornan los frisos de dicho estilo. Tales imitaciones, empero, jamás nos engañan; su parecido con los objetos originales es siempre muy inferior al de las frutas y flores artificiales. Nos satisfacen tal como son, y cuando media dicha disparidad entre los objetos imitadores e imitados, observamos que es la mayor que puede haber o que esperamos deba haber. Si ese follaje y esas flores son pintados con los colores naturales, en vez de gustarnos más nos gustarán mucho menos. En tal caso el parecido sería mucho mayor, pero la disparidad entre los objetos imitadores e imitados sería tanto menor que dicho parecido superior no nos satisfaría. Cuando la disparidad es vastamente mayor, por el contrario, a menudo nos contentamos con el más imperfecto de los parecidos; por ejemplo, con la más imperfecta de las semejanzas en cuanto a figura y color de las frutas y flores hechas en conchas.

Cabe observar, asimismo, que aunque en escultura la imitación de flores y follaje complace en tanto que ornamento arquitectónico, destinado a resaltar la belleza de un objeto diferente y más importante, no complacería en solitario o en tanto que objeto separado y desconectado, de la misma manera en que lo haría un cuadro de frutas y flores. Por elegantes y bellos que sean, las flores y el follaje no son lo suficientemente interesantes; carecen de la dignidad suficiente, por así decirlo, para constituir unos temas apropiados para una pieza escultórica, que debe complacer por sí sola, y no en tanto que apéndice ornamental de algún otro objeto.

En la tapicería y la bordadura, igual que en la pintura, a veces una superficie plana representa las tres dimensiones de una sustancia sólida. Pero tanto la lanzadera del tejedor como la aguja del bordador son instrumentos de imitación tan inferiores al pincel del pintor que no nos sorprende hallar en sus producciones una inferioridad proporcional. Todos hemos comprobado de una forma u otra que suelen ser muy inferiores; y cuando valoramos un tapiz o un bordado nunca comparamos la imitación de ninguno de ellos con la de un buen cuadro, porque nunca tendría comparación, sino con la de otras obras de tapicería o bordadura. Consideramos no sólo la disparidad entre el objeto imitador y

el imitado sino la desmaña de los instrumentos de imitación; y si es de lo mejor que cabe esperar de los mismos, si es mejor de lo que en la mayoría de los casos proviene de ellos, no sólo estamos satisfechos sino sumamente complacidos.

Un buen pintor a menudo ejecutará en unos pocos días una obra que tendría ocupado durante años al mejor tapicero; aunque en proporción al tiempo éste está siempre mucho peor pagado que aquél, al final su obra normalmente llega al mercado a un precio mucho más elevado. El gran coste de la buena tapicería, la circunstancia que la limita a los palacios de los príncipes y los grandes señores, le confiere a los ojos de la mayoría de la población un aire de riqueza y magnificencia que contribuye aún más a compensar la imperfección de su imitación. En las artes que no se dirigen a los prudentes y sabios, sino a los ricos y egregios, a los orgullosos y vanidosos, no deberíamos asombrarnos si la apariencia de un oneroso coste, de ser lo que pocas personas pueden comprar, de ser una de las características más patentes de una copiosa fortuna, a menudo ocupa el lugar de la belleza exquisita, e igualmente contribuya a recomendar sus producciones. Así como la noción de coste a menudo embellece, la de baratura con idéntica frecuencia empaña el brillo incluso de objetos muy agradables. La diferencia entre las joyas auténticas y las falsas es algo que a veces ni siquiera el ojo experimentado del joyero es capaz de detectar. Ahora bien, si una dama desconocida entra en una reunión pública con una diadema adornada con abundantes diamantes, y si un joyero nos susurra en el oído que las piedras son falsas, no sólo la dama se hundirá de inmediato en nuestra imaginación desde la categoría de una princesa hasta la de una mujer ordinaria, sino que la diadema pasará en un instante de ser un objeto de espléndida magnificencia a ser una pieza impertinente de aderezo charro y relumbrón.

Hace algunos años estaba de moda adornar los jardines con tejos y acebos podados con formas artificiales como pirámides, columnas, jarrones y obeliscos. Hoy la moda es burlarse de ese estilo como antinatural. Pero la figura de una pirámide o un obelisco no es más antinatural para un tejo que para un bloque de pórfido o mármol. Cuando el tejo se presenta a la mirada bajo esa forma artificial, el jardinero no pretende que se crea que ha crecido de esa forma; lo que pretende es, primero, otorgarle la misma belleza de una figura regular que tanto complace en pórfido y mármol; y, segundo, imitar en un árbol que crece los

adornos de esos materiales preciosos; quiere que un objeto de una clase se parezca a otro de una clase muy diferente, y unir a la belleza original de la figura la belleza relativa de la imitación. Pero la disparidad entre el objeto imitador y el imitado es el fundamento de la belleza de la imitación. Como un objeto no se parece naturalmente al otro, nos place que por el arte llegue a parecérsele. Cabría afirmar que las tijeras de podar del jardinero son un instrumento escultórico en extremo tosco. Y sin duda lo son cuando se las emplea para imitar las figuras humanas o incluso animales. Pero en el caso de las formas simples y regulares de las pirámides, los jarrones y los obeliscos, hasta las tijeras del jardinero pueden servir eficazmente. Además, se realiza alguna concesión ante la necesaria imperfección del instrumento, del mismo modo que en tapicería y bordadura. En suma, la próxima vez que tenga usted la oportunidad de observar esos adornos pasados de moda, procure quedarse solo y contener durante unos minutos la tonta pasión de jugar al crítico, y comprobará que no se hallan desprovistos de un cierto grado de belleza; que al menos proporcionan al jardín el aire de limpieza y corrección en el cultivo; y que no se alejan mucho de lo que podría entretener, como dice Milton, al «ocio retirado, que en acicalados jardines disfruta». Podríamos preguntarnos, entonces ¿qué es lo que los ha arrastrado entre nosotros a tan generalizado descrédito? En una pirámide u obelisco de mármol, sabemos que los materiales son caros y que el trabajo que los ha esculpido de esa forma debe haber sido aún más caro. En una pirámide u obelisco cortados en un tejo sabemos que los materiales costaron poco y el trabajo aún menos. Los primeros son ennoblecidos por su coste; los segundos, degradados por su baratura. En el huerto de coles de un artesano velero hemos visto quizá tantas columnas y jarrones en tejos como los que en Versalles hay en mármol y pórfido. Es esta vulgaridad la que los ha degradado. Los ricos y poderosos, los orgullosos y vanidosos, no admitirán en sus jardines un adorno que está al alcance del pueblo llano. El gusto por tales adornos vino originalmente de Francia; a pesar de la inconstancia en la moda que a veces reprochamos a los nativos de ese país, allí siguen teniendo buena reputación. En Francia las condiciones de vida de las clases bajas rara vez son tan buenas como suelen serlo en Inglaterra; allí rara vez verá usted pirámides y obeliscos en tejos en los jardines de un fabricante de velas. Al no estar en ese país dichos adornos degradados por su vulgaridad, aún no han sido eliminados de los jardines de los príncipes y los grandes señores.

Hay que subrayar que las obras de los grandes maestros de la estatuaria y la pintura jamás producen sus efectos merced al engaño. Nunca son y nunca se pretende que sean confundidos con los objetos reales que representan. La estatuaria pintada puede en ocasiones burlar a la mirada descuidada; pero la estatuaria correcta nunca lo hace. Las pequeñas piezas de perspectiva en pintura, que se intenta que complazcan por el engaño, siempre representan un objeto muy simple e insignificante, por ejemplo, un rollo de papel o los peldaños de una escalera en el rincón más oscuro de un pasillo o una galería. También suelen ser obra de algunos artistas de muy poca categoría. Una vez que han sido vistas por vez primera, y han producido la pequeña sorpresa que se pretende que susciten, con el júbilo que normalmente las acompaña, ya no complacen nunca más, y después siempre parecen insípidas y tediosas.

El placer apropiado que derivamos de esas dos artes imitativas, lejos de ser el efecto del engaño, es totalmente incompatible con él. Dicho placer se basa por entero en nuestra maravilla al contemplar un objeto de una clase que representa tan bien a otro objeto de una clase muy diferente, y en nuestra admiración hacia el arte que tan felizmente supera la disparidad que la naturaleza ha establecido entre ellos. Las obras más nobles de la estatuaria y la pintura nos parecen fenómenos prodigiosos, que difieren de los fenómenos formidables de la naturaleza en que transportan con ellos, por así decirlo, su propia explicación, y demuestran, incluso a ojos vistas, la forma y manera en que han sido producidos. La mirada, incluso de un espectador inexperto, detecta de inmediato, en alguna medida, cómo es que una cierta modificación de la figura en la estatuaria, y de los colores más brillantes y oscuros en la pintura, pueden representar con tanta autenticidad y vivacidad, los actos, las pasiones y el comportamiento de las personas, así como una amplia variedad de otros objetos. La placentera admiración de la ignorancia viene acompañada de la aún más placentera satisfacción de la ciencia. El efecto nos maravilla y asombra; y nos gusta y satisface el verificar que podemos comprender en algún grado cómo se produce tan prodigioso efecto.

Un buen espejo refleja los objetos colocados frente a él con mucha más fidelidad y vivacidad que la estatuaria o la pintura. Pero aunque la ciencia de la óptica puede explicarlo al entendimiento, el propio espejo no demuestra en absoluto a la mirada cómo tiene lugar ese efecto.

Puede excitar el pasmo de la ignorancia; y en un paleto que nunca había contemplado antes un espejo, he visto cómo esa admiración crecía casi hasta el arrobo y el éxtasis; pero no puede proporcionar la satisfacción de la ciencia. En todos los espejos, los efectos se producen por los mismos medios, aplicados exactamente de la misma manera. En cada estatua o cuadro diferente los efectos son producidos por medios similares, pero no iguales, y dichos medios, asimismo, se aplican en cada uno de un modo distinto. Cada buena estatua o pintura es una maravilla nueva, que al tiempo lleva consigo en cierta medida su propia explicación. Tras un poco de uso y experiencia, todos los espejos dejan por entero de constituir prodigios; e incluso el ignorante se familiariza con ellos y no concibe que sus efectos requieran explicación alguna. Además, un espejo sólo refleja objetos presentes; y cuando la admiración se ha ido, en todos los casos preferimos contemplar la sustancia antes que la imagen. Nuestra propia cara deviene entonces el objeto más agradable que nos puede representar un espejo, y el único objeto cuya contemplación no nos resulta pronto aburrida; es el único objeto presente del que sólo podemos ver el reflejo: sea un rostro bonito o feo, viejo o joven, siempre es la cara de un amigo, cuyas facciones se corresponden exactamente con cualquier sentimiento, emoción o pasión que sintamos en ese momento.

En la estatuaria, los medios merced a los cuales el efecto maravillador tiene lugar parecen ser más sencillos y obvios que en la pintura; allí donde la disparidad entre el objeto imitador y el imitado es mucho mayor, el arte que puede conquistar esa mayor disparidad parece ante cualquier mirada evidentemente basado sobre una ciencia mucho más profunda, o sobre principios mucho más abstrusos y recónditos. Incluso en los objetos más vulgares podemos a menudo discernir con placer los ingeniosos medios con los que la pintura supera esa disparidad. No podemos hacerlo en la estatuaria, dado que la disparidad no es tan amplia y los medios no parecen tan ingeniosos. De ahí que en pintura con frecuencia disfrutemos con la representación de muchas cosas que en estatuaria nos parecerían insípidas, tediosas y que no merecen la pena de ser miradas.

Hay que destacar, empero, que aunque en estatuaria el arte de la imitación parece en muchos aspectos inferior a lo que es en pintura, en una habitación adornada tanto con estatuas como con cuadros de calidad aproximadamente coincidente, comprobaremos por regla general

que las estatuas atraen más nuestra mirada que las pinturas. Normalmente hay un punto de vista, o apenas poco más, desde el que se puede mirar bien un cuadro, y siempre presenta a la vista el mismo objeto. Hay numerosos puntos de vista diferentes desde los que se puede mirar bien una estatua. En el placer que recibimos de una buena estatua hay más variedad que en el que obtenemos de un buen cuadro; y una estatua puede muchas veces ser el tema de bastantes buenas pinturas o dibujos, todos diferentes entre sí. La imagen en relieve y la proyección de un cuadro, además, es sumamente plana, y parece desvanecerse completamente si la comparamos con el cuerpo real y sólido que se yergue ante ella. Por afines que parezcan estas dos artes, encajan tan mal mutuamente que sus diversas producciones quizá no deberían nunca ser contempladas juntas.

PARTE II

Después de los placeres que surgen de la satisfacción de los apetitos corporales, no parece haber otros más naturales para los seres humanos que la música y la danza. En la evolución del arte y el progreso son quizá los primeros y más tempranos placeres de su propia invención; puesto que no cabe sostener que los derivados de saciar los apetitos corporales sean de su propia invención. No se ha descubierto ninguna nación tan incivilizada como para no poseerlas en absoluto. Parece incluso que en las naciones más bárbaras el uso de ambas es más frecuente y más generalizado, como sucede con los negros de África y las tribus salvajes de América. En las naciones civilizadas, las clases bajas del pueblo disfrutan de un escaso ocio, mientras que las clases altas tienen muchas otras diversiones; ni unas ni otras, pues, pueden asignar mucho tiempo a la música o el baile. En las naciones salvajes la mayoría de la población atraviesa con frecuencia amplios intervalos de ocio, y apenas accede a ningún otro entretenimiento: por tanto, al único que tienen dedican, naturalmente, gran parte de su tiempo.

Lo que los antiguos llamaban *rhythmus*, y nosotros ritmo o compás, es el principio conectivo de esas dos artes; la música consiste en una sucesión de sonidos de un cierto tipo, y el baile en una sucesión de una determinada clase de pasos, gestos y movimientos, regulados conforme al ritmo y el compás, y que forman por ello una suerte de conjunto o sistema, que en un arte se denomina canción o melodía y en el otro bai-

le; el ritmo y compás del baile se corresponde siempre exactamente con el de la canción o melodía que lo acompaña y dirige*.

La voz humana, siempre el mejor de los instrumentos musicales, también es naturalmente el primero de todos; al cantar, o en sus primeros intentos de cantar, empleó naturalmente sonidos en todo lo posible parecidos a los que estaba acostumbrada; es decir, empleó palabras de una clase u otra, y las pronunció sólo con un tiempo y cadencia, y generalmente con un tono más melodioso del que había sido habitual en la conversación cotidiana. Es posible e incluso probable que esas palabras carezcan durante mucho tiempo de significado, y que sólo se asemejen a las sílabas que utilizamos en el tarareo, o al *derry-down-down* de nuestras baladas comunes; y que sólo sirvan para asistir a la voz en la formación de sonidos adecuados para ser modulados en una melodía, a ser alargados o acortados conforme al ritmo y compás de la canción. Esta forma ruda de música vocal, al ser con diferencia la más simple y obvia, fue naturalmente la primera.

Con el paso del tiempo debía suceder que esas palabras sin significado o musicales, por así llamarlas, fueran reemplazadas por palabras que expresaran algún sentido o significado, y cuya pronunciación coincidiese con el ritmo y cadencia de la canción como antes lo habían hecho las palabras musicales. De ahí el origen de los versos o la poesía. Durante mucho tiempo los versos debieron ser rudos e imperfectos. Cuando las palabras con significado se quedaban cortas con respecto a la medida necesaria, a menudo se las suplía con las palabras sin significado, tal como a veces ocurre con nuestras baladas populares. Una vez que el oído del público llegó a ser tan refinado como para rechazar tajantemente en toda la poesía seria las palabras sin significado, aún subsistió una libertad supuesta de alterar y corromper en muchos casos la pronunciación de las palabras con significado, en aras de ajustarlas a la medida correspondiente. Las sílabas que las componían eran con este propósito a veces alargadas y a veces acortadas impropiamente; y aunque no se emplearan palabras sin significado, en ocasiones se añadía una sílaba sin significado al principio, al final o en el medio de una palabra. Observamos que se echó mano de todos estos expedientes incluso en los versos de Chaucer, el padre de la poesía inglesa. Mucho

* Las observaciones del autor sobre la afinidad entre la música, la danza y la poesía se incluyen en un anexo al final de la Parte III de este ensayo. [Nota de la edición original.]

tiempo debió transcurrir antes de que los versos fueran compuestos normalmente con tal corrección que sólo la pronunciación habitual y correcta de las palabras, y ningún otro artificio, sometió a la voz al cumplimiento de un tiempo y una medida, del mismo tipo que el ritmo y el compás en la música.

Los versos naturalmente expresaban algún sentido que encajaba con el humor serio o festivo, jovial o melancólico, de la melodía en la que se cantaban; fundidos y unificados, por así decirlo, con dicha melodía, parecían conferir sentido y significado a lo que en otra circunstancia habría carecido de ellos, o al menos de ningún sentido y significado que pudiese ser comprendido de manera clara y definida, sin el acompañamiento de una explicación de esa suerte.

Un baile de pantomima puede cumplir ese mismo propósito, y al representar alguna aventura de amor o de guerra puede otorgar sentido y significado a una música que en otro caso no los tendría. Es más natural expresar con mímica, con gestos y movimientos, los avatares de la vida cotidiana, que expresarlos en versos o poesía. El pensamiento es más obvio y la ejecución mucho más sencilla. Si esta mímica era acompañada con música, por su cuenta y casi sin intención iría acomodando en alguna medida sus diversos pasos y movimientos al ritmo y compás de la música; especialmente si la misma persona entonaba la melodía y ejecutaba la mímica, tal como se dice que era normalmente lo que ocurría en las naciones salvajes de África y América. La danza de pantomima pudo de esta forma servir para conferir un sentido y significado claro a la música mucho tiempo antes de la invención de la poesía, o al menos antes de su empleo generalizado. Por eso oímos muy poco acerca de la poesía de los salvajes de África y América, pero mucho de sus bailes de pantomima.

Pero la poesía es capaz de expresar muchas cosas de forma plena y nítida, que la danza o bien no puede representar o sólo puede hacerlo de modo oscuro e imperfecto; tales como los razonamientos y juicios del entendimiento; las ideas, fantasías y sospechas de la imaginación; los sentimientos, emociones y pasiones del corazón. En cuanto al poder de expresión de un significado con claridad y definición, la danza es superior a la música, y la poesía a la danza.

De esas tres artes hermanadas, que quizá originalmente iban siempre juntas, y que en todos los tiempos han solido ir así, hay dos que pueden subsistir en solitario y separadas de sus compañeras naturales,

y una que no puede hacerlo. La esencia tanto de la danza como de la poesía estriba en el estricto cumplimiento de lo que los antiguos denominaban *rhythmus*, y nosotros llamamos ritmo y compás; es la cualidad característica que distingue al baile de cualquier otro movimiento y acción, y a los versos de cualquier otro discurso. Pero en lo concerniente a la proporción entre esos intervalos y divisiones de la duración que constituyen lo que se llama ritmo y compás, el oído puede al parecer juzgar con mucha mayor precisión que el ojo; y la poesía, como la música, se dirige al oído, mientras que la danza se dirige al ojo. En el baile, el ritmo, la adecuada proporción, el ritmo y compás de sus movimientos, no pueden ser percibidos con nitidez, salvo que vengan marcados por el ritmo y el compás más definidos de la música. Con la poesía sucede lo contrario: no se necesita acompañamiento alguno para señalar la medida de unos buenos versos. La música y la poesía, pues, pueden cada una subsistir en solitario; la danza requiere siempre el acompañamiento de la música.

La música instrumental es la que mejor puede subsistir por sí sola y separada tanto de la poesía como del baile. La música vocal, aunque puede consistir y frecuentemente consiste en notas que no tienen un sentido o significado claro, de forma natural invoca el auxilio de la poesía. Pero la «música casada con el verso inmortal», como dice Milton, o incluso con palabras de cualquier clase que posean un sentido o significado determinado, es necesariamente imitativa. Cualquiera que sea el significado de esas palabras, y aunque, como muchas de las canciones de la antigua Grecia, y algunas de tiempos más modernos, puedan expresar algunas máximas de prudencia y moralidad, o contener sólo la simple narración de algún acontecimiento relevante, incluso en tales canciones didácticas e históricas habrá a pesar de todo imitación; habrá de todos modos una cosa de un cierto tipo que merced al arte se la hará semejante a una cosa de un tipo muy distinto; habrá música que imita al discurso; habrá ritmo y melodía diseñados y adaptados a la forma de un buen consejo moral o de una historia entretenida e interesante.

A esta primera forma de imitación, que al ser esencial a toda la música vocal es inseparable de la misma, puede añadirse una segunda, y comúnmente así sucede. Las palabras pueden y suelen expresar la situación de una persona concreta y todos los sentimientos y pasiones que experimenta a partir de dicha situación. Es un grupo jovial el que

da rienda suelta al regocijo y la alegría que le inspiran el vino, la fiesta y la buena compañía. Es un amante el que se lamenta, confía, teme o desespera. Es un individuo generoso el que manifiesta o bien su gratitud por los favores, o su indignación por los daños que se le puedan haber hecho. Es un guerrero el que se prepara para afrontar el peligro, y el que provoca o desafía a su enemigo. Es una persona próspera que humildemente agradece la bondad del poder invisible que considera director de todos los acontecimientos de la vida humana, o una afligida que implora contrita su misericordia y su perdón. La situación puede abarcar no sólo a una persona sino a dos, tres o más; puede suscitar en todas sentimientos análogos u opuestos; lo que es motivo de pesar para uno puede serlo de júbilo y triunfo para otro; y todos pueden expresar, a veces por separado y a veces conjuntamente, la forma particular en que cada uno resulta afectado en un dúo, un trío o un coro.

Cabe sostener y se suele afirmar que todo esto es antinatural; nada lo es más que cantar cuando estamos ansiosos por persuadir o deseosos de manifestar un propósito sumamente serio. Pero debe recordarse que el hacer que una cosa de una clase se parezca a otra de una clase muy diferente es la circunstancia que en todas las artes imitativas constituye el mérito de la imitación; y el conformar, el torcer, por así decirlo, el compás y melodía de la música para imitar el tono y el lenguaje del consejo y la conversación, el acento y el estilo de la emoción y la pasión, es hacer que una cosa de una clase se asemeje a otra cosa de una clase muy distinta.

El tono y los movimientos de la música, aunque por naturaleza son muy disímiles de los de la conversación y la pasión, pueden ser manejados de forma que se les parezcan. Debido a la amplia disparidad entre el objeto imitador y el imitado, la mente, en este caso como en otros, la imperfecta semejanza que pueda alcanzarse logrará no sólo contentar sino deleitar e incluso embelesar y extasiar a la mente. Así, tal música imitativa, cuando es cantada con palabras que explican y determinan su significado, parecerá con frecuencia una imitación sumamente perfecta. Es por esto que incluso la música incompleta de un recitativo parece en ocasiones reflejar todo el sosiego y compostura del discurso serio y calmo, y en ocasiones toda la fina sensibilidad de la pasión más atractiva. La música más completa de una tonada es aún superior, y en la imitación de las más vivas pasiones posee una apreciable ventaja sobre cualquier otra suerte de discurso no cantado, sea en pro-

sa o poesía. En un ser humano que está en extremo deprimido por la pena o animado por la felicidad, que está intensamente afectado por el amor o el odio, la gratitud o el resentimiento, la admiración o el desdén, existe normalmente un pensamiento o idea que mora en su mente, que de continuo lo ronda, que cuando lo ahuyenta al instante regresa, y que hace que en un grupo esté ausente y desatento. Sólo puede pensar en una cosa, y no puede repetir ante el grupo esa cosa tan frecuentemente como se le presenta. Se refugia en la soledad, donde pueda libremente o bien regodearse en el éxtasis o dar rienda suelta a la agonía de la pasión agradable o desagradable que lo agita; y donde pueda repetirse a sí mismo, lo que hace a veces mentalmente y a veces incluso en alta voz, el pensamiento particular que lo alboroza o angustia. Ni la prosa ni la poesía pueden aventurarse a imitar esas repeticiones virtualmente sin término de la pasión. Pueden describirlas, como lo estoy haciendo yo ahora, pero no osarán imitarlas; si lo hicieran se volverían insufriblemente aburridas. La música de una canción apasionada no solo puede sino que suele imitarlas, y nunca se abre camino hacia el corazón tan directa o irresistiblemente como cuando lo hace. Tal la razón de que la letra de una canción, especialmente de una apasionada, aunque rara vez es muy extensa, casi nunca es entonada directamente hasta el final, como en un recitativo, y casi siempre es fraccionada en partes, que se transportan y repiten una y otra vez, según la fantasía o juicio del compositor. Es sólo por medio de esas repeticiones que la música puede ejercitar esos poderes peculiares de imitación que la distinguen, y en los que supera a todas las demás artes imitativas. Por ello se ha observado reiteradamente que la poesía y la elocuencia producen su efecto siempre por medio de una variedad y sucesión conectadas de diferentes pensamientos e ideas, pero la música produce sus efectos gracias a la repetición de una misma idea; y el mismo sentido expresado en la misma o casi la misma combinación de sonidos, aunque quizá al principio apenas nos ocasione impresión alguna, al ser repetido una y otra vez, llega finalmente, de manera gradual, poco a poco, a movilizarnos, agitarnos y arrobarnos.

De manera natural, o más bien necesaria, la música une a esos poderes de imitación una feliz elección de los objetos de su imitación. Los sentimientos y pasiones que la música puede imitar mejor son los que vinculan y enlazan a las personas conjuntamente en la sociedad; las pasiones sociales, decentes, virtuosas, atractivas y afectuosas, amigables y

agradables, majestuosas y respetables, nobles, elevadas e imponentes. La pena y la desgracia nos interesan y afectan; el humanitarismo y la compasión, el gozo y la admiración, son afables y gratos; la devoción es majestuosa y respetable; el menosprecio generoso del peligro, la indignación honorable ante la injusticia, son nobles, eminentes e imponentes. Pero estas pasiones y otras similares son las que mejor puede imitar la música, y las que de hecho imita con más frecuencia. Son, por así decirlo, todas pasiones musicales; sus tonos naturales son claros, definidos y casi melodiosos; se expresan naturalmente en un lenguaje caracterizado por pausas a intervalos regulares, casi iguales; por ello pueden ser más fácilmente adaptadas a los giros regulares de los períodos correspondientes de una tonada. Por el contrario, las pasiones que apartan a las personas unas de otras, las pasiones antisociales, odiosas, indecentes, viciosas, no pueden ser imitadas fácilmente por la música. La voz de la ira furiosa, por ejemplo, es áspera y disonante; sus períodos son todos irregulares, a veces muy prolongados y a veces muy breves, y no hay pausas regulares que los distingan. Los refunfuños oscuros y casi inarticulados de la malicia y la envidia ominosas, los alaridos del temor pusilánime, los gruñidos horribles de la venganza brutal e implacable, son todos igualmente discordes. Con dificultad puede la música imitar cualquiera de esas pasiones, y la música que lo hace no es la más grata. Una diversión puede consistir por entero y sin ninguna incorrección en la imitación de las pasiones sociales y afables. Sería un extraño entretenimiento el que consistiera exclusivamente en la imitación de las pasiones odiosas y viciosas. Una canción expresa casi siempre una pasión social, agradable o atractiva. Las antisociales y desagradables son a veces introducidas en la ópera, pero no con mucha frecuencia, y en la medida en que lo disonante entra en la armonía, su contraste subraya la belleza superior de las pasiones opuestas. Lo que Platón afirmó acerca de la virtud, que era la más brillante de las bellezas, podría afirmarse con alguna veracidad de los objetos propios y naturales de la imitación musical. O bien son los sentimientos y pasiones en cuyo ejercicio estriban tanto la gloria como la felicidad de la vida humana, o bien son aquéllos de los que deriva sus placeres más deliciosos; o en el peor de los casos son aquéllos por los cuales convoca nuestra indulgencia y asistencia compasiva a sus inevitables debilidades, sus zozobras y desgracias.

Al mérito de su imitación y al de su feliz elección de los objetos que imita —los grandes méritos de la estatuaria y la pintura—, la música

une otro mérito propio, particular y exquisito. No cabe afirmar que la escultura o la pintura añadan nuevas bellezas propias a las bellezas naturales que imitan; pueden reunir un número mayor de esas bellezas y agruparlas de un modo más agradable que aquél en el que normalmente o quizá siempre se las puede encontrar en la Naturaleza. Quizá sea cierto lo que los artistas gustan de proclamar: que ninguna mujer igualó jamás en todas las partes de su cuerpo la belleza de la Venus de Médicis, y ningún hombre la del Apolo de Belvedere. Pero ellos deberán admitir sin duda que no hay belleza particular en parte o faceta alguna de esas dos célebres estatuas que no sea al menos igualada, si no muy superada, por lo que cabe encontrar en muchos sujetos vivientes. Ahora bien, la música, al arreglar y por así decirlo inclinar hacia su propio ritmo y compás cualquier sentimiento o pasión que expresa, no sólo reúne y agrupa, tan bien como la estatuaria y la pintura, las diversas bellezas naturales que imita, sino que las adorna además con una nueva y delicada belleza que le es propia; las viste con una melodía y una armonía que, como un manto transparente, lejos de ocultar ninguna belleza, sirven para conferir un color más brillante, un lucimiento más vivo y una gracia más insinuante a cualquier belleza que rodeen.

A estas dos clases distintas de imitación —la general, por la cual la música se asemeja al discurso, y la particular, por la que expresa los sentimientos y sensaciones que una situación concreta inspiran a una persona en particular— se les suele unir una tercera. La persona que canta puede agregar a esa doble imitación del cantante la imitación adicional del actor; y expresar los sentimientos y sensaciones de la persona cuya situación es retratada en la canción no sólo a través de la modulación y cadencia de su voz sino por su semblante, su actitud, sus gestos y movimientos. Incluso en una reunión privada, aunque pueda decirse a veces que una canción está bien cantada, jamás se dirá que está bien ejecutada si el cantante no hace algo de ese tipo; y no hay comparación entre el efecto de lo que es cantado fríamente leyendo un libro de música en un extremo de un clavicordio, y lo que no sólo es cantado sino actuado con la libertad, animación y atrevimiento adecuados. Un cantante de ópera no hace más que esto, y una imitación que es tan placentera, y que parece incluso tan natural en una compañía privada, no debería parecer forzada, antinatural o desagradable sobre un escenario.

En un buen cantante lírico, no sólo las modulaciones y pausas de su voz se corresponden con el ritmo y compás de la música, sino todos sus

movimientos y gestos, cada variación en el ademán de su cabeza o la postura de su cuerpo, se corresponden con la expresión del sentimiento o pasión que la música imita, y esa expresión necesariamente se corresponde con ese ritmo y compás. La música es, por así decirlo, el alma que lo inspira, que informa cada rasgo de su semblante, que incluso dirige cada movimiento de sus ojos. Como la expresión musical de una canción, su actuación añade a la gracia natural del sentimiento o acción que imita una gracia propia, nueva y peculiar; la gracia exquisita y atractiva de esos gestos y movimientos, esos ademanes y posturas dirigidos por la marcha, por el ritmo y el compás de la música; esta gracia acentúa y vivifica dicha expresión. Nada hay más conmovedor que las escenas más arrebatadoras de la ópera seria, en las que a la buena poesía y la buena música, a la poesía de Metastasio y la música de Pergolesi, se añade la labor de un buen actor. De hecho, en la ópera seria la acción es demasiado a menudo sacrificada a la música; los *castrati*, que interpretan los papeles principales, son siempre los actores más insípidos y despreciables. Los aires festivos de la ópera bufa, del mismo modo, son sumamente animados y divertidos. Aunque no nos hacen reír tan ruidosamente como a veces lo hacemos ante una comedia común, nos mueven a sonreír más frecuentemente; y la grata jovialidad, el gozo templado, si puedo llamarlo así, que nos transmiten no sólo es un placer elegante sino sumamente delicioso. La profunda angustia y las intensas pasiones de la tragedia son capaces de producir algún efecto incluso cuando la actuación es indiferente. No ocurre lo mismo con las desventuras más ligeras y las situaciones menos emocionantes de la comedia; si la actuación no es como mínimo aceptable, resulta totalmente insufrible. Los *castrati* no son casi nunca actores aceptables, y por eso rara vez se los admite en la ópera bufa, que al ser por tal motivo mejor interpretada que la seria, a mucha gente le parece un mayor entretenimiento que ésta.

Las capacidades imitativas de la música instrumental son muy inferiores a las de la vocal; sus sonidos melodiosos pero carentes de significado e inarticulados no pueden relatar —como lo hacen las articulaciones de la voz humana— claramente las circunstancias de cualquier trama concreta, o describir las diversas situaciones a que dichas circunstancias dan lugar; o ni siquiera expresar nítidamente, de modo de ser comprendidos por cualquier oyente, los diferentes sentimientos y pasiones que las partes concernidas experimentan a partir de esas si-

tuaciones; incluso su imitación de otros sonidos, los objetos que indudablemente mejor puede imitar, es habitualmente tan imprecisa que en solitario y sin explicación alguna no puede fácilmente sugerirnos qué es el objeto imitado. Se supone que el *concerto* de Corelli que se dice fue compuesto para la Navidad imita el mecer de una cuna; pero si no lo sabemos de antemano no es fácil que adivinemos qué pretende imitar, o si quiere imitar alguna cosa; y esta imitación (que, aunque es quizá más lograda que ninguna otra, no es en absoluto la belleza que distingue dicha admirada composición) puede que sólo nos parezca un pasaje musical singular y extraño. El tañido de las campanas y el cantar de la alondra y el ruiseñor son imitados en la sinfonía de música instrumental que el Sr. Haendel ha compuesto para el Allegro y el Penseroso de Milton; se trata no sólo de sonidos sino de sonidos musicales, con lo que cabe suponerlos más dentro del ámbito de los poderes de la imitación musical. Es por ello universalmente reconocido que en dichas imitaciones el gran maestro ha conquistado un éxito formidable; y sin embargo, si los versos de Milton no explicaran el significado de la música, ni siquiera en este caso sería sencillo adivinar qué pretende imitar, o si pretende imitar alguna cosa. Es verdad que con la explicación del texto la imitación parece lo que es en realidad: una labor excelente, pero sin dicha explicación quizá sólo parecería un fragmento raro, que tendría con el precedente y el ulterior una conexión más débil que ningún otro en la música.

Se dice a veces que la música instrumental imita el movimiento, pero en realidad o bien sólo imita los sonidos concretos que acompañan a ciertos movimientos, o produce sonidos cuyos tiempos y medidas guardan alguna correspondencia con las variaciones, las pausas e interrupciones, las aceleraciones y retardos del movimiento que pretende imitar; de esta manera intenta en ocasiones expresar la marcha y despliegue de un ejército, la confusión y premura de una batalla, etc. En todos estos casos, empero, su imitación es tan sumamente indefinida que sin el acompañamiento de algún otro arte que explique e interprete su significado resultaría casi siempre ininteligible, y nunca sabríamos a ciencia cierta qué desea imitar o si quiere imitar algo.

En las artes imitativas, aunque no es en absoluto necesario que el objeto imitador se parezca al imitado tan exactamente que se confunda con éste, es sin embargo necesario que ambos se asemejen al menos de modo que uno sugiera rápidamente al otro. Muy raro resultaría un

cuadro que requiriese a su pie una inscripción que no sólo informase sobre qué persona concreta pretende representar, sino que aclarase si quiere representar una persona o un caballo, o si pretende ser un cuadro y representar alguna cosa. En algunos aspectos cabe afirmar que las imitaciones de la música instrumental son como las de un cuadro de esa clase. Existe, no obstante, entre ambas la siguiente diferencia crucial: el cuadro no se vería fundamentalmente modificado merced a la inscripción, mientras que merced a lo que podría considerarse muy poco más que dicha inscripción la música instrumental produciría todos los efectos de la imitación más minuciosa y perfecta, aunque quizá ni siquiera en ese caso fuese correcto decir que imita. Para explicar de qué manera esto tiene lugar no será necesario descender a una gran profundidad en la especulación filosófica.

La serie de pensamiento e ideas que sin cesar atraviesa la mente no lo hace siempre con idéntico paso, por así decirlo, o con el mismo orden y conexión. Cuando estamos alegres y contentos su movimiento es activo y más animado, nuestros pensamientos se suceden con más rapidez, y los que se siguen inmediatamente unos a otros con frecuencia parecen tener una conexión débil, o estar vinculados más por su oposición que por su mutua semejanza. Como en esta retozona y juguetona disposición mental nos disgusta demorarnos demasiado en el mismo pensamiento, no nos preocupa el perseguir ideas parecidas, y la diversidad del contraste nos agrada más que la uniformidad de la similitud. La situación es bastante diferente cuando nos hallamos tristes y abatidos; entonces nos vemos con frecuencia acosados, por así decirlo, por un pensamiento que nos gustaría expulsar pero que constantemente nos hostiga, y que no admite seguidores, oyentes o compañeros sino sólo los de su propio género y complexión. Una lenta sucesión de nociones parecidas o estrechamente vinculadas es la característica de ese estado de ánimo; una rápida sucesión de ideas, frecuentemente opuestas y en general débilmente interconectadas, en cambio, es la característica del otro. Lo que cabría denominar el estado natural de la mente, el estado en que no estamos ni alborozados ni afligidos, el estado de sosiego, tranquilidad y compostura, constituye una suerte de punto medio entre esos dos extremos opuestos; nuestras ideas se suceden más lentamente y con una conexión más definida que en uno de ellos, y más velozmente y con una más amplia variedad que en el otro.

Los sonidos agudos son naturalmente alegres, vivaces y animados; los sonidos graves son solemnes, imponentes y melancólicos. También parece existir una conexión natural entre la agudeza del tono y la velocidad en el tiempo o sucesión, y entre la gravedad y la lentitud. Un sonido agudo parece desprenderse súbitamente y volar más que uno grave; el tiple es más jovial que el bajo; sus notas, asimismo, se suceden mutuamente con más rapidez. Pero la música instrumental, merced a un arreglo adecuado, por una sucesión más o menos veloz de los agudos y los graves, de sonidos semejantes y opuestos, no sólo puede acomodarse al ambiente gozoso, apaciguado o melancólico; si la mente se halla lo suficientemente descargada como para no ser perturbada por ninguna pasión desordenada, puede, al menos durante un momento y en cierto grado, producir cualquier modificación posible en cada uno de esos estados de ánimo. Todos distinguimos con facilidad la música alegre, feliz y regocijada, de la melancólica, quejumbrosa y patética; y ambas de la que ocupa una posición intermedia, la sosegada, tranquila y compuesta. Y todos somos conscientes de que en el estado natural y ordinario de la mente la música es capaz, por una suerte de encantamiento, de consolarnos y cautivarnos hasta un cierto nivel de talante y de ánimo más acorde con nuestro carácter y temperamento. En un concierto de música instrumental la atención se entrega con placer y deleite a escuchar una combinación de los sonidos más agradables y melodiosos que se siguen unos a otros en una sucesión a veces más rápida y a veces más lenta; en la que los sonidos que se siguen inmediatamente son en ocasiones muy o bastante similares, y en otras ocasiones contrastan en su tonalidad, tiempo y orden. Al estar así la mente ocupada sucesivamente por una serie de objetos, cuya naturaleza, sucesión y conexión se corresponden a veces con la inclinación o predisposición jovial, a veces con la tranquila y a veces con la depresiva, se ve impulsada sucesivamente hacia cada una de tales inclinaciones o predisposiciones; y de ese modo es conducida hacia una especie de armonía o concordancia con la música que tan gratamente atrae su atención.

Ahora bien, la música instrumental no genera este efecto propiamente por imitación; la música instrumental no imita a una persona alborozada, o sosegada o melancólica, como lo hacen la música vocal, la pintura o la danza; no relata una historia placentera, o seria o triste, como podrían hacerlo cualquiera de esas otras artes. La música instrumental no nos cautiva por simpatía hacia el gozo, la tranquilidad o la

depresión y la desgracia de alguna persona, como lo hacen la música vocal, la pintura o el baile; se vuelve ella misma un objeto feliz, apaciguado o triste, y el espíritu asume naturalmente el tono o disposición correspondiente en cada momento con el objeto que capta su atención. Lo que sintamos merced a la música instrumental es una sensación original, no simpatizadora; se trata de nuestra propia jovialidad, sosiego o abatimiento, y no la disposición reflejada de otra persona.

Cuando recorremos los paseos arbolados de un jardín bien situado y cuidado pasamos por una sucesión de paisajes que a veces son alegres, a veces sombríos y a veces calmos y serenos; si la mente se halla en su estado natural se adecua a los objetos que sucesivamente se van presentando, y varía en cierto grado su tono y humor presente con cada variación de la escena. Pero sería impropio afirmar que las escenas imitan el ánimo festivo, calmo o melancólico de la mente; pueden producir a su turno esos ánimos, pero no imitarlos. La música instrumental, del mismo modo, aunque puede suscitar todas esas disposiciones, no es capaz de imitarlas. No hay en la naturaleza dos cosas más perfectamente desiguales que el sonido y el sentimiento; y es imposible que ninguna capacidad humana los adapte de manera que guarden alguna semejanza efectiva entre ellos.

El poder de suscitar y alterar las diversas modalidades y disposiciones de la mente, que la música instrumental posee en grado sumo, ha sido la fuente principal de su reputación gracias a los amplios poderes imitativos que se le han atribuido. Un autor más capaz de sentir intensamente que de pensar con precisión, el Sr. Rousseau de Ginebra, dice: «La pintura, que presenta sus imitaciones no ante la imaginación sino ante los sentidos, y sólo uno de ellos, no puede representar nada más que los objetos visuales. Cabría pensar que la música estaría igualmente confinada al oído. Pero imita cualquier cosa, incluso los objetos que sólo son perceptibles por la vista. Por una ilusión que parece virtualmente inconcebible, es capaz de colocar el ojo en el oído, por así decirlo; y la mayor maravilla, en un arte que sólo actúa por movimiento y sucesión, es que pueda imitar el descanso y el reposo. La noche, el sueño, la soledad y el silencio, todos caen dentro del ámbito de la imitación musical. Aunque toda la naturaleza estuviese dormida, la persona que la contempla estaría despierta, y el arte del músico consiste en sustituir la imagen de lo que no es un objeto auditivo por la de los movimientos cuya presencia excitaría en la mente del espectador». Esto es,

los efectos que produciría en su talante y disposición. «El músico (continúa este mismo autor) no sólo agitará a veces las olas del mar, encenderá las llamas de una conflagración, hará que caiga la lluvia, fluyan los arroyuelos y se embravezcan los torrentes, sino que pintará los horrores de un desierto espantoso, oscurecerá los muros de una mazmorra subterránea, calmará la tempestad, restaurará la serenidad y la tranquilidad en el aire y el cielo, y derramará desde la orquesta una nueva frescura sobre los bosques y los campos. No representará ninguno de estos objetos de forma directa sino que provocará en la mente los mismos movimientos que experimentaría si los viese».

Sobre esta muy elocuente descripción del Sr. Rousseau yo debo observar que sin el acompañamiento del escenario y la acción de la ópera, sin la ayuda del pintor o el poeta, o ambos, la música instrumental de la orquesta no produciría ninguno de esos efectos que se le atribuyen; y no podríamos saber, ni adivinar, cuál de los objetos alegres, melancólicos o tranquilos antes mencionados pretende representarnos, o si quiere representar alguno y no meramente entretenernos con un concierto de música festiva, triste o tranquila; o, como la llamaban los antiguos, música diastólica, sistólica e intermedia. Con dicho acompañamiento, aunque ni siquiera en ese caso quepa afirmar con propiedad que imita, al sostener la imitación de algún otro arte, puede producir en nosotros todos esos efectos como si ella misma los imitara de la forma más cuidada y perfecta. Cualquiera que sea el objeto o situación que el decorador del escenario representa en el teatro, la música de la orquesta, al predisponer a la mente al mismo tipo de ánimo o temperamento que experimentaría merced a la presencia de ese objeto, o por simpatía con la persona colocada en esa situación, puede ampliar considerablemente el efecto de dicha imitación, puede acomodarse a cualquier variedad de escenas. La melancolía de la persona que en una ocasión trascendental se ve abandonada en la oscuridad, el silencio y la soledad de la noche, es muy distinta de la de la persona que en una ocasión similar se encuentra en el medio de un desierto abrumador e inhóspito; y en tal situación sus sentimientos no serán idénticos a los que tendría de haber estado encerrada en un calabozo subterráneo. Los diversos grados de precisión con los que la música de la orquesta puede ajustarse a cada una de esas circunstancias debe depender del gusto, la sensibilidad, la fantasía y la imaginación del compositor; quizá pueda contribuir a esa precisión el que sea capaz de imitar lo mejor que pueda los

sonidos que naturalmente acompañan, o quepa suponer que acompañan, a los objetos particulares que se presentan. La sinfonía en la ópera francesa *Alcione*, que imita la violencia de los vientos y el embate de las olas en la tempestad que ahoga a Coix, es muy elogiada por los autores contemporáneos. La de la ópera *Issé*, que imita el murmullo de las hojas de los robles de Dodona, que supuestamente precede al milagroso pronunciamiento del oráculo, y la de la ópera *Amadis*, cuyos lúgubres acentos imitan los sonidos que supuestamente acompañan la apertura de la tumba de Ardan, antes de la aparición del fantasma de dicho guerrero, son aún más celebradas. Pero la música instrumental no puede, sin quebrantar demasiado su propia melodía y armonía, imitar más que muy imperfectamente los sonidos de los objetos naturales, que en su mayor parte carecen tanto de melodía como de armonía. Se requiere una gran reserva, discreción y un fino discernimiento para introducir con propiedad tan imperfectas imitaciones en la poesía o la música; cuando se las repite mucho, cuando se las continúa durante bastante tiempo, aparecen como realmente son, meros trucos en los que un artista muy inferior, si les presta la atención necesaria, puede fácilmente equipararse con el más grande. He visto una traducción al latín de la Oda en el Día de Santa Cecilia del Sr. Pope, que en este aspecto superaba con mucho al original. Tales imitaciones son aún más sencillas en música. Tanto en uno como en otro arte la dificultad no estriba en hacerlas lo mejor que se pueda, sino en saber cuándo y en qué medida hay que hacerlas; el ser capaz de ajustar el temperamento y carácter de la música a cada peculiaridad de la escena y situación con una precisión tan exacta que una ejerza sobre la mente el mismo efecto que la otra no es uno de esos trucos en los que un artista inferior pueda fácilmente igualarse con uno de los grandes; es un arte que exige todo el juicio, sabiduría e inventiva del maestro más consumado. Los grandes efectos de la música instrumental dependen de este arte, y no de su imitación imperfecta, sea de sonidos reales o imaginarios; tales imitaciones quizá deban ser admitidas sólo en la medida en que a veces pueden contribuir a aclarar el significado y por ello a ampliar los efectos de este arte.

Se ha abusado mucho de ella, intentando extender los efectos de la escena más allá de lo que admite la naturaleza de las cosas, y en el teatro común, así como en el musical, se han acometido muchas imitaciones que tras verlas un par de veces parecen necesariamente ridículas; es el caso del rumor del trueno del gas de mostaza y la nieve de papel y el

duro granizo de guisantes que tan cuidadosamente presenta el Sr. Pope. Tales imitaciones se asemejan a las de la estatuaria pintada; pueden sorprender inicialmente, pero después disgustan y resultan trucos evidentemente tan sencillos y fáciles que sólo son aptos para el entretenimiento de los niños y sus niñeras en un espectáculo de marionetas. El trueno en esos teatros ciertamente no debería ser más ruidoso que el que la orquesta es capaz de producir, y sus tempestades más terribles nunca deberían superar lo que un decorador de escenarios es capaz de pintar. En estas imitaciones puede haber un arte que merezca un grado de estima y admiración. En las otras no puede haberlo.

Este abuso del escenario ha subsistido durante mucho más tiempo y ha sido llevado a un nivel de extravagancia mucho mayor en el teatro musical que en el normal. En Francia ha sido suprimido de este último hace mucho; en el primero, sin embargo, sigue siendo no sólo tolerado sino admirado y aplaudido. En las óperas francesas no sólo se suele representar el trueno y el relámpago, la tormenta y la tempestad, del modo ridículo antes mencionado, sino que todo lo fantástico y sobrenatural de la poesía épica, todas las metamorfosis de la mitología, todas las maravillas de la brujería y la magia, todo lo que es en el máximo grado inadecuado para ser representado en el escenario es cada día exhibido ante la aprobación y el aplauso más generalizados de esa ingeniosa nación. La música orquestal genera en la audiencia casi el mismo efecto que una imitación mejor y más artística podría producir, y le impide experimentar, al menos en toda su plenitud, el ridículo de las imitaciones pueriles y desmañadas que necesariamente proliferan en tan extravagante escenario. Y en realidad esas imitaciones, aunque indudablemente ridículas en cualquier caso, lo parecen algo menos en el teatro musical que en el común. La ópera italiana, antes de ser reformada por Apostolo Zeno y Metastasio, era en este sentido igualmente extravagante, y fue con tal motivo sometida a amenas zumbas por el Sr. Addison en varios artículos en el *Spectator*. Después de dicha reforma sigue siendo una norma que la escena debe cambiar al menos con cada acto; y la unidad de lugar nunca fue una ley tan sacrosanta en el teatro común como su violación se ha convertido en el musical; éste último parece exigir un escenario tanto más pintoresco como más variado que lo que resulta necesario en el primero. En una ópera, así como la música sostiene el efecto del escenario, el escenario a menudo sirve para determinar el carácter y explicar el significado de la música; debe por

ello variar cuando dicho carácter lo hace. El placer de una ópera, además, es por naturaleza un placer más sensual que el de una comedia o tragedia normales; éstas producen su efecto principalmente por medio de la imaginación; así, su impacto en un gabinete no es inferior al registrado en un escenario. Pero el efecto de una ópera rara vez es mucho más intenso en un gabinete; se dirige más a los sentidos externos, y cuando cautiva al oído con su melodía y armonía, sentimos que debería deslumbrar la vista con el esplendor y diversidad de su escenario.

En una ópera la música instrumental de la orquesta sostiene la imitación tanto del poeta como del actor, y también la del decorador. La obertura predispone a la mente hacia el ánimo más apropiado para la inauguración de la pieza. La música entre los actos mantiene la impresión que la música anterior ha ejercido y nos prepara para la que ejercerá la subsiguiente. Cuando la orquesta interrumpe el recitativo o el canto, como suele hacer, es con objeto de reforzar el impacto de lo que acaba de suceder, o para preparar a la mente en la disposición más adecuada para oír lo que viene después. Tanto en los recitativos como en el canto acompaña y dirige la voz y a menudo la impulsa hacia el tono y la modulación adecuados, cuando está a punto de abandonarlos; y la corrección de la mejor música vocal se debe en buena medida a la guía de la instrumental; aunque en todos estos casos sostiene la imitación de otro arte, en todos cabe decir que disminuye y no aumenta la semejanza entre el objeto imitador y el imitado. Nada es menos parecido a lo que sucede en la realidad que el que personas que atraviesan las situaciones más conmovedoras, en la desgracia y la desesperación, estén en todo lo que digan y hagan acompañadas sin cesar por un primoroso concierto de música instrumental. Si reflexionamos sobre ello, en realidad dicho acompañamiento debería en todos los casos reducir la probabilidad de la acción, y convertir la representación en algo aún menos natural de lo que sería en otro caso. Por tanto, no es por imitación que la música instrumental sostiene y refuerza las imitaciones de las otras artes, sino porque produce en la mente, como consecuencia de otras capacidades, el mismo tipo de efecto que produciría la imitación más exacta de la naturaleza, la observación más perfecta de lo que es probable. El suscitar dicho efecto es en tales entretenimientos el único fin y propósito de esa imitación y observación. Si pudiese ser igualmente bien producido por otros medios, ese fin y propósito podría ser igualmente bien alcanzado.

Si rara vez cabe afirmar que la música instrumental es propiamente imitativa, incluso cuando es utilizada para sostener la imitación de algún otro arte, normalmente lo es aún menos cuando es empleada en solitario. ¿Por qué habría de entorpecer su melodía y armonía, o restringir su ritmo y compás, al intentar una imitación que sin el acompañamiento de algún otro arte que explique e interprete su significado probablemente nadie entenderá? Así, en la música instrumental más reconocida, en las oberturas de Haendel y los conciertos de Corelli, hay poca o ninguna imitación, y cuando la hay se trata de la fuente de apenas una reducida fracción del mérito de esas composiciones. Sin imitación alguna, la música instrumental puede producir efectos muy considerables; aunque sus poderes sobre el corazón y los afectos son indudablemente muy inferiores a los de la música vocal, tiene sin embargo poderes extraordinarios: la dulzura de sus sonidos alerta agradablemente y atrae la atención; su conexión y afinidad retienen naturalmente dicha atención, que con facilidad sigue una serie de sonidos placenteros, que guardan todos una cierta relación tanto con una nota común, fundamental o directriz, denominada clave, como con una determinada sucesión o combinación de notas, denominada melodía o composición. Por medio de esta relación cada sonido que pasa parece introducir y preparar a la mente para el siguiente; por su ritmo, su tiempo y compás, arregla esa sucesión de sonidos en una manera determinada que hace al conjunto más fácil de comprender y recordar. El ritmo y el compás son a la música instrumental lo que el orden y el método son al discurso; la fragmentan en las partes y divisiones apropiadas, lo que nos permite tanto recordar mejor lo que ha sucedido antes como frecuentemente predecir algo de lo que vendrá a continuación; muchas veces prevemos el regreso de un período que sabemos ha de corresponderse con otro que recordamos que lo precedía; y según comentó un antiguo filósofo y músico, el disfrute de la música proviene en parte de la memoria y en parte de la previsión. Cuando el compás, una vez que ha proseguido lo suficiente como para satisfacernos, cambia a otro, esa variación, que así disgusta, se transforma en algo más agradable para nosotros que la uniformidad que habría satisfecho nuestras expectativas; pero sin este orden y método podríamos recordar muy poco de lo que pasó antes y prever aún menos de lo que vendrá después; y todo el placer de la música se reduciría a poco más que el impacto de los sonidos particulares que resuenan en nuestros oídos en cada instante con-

creto. Gracias a este orden y método resulta en el curso de la actuación igual al efecto de todo lo que recordamos y todo lo que anticipamos; y al final, al efecto combinado y acumulado de todas las partes diferentes que integran el conjunto.

Un concierto de música instrumental bien compuesto, dados el número y variedad de los instrumentos, la diversidad de las partes que ejecutan y la perfecta concordancia o correspondencia de todas esas partes diferentes, la precisa armonía o coincidencia de todos los distintos sonidos que son escuchados al mismo tiempo, la feliz pluralidad de compases que regula la sucesión de todos los que son escuchados en momentos diferentes, presenta algo tan agradable, tan imponente, tan variado y tan interesante que él solo, sin sugerir ningún otro objeto, por imitación o cualquier otro medio, puede ocupar y por así decirlo llenar por entero toda la capacidad de la mente, de forma de no dejar parte alguna de su atención vacante para pensar en nada más. Al contemplar esa inmensa multiplicidad de sonidos gratos y melodiosos, arreglados y recopilados, tanto en su coincidencia como en su sucesión, en un sistema tan completo y regular, la mente en realidad disfruta no sólo de un muy intenso placer sensual sino también de un elevado placer intelectual, no disímil del que deriva de la contemplación de un gran sistema en cualquier otra ciencia. Un concierto completo de esta música instrumental no sólo no requiere acompañamiento alguno sino que no lo admite. Una canción o un baile, al demandar una atención que no podemos perder perturbaría el efecto de la música, en vez de agudizarlo; pueden a menudo seguirla con toda propiedad, pero no acompañarla. Rara vez esa música pretende contar una historia concreta, o imitar algún acontecimiento particular, o en general sugerir ningún objeto específico, distinto de la combinación de sonidos de los que ella misma está compuesta. Cabe por tanto afirmar que su significado es pleno en ella misma y no requiere intérpretes que lo expliquen. Lo que se llama el tema de esa música es, como ya se ha apuntado, meramente una cierta combinación directriz de notas, a la que frecuentemente retorna, y con la que todas sus digresiones y variaciones guardan una cierta afinidad. Es algo totalmente distinto de lo que se designa como el tema de un poema o un cuadro, que siempre es algo que no está ni en el poema ni en la pintura, o algo muy alejado de la combinación, de palabras en un caso o de colores en el otro, que los compone. El tema de una composición de música instrumental es una parte de la misma composi-

ción; el tema de un poema o una pintura no es parte de ninguno de ellos.

El efecto de la música instrumental sobre la mente ha sido llamado su expresión. En el sentimiento es con frecuencia similar al efecto de la denominada expresión en pintura, y a veces igualmente interesante. Pero el efecto de la expresión en pintura surge siempre de pensar en una cosa que, aunque clara y nítidamente sugerida por el dibujo y el colorido de la pintura, es totalmente diferente de ese dibujo y colorido. A veces surge por simpatía y a veces por antipatía y aversión hacia los sentimientos, emociones y pasiones que sugieren el semblante, la actividad, el aire y la postura de las personas representadas. La melodía y la armonía de la música instrumental, por el contrario, no sugieren con claridad y definición ninguna cosa distinta de esa melodía y esa armonía. Cualquier efecto que produzcan es el efecto inmediato de dicha melodía y armonía, y no de otra cosa que ellas significan o sugieren; en realidad, no significan ni sugieren nada. Cabe sostener que el arte pleno de la pintura, el mérito cabal de un cuadro, se compone de tres artes o méritos diferentes: el del dibujo, el del color y el de la expresión. Pero afirmar, como hace el Sr. Avison, que el arte total de un músico, el mérito consumado de una pieza musical, se compone o integra de tres artes o méritos distintos: el de la melodía, el de la armonía y el de la expresión, es aseverar que está formado por la melodía y la armonía, y por el efecto inmediato y necesario de la melodía y la armonía; la división no es lógica en absoluto; la expresión en pintura no es el efecto necesario ni del buen dibujo ni del buen colorido, ni de ambos conjuntamente; un cuadro puede ostentar un dibujo y un color exquisitos, y tener muy poca expresión; pero el efecto sobre la mente que recibe el nombre de expresión en música es el efecto inmediato y necesario de la buena melodía. La característica esencial que distingue esa melodía de la mala o indiferente es la capacidad de suscitar dicho efecto. La armonía puede reforzar el impacto de la buena melodía, pero sin ésta ni la más habilidosa armonía puede provocar ningún efecto que merezca ser llamado expresión; no hará más que fatigar y confundir al oído. Un pintor puede poseer en grado sobresaliente los talentos del dibujo y el colorido, y poseer sin embargo el de la expresión en un grado muy inferior. Un pintor así, por cierto, puede tener un mérito considerable. En opinión de De Piles, incluso el célebre Ticiano fue un artista de ese tipo. Pero el proclamar que un músico posee los talentos de la melodía

y la armonía en grado eminente, y el de la expresión en uno muy inferior, equivaldría a decir que en sus obras la causa no es seguida por su efecto necesario y proporcional. Un músico puede ser un muy diestro armonista y ser deficiente en los talentos de la melodía, el aire y la expresión; sus canciones pueden ser tediosas y carecer de impacto. También este artista puede tener un cierto grado de mérito, similar al de la persona de muchos estudios a la que le falta fantasía, gusto e inventiva.

La música instrumental, por consiguiente, aunque puede ser sin duda considerada en algunos aspectos un arte imitativo, lo es ciertamente menos que cualquier otro que merezca dicho apelativo; apenas puede imitar unos pocos objetos, y lo hace para colmo tan imperfectamente que casi nunca es inteligible si carece del acompañamiento de algún otro arte; la imitación no es en modo alguno esencial para ella, y los efectos principales que es capaz de producir se originan en capacidades totalmente distintas de las de la imitación.

Parte III

Los poderes imitativos de la danza son muy superiores a los de la música instrumental, y al menos igualan, si no superan, a los de cualquier otro arte. Ahora bien, como sucede con la música instrumental, la danza no es necesaria o esencialmente imitativa, y puede producir efectos muy agradables sin imitación alguna. En el grueso de nuestros bailes comunes hay poca o ninguna imitación, y consisten casi totalmente en una sucesión de pasos, gestos y movimientos, regulados por el ritmo y el compás de la música, que o bien despliegan una gracia extraordinaria o exigen una agilidad fuera de lo corriente. Incluso algunos de nuestros bailes que se dice fueron originalmente imitativos, en la forma en que los ejecutamos hoy han dejado virtualmente de serlo. Se cuenta que el minué, en el que la mujer, tras pasar y volver al pasar al hombre repetidas veces, le da primero una mano, después la otra, y después las dos, fue originalmente una danza mora que representaba emblemáticamente la pasión del amor. Muchos de mis lectores probablemente hayan bailado este baile y, en opinión de todos los que tuvieron oportunidad de verlos, con mucha gracia y corrección, aunque ni bailarines ni espectadores hayan pensado un solo instante en el significado alegórico que originalmente pretendió expresar.

La característica fundamental que distingue a la danza de cualquier otra suerte de movimiento es un determinado paso medido, cadencioso, que sigue el ritmo de la música que lo acompaña y dirige. Cuando el bailarín, al moverse con un paso de ese tipo, y observar ese ritmo y compás, imita las acciones ordinarias o las más importantes de la vida humana, él, por así decirlo, torna y modela una cosa de una cierta clase para que se parezca a otra cosa de una clase muy diferente; su arte supera la disparidad que la naturaleza ha colocado entre el objeto imitador y el imitado, y tiene por ello algún grado del mérito que corresponde a todas las artes imitativas. Es verdad que dicha disparidad no es tan amplia como en algunas otras de esas artes, y por tal motivo tampoco lo es el mérito de la imitación que la supera. Nadie compararía el mérito de un buen bailarín imitador con el de un buen pintor o escultor. El bailarín, empero, puede tener un grado muy considerable de mérito, y su imitación puede quizá ser capaz en ocasiones de proporcionarnos tanto placer como el de cualquiera de los otros dos artistas. Todos los temas, de la estatuaria o de la pintura histórica, están al alcance de sus capacidades imitativas; y cuando los representa, su arte tiene incluso alguna ventaja sobre los otros dos. La estatuaria y la pintura histórica sólo pueden representar un instante de la acción que procuran imitar: las causas que prepararon la situación de ese instante aislado, y las consecuencias que lo sucedieron, caen por entero fuera del campo de su imitación. Una danza de pantomima puede representar nítidamente esas causas y consecuencias; no se halla confinada a la situación de un instante sino que, como la poesía épica, puede representar todos los acontecimientos de una larga historia, y exhibir un prolongado encadenamiento y sucesión de situaciones conectadas e interesantes. Es por tal razón capaz de afectarnos mucho más que la estatuaria o la pintura. Los antiguos romanos solían llorar en las representaciones de sus pantomimas, como lo hacemos nosotros en las tragedias más cautivadoras; este impacto está por completo más allá de las capacidades de la estatuaria o la pintura.

Los antiguos griegos fueron una nación de bailarines, y parece que tanto sus danzas comunes como las ejecutadas en escenarios eran todas imitativas. Otro tanto cabe decir de los bailes para el escenario de los antiguos romanos. Ese pueblo serio consideraba indecente bailar en reuniones privadas, con lo cual carecía de bailes comunes. En ambas naciones la imitación era estimada esencial para la danza.

En los tiempos modernos sucede algo muy diferente; aunque tenemos bailes de pantomima sobre escenarios, la mayor parte de nuestros bailes para la escena no son pantomimas y no cabe decir que imiten nada. El grueso de nuestros bailes comunes o bien no fueron nunca pantomimas o, con pocas excepciones, han dejado de serlo casi en su totalidad.

Esta notable diferencia en el carácter de los bailes antiguos y modernos parece ser el efecto natural de una diferencia correspondiente en el de la música, que ha acompañado y orientado tanto a unos como a otros.

En nuestros días casi siempre bailamos al son de la música instrumental, y al ser ésta no imitativa, la mayoría de los bailes que dirige, y por así decirlo inspira, han dejado de serlo. En la antigüedad, por el contrario, se bailaba siempre al son de la música vocal; al ser ésta necesaria y esencialmente imitativa, las danzas también lo fueron. No parece haber habido entre los antiguos nada o casi nada de lo que se denomina con propiedad música instrumental, o música compuesta no para ser cantada por la voz humana sino interpretada con instrumentos, y el papel de sus instrumentos, tanto de viento como de cuerda, sólo era acompañar y dirigir la voz.

Suele ocurrir en el campo que un grupo de jóvenes guste de bailar aunque carezcan de violinista o flautista. Una dama canta mientras el resto del grupo baila; en la mayoría de los casos sólo tararea las notas, sin palabras, y al ser entonces la voz apenas más que un instrumento musical, el baile se ejecuta de la forma habitual, sin imitación alguna. Pero si canta el texto, y si en las palabras hay algo más que el espíritu y el humor normales, inmediatamente todo el grupo, en especial todos los que bailan mejor y con más desenvoltura, se convierten más o menos en pantomimas, y con sus gestos y movimientos expresan, lo mejor que pueden, el significado y contenido de la canción. Esto sería aún más así si la misma persona fuera la que cantara y bailara, práctica muy común entre los antiguos; requiere buenos pulmones y una constitución vigorosa, pero con estas ventajas y con mucha práctica se pueden ejecutar de esa manera las danzas de primer orden. He visto a un negro bailar, mientras cantaba, la danza de guerra de su país, con tanta vehemencia de acción y expresión que todos los asistentes, tanto caballeros como damas, se encaramaron sobre sus sillas y mesas para mantenerse en todo lo posible fuera del alcance de su furia. En la lengua griega hay

dos verbos que significan ambos bailar; cada uno posee sus derivaciones propias, que significan un baile y un bailarín. En la mayoría de los autores griegos, estos dos conjuntos de palabras, como todas las demás que son casi sinónimas, aparecen frecuentemente confundidas y utilizadas de forma promiscua. Pero según los mejores expertos, y con estricta propiedad, uno de estos verbos significa bailar y cantar al mismo tiempo, o bailar al son de la propia música, y el otro quiere decir bailar sin cantar, o bailar al son de la música de otras personas. También se dice que existe una diferencia correspondiente en el significado de sus derivaciones respectivas. En los coros de las antiguas tragedias griegas, que a veces integraban a más de cincuenta personas, algunos tocaban la flauta y algunos cantaban, pero todos bailaban y lo hacían al son de su propia música.

*[Las siguientes observaciones fueron halladas entre los manuscritos del Sr. Smith, sin indicación alguna sobre si pretendía que formaran parte de este ensayo o de otro distinto. Al parecer demasiado valiosas como para ser suprimidas, los editores han aprovechado su vinculación con el pasaje al que se ha hecho referencia al comienzo de la Parte II y las han anexado al presente ensayo.]**

DE LA AFINIDAD ENTRE LA MÚSICA, LA DANZA Y LA POESÍA

En la segunda parte de este ensayo mencioné la conexión entre las dos artes de la *música* y la *danza* formada por el *rhythmus*, como lo llamaban los antiguos, o, como lo denominamos nosotros, el ritmo o compás que las regula a ambas.

Lo que constituye una danza no es cualquier tipo de paso, gesto o movimiento que se corresponda con el tono o compás de la música. Debe ser un paso, gesto o movimiento de una clase particular. En un buen cantante de ópera lo que se corresponde con el ritmo y compás de la música no son sólo las modulaciones y pausas de su voz sino todos sus movimientos y gestos, y cualquier variación en la postura de su cabeza y la actitud de su cuerpo. Y sin embargo se entiende, en el lenguaje de cualquier país europeo, que el mejor cantante de ópera no bai-

* [Nota de los editores de la edición original.]

la; aunque en la ejecución de su papel generalmente recurre a lo que se denomina el paso del escenario, ni siquiera este paso es considerado un paso de baile.

Aunque la mirada del espectador más normal distingue fácilmente entre lo que se llama paso de baile y cualquier otro paso, gesto o movimiento, quizá no resulte muy sencillo manifestar en qué consiste esta distinción. El determinar con exactitud los límites precisos en que una especie comienza y acaba la otra, o proporcionar una definición cabal de este asunto tan frívolo, puede requerir más pensamiento y atención de lo que parece merecer la minúscula relevancia del tema. Pero si intento hacerlo deberé observar que aunque en la realización de cualquier acción ordinaria —por ejemplo, caminar de un extremo de la habitación al otro— un individuo puede exhibir tanto gracia como agilidad, si deja entrever la más mínima intención de ostentar alguna de ellas resultará más o menos ofensivo, y no dejaremos de acusarlo de algún grado de vanidad y afectación. En la ejecución de cualquier acción normal de esa clase, toda persona desea aparecer como exclusivamente ocupada en el objetivo propio de esa acción: si pretende demostrar gracia o agilidad tendrá cuidado en ocultar ese propósito, lo que rara vez conseguirá; ofende en la misma medida en que se le note, y casi siempre se le nota. En el baile, por el contrario, toda persona pretende y por así decirlo declara la intención de desplegar algún grado de gracia o agilidad o ambas. La exhibición de alguna de estas cualidades o de ambas es en realidad el objetivo propio de la acción; y nunca puede haber ninguna vanidad o afectación desagradable al perseguir el objetivo propio de una acción. Cuando afirmamos de un hombre que se da muchos aires y una gracia afectada al bailar, lo que queremos decir es o bien que sus aires y gracias son incompatibles con la naturaleza del baile, o que ejecuta torpemente, quizá exagerándolos en demasía (el defecto más común en la danza), los aires y gracias que sí son apropiados para ella. Cualquier baile es en verdad una sucesión de aires y gracias de alguna clase u otra, y aires y gracias que, por así decirlo, declaran abiertamente que lo son. Los pasos, gestos y movimientos que proclaman la intención de exhibir una sucesión de tales aires y gracias son los pasos, gestos y movimientos peculiares del baile, y cuando son ejecutados al ritmo y compás de la música, constituyen lo que llamamos propiamente una danza.

Aunque cualquier tipo de paso, gesto o movimiento, aún ejecutado al ritmo y compás de la música, no producirá por sí solo una danza, casi

cualquier tipo de sonido, siempre que sea repetido con un ritmo definido, o conforme a un claro tono y compás, aunque no registre variación alguna en sus graves y sus agudos, será una especie de música, si bien indudablemente una imperfecta. Los tambores, timbales y, en lo que he podido observar, todos los otros instrumentos de percusión, cuentan con una sola nota; ahora bien, esta nota, si es repetida con un ritmo determinado, o conforme a un cierto tono y compás, con una pequeña variación en cuanto al volumen alto o bajo, aunque no haya ninguna en agudos y graves, ciertamente formará una especie de música, que con frecuencia está lejos de ser desagradable, y que en ocasiones hasta provoca impactos considerables. Es verdad que la nota simple de tales instrumentos es generalmente un sonido muy claro o lo que llamamos melodioso. Pero no es indispensable que lo sea. El sonido del tambor destemplado cuando redobla con la marcha fúnebre no es ni claro ni melodioso, y ciertamente produce una especie de música, que a veces resulta conmovedora. Hasta en la actuación del más modesto de todos los artistas, el hombre que tamborilea con sus dedos sobre una mesa, podemos en ocasiones percibir el ritmo y acaso un poco del humor de alguna canción conocida; hay que admitir que incluso él toca una suerte de música. Sin el paso y movimiento adecuados, la sola tonada no producirá un baile; el ritmo aislado, sin tonada, producirá alguna clase de música.

La observación exacta de la afinación, o los intervalos correctos de graves y agudos, en que estriba la gran belleza de toda la música excelente, también constituye su gran dificultad. El ritmo o compás de una canción son cuestiones simples, que incluso un oído duro e inexperimentado es capaz de distinguir y comprender; pero el distinguir y comprender todas las variaciones tonales, y el concebir con precisión la medida exacta de cada nota, es algo que con frecuencia apenas puede acometer el oído más fino y cultivado. En las canciones del pueblo llano podemos destacar generalmente un cumplimiento suficiente del ritmo, aunque uno muy imperfecto de la afinación. El descubrir y detectar con precisión los intervalos tonales apropiados debe exigir un esfuerzo de prolongada experiencia y abundante observación. En los tratados teóricos sobre música, lo que los autores tienen que decir acerca del ritmo es habitualmente analizado en un solo capítulo de no mucha extensión ni dificultad. La teoría de la tonalidad cubre generalmente todo el resto del volumen, y desde hace mucho tiempo se ha

vuelto una ciencia amplia y abstrusa, que a menudo es sólo deficientemente comprendida, incluso por los artistas más inteligentes. En los primeros rudos intentos de cantar de las naciones no civilizadas no cabía prestar más que una reducida atención a las sutilezas de la tonalidad; por eso suelo recelar de la gran antigüedad de las canciones nacionales que presuntamente han sido legadas de era en era por una suerte de tradición oral, sin haber sido anotadas o registradas con claridad durante muchas generaciones sucesivas. El compás, el humor de la canción, quizá haya llegado de esa forma hasta nosotros, pero no parece posible que las notas exactas se hayan preservado de ese modo. El método para cantar algunas de las que consideramos nuestras viejas canciones escocesas ha sufrido numerosas alteraciones que están al alcance de mi memoria, y debe haber experimentado antes muchas más.

La distinción entre los sonidos o tonos en la canción y en el habla parece ser análoga a la que media entre los pasos, gestos y movimientos de la danza y los de cualquier acción ordinaria; aunque en el habla una persona pueda revelar un tono de voz sumamente agradable, si parece que lo quiere demostrar, si parece escuchar el sonido de su propia voz y, por así decirlo, afinarlo hasta una modulación placentera, siempre ofenderá y será culpable de la más desagradable afectación. En el habla, como en cualquier otra acción corriente, esperamos y exigimos que quien habla sólo preste atención al objetivo propio de la acción: la expresión clara y definida de lo que tiene que decir. En el canto, por el contrario, toda persona admite la intención de complacer por el tono y cadencia de su voz; al hacerlo no sólo no resulta culpable de ninguna afectación desagradable sino que esperamos y exigimos que lo haga así. El objetivo propio de toda la música, vocal e instrumental, es complacer por la selección y arreglo de sonidos agradables; siempre esperamos y demandamos que cualquier persona atienda al objetivo adecuado de cualquier acción que ejecute. Un individuo puede aparentemente cantar, o bailar, de manera afectada; puede que intente complacer por medio de sonidos y tonos que son incompatibles con la naturaleza de la canción, o quizá se abandone exageradamente en los que le son apropiados, o que en alguna otra forma muestre una arrogante presunción sobre sus propias capacidades, más allá de lo que su actuación merece. La afectación desagradable siempre consiste no en procurar complacer con una modulación

propia de la voz sino con una impropia. Hace mucho que se descubrió que las vibraciones de cuerdas que en su longitud, densidad o nivel de tensión guardan una cierta proporción entre sí, producen sonidos que se corresponden exactamente o, como dicen los músicos, son unísonos con las tonalidades o sonidos de la voz humana que el oído aprueba en el canto. Este descubrimiento ha permitido a los músicos hablar con claridad y precisión sobre los sonidos o tonos musicales de la voz humana; pueden siempre determinar con exactitud a qué sonidos o tonos específicos se refieren, estipulando cuáles son las proporciones de las cuerdas cuyas vibraciones producen los unísonos de dichos sonidos o tonos. Los llamados intervalos, esto es, las diferencias en agudos y graves entre los sonidos o tonos de una voz cantante son mucho más grandes y más definidos que los de la voz hablante. Aquélla, por consiguiente, puede ser medida y apreciada gracias a las proporciones de las cuerdas, pero ésta no. Los instrumentos más delicados son incapaces de expresar la extrema pequeñez de esos intervalos. El *heptamerede* del Sr. Sauveur podía expresar un intervalo tan reducido como la séptima parte de la llamada coma, el intervalo más pequeño admitido en la música moderna. Pero según cuenta el Sr. Pineau-Duclos este instrumento ni siquiera podía expresar la pequeñez de los intervalos en la pronunciación del idioma chino; que se dice es de entre todas las lenguas del mundo aquélla en la cual la pronunciación se aproxima más al canto, o en la cual los intervalos son más grandes.

Como los sonidos o tonalidades de la voz cantante pueden ser determinados o asignados, mientras que los de la voz hablante no pueden serlo, los primeros son susceptibles de ser anotados o registrados, y los segundos no.

UNA CARTA A LOS AUTORES DE LA *EDINBURGH REVIEW*

De las cartas que nos han enviado nuestros ilustrados corresponsales no tenemos en este número más espacio que para publicar la siguiente. Es extensa pero estamos seguros de que el público se sentirá en deuda con nosotros gracias a ella. Confiamos en que este ingenioso e instruido caballero nos siga honrando con su colaboración, ampliando nuestra visión en el modo en que lo propone, y que aprobamos calurosamente. Siempre reconoceremos nuestra gratitud para con cualquiera que nos remita sus informes literarios, observaciones o críticas, y en la primera oportunidad que podamos los transmitiremos al mundo.

Alexander Wedderburn, director

Caballeros:

Me complace sobremanera ver un trabajo tan ampliamente provechoso como el que ustedes han emprendido en este país, y que a todas luces será ejecutado brillantemente. Temo, sin embargo, que les será imposible sostenerlo con energía si se limitan ustedes casi por entero a informar acerca de los libros que se publican en Escocia. Este país, que apenas empieza a intentar figurar en el mundo ilustrado, genera aún tan pocas obras de reputación que no será posible para una revista que fundamentalmente se dedica a analizarlas el interesar al público durante mucho tiempo. El absurdo singular de algunos trabajos, que tan bien han criticado ustedes en su primer número, puede divertir a los lectores una vez, pero ninguna elocuencia podrá sostener una revista que básicamente consista en informaciones sobre dichos trabajos.

Por tal motivo les propongo, en nombre de varios de sus lectores, que amplíen su visión. Continúen prestando atención con el mismo humanitarismo y candor a toda obra escocesa que sea tolerablemente decente. Pero deberían observar con respecto a Europa en general el mismo modelo que siguen con respecto a Inglaterra, y examinar sólo aquellas obras que, aunque puede que no perduren hasta la más remota posteridad, tengan la posibilidad de ser recordadas dentro de treinta o cuarenta años, y que entre tanto añadan algo a las existencias de entretenimiento literario de las que el mundo está hoy provisto. Así podrán otorgar el impulso adecuado a todos los esfuerzos que este país pueda acometer para adquirir una reputación en el mundo ilustrado, cuyo sostenimiento imagino que era el bienintencionado designio de sus afanes; y la gratitud del público si ustedes le informan sobre los li-

bros que merecen su consideración será mucho mayor que si llenan la revista con todas las insignificantes noticias literarias del momento, sobre las cuales ni un artículo en cien será probablemente recordado un par de semanas después de la publicación de la obra a la que se refiere.

Esta tarea tampoco será tan laboriosa como a primera vista pudiera pensarse. Aunque la ilustración es cultivada en algún grado en casi cualquier parte de Europa, sólo en Francia e Inglaterra es cultivada con un éxito o reputación tal como para provocar la atención de las naciones extranjeras. En Italia, el país donde renació primero, ha quedado casi totalmente extinguida. En España, el país después de Italia donde aparecieron los primeros albores del genio moderno, se ha extinguido por completo. Hasta el arte de la imprenta ha sido descuidado en ambos países, supongo que debido a la escasa demanda de libros que había allí; y aunque ha florecido nuevamente hace poco en Italia, las caras ediciones que se han publicado en ese país de los clásicos italianos han sido claramente previstas para las bibliotecas de los príncipes y los monasterios, y no para responder a la demanda de personas privadas. Los alemanes nunca han cultivado su propia lengua, y cuando los eruditos se acostumbran a pensar y escribir en una lengua que no es la propia, casi no les resulta posible pensar o escribir con éxito y precisión sobre ningún tema delicado o refinado. En medicina, química, astronomía y matemáticas, ciencias que sólo requieren buen juicio unido al trabajo y la asiduidad, sin demandar mucho de lo que se llama gusto o genio, los alemanes han destacado y continúan haciéndolo. Los trabajos de las academias en Alemania e Italia, y hasta en Rusia, son objeto de alguna atención en todas partes; pero en contadas ocasiones los trabajos de cualquier persona concreta son investigados fuera de su propio país. Por el contrario, las obras de muchos hombres en Francia e Inglaterra son más estudiadas en naciones extranjeras que ninguna de las de sus propias academias.

Si podemos emitir una opinión general sobre el mérito literario de esos dos grandes rivales en sabiduría, comercio, política y guerra, los talentos de los ingleses parecen ser la imaginación, el genio y la inventiva, y los de los franceses el gusto, el juicio, la corrección y el orden. En los viejos poetas ingleses, en Shakespeare, Spenser y Milton, a menudo aparece, entre algunas irregularidades y extravagancias, una fuerza imaginativa tan vasta, gigantesca y sobrenatural, que pasma y confunde a su lector en una admiración por su genio que lo hace despreciar,

como ruines e insignificantes, todas las críticas acerca de las desigualdades de sus escritos. En los autores franceses eminentes es más raro encontrar esos ímpetus geniales, pero en su lugar hay un arreglo justo, una propiedad y decoro exactos, unidos a una equilibrada y estudiada elegancia de sentimiento y dicción que, así como no golpean jamás al corazón como esos violentos y momentáneos relámpagos de la imaginación, tampoco sacuden el juicio por nada que sea absurdo o antinatural, ni fastidian la atención por ninguna gruesa desigualdad estilística, o falta de conexión en el método, sino que entretienen la mente con una sucesión de objetos agradables, interesantes y conexos.

En la filosofía natural, la ciencia que en los tiempos modernos ha sido cultivada más felizmente, casi todos los descubrimientos que no han provenido de Italia o Alemania se han originado en Inglaterra. Francia apenas ha producido en este campo nada considerable. Cuando esa ciencia fue reanimada primero en Europa, en dicho país se impuso ampliamente un sistema fantasioso, ingenioso y elegante, pero falaz; no podemos razonablemente maravillarnos de por qué fue así. Cabe sostener que la filosofía cartesiana, ahora que ha sido casi universalmente eliminada, ostentaba en términos de sencillez, precisión y perspicuidad de sus principios y conclusiones, la misma superioridad sobre el sistema peripatético que la que la filosofía newtoniana ostentaba sobre ella. Una filosofía que a primera vista poseía tantas ventajas sobre su sistema rival fue considerada por los franceses con un aprecio y admiración especiales, cuando la ponderaban como la producción de sus propios compatriotas, cuyo renombre añadía renovada gloria a su nación; y su apego a ella ha retardado y obstaculizado el avance efectivo de la ciencia de la naturaleza. En la actualidad están por regla general bastante alejados del encantamiento de esa filosofía ilusoria; y con satisfacción observo en la nueva *Enciclopedia* francesa las ideas de Bacon, Boyle y Newton explicadas con el orden, la transparencia y el buen juicio que distinguen a todos los autores eminentes de esa nación. Dado que, desde la unión, tendemos a considerarnos en alguna medida compatriotas de esos grandes hombres, halaga mi vanidad como británico el observar la superioridad de la filosofía inglesa reconocida así por su nación rival. Los dos autores principales de esa vasta colección de todas las suertes literarias, el Sr. Diderot y el Sr. Alembert, manifiestan por doquier la máxima pasión por la ciencia y la sabiduría de Inglaterra, e insertan en su obra no sólo los descubrimientos y observaciones de esos

afamados filósofos que acabo de mencionar sino los de muchos autores ingleses menores, cuyos nombres son hoy casi desconocidos y cuyas obras han caído desde hace mucho en el olvido en su propio país. Me mortificaba al mismo tiempo el pensar que la posteridad y las naciones extranjeras probablemente se familiarizarán con la filosofía inglesa por medio de los escritos de terceros y no por los de los propios ingleses. Es un talento peculiar de la nación francesa el disponer cada tema en el orden natural y simple que llama hacia él la atención sin esfuerzo alguno. Los ingleses parecen haberse empleado por entero en inventar, y han desdeñado la menos gloriosa pero no menos útil labor de arreglar y metodizar sus descubrimientos, y de expresarlos del modo más simple y natural. No sólo no existe un sistema aceptable de filosofía natural en lengua inglesa: ni siquiera existe ningún sistema tolerable de ninguna parte de la misma. Los tratados en latín de Keill y Gregory, dos escoceses, sobre los principios de la mecánica y la astronomía, pueden ser catalogados como lo mejor que en este estilo ha brotado de la pluma de ningún nativo de Gran Bretaña, aunque en bastantes aspectos son confusos, imprecisos y superficiales. En la *Óptica* del Dr. Smith todos los grandes descubrimientos registrados en el pasado en dicha ciencia aparecen apuntados cabalmente, junto con numerosas correcciones y mejoras debidas al mismo caballero. Pero si en el conocimiento de su ciencia parece muy superior a los dos escoceses antes señalados, es inferior incluso a ellos, que están lejos de ser perfectos, en lo tocante al orden y disposición de su obra. Confío en que no se atribuya a ningún motivo vil el que advierta sobre esta deficiencia, que en estos temas no reviste la máxima importancia, y que me atrevo a decir que el propio caballero estaría dispuesto a reconocer; tengo a su conocimiento y capacidad en la más alta estima, su libro posee todas las demás cualidades recomendables, y él mismo es, junto con el Dr. Bradley, casi la única persona que queda en Inglaterra para ponernos al corriente sobre sus insignes predecesores. El mundo ilustrado ha sido grandemente instruido gracias al esfuerzo e ingenio de ambos caballeros, y me aventuro a afirmar que lo habría sido aún más si en su propio país hubiesen tenido más competidores y evaluadores. Pero los ingleses de hoy en día, perdida quizá la esperanza de superar los inventos o igualar la fama de sus antepasados, han menospreciado el ocupar el segundo lugar en una ciencia en la que no podían aspirar al primero, y han abandonado su estudio por completo.

La obra francesa que acabo de mencionar promete ser la más completa que en su género haya sido publicada o intentada en idioma alguno. Constará de numerosos volúmenes en folio, ilustrados con más de seiscientos grabados, que forman dos volúmenes separados. Trabajan en ella más de veinte caballeros, todos ellos muy eminentes en sus diversas profesiones, y muchos ya conocidos en naciones extranjeras merced a las valiosas obras que han publicado, en especial el Sr. Alembert, el Sr. Diderot, el Sr. Daubenton, el Sr. Rousseau de Ginebra, el Sr. Formey, secretario de la Academia de Berlín, y muchos otros. En su discurso preliminar, el Sr. Alembert explica la conexión entre las diferentes artes y ciencias, en sus palabras: su genealogía y filiación; algo que salvo un puñado de alteraciones y correcciones casi coincide con lo expuesto por Lord Bacon. En el cuerpo de la obra se destaca constantemente a qué arte o ciencia, y a qué rama de dicho arte o dicha ciencia pertenece cada artículo en concreto. En los propios artículos el lector no encontrará, como en otras obras del mismo tipo, un árido resumen de lo que normalmente conoce el estudioso más superficial de cualquier ciencia, sino un examen completo, razonado y hasta crítico de cada asunto. Nada parece haber sido omitido. No sólo se presenta un tratamiento completo de las matemáticas, la filosofía natural y la historia natural, que comúnmente cubren el grueso de las obras de esta categoría; todas las artes mecánicas son descritas en profundidad, con las diversas máquinas que utilizan. La teología, la moral, la metafísica, el arte de la crítica, la historia de las *belles lettres*, la filosofía, la historia literaria de todas las suertes de escuelas, opiniones y sistemas, las doctrinas principales de la jurisprudencia antigua y moderna, y hasta todas las sutilezas más finas de la gramática son explicadas en un detalle que resulta en grado sumo sorprendente. Pocos hombres habrá tan preparados en la ciencia que han cultivado especialmente como para no descubrir en esta obra algo de su propia ciencia que los instruya e interese; y con relación a cualquier otra, rara vez dejarán de encontrar toda la satisfacción que puedan desear. Realmente promete ser en todos los sentidos merecedora de ese magnífico elogio que el Sr. Voltaire le dedica cuando, al concluir su relato sobre los artistas que vivieron en tiempos de Luis XIV, nos dice: «La época pasada ha puesto el presente en el que vivimos en condiciones de agrupar en un solo cuerpo, y de transmitir a la posteridad, para ser legado a las eras más remotas, el depósito sagrado de todas las artes y todas las ciencias, impulsadas todas tan lejos

como pueda hacerlo la actividad humana». Esto mismo, continúa, «es lo que un conjunto de hombres ilustrados, cargados de genio y conocimiento, está acometiendo en la actualidad: una obra inmensa e inmortal, que parece acusar la brevedad de la vida humana».

La obra, que ha sido en varias oportunidades desabridamente interrumpida por algún recelo del gobierno civil o del gobierno eclesiástico de Francia —a quienes los autores no parecen haber dado ningún motivo justo de sospecha—, no está aún terminada. Los volúmenes que faltan por publicar merecerán a medida que vayan apareciendo una atención especial en los números futuros de su revista. Observarán ustedes que aunque ninguno de los autores de este grupo es inferior o desdeñable, no son todos iguales. El estilo de algunos de ellos es más declamatorio de lo adecuado para un diccionario, en el cual no sólo la declamación sino cualquier composición negligente está más que en ningún otro caso fuera de lugar. También parecen haber insertado algunos artículos que podrían haber excluido, y cuya inserción sólo puede servir para arrojar el ridículo sobre una obra que pretende la propagación de todas las partes del conocimiento útil. El artículo *Amour*, por ejemplo, tiende poco a la edificación del lector, educado o no, y cabe pensar que podría haber sido omitido incluso en una enciclopedia de todas las artes, ciencias y actividades. Estas críticas, empero, sólo recaen sobre unos pocos artículos, que no revisten gran importancia. Las partes restantes de la obra podrán dar lugar a muchas otras observaciones de mayor relieve, sobre el candor o parcialidad con que representan los diferentes sistemas de la filosofía o la teología, antiguos o modernos; la justeza de sus críticas contra autores afamados de su propia nación y del extranjero; la medida en que han observado o ignorado la justa proporción entre la longitud de cada artículo y la importancia de la materia que contiene, y su adecuación para ser explicada en un trabajo de este tipo; y también muchas otras observaciones de la misma naturaleza.

Tampoco es ésta la única gran colección de ciencia y literatura que actualmente está compilándose en ese país y que merece la atención de naciones extranjeras. La descripción del Gabinete del Rey, que aspira a incluir un sistema completo de historia natural, es un emprendimiento casi tan amplio. Fue iniciada por orden de un ministro que Francia deseaba desde hace mucho ver repuesto en la dirección de la Marina, y toda Europa en la de las ciencias, el conde de Maurepas. Lo ejecutan

dos caballeros de méritos universalmente aclamados, el Sr. Buffon y el Sr. Daubenton. Sólo se ha publicado una pequeña parte de esta obra. La parte razonada y filosófica sobre la formación de las plantas, la generación de los animales, la formación del feto, el desarrollo de los sentidos, etc., corre a cargo del Sr. Buffon. Cabe pensar que el sistema de este caballero es casi totalmente hipotético; y con respecto a las causas de la generación es apenas posible formarse una idea clara del mismo. Hay que reconocer, empero, que es explicado con una elocuencia grata, copiosa y natural, y que lo sostiene o conecta con bastantes observaciones y experimentos singulares y curiosos de su propia cosecha. La pulcritud, nitidez y corrección de todas las descripciones a cargo del Sr. Daubenton no dejan lugar a críticas sobre su parte, que aunque es la menos pomposa es de lejos la más importante de la obra.

Ninguna ciencia es cultivada en Francia con más ahínco que la historia natural. La descripción perspicua y la ordenación justa constituyen buena parte del mérito de un historiador natural; y dicho estudio está quizá por ello particularmente ajustado al genio de esa nación. En la historia de los insectos del Sr. Réaumur, un trabajo del que aún se esperan algunos volúmenes, sus lectores hallarán ambas cualidades en la máxima perfección, así como la más atenta observación ayudada por los más artificiosos expedientes para inspeccionar unas cuestiones tales en la economía y administración de esos diminutos animales que cabría imaginar que es imposible que hayan sido descubiertas. Quienes se quejan porque es tedioso nunca han analizado sistemáticamente su trabajo y sólo se han contentado con hojear algunas partes del mismo. Por inferior que pueda parecer su tema, nunca deja de atraer nuestra atención, y lo seguimos a través de todas sus observaciones y experimentos con la misma curiosidad inocente y placer ingenuo con que él parece haberlos llevado a cabo. Sorprenderá a sus lectores comprobar que este caballero, entre muchos otros estudios y ocupaciones fatigosas acometidas mientras componía, también a partir de sus propios experimentos, muchas otras obras curiosas y valiosas, halló tiempo para rellenar ocho volúmenes en cuarto con sus propias observaciones sobre esta cuestión, sin recurrir ni una sola vez a la ostentación vana de la erudición y la citación. El público se complacerá si ustedes dan noticia periódica en su *Review* de estas obras y otras análogas, que añaden algo a las existencias públicas de observaciones, por así decirlo, o que recopilan más completamente o arreglan con mejor orden las observacio-

nes que ya han sido realizadas, y escuchará con atención sus críticas acerca de los defectos e imperfecciones de lo que bien merece ser criticado en líneas generales. La labor de todas las academias en las distintas partes de Europa es objeto de una curiosidad bastante generalizada, y les será a ustedes imposible referirse a todo lo que ella contiene, pero no será muy difícil señalar las mejoras y observaciones más apreciables que dichas sociedades han comunicado al público durante los seis meses precedentes a la publicación de cada *Review*.

El genio original e inventivo de los ingleses no sólo se ha manifestado en la filosofía natural sino en la moral, la metafísica y en parte de las ciencias abstractas. Todos los intentos que se han emprendido en los tiempos modernos en favor del progreso en esta filosofía discutida y escasamente próspera, más allá de lo que los antiguos nos legaron, han sido acometidos en Inglaterra. Salvo las *Meditaciones* de Descartes, no conozco nada en lengua francesa que pretenda ser original en estas cuestiones; la filosofía del Sr. Régis y la del padre Malebranche son sólo refinamientos de esas *Meditaciones*. Pero el Sr. Hobbes, el Sr. Locke, y el Dr. Mandeville, Lord Shaftesbury, el Dr. Butler, el Dr. Clarke y el Sr. Hutcheson, al menos han procurado todos, conforme a sus sistemas diferentes e incompatibles, ser en alguna medida originales, y añadir algo a la cantidad de observaciones con que el mundo estaba provisto antes de ellos. Esta rama de la filosofía inglesa, que en la actualidad parece ser totalmente ignorada por los propios ingleses, ha sido recientemente transportada hasta Francia. Detecto rasgos de ella no sólo en la *Enciclopedia* sino en la *Teoría de los sentimientos agradables* del Sr. De Pouilly, un trabajo original en muchos aspectos, y sobre todo en el reciente *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres* del Sr. Rousseau de Ginebra.

Cualquiera que lea esta última obra con atención observará que el segundo volumen de la *Fábula de las abejas* ha dado lugar al sistema del Sr. Rousseau, en el cual, sin embargo, los principios del autor inglés son suavizados, mejorados y embellecidos, y desprovistos de toda la tendencia a la corrupción y licenciosidad que los ha malogrado en su autor original. El Dr. Mandeville representa el estadio primitivo de la humanidad como el más desdichado y miserable que quepa concebir; el Sr. Rousseau, por el contrario, lo pinta como el más feliz y más apropiado para la naturaleza humana. Ambos suponen que no existe en el ser humano ningún instinto poderoso que necesariamente lo impulse a

buscar la sociedad por la sociedad misma; según el uno, la miseria de su estado original lo forzó a recurrir a este remedio, por lo demás desagradable; según el otro, unos desafortunados accidentes dieron lugar a las pasiones antinaturales de la ambición y el vano afán de superioridad, a las que antes había sido ajeno, y desencadenaron el mismo efecto fatal. Ambos suponen el mismo progreso lento y desarrollo gradual de todos los talentos, hábitos y artes que preparan a las personas para vivir juntas en sociedad, y ambos describen esa evolución de forma bastante parecida. Según ellos, las leyes de la justicia que mantienen la desigualdad presente entre los humanos fueron originalmente inventadas por los arteros y los poderosos, con objeto de preservar o adquirir una superioridad antinatural e injusta sobre el resto de sus congéneres. Pero el Sr. Rousseau critica al Dr. Mandeville: observa que la *compasión*, el único principio afable que el autor inglés acepta como natural del hombre, puede producir todas las virtudes cuya existencia niega el Dr. Mandeville. Al mismo tiempo, el Sr. Rousseau piensa que este principio no es en sí mismo una virtud, sino que es poseído por los salvajes y por el vulgo más libertino en un grado de perfección mayor que el de las personas con los modales más refinados y cultivados; en lo que concuerda perfectamente con el autor inglés.

La vida de un salvaje, cuando la analizamos a cierta distancia, parece o bien una vida de profunda indolencia o una de magnas y asombrosas aventuras; ambas cualidades sirven para que la descripción de la misma resulte grata a la imaginación. La pasión de todos los jóvenes por la poesía bucólica, que describe los entretenimientos de la vida indolente de un pastor, y por los libros de caballería y las novelas que describen las aventuras más peligrosas y extravagantes, es el efecto de este gusto natural por esas dos cosas aparentemente contradictorias. En los informes sobre los modos de vida de los salvajes esperamos encontrarlas a ambas, y ningún autor se ha planteado tratar esta cuestión sin despertar la curiosidad pública. El Sr. Rousseau, que intenta pintar la vida salvaje como la más feliz de todas, presenta sólo su lado indolente, al que exhibe realmente con los colores más bellos y gratos, en un estilo que aunque elaborado y estudiadamente elegante es en todas partes vigoroso, y en ocasiones hasta sublime y patético. Es con la ayuda de este estilo, y una pizca de química filosófica, que los principios e ideas del disoluto Mandeville parecen en él ostentar toda la pureza y sublimidad de la moral de Platón, y ser sólo el espíritu verdadero de un republica-

no llevado un poco demasiado lejos. Su obra se divide en dos partes; en la primera, describe el estado solitario del ser humano; en la segunda, los albores y el progreso gradual de la sociedad. No tendría sentido analizar ninguna de ellas, porque ningún análisis podría proporcionar una idea justa de un trabajo que consiste casi totalmente en retórica y descripción. Procuraré por ello presentar a sus lectores una muestra de su elocuencia y traduciré unos breves pasajes.

«Mientras que los hombres —dice en la página 117— se contentaron con sus primeras habitaciones rústicas; mientras que su trabajo no tenía objetivo alguno, salvo coser las pieles de bestias salvajes para sus primeros vestidos, adornarse con plumas y conchas, pintar sus cuerpos con diversos colores, perfeccionar o embellecer sus arcos y flechas, fabricar con piedras afiladas unas canoas para pescar o unos rudos instrumentos musicales; mientras que se abocaron a labores que una sola persona podía ejecutar, y a unas artes que no requerían el concurso de muchas manos; vivieron libres, sanos, benévolos y felices, en la medida en que su naturaleza lo permitía, y continuaron disfrutando de las dulzuras de una sociedad independiente. Pero desde el instante en que un hombre necesitó la ayuda de otro, desde el momento en que percibió que le podría convenir a una persona tener provisiones para dos, desapareció la igualdad, se introdujo la propiedad, el trabajo se volvió necesario, y los vastos bosques de la naturaleza fueron convertidos en agradables llanuras, que había que regar con el sudor humano, y sobre las que el mundo contempló cómo la esclavitud y la miseria empezaban a crecer y florecer con la cosecha.»

«Así —afirma en la página 126— se despliegan todas nuestras facultades, la memoria y la imaginación entran en juego, el propio interés es provechoso, la razón se activa, y la inteligencia progresa casi hasta la frontera de la perfección. Así se ejercen todas nuestras cualidades naturales, se establece el rango y condición de toda persona, no sólo por el volumen de su fortuna y su poder para servir o dañar, sino por su genio, su belleza, su fuerza o su destreza, por sus méritos o talentos; y como sólo esas cualidades son capaces de atraer consideración, debe o tenerlas o pretenderlas, debe por su propia conveniencia mostrar que es una cosa cuando en realidad es otra. El ser y el aparentar se volvieron dos cosas totalmente diferentes, y de esta distinción surgió la falsa ostentación, la insidia engañosa, y todos los vicios que las acompañan. Y así el hombre, de ser libre e independiente, fue por una multitud de

nuevas necesidades sometido en cierto modo a toda la naturaleza y especialmente a todos sus congéneres, cuyo esclavo es, incluso cuando se convierte en su amo; si rico, requiere sus servicios; si pobre, requiere su asistencia; y ni la mediocridad le permite vivir sin ellos. Se ve, pues, obligado a procurar interesarlos en su situación y a hacer que ellos comprendan, real o aparentemente, que les conviene trabajar para él. Esto es lo que lo torna falso y artificial con algunos, imperioso e insensible con otros, y lo carga con la urgencia de engañar a todos los que necesita, cuando no puede aterrorizarlos y no encuentra que le interesa en realidad servirlos. En fin, una ambición insaciable, un ardor por incrementar su fortuna relativa, no tanto por ninguna necesidad genuina sino para situarse por encima de los demás, inspira a todos los hombres una propensión horrible a perjudicarse mutuamente; con un recelo secreto, y por ello mucho más peligroso, para golpear con más seguridad a menudo adopta la máscara de la buena voluntad; en suma, con competencia y rivalidad por un lado; con oposición de intereses por el otro; y siempre con el deseo oculto de aprovecharse a costa de alguna otra persona. Todos estos males son las primeras consecuencias de la propiedad, y los compañeros inseparables de la desigualdad naciente.»

«El hombre —proclama después, en página 179— en su estado salvaje, y el hombre en su estado civilizado, difieren tan fundamentalmente en sus pasiones e inclinaciones, que aquello que hace la felicidad suprema del uno hundiría al otro en la desesperación. El salvaje sólo respira libertad y reposo; no desea más que vivir y estar ocioso; y la *ataraxia* del estoico no se aproxima a su profunda indiferencia hacia cualquier otro objeto. El ciudadano, por el contrario, se esfuerza, afana y atormenta sin fin para obtener empleos cada vez más laboriosos; trabaja hasta la muerte, incluso la precipita para acceder a la condición de vivir, o renuncia a la vida para adquirir la inmortalidad. Corteja a los grandes que odia y a los ricos que desprecia; nada ahorra para conseguir el honor de servirlos; presume vanamente de su propia bajeza y de la protección de ellos y, orgulloso de su esclavitud, desdeña a quienes carecen del honor de compartirla. ¡Qué espectáculo sería para un *Caraib* las dolorosas y envidiadas tareas de un ministro europeo! ¿Cuántas muertes crueles preferiría ese salvaje indolente antes que el horror de esa vida, que a menudo ni siquiera es dulcificada por el placer de hacer el bien? Pero para atisbar el fin de tantos cuidados es necesario que las palabras *poder* y *reputación* tengan un significado inteligible para su

mentalidad; que comprenda que hay una especie de hombres para los cuales la mirada del resto del universo cuenta para algo; que pueden estar felices y contentos con el testimonio de otros, antes que con el de sí mismos. Tal es en realidad la causa verdadera de todas esas diferencias: el salvaje vive en sí mismo; el hombre social, siempre fuera de sí mismo; no puede vivir si no es en la opinión de los demás, y es, por así decirlo, sólo a partir del juicio de terceros que deriva el sentimiento de su propia existencia. No corresponde a mi tema el demostrar cómo esa disposición provoca tanta indiferencia efectiva ante el bien y el mal, junto a tantos esmerados discursos morales; cómo todo se reduce a las apariencias y todo se vuelve facticio y fingido; el honor, la amistad, la virtud, y frecuentemente el mismo vicio, del que finalmente hemos descubierto el secreto de la vanidad; cómo en una palabra siempre preguntamos a los demás lo que somos, y jamás osamos plantearnos la pregunta a nosotros mismos, en medio de tanta filosofía, tanto humanitarismo, tantas buenas maneras, y tantas máximas sublimes, no tenemos nada más que un exterior falso y frívolo; honor sin virtud, razón sin sabiduría, y placer sin felicidad.»

Sólo añadiré que la dedicatoria a la república de Ginebra, de la que el Sr. Rousseau tiene el honor de ser ciudadano, es un panegírico agradable, eficaz y creo que también justo; y expresa la estima ardiente y apasionada que corresponde que un buen ciudadano abrigue hacia el gobierno de su país y la personalidad de sus compatriotas.

Créanme que no es mi intención limitarlos a la información sobre los tratados filosóficos publicados aquí o en el extranjero. Aunque los poetas de nuestros días parecen en general ser inferiores a los del pasado, no faltan en Inglaterra, Francia e incluso Italia varios que no representan indignamente a sus más afamados predecesores. Las obras de Metastasio son valoradas en toda Europa; y el Sr. Voltaire, quizá el genio más universal que Francia haya producido nunca, es en casi todas las suertes literarias reconocido como casi al mismo nivel de los grandes autores del pasado que acometieron básicamente una de ellas. El genio original e inventivo de este caballero no se ha manifestado nunca de manera tan conspicua como en su última tragedia, sobre el huérfano de la China. Es al mismo tiempo agradable y sorprendente observar cómo la atrocidad, por así decirlo, de la virtud china, y la rudeza de la barbarie tártara, han sido introducidas en la escena francesa sin violar los pudores tan circunspectos acerca de los cuales dicha nación es

jueza tan delicada y escrupulosa. En una carta al Sr. Rousseau de Ginebra, él niega que la historia de la última guerra, que ha sido publicada bajo su nombre en Holanda, deba ser considerada suya en el estado en que ha sido impresa. Hay en ella realmente numerosas tergiversaciones con respecto al papel que Gran Bretaña cumplió en la última guerra, de las cuales el Sr. Voltaire, dado que el libro fue publicado sin su consentimiento, no es responsable, y que ciertamente serán corregidas en la primera edición genuina publicada con acuerdo del autor.

Soy,

Su más humilde servidor, etc.

RELACIÓN DE LA VIDA Y ESCRITOS DE ADAM SMITH, LL.D.

De las *Transactions of the Royal Society* de Edimburgo

SECCIÓN I

DESDE EL NACIMIENTO DEL SR. SMITH HASTA LA PUBLICACIÓN DE LA *TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES*

Adam Smith, el autor de la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, fue el hijo de Adam Smith, interventor de aduanas en Kirkcaldy*, y de Margaret Douglas, hija del Sr. Douglas de Stathenry. Único hijo de su matrimonio, nació en Kirkcaldy el 5 de junio de 1723, pocos meses después de la muerte de su padre.

Durante la infancia su constitución fue débil y enfermiza, y exigió todos los tiernos cuidados de su madre. Ella fue reprochada por tratarlo con ilimitada indulgencia, pero eso no provocó ninguna consecuencia negativa en su temperamento o forma de ser, y él disfrutó de la poco frecuente satisfacción de poder retribuir su afecto, con cualquier atención que pudiera dictar la gratitud filial, durante el prolongado período de sesenta años.

Un accidente que sufrió cuando tenía tres años es de una naturaleza tan interesante que no debería ser omitido en la referencia de una vida tan valiosa. Había sido llevado por su madre a Stathenry, a visitar a su tío, el Sr. Douglas; un día, jugando solo en la puerta de su casa, fue raptado por un grupo de vagabundos conocidos en Escocia con el nombre de latoneros. Afortunadamente, su tío advirtió pronto su ausencia

* El Sr. Smith, padre, nació en Aberdeenshire, y de joven fue funcionario de la fiscalía en Edimburgo. Después pasó a ser secretario privado del conde de Loudoun (durante el tiempo en que éste ocupó los puestos de secretario principal de Estado para Escocia y guardián del Gran Sello), posición que mantuvo hasta 1713 o 1714, cuando fue designado interventor de aduanas en Kirkcaldy. También fue empleado en las cortes marciales y los consejos de guerra de Escocia, puesto que mantuvo desde 1707 hasta su muerte. Como han pasado ya setenta años desde su fallecimiento, las noticias que he recibido sobre él son muy imperfectas; no obstante, dados los pormenores ya mencionados, cabe suponer que fue un hombre de capacidades superiores a la media. [Esta nota y todas las siguientes son de Dugald Stewart, en la edición original.]

y, al oír que habían pasado por allí unos vagabundos, salió en su persecución, con la ayuda que pudo conseguir, y les dio alcance en el bosque de Leslie; fue, de ese modo, un feliz instrumento que preservó para el mundo un genio que estaba destinado no sólo a extender las fronteras de la ciencia sino a ilustrar y reformar la política comercial de Europa.

En la escuela de Kirkcaldy, donde el Sr. Smith recibió los primeros rudimentos de su educación, enseñaba entonces el Sr. David Miller, maestro de amplia reputación en su día, y cuyo nombre merece ser recordado en razón de los hombres eminentes que esa escuela oscura produjo cuando estaba bajo su dirección. Entre ellos, el Sr. Oswald de Dunnikier*; su hermano, el Dr. John Oswald, después obispo de Raphoe; y nuestro excelente colega, recientemente fallecido, el reverendo Dr. John Drysdale. Todos ellos fueron casi contemporáneos del Sr. Smith, y anudaron con él durante toda la vida muy intensos lazos de amistad. Uno de sus compañeros de la escuela vive aún**, y a su amabilidad debo buena parte de los escasos datos que integran la primera parte de esta narración.

Entre estos compañeros de sus primeros años el Sr. Smith llamó pronto la atención por su pasión por los libros y su extraordinaria memoria. La debilidad de su constitución física le impedía compartir con ellos sus diversiones más activas, pero era muy apreciado por ellos debido a su personalidad, cálida y en grado sumo amigable y generosa. Ya entonces se apreciaban en él los hábitos que lo marcarían toda la vida: el de hablar solo cuando estaba solo, y el de la *ausencia* cuando estaba en compañía de otros.

De la escuela primaria de Kirkcaldy fue enviado en 1737 a la Universidad de Glasgow, donde permaneció hasta 1740, cuando marchó al colegio Balliol de Oxford, como becario o *exhibitioner*** de la fundación de Snell.

---

* Ver nota (A.) [Las notas más extensas de Stewart, indicadas por letras mayúsculas, están al final de la *Relación*.]

** George Drysdale, Esq., de Kirkcaldy, hermano del fallecido Dr. Drysdale.

*** Como la palabra *exhibitioner* ha confundido a un autor francés, a cuyo conocimiento de la lengua inglesa debo una muy elegante traducción de esta relación, creo conveniente aclarar que se utiliza aquí para denotar a un estudiante que disfruta de un salario que lo ayuda a continuar su formación académica. «La palabra *exhibition* —dice Johnson— es muy utilizada para indicar las pensiones pagadas a los estudiantes en la universidad.» En la traducción antes mencionada, así como en la *Noticia* que precede a la traducción por el Sr. Garnier de la *Riqueza de las*

El Dr. Maclaine de La Haya, que fue compañero del Sr. Smith en Glasgow, me contó hace unos años que sus temas favoritos en esa universidad fueron las matemáticas y la filosofía natural; y recuerdo haber oído a mi padre hablar con él sobre un problema geométrico de gran dificultad, sobre el que estaba trabajando cuando ambos se conocieron, y que le había sido planteado como ejercicio por el célebre Dr. Simson.

No serían ésas ciertamente las ciencias en las que se formó y sobresalió; y no lo desviaron durante mucho tiempo de los objetivos más acordes con su mentalidad. Lo que dijo Lord Bacon de Platón puede aplicársele con justicia: «Aunque no hubiera escogido Políticas, estaba por naturaleza y predisposición inclinado hacia los asuntos civiles, y sus talentos tendían fundamentalmente en esa dirección; no estaba especialmente interesado por la filosofía natural, salvo en el grado en que fuera suficiente para mantener el buen nombre y fama del filósofo, y para complementar las disciplinas morales y civiles, derramando sobre ellas una suerte de majestad»*. El estudio de la naturaleza humana en todas sus ramas, en especial el de la historia política de la humanidad, abrieron un campo ilimitado para su curiosidad y ambición; y al tiempo que proporcionaba un ámbito para todas las variadas capacidades de su genio vasto y versátil, satisfacía su pasión básica: contribuir a la felicidad y el progreso de la sociedad. A este estudio, diversificado en sus horas de ocio por las ocupaciones menos severas de la literatura elegante, se dedicó prácticamente por entero desde que llegó a Oxford; pero retuvo, y retuvo incluso hasta una edad avanzada, un recuerdo de sus primeros saberes, lo que no sólo incrementó el brillo de su conversación, sino que le permitió ejemplificar algunas de sus teorías favoritas sobre la evolución natural de la mente en la investigación de la verdad con la historia de aquellas ciencias en las que la conexión y sucesión de descubrimientos puede ser rastreada con el máximo provecho. Si no estoy equivocado, la influencia de su temprana afición a la geometría griega puede ser detectada en la claridad y amplitud, que bordea en ocasiones la prolijidad, que a menudo despliega en sus razo-

---

naciones, las palabras del texto han sido volcadas así al francés: *il entra au college de Balliol à Oxford, en qualitè de démonstrateur de la fondation de Snell.*

Con respecto a la fundación de Snell («la mayor y quizá la más generosa de Gran Bretaña»), véase el Informe Estadístico de la Universidad de Glasgow, por el Dr. Thomas Reid.

* *Redargutio Philosophiarum.*

namientos políticos. Cabe razonablemente presumir que las lecciones del profundo y elocuente Dr. Hutcheson, a las que había asistido antes de abandonar Glasgow, y a las que siempre aludió en términos de la más expresiva admiración, ejercieron una fuerza apreciable para dirigir sus talentos hacia los objetivos más apropiados*.

No he podido obtener información alguna sobre la parte de su juventud que transcurrió en Inglaterra. Le he oído decir que se dedicó con frecuencia a la práctica de la traducción (en especial del francés), con vistas a mejorar su propio estilo, y solía manifestar una opinión favorable acerca de la utilidad de dichos ejercicios para todo el que cultivase el arte de la composición. Es muy de lamentar que ninguno de sus intentos juveniles en este campo haya llegado hasta nosotros, porque las pocas muestras que contienen sus escritos de su destreza como traductor bastan para revelar la eminencia que alcanzó en un oficio literario que, en nuestro país, ha sido muy poco frecuentado por los hombres de genio.

Fue probablemente también en este período de su vida que acometió con más cuidado el estudio de idiomas. El conocimiento que poseía sobre ellos, tanto antiguos como modernos, era fuera de lo corriente en amplitud y precisión; y en su caso no servía para una vana ostentación de una erudición desabrida, sino para familiarizarse con el conocimiento de todas las cosas que pudieran ilustrar las instituciones, costumbres e ideas de épocas y naciones diversas. La intimidad que había alcanzado con las ramas más ornamentales de la sabiduría —en particular, con las obras de los poetas romanos, griegos, franceses e italianos— queda probada por la forma en que las retenía en su memoria, después de todas las distintas ocupaciones y estudios hacia los que se dirigieron sus facultades más maduras**. En lengua inglesa, la diversidad de pasajes poéticos que no sólo acostumbraba a recitar ocasionalmente sino que podía repetir con corrección sorprendía incluso a aquellos cuya atención nunca se había orientado hacia adquisiciones más importantes.

---

* Ver nota (B.).

** El grado extraordinario con el que el Sr. Smith retuvo la posesión —incluso hacia el final de su vida— de diversas ramas del conocimiento que había dejado de cultivar desde hacía mucho tiempo es algo en lo que me ha insistido reiteradamente mi sabio colega y amigo el Sr. Dalzel, profesor de Griego en esta Universidad. El Sr. Dalzel subrayaba en especial la facilidad y corrección de la memoria del Sr. Smith en temas filológicos, y la agudeza y pericia que desplegó en varias conversaciones con él a propósito de algunas de las *minutiae* de la gramática griega.

Tras siete años en Oxford regresó a Kirkcaldy y vivió dos años con su madre, estudiando pero sin ningún plan determinado para su vida futura. Había sido originalmente destinado para la Iglesia de Inglaterra, y con ese objetivo fue enviado a Oxford; pero al comprobar que la profesión eclesiástica no encajaba con sus gustos, eligió en este aspecto consultar a sus propias predilecciones antes que a los deseos de sus amigos; abandonó todos los proyectos que la prudencia de éstos había diseñado para él y decidió retornar a su país y limitar sus ambiciones a la incierta perspectiva de obtener con el tiempo una de las modestas carreras que los logros literarios abren en Escocia.

Fijó en 1748 su residencia en Edimburgo, y durante dicho año y los siguientes dio conferencias sobre retórica y bellas letras, bajo el patrocinio de Lord Kames. En estos años también anudó una amistad muy estrecha, que iba a continuar ininterrumpidamente hasta su muerte, con el Sr. Alexander Wedderburn, hoy Lord Loughborough, y con el Sr. William Johnstone, hoy Sr. Pulteney.

En qué período exacto comenzó su relación con el Sr. David Hume es algo que no se deduce claramente de ninguna de mis informaciones; pero a partir de algunos papeles, ahora en posesión del sobrino del Sr. Hume —y que generosamente me ha permitido leer— su conocimiento se había convertido en amistad antes de 1752. Desde ambos lados fue una amistad fundada en la admiración por el genio, en el amor por la sencillez; y, lo que constituye una circunstancia interesante en la historia de estos hombres eminentes, en la determinación que ambos mostraron en dar testimonio de la misma para la posteridad.

En 1751 fue designado catedrático de Lógica en la Universidad de Glasgow, y al año siguiente pasó a la cátedra de Filosofía Moral en la misma Universidad, debido a la muerte del Sr. Thomas Craigie, sucesor inmediato del Dr. Hutcheson. Permaneció en este puesto durante trece años, un período que frecuentemente recordaría como el más provechoso y feliz de su vida. Fue efectivamente una situación en la que estaba especialmente preparado para sobresalir, y en la que el trabajo diario de su profesión constantemente atraía su atención hacia sus metas favoritas y lo familiarizaba con los importantes análisis que después iba a comunicar al mundo. Desde este punto de vista, aunque proporcionó un ámbito limitado para sus ambiciones, fue probablemente un instrumento de no poca relevancia para la futura eminencia de su personalidad literaria.

Nada se conserva de las lecciones del Sr. Smith cuando fue catedrático en Glasgow, salvo lo que él mismo publicó en la *Teoría de los sentimientos morales* y la *Riqueza de las naciones*. En consecuencia, estoy persuadido de que nuestra Sociedad escuchará complacida la siguiente breve narración de las mismas, que debo a un caballero que fue primero alumno del Sr. Smith y después, hasta su muerte, uno de sus más íntimos y apreciados amigos*.

«En la cátedra de Lógica, para la que el Sr. Smith fue primero nombrado en esta Universidad, pronto advirtió la necesidad de apartarse bastante del programa seguido por sus predecesores, y de dirigir la atención de sus alumnos hacia estudios de una naturaleza más interesante y útil que la lógica y la metafísica escolásticas. Entonces, después de brindar una visión general de los poderes de la mente, y de explicar de la lógica antigua lo suficiente como para satisfacer la curiosidad con respecto a un método de razonamiento artificial, que en su día había ocupado la atención universal de los estudiosos, dedicaba todo el resto de su tiempo a desarrollar un sistema de retórica y bellas letras. El mejor método para exponer e ilustrar las diversas capacidades de la mente humana, la parte más provechosa de la metafísica, proviene de examinar las distintas vías de comunicación de nuestros pensamientos por medio de la palabra, y de atender a los principios de las composiciones literarias que contribuyen a la persuasión o el entretenimiento. Merced a estas artes, todo lo que percibimos o sentimos, cualquier operación de nuestras mentes, es expresado y delineado de modo tal que pueda ser claramente distinguido y recordado. Asimismo, para la juventud que aborda por vez primera la filosofía no hay rama de la literatura más apropiada que ésta, que atrapa sus gustos y sentimientos.

»Es muy de lamentar que el manuscrito conteniendo las lecciones del Sr. Smith sobre este tema haya sido destruido antes de su muerte. Su primera parte estaba prácticamente acabada en términos de composición; y el conjunto revelaba signos intensos de discernimiento y genio original. Dado el permiso concedido a los estudiantes para que tomaran notas, numerosas observaciones y opiniones que formaban parte de estas lecciones han sido detalladas en disertaciones independientes o incorporadas en colecciones generales que han sido hechas públicas

* El Sr. Millar, renombrado catedrático de Derecho en la Universidad de Glasgow.

desde entonces. Pero, como cabía esperar, han perdido el aire de originalidad y el sello distintivo que les confirió su autor, y a menudo resultan oscurecidas por la multiplicidad de lugares comunes en los que se ven hundidas y envueltas.

»Como un año después de su nombramiento como catedrático de Lógica, el Sr. Smith fue elegido para la cátedra de Filosofía Moral. En esta asignatura sus lecciones se dividían en cuatro partes. La primera correspondía a la teología natural, donde estudiaba las pruebas de la existencia y atributos de Dios, y los principios de la mente humana sobre los que se basa la religión. La segunda parte era estrictamente la ética, y consistía en las doctrinas que publicó después en su *Teoría de los sentimientos morales*. En la tercera parte trataba más en profundidad de la rama de la moral relacionada con la *justicia* que, al ser susceptible de reglas precisas y exactas, puede por tal motivo ser explicada de manera más completa y detallada.

»Sobre esta cuestión seguía un plan que parece sugerido por Montesquieu, y procuraba rastrear la evolución gradual de la jurisprudencia, tanto pública como privada, desde los tiempos más rudos a los más refinados, y destacar los efectos de las artes que contribuyen a la subsistencia y a la acumulación de la propiedad sobre las mejoras o alteraciones correspondientes en el derecho y la política. También era su intención publicar esta importante rama de su trabajo; no vivió para concretar este propósito, al que alude en la conclusión de la *Teoría de los sentimientos morales*.

»En la última parte de sus lecciones examinaba las reglamentaciones políticas que no se basan sobre el principio de la *justicia* sino sobre el de la *conveniencia*, cuyo objetivo es incrementar la riqueza, el poder y la prosperidad de un Estado. Analizaba las instituciones políticas relacionadas con el comercio, las finanzas, las organizaciones eclesiásticas y militares. Lo que opinaba sobre estos temas era la sustancia del libro que publicó después bajo el título de *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*.

»En ninguna circunstancia las capacidades del Sr. Smith se manifestaban con mayor ventaja que como profesor. Cuando dictaba sus lecciones confiaba casi exclusivamente en la elocución improvisada. Su estilo, aunque no donairoso, era sencillo y sin afectación; y como siempre parecía interesado en el tema, nunca dejaba de interesar en él a sus oyentes. Cada disertación consistía habitualmente en varias proposi-

ciones definidas, que sucesivamente procuraba demostrar e ilustrar. Enunciadas en términos generales, tales proposiciones tenían por su amplitud a menudo un aire como de paradoja. Cuando las iba explicando, solía dar la impresión al principio de que no dominaba el tema, y hablaba con titubeos. Pero a medida que avanzaba la cuestión parecía agolparse sobre él, sus ademanes se volvían cálidos y vivos, y su expresión cómoda y fluida. En los puntos abiertos a la controversia uno podía con facilidad detectar que él era secretamente consciente de la oposición que podían despertar sus opiniones, y que por ello las defendía con más energía y vehemencia. Por la abundancia y variedad de sus ejemplos el tema se dilataba en sus manos y adquiría una dimensión que, sin ninguna repetición tediosa de las mismas ideas, buscaba atraer la atención de su audiencia y proporcionarle placer, tanto como instrucción, al seguir la pista del mismo objeto a través de todo el abanico de perfiles y aspectos bajo el que era presentado, y después al escudriñarlo en su viaje de regreso hasta la proposición original o verdad general desde donde había partido tan bello encadenamiento especulativo.

»De ahí que su reputación como profesor fuera muy alta, y numerosos estudiantes incluso de lugares muy distantes se matriculaban en la Universidad sólo por ese motivo. Las ramas de la ciencia que él enseñaba se pusieron de moda aquí, y sus opiniones eran los temas principales de debate en clubes y sociedades literarias. Hasta las pequeñas peculiaridades de su pronunciación o forma de hablar se volvieron a menudo objeto de imitación.»

Al tiempo que el Sr. Smith se distinguía de este modo por su celo y capacidad como profesor, iba sentando gradualmente las bases de una reputación más extendida, porque preparaba para la imprenta su sistema moral. La primera edición de la obra apareció en 1759 bajo el título de *La teoría de los sentimientos morales*.

Hasta ese momento el Sr. Smith había permanecido ante el mundo en el anonimato como autor; tampoco he sabido que haya puesto en práctica sus potencialidades por medio de publicaciones anónimas, salvo en un medio periódico titulado *The Edinburgh Review*, lanzado en el año 1755 por un grupo de caballeros de notables aptitudes, pero cuyos otros compromisos les impidieron llevarlo adelante más allá de los dos primeros números. El Sr. Smith aportó a esta publicación una reseña del *Dictionary of the English Language* del Dr. Johnson, y también una carta, dirigida a los directores, que contenía algunas observaciones

generales sobre el estado de las letras en los diferentes países de Europa. En el primero de estos trabajos indica algunos defectos del plan del Dr. Johnson, que critica por no ser suficientemente gramaticales. «Los diversos significados de una palabra —observa— aparecen ciertamente recopilados; pero rara vez ordenados en clases generales, o clasificados bajo el significado principal de la palabra. Se nota una falta de cuidado para distinguir entre términos aparentemente sinónimos.» Para ilustrar su crítica reproduce del Dr. Johnson las voces *pero* y *humor*, y las contrapone con unas voces similares pero dispuestas de acuerdo con su propia idea. Los diversos significados del término *pero* son discriminados con esmero y fortuna. La otra voz no parece haber sido redactada con idéntica diligencia.

Las observaciones sobre el panorama intelectual de Europa están escritas con ingenio y elegancia, pero su interés básicamente estriba en que revelan la atención que su autor había concedido a la filosofía y la literatura del Continente, en un período en el que no eran muy estudiadas en esta isla.

En el mismo volumen de la *Teoría de los sentimientos morales* el Sr. Smith publicó una Disertación sobre «el origen de las lenguas y el carácter diferente de las originales y las compuestas». En aras de la claridad, agruparé las observaciones que habré de formular sobre ambos discursos en una sección separada.

SECCIÓN II

DE LA *TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES*, Y LA DISERTACIÓN SOBRE EL ORIGEN DE LAS LENGUAS

La ciencia de la ética ha sido dividida por los autores modernos en dos partes: una de ellas comprende la teoría de la moral, y la otra sus doctrinas prácticas. Las cuestiones que aborda la primera son en esencia las dos siguientes. *Primera*, por qué *principio* de nuestra constitución llegamos a formarnos la noción de las distinciones morales; si es la facultad que en otras ramas del conocimiento humano percibe la distinción entre verdadero y falso; o un poder especial de percepción (que algunos denominan sentido moral) al que *complace* un conjunto de cualidades y *disgusta* otro. *Segunda*, cuál es el *objetivo* propio de la aprobación moral, o en otras palabras, cuál es la cualidad o cualidades comu-

nes pertenecientes a todas las diversas facetas de la virtud; si la benevolencia; o el amor propio racional; o una disposición (derivada del ascendiente de la razón sobre la pasión) a actuar conforme a las diferentes relaciones que entablamos. Ambas cuestiones parecen agotar toda la teoría de la moral. El ámbito de una de ellas es el descubrimiento del origen de nuestras ideas morales, y el de la otra es la referencia de los fenómenos de la percepción moral a sus leyes más simples y generales.

Las doctrinas prácticas de la moralidad comprenden todas las reglas de conducta que procuran señalar los fines adecuados para el ser humano, y los medios más eficaces para alcanzarlos; a lo que podríamos agregar todas las composiciones literarias, cualquiera sea su forma concreta, cuyo propósito sea fortalecer y animar nuestras buenas propensiones, por medio de descripciones de la belleza, la dignidad y la utilidad de la virtud.

No entraré aquí en si esta división es correcta. Sólo observaré que las palabras teoría y práctica no son empleadas en este contexto de acuerdo con sus acepciones habituales. La teoría de la moral, por ejemplo, no guarda con la práctica de la moral la misma relación que la geometría teórica con la geometría práctica. En esta última ciencia todas las reglas prácticas se basan sobre principios teóricos establecidos previamente; pero en la moral, las reglas prácticas son obvias y están al alcance de la capacidad de cualquier ser humano, mientras que los principios teóricos constituyen uno de los temas de análisis más complicados sobre los que nunca se haya ejercitado el ingenio de los metafísicos.

Al ilustrar las doctrinas de la moral práctica (dejando aparte algunos prejuicios desafortunados, generados o estimulados por los sistemas políticos violentos y opresivos), los antiguos recurrieron a todas las luces que la naturaleza ha proporcionado a la razón humana; y en realidad los autores que posteriormente han estudiado el tema con mayor éxito han sido los que siguieron más de cerca los pasos de los filósofos griegos y romanos.

A juicio del Dr. Cudworth, y también del Dr. Clarke, las distinciones morales son percibidas por el poder mental que distingue entre verdad y falsedad. Uno de los grandes objetivos de la filosofía del Dr. Hutcheson fue refutar esta teoría y demostrar, por el contrario, que las palabras bien y mal expresan en acciones ciertas cualidades agradables y desagradables, cuya percepción no recae en el ámbito de la razón sino del sentimiento; llamó sentido moral al poder de percepción que nos

vuelve susceptibles de placer o dolor a partir de la virtud o el vicio. Sus argumentaciones sobre este asunto son fundamentalmente aceptadas tanto por el Sr. Hume como por el Sr. Smith, que sin embargo difieren de él en un aspecto importante. El Dr. Hutcheson claramente supone que el sentido moral es un principio sencillo de nuestra constitución, del que no cabe estipular explicación alguna, mientras que los otros dos filósofos intentaron analizarlo y remitirlo a otros principios más generales. Sus sistemas, empero, son en este sentido muy distintos entre sí. Según el Sr. Hume, todas las cualidades llamadas virtuosas son útiles tanto para los demás como para nosotros mismos, y el placer que derivamos de admirarlas es el placer de la utilidad. El Sr. Smith, sin rechazar totalmente la doctrina del Sr. Hume, plantea otra, mucho más amplia, una doctrina con la cual piensa que todas las más célebres teorías morales inventadas por sus predecesores coinciden en parte, y estima que todas proceden de una visión parcial de la misma.

Pasaré a resumir brevemente esta teoría tan ingeniosa y original. Ello podrá parecer superfluo a quienes están familiarizados con ella, tal cual la expuso su autor; pero me ilusiona el conjeturar que quizá no resulte totalmente inútil, para los que no conocen bien estas abstractas disquisiciones, el presentarles los principios fundamentales del sistema en una visión interconectada, sin las interrupciones de la atención que necesariamente se producen por las diversas y felices ilustraciones del autor, y por las numerosas y elocuentes digresiones que animan y adornan su composición.

El principio fundamental de la teoría del Sr. Smith es que los objetos primarios de nuestras percepciones morales son las acciones de otras personas; y que nuestros juicios morales con respecto a nuestra propia conducta son sólo aplicaciones a nosotros mismos de sentencias que ya hemos formulado sobre el comportamiento del prójimo. De ahí que su trabajo incluya dos investigaciones distintas; aunque a veces se confunden en la ejecución de su plan general, es necesario que el lector discrimine cuidadosamente entre ellas para comprender todas las conexiones de la argumentación del autor. El propósito de la primera investigación es explicar de qué manera aprendemos a juzgar la conducta de nuestro vecino; el de la segunda es mostrar cómo, al aplicarnos estos juicios a nosotros mismos, adquirimos *un sentido del deber* y una impresión de su autoridad suprema sobre todos nuestros otros principios activos.

Nuestros juicios morales, tanto con respecto a nuestra propia conducta como a la de los demás, abarcan dos percepciones distintas: *primera,* una percepción de la conducta como correcta o incorrecta; y *segunda,* una percepción del mérito o demérito del agente. A la cualidad de la conducta que los moralistas en general expresan con la palabra rectitud, el Sr. Smith llama corrección, y comienza su teoría analizando en qué consiste y cómo llegamos a formarnos una idea sobre la misma. Los principios orientadores de su doctrina en este tema quedan comprendidos en las siguientes proposiciones.

1. Es sólo a través de nuestra propia experiencia que podemos formarnos alguna idea de lo que pasa en la mente de otra persona en cualquier ocasión concreta; y la única forma en que podemos formarnos esa idea es suponernos a nosotros mismos en las mismas circunstancias de dicha persona, y concebir cómo nos veríamos afectados en tal situación. Ahora bien, es imposible que nos concibamos a nosotros mismos ubicados en ninguna situación, grata o no, sin sentir un efecto del mismo tipo del que sería producido por la propia situación; y, en consecuencia, la atención que prestamos en cualquier momento a las circunstancias de nuestro vecino nos debe afectar algo en el mismo sentido, aunque en absoluto en el mismo grado, que lo que sucedería si dichas circunstancias fueran las nuestras.

El Sr. Smith intenta mostrar por medio de varios ejemplos que este cambio de posiciones imaginario con otras personas es la fuente real del interés que mostramos por su suerte. «Cuando vemos un golpe a punto de ser descargado sobre la pierna o el brazo de otro, naturalmente encogemos y retiramos nuestra pierna o nuestro brazo, y cuando el impacto se produce lo sentimos en alguna medida y nos duele también a nosotros. La muchedumbre que contempla al volatinero sobre la cuerda instintivamente contorsiona, gira y balancea su cuerpo como ven que lo hace él y como sienten que ellos mismos lo deberían hacer si estuviesen en su lugar». Otro tanto sucede, según el Sr. Smith, en todos los casos en que orientamos nuestra atención hacia la condición de nuestro prójimo. «Cualquiera sea la pasión que un objeto promueve en la persona en cuestión, ante la concepción de la situación brota una emoción análoga en el pecho de todo espectador atento. En toda pasión que el alma humana es susceptible de abrigar, las emociones del espectador siempre se corresponden con lo que, al colocarse en su mismo lugar, imagina que son los sentimientos que experimenta el protagonista».

A este principio de nuestra naturaleza que nos lleva a entrar en la situación de los demás y a compartir con ellos las pasiones que dicha situación tiende a provocar, el Sr. Smith le da el nombre de *simpatía* o solidaridad o compasión, palabras que emplea como sinónimos. En algunas ocasiones reconoce que la simpatía surge meramente de la contemplación de una determinada emoción en otra persona; pero en general no surge tanto de la visión de la emoción como de la visión de la situación que la provoca.

2. Una simpatía o solidaridad entre personas diferentes es siempre agradable para ellas. Cuando yo estoy en una situación que estimula cualquier pasión, es placentero para mí el saber que los espectadores de mi situación entran conmigo en sus diversas circunstancias y son afectados por ellas del mismo modo en que lo soy yo. Por otro lado, es satisfactorio para el espectador el observar esta correspondencia de sus emociones con las mías.

3. Cuando el espectador de la situación de otro hombre, al asumir todas sus diversas circunstancias, se siente él mismo afectado del mismo modo que la persona principalmente concernida, aprueba el afecto o la pasión de dicha persona como justa y apropiada, y conforme a su objetivo. Las excepciones a esta observación son sólo aparentes, según el Sr. Smith. «Un extraño pasa a nuestro lado por la calle con todas las señales de una profunda aflicción; enseguida nos informan de que acaba de recibir la noticia de la muerte de su padre. Es imposible en tal caso que no aprobemos su pesadumbre. Sin embargo, a menudo sucede, sin falta de benevolencia alguna por nuestra parte, que lejos de unirnos a la vehemencia de su pesar, apenas concibamos unos movimientos mínimos de preocupación por él. Pero sabemos por experiencia que una desgracia de ese tipo excita naturalmente ese grado de abatimiento, y sabemos que si tuviésemos tiempo de ponderar su posición profunda y cabalmente sin duda simpatizaríamos con él muy sinceramente. Nuestra aprobación de su dolor se funda en la conciencia de esa identificación condicional, incluso en los casos en que dicha simpatía no tiene lugar de hecho; y las reglas generales derivadas de nuestra experiencia pasada acerca de la correspondencia ordinaria de nuestros sentimientos reparan en esta como en muchas otras ocasiones la impropiedad de nuestras emociones presentes».

Por la *corrección* de cualquier afecto o pasión exhibidos por otra persona se debe entender su adecuación con el objeto que los provoca. Sólo

puedo juzgar dicha adecuación a partir de la coincidencia del afecto con el que yo siento cuando concibo que estoy en idénticas circunstancias; y la percepción de esta coincidencia es la base del sentimiento de la *aprobación moral.*

4. Aunque, cuando asistimos a la situación de otra persona, y nos concebimos ubicados en sus mismas circunstancias, surge naturalmente en nuestro espíritu una emoción análoga a la que ella siente, esta emoción simpatizadora guarda sólo una pequeña proporción, en términos de grado, con la experimentada por la persona principalmente afectada. Por tanto, para obtener el placer de la simpatía mutua, la naturaleza instruye al espectador para que eleve su emoción hasta el nivel que el objeto realmente produciría; y por otro lado, instruye a la persona cuya pasión ha sido provocada por el objeto para que la modere, todo lo posible, hasta que se equilibre con la del espectador.

5. Sobre estos dos esfuerzos diferentes se fundan dos conjuntos distintos de virtudes. Sobre el esfuerzo del espectador para asumir la situación de la persona principalmente afectada y para elevar sus emociones simpatizadoras al nivel de las emociones del actor, se fundan las virtudes afables, las virtudes de la condescendencia sincera y el humanitarismo indulgente. Sobre el esfuerzo de la persona principalmente concernida para atenuar sus propias emociones, de forma de corresponder tanto como sea posible con las del espectador, se fundan las virtudes grandiosas, imponentes y respetables, las virtudes de la abnegación, del autocontrol, de la continencia de las pasiones que somete a todos los movimientos de nuestra naturaleza a lo requerido por nuestra dignidad y honra, y por la corrección de nuestra conducta.

Como ilustración ulterior de esta doctrina, el Sr. Smith considera en particular los grados de las diferentes pasiones que son compatibles con la corrección, e intenta demostrar que en todos los casos será decente o indecente expresar una pasión intensamente en la medida en que las personas estén o no dispuestas a simpatizar con ella. Es impropio, por ejemplo, manifestar intensamente cualquier pasión de las que provienen de alguna condición corporal, porque no cabe esperar que otras personas, que no están en idéntica condición, simpaticen con ella. Es indecoroso dar alaridos ante el dolor físico, porque la simpatía sentida por el espectador no guarda proporción alguna con la agudeza de lo experimentado por el sufridor. El caso es algo similar para aquellas pasiones que se originan en un giro o hábito particular de la imaginación.

En el caso de las pasiones antisociales del odio y el resentimiento, la simpatía del espectador se divide entre la persona que siente la pasión y la persona que es objeto de la misma. «Nos preocupan ambos, y nuestro temor por lo que uno pueda sufrir amortigua nuestro enfado por lo que el otro ha sufrido». De ahí el grado imperfecto con que simpatizamos con tales pasiones; y la corrección, cuando estamos bajo su influencia, de moderar su expresión en un grado mucho mayor al requerido en el caso de cualquier otra emoción.

Lo contrario sucede con todos los afectos sociales y benevolentes. La simpatía del espectador con la persona que los siente coincide con su preocupación por la persona que es objeto de los mismos. Esta simpatía redoblada es lo que torna a estos afectos particularmente propios y agradables.

Las emociones egoístas del abatimiento y el regocijo, cuando concebidas en razón de nuestra propia fortuna, buena o mala, ocupan una suerte de posición intermedia entre nuestras pasiones sociales y antisociales. Nunca son tan gallardas como las unas ni tan odiosas como las otras. Incluso cuando son excesivas, jamás resultan tan desagradables como el rencor excesivo, porque ninguna pasión opuesta nos puede interesar en su contra; y cuando son acordes con su objetivo nunca son tan agradables como el humanitarismo imparcial y la justa benevolencia, porque ninguna pasión doble nos puede interesar en su favor.

Después de estas especulaciones generales sobre la corrección de las acciones, el Sr. Smith examina la medida en que los juicios de los seres humanos acerca de la misma son susceptibles de ser influidos, en casos particulares, por las circunstancias prósperas o adversas del agente. El ámbito de su razonamiento sobre el tema se orienta a mostrar (en contra de la opinión más común) que cuando no hay envidia en el caso, nuestra propensión a simpatizar con la alegría es mucho más intensa que nuestra propensión a simpatizar con la tristeza; y, en consecuencia, que es más fácil obtener la aprobación de los seres humanos en la prosperidad que en la adversidad. A partir del mismo principio rastrea el origen de la ambición y del deseo de jerarquía y preeminencia; el gran objetivo de esta pasión es acceder a la posición que coloca al hombre más a la vista de la simpatía y la atención general, y le proporciona un predominio fácil sobre los afectos de los demás.

* * *

Completado el análisis de nuestro sentido de la corrección y la incorrección, el Sr. Smith pasa a analizar nuestro sentido del mérito y el demérito, algo que también estima se refiere en primera instancia no a nuestras propias personalidades sino a las de nuestro prójimo. Para explicar el origen de esta parte de nuestra constitución moral recurre al mismo principio de la simpatía en el que resuelve el sentimiento de la aprobación moral.

Los términos *corrección* e *incorrección*, aplicados a una pasión de la mente, son en esta teoría utilizados (como ya ha sido señalado) para expresar la adecuación o inadecuación entre la emoción y la *causa* que la promueve. Las palabras *mérito* y *demérito* siempre se refieren (según el Sr. Smith) al *efecto* que la pasión tiende a producir. Cuando la tendencia de un afecto es beneficiosa, el agente nos parece un objeto propio de retribución; cuando es perjudicial, nos parece objeto propio de castigo.

Los principios de nuestra naturaleza que más directamente nos impulsan a retribuir y a castigar son la gratitud y el resentimiento. Afirmar de una persona, pues, que es merecedora de premio o castigo, es otra forma de decir que es objeto apropiado de gratitud o resentimiento; o, lo que es lo mismo, que ella es para alguna persona o personas el objeto de una gratitud o un resentimiento con los que cualquier ser humano razonable estaría dispuesto a simpatizar y a adoptarlos.

Es muy necesario aclarar que no simpatizamos cabalmente con la gratitud de una persona hacia otra meramente porque esta última ha sido la causa de su buena fortuna, salvo que lo haya sido por motivos que podemos compartir totalmente. Nuestro sentido, entonces, del buen merecimiento de una acción es un sentimiento compuesto, integrado por una simpatía indirecta con la persona beneficiada por la acción y una simpatía directa con los afectos y motivos del agente. La misma observación se aplica *mutatis mutandis* a nuestro sentido del demérito o del mal merecimiento.

De estos principios se infiere que sólo las acciones que nos parecen dignas de compensación son las acciones de una tendencia beneficiosa, que proceden de motivos correctos; las únicas acciones que parecen merecedoras de castigo son las acciones de una tendencia dañina, que proceden de motivos impropios. La mera falta de beneficencia no expone a castigo alguno, porque la mera falta de beneficencia no tiende hacia un mal real efectivo. Por otro lado, un hombre que se limita a ser

inocente, que se contenta con observar respetuosamente las leyes de la justicia con respecto a los demás, sólo merece que sus vecinos observen a su vez religiosamente las mismas leyes con respecto a él.

Estas observaciones llevan al Sr. Smith a anticipar un poco el tema de la segunda gran división de su libro, con un breve análisis del origen de nuestro sentido de la justicia *en tanto que aplicable a nuestra propia conducta;* y también de nuestros sentimientos de compunción y buen merecimiento.

El origen de nuestro sentido de la justicia, como el de todos nuestros otros sentimientos morales, lo explica por medio del principio de la simpatía. Cuando sólo atiendo a las sensaciones de mi propio corazón, mi propia felicidad me parece mucho más importante que la de todo el resto del mundo. Pero soy consciente de que en esta excesiva preferencia las demás personas no pueden simpatizar conmigo, y que para ellas yo no soy más que uno en la multitud, en el que no están más interesadas que en cualquier otro individuo. Por tanto, si aspiro a ganar su simpatía y aprobación (que según el Sr. Smith son los objetivos que mi naturaleza más desea), es necesario que considere a mi felicidad no a la luz con la que yo mismo la veo, sino a la luz con la que la ven los seres humanos en general. Si recibo un daño sin provocación alguna, sé que los demás simpatizarán con mi resentimiento; si daño los intereses de otro, percibo claramente que la sociedad simpatizará con su resentimiento, y que yo me convertiré en objeto de la indignación general.

Cuando en cualquier circunstancia la violencia de la pasión me lleva a ignorar estas consideraciones, y en un caso de competencia de intereses a actuar conforme a mis propias percepciones y no a las de los espectadores imparciales, nunca dejo de padecer el castigo del remordimiento. Una vez satisfecha mi pasión, cuando empiezo a reflexionar fríamente sobre mi conducta, no puedo ya asumir los motivos que la animaron; me parece a mí tan impropia como al resto del mundo; lamento los efectos que ha desencadenado; compadezco al infeliz sufridor que he perjudicado; y me veo como un justo objetivo de la indignación del género humano. «Tal es —dice el Sr. Smith— la naturaleza del sentimiento que con propiedad se denomina remordimiento. Está formado por la vergüenza y por el sentido de la impropiedad del comportamiento pasado, por la aflicción ante sus consecuencias, por la compasión hacia los que las han sufrido, y por el pavor y el terror ante

la pena, a partir de la conciencia del encono justamente provocado en todas las criaturas racionales».

El comportamiento opuesto de quien, a partir de motivos adecuados, ha ejecutado una acción generosa, inspira de forma análoga los sentimientos opuestos del mérito consciente o la retribución merecida.

Las observaciones anteriores contienen un resumen general de los principios del Sr. Smith con respecto al origen de nuestros sentimientos morales, al menos en su relación con la conducta de los demás. Reconoce al mismo tiempo que los sentimientos de los que somos conscientes, en ocasiones concretas, no siempre coinciden con estos principios, y que frecuentemente resultan modificados por otras consideraciones muy diferentes de la corrección o incorrección de las emociones del agente, y también por la tendencia beneficiosa o perjudicial de dichas emociones. Las consecuencias buenas o malas que se siguen accidentalmente de una acción, y que al no depender del agente es indudable que en términos de justicia no deberían influir sobre nuestra opinión sobre la corrección o mérito de su comportamiento, casi nunca dejan de afectar apreciablemente nuestro juicio sobre ambos, al empujarnos a formar una opinión buena o mala de la prudencia con que la acción ha sido ejecutada, y al animar nuestro sentido del mérito o demérito de su designio. Pero estos hechos no plantean objeciones especialmente aplicables a la teoría del Sr. Smith; puesto que cualquiera que sea la hipótesis que podamos adoptar con respecto al origen de nuestras percepciones morales, todas las personas admitirán que en la medida en que el desenlace próspero o adverso de una acción depende de la fortuna o de un accidente, no debería incrementar ni reducir nuestra aprobación o desaprobación moral del agente. Y así, en todas las épocas del mundo, los moralistas se han quejado de que los sentimientos efectivos de los seres humanos están muchas veces en contra de esta máxima equitativa e indisputable. Al examinar, pues, esta irregularidad de nuestros sentimientos morales, no debe considerarse que el Sr. Smith elude una objeción específica de su propio sistema, sino que resuelve una dificultad igualmente conectada con todas las teorías que han sido expuestas sobre la cuestión. Por lo que yo sé, él fue el primer filósofo que se dio cuenta plenamente de la importancia de esta dificultad, y la ha abordado ciertamente con gran pericia y éxito. La explicación que ofrece sobre ella no se ve afectada en lo más mínimo por ninguna peculiaridad de su propio esquema; y debo manifestar que a mi juicio es la mejora

más sólida y valiosa que ha aportado a esta rama de la ciencia. Es imposible sintetizarla en un bosquejo de esta clase, y por tanto debo contentarme con observar que la integran tres partes. La primera explica las causas de esta irregularidad de los sentimientos; la segunda, la extensión de su influencia; y la tercera, los importantes propósitos a los que sirve. Sus reflexiones sobre el último de estos encabezamientos son especialmente ingeniosas y satisfactorias; su objetivo es demostrar, en oposición a lo que estaríamos dispuestos a creer a primera vista, que cuando la naturaleza plantó las semillas de esta irregularidad en el corazón humano su intención fundamental fue promover la felicidad y perfección de la especie.

El resto de la teoría del Sr. Smith se aboca a mostrar de qué manera se forma *nuestro sentido del deber*, como consecuencia de una aplicación a nosotros mismos de los juicios que previamente hemos formulado acerca de la conducta de los demás.

Al entrar en este análisis, indudablemente el más importante de la obra, y para el cual las especulaciones precedentes son, conforme a la teoría del Sr. Smith, una preparación necesaria, comienza exponiendo *el hecho* relativo a nuestra conciencia de lo que merece alabanza y condena; y hay que aceptar que la primera faceta del hecho, tal como él mismo la presenta, no parece muy favorable a sus principios. Es que el gran objetivo de un hombre sabio y virtuoso no es actuar de modo de obtener la aprobación efectiva de quienes le rodean, sino actuar de modo de convertirse en el objeto *justo* y *adecuado* de su aprobación; reconoce cándidamente que esta satisfacción con su propia conducta depende mucho más de la conciencia de *merecer* esta aprobación que del hecho de disfrutarla realmente; pero a pesar de ello insiste en que aunque esto puede parecer a primera vista que requiere la existencia de una facultad moral que no proviene del exterior, nuestros sentimientos morales poseen siempre una referencia secreta a lo que son, o a lo que bajo ciertas condiciones serían, o lo que imaginamos que son los sentimientos ajenos; y que si fuera posible que una criatura humana creciera hasta la vida adulta sin comunicación alguna con su propia especie, no podría concebir su propia personalidad, o la propiedad o demérito de sus propios sentimientos y conducta, más que la belleza o fealdad de su propia cara. Existe realmente un tribunal dentro del pecho, que es árbitro supremo de todas nuestras acciones, y que a menudo nos mortifica en medio del aplauso, y nos sostiene bajo la crítica de todo el mundo; pero

alega que si analizamos el origen de su institución, veremos que su jurisdicción deriva en buena medida de la autoridad de ese mismo tribunal cuyos fallos a menudo y tan justamente contraría.

Cuando llegamos al mundo por vez primera, durante algún tiempo abrigamos tiernamente el proyecto de ganar la buena voluntad y aprobación de todos. Pronto descubrimos, sin embargo, que esta aprobación universal es inalcanzable, que la conducta más equitativa a menudo conspira contra los intereses o inclinaciones de algunas personas, que rara vez exhibirán la sinceridad suficiente como para ponderar la corrección de nuestras motivaciones, o comprobar que esa conducta, por desagradable que les resulte, es perfectamente compatible con nuestra situación. Para defendernos de esos juicios parciales, pronto aprendemos a organizar en nuestras propias mentes un juez que media entre nosotros mismos y quienes nos rodean. Concebimos que actuamos en presencia de una persona que no guarda relación específica con nosotros ni con aquellos cuyos intereses son afectados por nuestra conducta; y procuramos actuar de forma de obtener la aprobación de este supuesto espectador imparcial. Es sólo mediante su consulta que podemos ver todo lo que se relaciona con nosotros mismos bajo su forma y dimensión apropiadas.

Hay dos circunstancias diferentes en las que examinamos nuestra conducta y tratamos de verla a la misma luz con la que la vería el espectador imparcial. Primera, cuando estamos a punto de actuar; y segunda, después que hemos actuado. En ambos casos nuestra visión es muy susceptible de ser parcial.

Cuando estamos a punto de actuar, la avidez de la pasión rara vez nos permite considerar lo que estamos haciendo con la sinceridad de una persona indiferente. Cuando la acción ha pasado, y las pasiones que la han impulsado se calman, aunque sin duda podemos asumir los sentimientos del espectador indiferente con mucha más frialdad que antes, es tan desagradable pensar mal de nosotros mismos que a menudo rehuimos contemplar las circunstancias que puedan hacer que nuestro juicio sea desfavorable. De ahí el autoengaño, que es la fuente de la mitad de los desórdenes de la vida humana.

Para protegernos de sus espejismos, la naturaleza nos conduce a que nos formemos insensiblemente, merced a nuestras continuas observaciones de la conducta de otros, ciertas reglas generales acerca de lo que es adecuado y apropiado hacer o evitar; y cuando vemos a otros afecta-

dos del mismo modo que nosotros, nos confirmamos en la creencia de que nuestra desaprobación ha sido justa. Así establecemos naturalmente como regla general que todas las acciones que nos vuelven odiosos, despreciables o punibles han de ser evitadas; y procuramos por reflexión reiterada fijar esta regla general en nuestras mentes, con objeto de corregir las confusiones del amor propio, por si alguna vez debemos actuar en circunstancias similares. Si el hombre de furioso resentimiento escuchara los dictados de dicha pasión quizá estimaría que la muerte de su enemigo no es más que una minúscula compensación por un mal insignificante. Pero sus observaciones de la conducta ajena le han enseñado lo horribles que son esas venganzas sanguinarias; y ha impreso sobre su mente como regla invariable el abstenerse de ellas en toda ocasión. Esta regla mantiene su autoridad sobre él, frena la impetuosidad de su pasión y corrige las visiones parciales sugeridas por el amor propio; aunque, si esta fuera la primera vez que considerara dicha acción, indudablemente habría decidido que era justa y apropiada, y algo que cualquier espectador imparcial aprobaría. La consideración de tales reglas generales de moralidad constituye, según el Sr. Smith, lo que con propiedad se denomina *el sentido del deber*.

He aludido antes a que el Sr. Smith no rechaza por completo en su sistema el principio de la *utilidad*, cuya percepción en cualquier acción o personalidad constituye según el Sr. Hume el sentimiento de la aprobación moral. Acepta como verdad universal que ninguna cualidad mental es aprobada en tanto que virtud si no es útil o agradable, para la propia persona o para otros; y también admite que el sentimiento de aprobación con el que contemplamos la virtud se ve animado por la percepción de dicha utilidad o, como él lo explica, es animado por nuestra simpatía con la felicidad de aquellos a quienes beneficia la utilidad; pero igual insiste en que la visión de esta utilidad no es ni la primera ni la principal fuente de la aprobación moral.

Para resumir toda esta doctrina en pocas palabras: «Cuando aprobamos una personalidad o un acto, los sentimientos que experimentamos se derivan de cuatro fuentes diferentes. Primero, simpatizamos con los motivos del agente; segundo, asumimos la gratitud de quienes han cosechado el beneficio de sus acciones; tercero, observamos que su conducta ha sido compatible con las reglas generales por las que suelen operar esas dos simpatías; y finalmente, cuando consideramos tales acciones como parte de un sistema de conducta que tiende a promover la

felicidad del individuo o la de la sociedad, parecen derivar de esta utilidad una belleza no distinta de la que adscribimos a una máquina bien planeada». Piensa que estos sentimientos diferentes agotan totalmente, en cualquier caso que se pueda suponer, el sentimiento compuesto de la aprobación moral. «Tras deducir —dice— en cualquier caso concreto todo lo que quepa reconocer que procede de estos cuatro principios, me gustaría saber qué es lo que queda, y sin reservas permitiré que el resto sea atribuido a un sentido moral o a cualquier otra facultad especial, siempre que alguien defina con precisión qué cosa es ese sobrante».

La opinión del Sr. Smith acerca de la naturaleza de la virtud se sitúa dentro de su teoría referente al principio de la aprobación moral. Piensa que la idea de la virtud siempre implica la idea de la corrección, o de la adecuación entre la emoción y el objeto que la excita; según él esta adecuación sólo puede ser establecida por medio de la simpatía de los espectadores imparciales con las motivaciones del agente. Comprende, empero, que esta descripción de la virtud es incompleta; porque aunque la corrección es un ingrediente esencial de cualquier acto virtuoso, no siempre es el único. Las acciones benéficas poseen otra cualidad por la que no sólo merecen aprobación sino recompensa, y provocan un grado superior de estimación derivado de una doble simpatía con las motivaciones del agente y con la gratitud de las personas que son objeto de su afecto. En este sentido, la beneficencia le parece distinta de las virtudes inferiores de la prudencia, la vigilancia, la circunspección, la templanza, la constancia, la firmeza, que son siempre ponderadas con aprobación, pero no confieren mérito alguno. Cree que los moralistas no han prestado suficiente atención a esta distinción; los principios de algunos no aportan ninguna explicación de la aprobación que concedemos a las virtudes inferiores; y los de otros explican imperfectamente la excelencia peculiar que reconocidamente ostenta la virtud suprema de la beneficencia*.

Tales las líneas generales de la *Teoría de los sentimientos morales* del Sr. Smith, una obra que, independientemente de la opinión que abriguemos sobre la justeza de sus conclusiones, debe aceptarse que es un esfuerzo singular de inventiva, ingenio y perspicacia. Por mi parte debo

* Ver nota (C.).

confesar que no coincide con mis ideas acerca de los fundamentos de la moral, pero al mismo tiempo estoy persuadido de que contiene una amplia parte de importantes verdades, y que aunque el autor ha sido a veces confundido por un deseo demasiado intenso de generalizar sus principios, ostenta el mérito de dirigir la atención de los filósofos hacia una perspectiva de la naturaleza humana que previamente se les había escapado en buena medida. Su notable plausibilidad es prueba suficiente de la gran proporción de razonamiento acertado y sólido que la obra posee; porque, como el autor mismo ha subrayado, ningún sistema moral cosechará nuestro asentimiento si no bordea en algunos aspectos la verdad. «Un sistema de filosofía natural —dice— puede parecer muy razonable y ser durante mucho tiempo ampliamente acogido en el mundo, y sin embargo no tener base alguna en la naturaleza; pero el autor que adscriba como causa de cualquier sentimiento natural algún principio que no tiene conexión alguna con él, ni se parece a ningún otro principio que sí la tiene, resultará absurdo y ridículo hasta para el lector más imprudente e inexperto». El mérito, empero, del trabajo del Sr. Smith no radica en esto. Es indudable que no se puede mencionar ningún estudio antiguo o moderno que exhiba un panorama tan completo de aquellos hechos relativos a nuestras percepciones morales cuyas leyes generales constituyen uno de los grandes objetivos de esta rama de la ciencia; por este motivo merece el estudio cuidadoso de todos los inclinados a embarcarse en investigaciones similares. Estos hechos son ciertamente expresados a menudo en un lenguaje que conlleva las teorías peculiares del autor; pero siempre son presentados con las luces más bellas y adecuadas, y el lector atento, quitándoles términos hipotéticos, fácilmente se los planteará con esa precisión lógica que es lo único que en disquisiciones tan sumamente arduas puede conducirnos con certeza hacia la verdad.

Hay que destacar asimismo que junto con las doctrinas teóricas del libro se entremezclan en todas partes, con inteligencia y destreza singulares, las más puras y elevadas máximas acerca del comportamiento práctico en la vida; y que abundan interesantes e instructivas descripciones de personalidades y maneras. Una sección considerable del mismo, además, se dedica a análisis colaterales, cuya importancia es idéntica, cualquiera que sea la hipótesis que quepa formar sobre las bases de la moral. A esta clase corresponde la especulación, ya mencionada, con respecto a la influencia de la fortuna en nuestros sentimientos morales,

y otra discusión, no menos valiosa, con relación a la influencia de la costumbre y la moda en esa misma parte de nuestra constitución.

El estilo con el que el Sr. Smith transmite los principios fundamentales sobre los que descansa su teoría no me parece que se ajuste al tema con tanta propiedad como el que emplea en la mayoría de las demás ocasiones. Al comunicar ideas extremadamente abstractas y sutiles, y sobre las cuales apenas es posible razonar correctamente sin un empleo escrupuloso de la terminología adecuada, él a veces nos presenta una selección de palabras en absoluto estrictamente sinónimas, con lo que la atención se desvía de una apreciación precisa y juiciosa de su argumentación; en otros casos se produce un efecto similar por la diversidad de formas que adopta imperceptiblemente la misma verdad en el curso de su copiosa y seductora redacción. Cuando el tema de su trabajo lo lleva a abordar la imaginación y el corazón, la variedad y oportunidad de sus ejemplos, la riqueza y fluidez de su elocuencia, y la pericia con que conquista la atención y atrae las pasiones de sus lectores, logran que no tenga rival entre nuestros moralistas ingleses.

* * *

La Disertación sobre el origen de las lenguas, que ahora se publica en el mismo volumen junto con la *Teoría de los sentimientos morales*, fue primero anexada, según creo, a la segunda edición del libro. Es un ensayo muy ingenioso y al que el propio autor concede un gran valor, pero en una visión general de sus publicaciones merece nuestra atención menos por las opiniones que contiene que como muestra de una especie singular de investigación que por lo que sé es totalmente moderna, y que parece haber interesado la curiosidad del Sr. Smith en un grado extraordinario*. Puede hallarse algo parecido en todos sus diversos trabajos, sobre moral, política o literatura, y en todos estos temas lo ha ejemplificado con gran fortuna.

Cuando, en un período de la sociedad como aquel en el que vivimos, comparamos nuestros logros intelectuales, nuestras opiniones, modales e instituciones, con los que prevalecieron entre las tribus más rudas, indefectiblemente se nos plantea una cuestión interesante: por qué eta-

* Véase la carta incluida en la nota (D.).

pas graduales se ha efectuado la transición desde los esfuerzos más simples de la naturaleza inculta hasta un estado de cosas tan maravillosamente elaborado y complejo. ¿De dónde proviene esa belleza sistemática que admiramos en la estructura de un idioma cultivado, la analogía que atraviesa la mezcla de lenguas que hablan las naciones más remotas y desconectadas, y las peculiaridades que las distinguen unas de otras? ¿Cuál es el origen de las ciencias y las artes, qué cadena de razonamientos llevó a la mente desde sus primeros rudimentos hasta sus adelantos más refinados? ¿De dónde proviene el asombroso tejido de la unión política, los principios fundamentales comunes a todos los gobiernos, y las diferentes formas que la sociedad civilizada ha adoptado en las distintas eras de la humanidad? En la mayoría de estos temas es muy poca la información que cabe esperar de la historia, puesto que muchos de los pasos más importantes de su evolución ya habían sido dados mucho antes de la etapa de la sociedad en la que los hombres empezaron a pensar en registrar sus acciones. Quizá puedan recogerse unos pocos hechos aislados a partir de las observaciones fortuitas de viajeros que han observado la organización de las naciones primitivas, pero es evidente que de esta forma no se puede obtener nada que se acerque a un detalle sistemático y ordenado de la evolución humana.

Ante esta falta de datos directos, nos vemos en la necesidad de sustituir el hecho por la conjetura, y cuando somos incapaces de averiguar cómo se conducían de hecho las personas en ocasiones concretas, pensamos en la forma en que probablemente lo hicieran, y razonamos a partir de los principios de su naturaleza y las circunstancias de su entorno exterior. En tales investigaciones, los hechos aislados proporcionados por los viajes sirven como mojones de nuestras especulaciones; y a veces nuestras conclusiones *a priori* pueden tender a confirmar el crédito de hechos que a primera vista parecían dudosos o increíbles.

Tales visiones teóricas de los asuntos humanos no sirven meramente para satisfacer la curiosidad. Al examinar la historia de la humanidad, así como al examinar los fenómenos del mundo material, cuando no podemos identificar el proceso por medio del cual un hecho *ha sido* producido, a menudo es relevante poder mostrar cómo *pudo haber sido* producido por causas naturales. Así, en el caso que ha sugerido estas observaciones, aunque es imposible determinar con certeza los pasos por los que se formó una lengua concreta, si podemos mostrar, a partir de los prin-

cipios conocidos de la naturaleza humana, cómo sus diversas partes pudieron surgir gradualmente, no sólo se obtiene un cierto grado de satisfacción mental sino que se frena esa filosofía indolente que remite a un milagro cualquier apariencia, tanto en el mundo natural como en el moral, que es incapaz de explicar.

Me he tomado la libertad de llamar a este tipo de investigación filosófica, que carece de un nombre apropiado en nuestro idioma, con el título de *historia teórica* o *conjetural;* la expresión coincide bastante en su significado con la de *historia natural*, utilizada por el Sr. Hume*, y con lo que algunos autores franceses han denominado *histoire raisonnée.*

Las ciencias matemáticas, puras y mixtas, suministran en muchas de sus ramas temas muy propicios para la historia teórica; una voz muy competente, el fallecido Sr. d'Alembert, ha recomendado esta organización para sus principios elementales, basada en la sucesión natural de inventos y descubrimientos, porque es la que mejor puede incentivar el interés de los estudiantes y ejercitar su talento. El mismo autor señala como modelo un pasaje de la *Historia de las matemáticas* de Montucla, donde se intenta presentar la evolución gradual de la especulación filosófica, desde las primeras conclusiones sugeridas por el examen general del firmamento hasta las doctrinas de Copérnico. Es destacable que una de las primeras composiciones del Sr. Smith fue precisamente una historia teórica de esta misma ciencia (en la que acaso tengamos una mejor oportunidad que en ninguna otra de comparar los avances naturales de la mente con la sucesión efectiva de sistemas hipotéticos) y se trata de uno de los muy pocos manuscritos que no destruyó antes de su muerte.

He insinuado ya que se pueden aplicar análisis perfectamente análogos a las formas de gobierno, y a las instituciones municipales que han prevalecido en diferentes naciones. Pero sólo recientemente estos temas importantes han sido abordados desde ese punto de vista; la mayor parte de los estudiosos de la política antes de Montesquieu se contentaron con una exposición histórica de los hechos, y con referir vagamente las leyes a la sabiduría de algunos legisladores, o a circunstancias accidentales, hoy imposibles de determinar. Montesquieu, por el contrario, consideró que las leyes se originan fundamentalmente en las cir-

* Ver su *Historia natural de la religión.*

cunstancias de la sociedad, e intentó explicar, a partir de los cambios en la condición de los seres humanos que se registran en los diferentes estadios de su evolución, las alteraciones correspondientes que experimentan sus instituciones. Así, en sus aclaraciones sobre el derecho romano, en vez de aturdirse con la erudición de escoliastas y anticuarios, a menudo lo vemos tomando referencias de las partes más remotas y desconectadas del globo, y fundiendo las observaciones superficiales de viajeros y navegantes iletrados en un comentario filosófico sobre la historia del derecho y las costumbres.

Los progresos registrados en esta línea de investigación desde la época de Montesquieu han sido notables. Lord Kames, en sus *Tratados históricos de derecho*, aporta unas muestras excelentes de la misma, especialmente en sus ensayos sobre la historia de la propiedad y del derecho penal; y muchas especulaciones ingeniosas del mismo tenor aparecen en las obras del Sr. Millar.

En sus escritos, cualquiera que sea la naturaleza de su tema, el Sr. Smith rara vez deja pasar la oportunidad de dar rienda suelta a su curiosidad para rastrear a partir de los principios de la naturaleza humana, o de las circunstancias de la sociedad, el origen de las opiniones e instituciones que describe. Mencioné antes un fragmento sobre la Historia de la astronomía, que instruyó que fuese publicado, y le he oído decir más de una vez que de joven había proyectado una historia de las otras ciencias conforme al mismo modelo. En su *Riqueza de las naciones* aparecen varias disquisiciones que tienen el mismo objetivo, en especial el esquema teórico que plantea acerca del progreso natural de la riqueza en un país, y su análisis de las causas que han invertido ese orden en los distintos países de la Europa moderna. Sus lecciones sobre jurisprudencia parecen, por el relato ya mencionado de las mismas, haber incluido abundantes investigaciones de este carácter.

El mismo caballero que me facilitó la información sobre las lecciones del Sr. Smith en Glasgow me comentó que le había oído a veces insinuar la intención de escribir un tratado sobre las repúblicas griega y romana. «Y después de todo lo que se ha publicado sobre el tema, estoy convencido —dice— de que las observaciones del Sr. Smith habrían sugerido muchas ideas nuevas e importantes acerca de las circunstancias internas y locales de dichas naciones, que habrían expuesto sus diversos sistemas políticos con una luz mucho menos artificial que como han aparecido hasta ahora».

Aplicaba a menudo la misma forma de pensar, en sus horas sociables, a temas más familiares; las teorías imaginativas que, sin la menor pretensión de ingenio, planteaba continuamente sobre todos los temas habituales de discusión, daban a su conversación una novedad y una variedad virtualmente inagotables. De ahí también la prolijidad y exactitud de sus conocimientos acerca de muchos objetos insignificantes que en el curso de sus especulaciones había estudiado desde un punto de vista novedoso e interesante; sus animadas y minuciosas descripciones de los mismos entretenían a sus amigos aún más porque él parecía normalmente, y en un grado extraordinario, desatento a todo lo que lo rodeaba.

Estas observaciones me han sido inducidas por la Disertación sobre la formación de las lenguas, que constituye un ejemplo precioso de historia teórica, aplicada a un tema tan curioso como arduo. La analogía entre la cadena de razonamientos de la que ha emergido, y la que ha sugerido varias de sus otras disquisiciones servirá, confío, como disculpa suficiente por la extensión de esta digresión, en especial porque me permitirá simplificar la exposición que haré más adelante de sus investigaciones sobre economía política.

Sólo observaré en este apartado que cuando autores diferentes plantean historias teóricas diferentes sobre la evolución de la mente humana en cualquier línea de acción, no siempre ha de entenderse que estas teorías se oponen entre sí. Si el desarrollo que todas ellas trazan es plausible, resulta al menos concebible que todas se verifiquen, porque los asuntos humanos nunca exhiben en dos casos cualesquiera una uniformidad perfecta. Ahora bien, el que se verifiquen o no es a menudo una cuestión de escasa entidad. En la mayoría de los casos es más relevante determinar la evolución más simple que la evolución más acorde con los hechos; por paradójica que parezca esta proposición, es ciertamente verdad que el progreso real no siempre es el más natural. Puede haber sido ocasionado por accidentes particulares, que probablemente no se repitan, y a los que no cabe considerar que forman parte de la estipulación general que la naturaleza ha dispuesto para la mejora de la raza.

* * *

Con objeto de reparar en algo la extensión (y temo que puedo añadir el tedio) de esta sección, añadiré una carta original del Sr. Hume

dirigida al Sr. Smith poco después de la publicación de su *Teoría*. Está claramente caracterizada por el sentido del humor desenvuelto y afectuoso que distingue a la correspondencia epistolar del Sr. Hume, y merece un lugar en esta narración por su conexión con un acontecimiento importante en la vida del Sr. Smith, que pronto lo iba a trasladar a otro escenario, y a influir en un grado apreciable sobre el curso subsiguiente de sus estudios. La carta está fechada en Londres, el 12 de abril de 1759.

«Gracias por el amable regalo de su *Teoría*. Wedderburn y yo hemos enviado ejemplares a aquellos de nuestros conocidos que pensamos que son buenos jueces y que podrán difundir la reputación del libro. Envié un ejemplar al duque de Argyll, a Lord Lyttelton, Horace Walpole, Soame Jenyns, y a Burke, el caballero irlandés que ha escrito recientemente un muy buen tratado sobre lo sublime. Millar me pidió permiso para mandar uno en su nombre al Dr. Warburton. He tardado en escribirle para poder informarle acerca del éxito del libro y formular un pronóstico verosímil sobre si finalmente será condenado al olvido o inscrito en el templo de la inmortalidad. Aunque sólo ha sido publicado hace unas pocas semanas, creo que ya aparecen síntomas tan claros que me aventuro a prever su suerte. En resumen, es la siguiente... Pero ha interrumpido mi carta un visitante bobo e impertinente que acaba de llegar a Escocia. Me dice que la Universidad de Glasgow pretende declarar vacante el puesto de Rouet, por su partida al extranjero con Lord Hope. No dudo que tendrá usted a nuestro amigo Ferguson en mente, por si fracasara otro proyecto de conseguirle un trabajo en la Universidad de Edimburgo. Ferguson ha pulido y mejorado mucho su tratado sobre el Refinamiento* y con algunas correcciones llegará a ser un libro admirable, que descubre un genio elegante y singular. Espero que al *Epigoniad* le vaya bien, pero representa una labor fatigosa; estoy seguro de que usted lee en ocasiones ahora las reseñas y habrá visto en la *Critical Review* una carta sobre dicho poema; me gustaría que empleara sus conjeturas para averiguar quién es el autor; déjeme ver una muestra de su destreza para detectar manos, y adivine la persona. Temo por los Tratados de derecho de Lord Kames. Un hombre podría tanto aspirar a cocinar una rica salsa mezclando ajenjo y aloe, como a com-

* Publicado más tarde bajo el título de *Un ensayo sobre la historia de la sociedad civil* (1767).

poner algo agradable mezclando la metafísica con el derecho escocés. Creo, a pesar de todo, que el libro tiene méritos, aunque pocos se tomarán la molestia de bucear en ellos. Para volver a su libro y a su éxito en esta ciudad, debo decirle...¡Una plaga de interrupciones! Había ordenado que se dijera que no estaba en casa, pero otro me ha interrumpido nuevamente. Es un hombre de letras y hemos mantenido una abundante conversación literaria. Me contó usted que sentía curiosidad por las anécdotas literarias, y por eso le relataré algunas de las que he tenido conocimiento. Creo que ya le he hablado del libro de Helvétius *de l'Esprit*. Debería leerlo, no tanto por su filosofía, que no creo que tenga mucho valor, como por su agradable composición. Recibí una carta de él hace unos días, en la que me dice que mi nombre figuraba mucho más reiteradamente en el manuscrito, pero que el censor de libros de París le obligó a suprimirlo. Voltaire ha publicado hace poco una pequeña obra titulada *Candide, ou l'Optimisme*. Le daré detalles de la misma... Pero dirá usted: ¿y todo esto qué tiene que ver con mi libro? Mi querido Sr. Smith, tenga paciencia, sosiéguese y tranquilícese; muestre que es usted un filósofo en la práctica tanto como en la profesión; reflexione sobre la vaciedad, imprudencia y futilidad de los juicios comunes de los hombres, sobre cómo son en cualquier asunto tan poco regulados por la razón, y menos aún en los asuntos filosóficos, que en tanto exceden la comprensión del vulgo.

> Si la Roma confusa ve luces en todas partes,
> no acudas a corregir la lengua engañosa,
> para llevarla al equilibrio,
> ni mires a nadie, salvo a ti mismo.

El reino de un hombre sabio es su propio corazón; si alguna vez dirige la vista más allá, sólo será hacia la opinión de una selecta minoría, libre de prejuicios y capaz de examinar su obra. No hay en verdad nada que permita presumir con más fundamento el error que la aprobación de la multitud; y sabe usted que Foción siempre sospechaba de haber caído en un craso desatino cuando era recibido por los aplausos del populacho.

»Suponiendo, pues, que todas estas reflexiones lo han preparado a usted debidamente para afrontar lo peor, procedo a comunicarle la melancólica noticia de que su libro ha sido muy desgraciado, porque el público parece dispuesto a aplaudirlo en extremo. Las gentes bobas lo es-

peraban con impaciencia, y la chusma de los literatos ya comienza a cantar sus loas a voz en cuello. Tres obispos entraron ayer a la tienda de Millar para comprar ejemplares y preguntar por el autor. El obispo de Peterborough aseguró que durante la velada anterior había oído que se lo ensalzaba por encima de todos los libros del mundo. El duque de Argyll se muestra más decidido de lo habitual en su favor. Supongo que o bien lo considera algo exótico o piensa que el autor le será útil en las elecciones de Glasgow. Lord Lyttelton asegura que Robertson y Smith y Bower son las glorias de la literatura inglesa. Oswald insiste en que no sabe qué ha obtenido más de él, si instrucción o entretenimiento. Pero usted podrá fácilmente ponderar qué fiabilidad puede depositarse en el juicio de alguien que ha pasado toda su vida ocupándose de asuntos públicos, y que nunca observa defectos en sus amigos. Millar está exultante y se jacta de que dos terceras partes de la edición ya han sido vendidas, y que el éxito está ahora asegurado. Usted verá qué clase de criatura terrestre es la que valora los libros sólo por el beneficio que le reportan. Desde esta perspectiva creo que se demostrará que es un muy buen libro.

»Charles Townshend, que pasa por ser el hombre más inteligente de Inglaterra, ha quedado tan impactado con el trabajo que le dijo a Oswald que pondría al duque de Buccleuch bajo el cuidado del autor, y hará que le resulte provechoso aceptar el encargo. Tan pronto como me enteré de esto fui a verle un par de veces, con idea de hablar con él sobre el asunto y de convencerle de la conveniencia de enviar a dicho joven noble a Glasgow, porque no esperaba que pudiese ofrecerle a usted ningunas condiciones que lo tentaran a abandonar su cátedra. No lo encontré. Se dice que el Sr. Townshend es algo incierto en sus decisiones, con lo que acaso no debería usted edificar demasiado sobre este saledizo.

»En recompensa por tantas cosas mortificantes, que nada sino la verdad habrían podido extraer de mí, y que fácilmente habría podido multiplicar hasta un número mayor, dudo que usted no sea tan buen cristiano como para no devolver bien por mal, y halagar mi vanidad informándome que todos los religiosos de Escocia me denuestan por mi relato de John Knox y la Reforma. Supongo que estará usted feliz al ver que se acaba mi papel, y debo concluir declarándome

Su humilde servidor,

DAVID HUME.»

SECCIÓN III

DE LA PUBLICACIÓN DE LA *TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES* HASTA LA DE LA *RIQUEZA DE LAS NACIONES*

Tras la publicación de la *Teoría de los sentimientos morales* el Sr. Smith permaneció cuatro años en Glasgow, cumpliendo sus tareas oficiales con vigor no disminuido y con una reputación creciente. En ese período su programa de lecciones experimentó un cambio considerable. Sus doctrinas éticas, sobre las que en ese momento ya había publicado una parte apreciable, ocuparon en el curso una porción mucho más reducida que antes; y por consiguiente su atención se dirigió naturalmente hacia una ilustración más completa de los principios de la jurisprudencia y la economía política.

En lo tocante a este último tema parece que sus pensamientos se orientaron ocasionalmente hacia allí en un período temprano de su vida. Es probable que la amistad ininterrumpida que siempre mantuvo con su antiguo compañero el Sr. Oswald haya tendido a fomentarle la prosecución de esta rama de sus estudios; y la publicación de los *Discursos políticos* del Sr. Hume, en 1752, no pudo dejar de confirmar sus ideas liberales en política comercial que se le habían abierto en sus propias investigaciones. Su prolongada residencia en una de las más ilustradas plazas comerciales de esta isla, y su intimidad con sus habitantes más respetables, le proporcionaron una oportunidad para obtener de las mejores fuentes la información comercial que precisaba; y constituye una prueba no menos honorable de la generosidad de ellos como de la liberalidad de él que a pesar de la reticencia tan habitual entre los hombres de negocios a escuchar las conclusiones del pensamiento puro, y de la oposición directa entre sus principios básicos y todas las antiguas máximas del comercio, que antes de abandonar su cargo en la universidad fue capaz de clasificar entre sus prosélitos a algunos mercaderes muy eminentes*.

Entre los estudiantes que asistían a sus lecciones, y cuyas mentes no habían sido sesgadas por prejuicios anteriores, cabe suponer razonablemente que el progreso de sus opiniones fue mucho más rápido. Por tanto, fueron adeptos de esta clase los que primero abrazaron sus doc-

* Destaco este hecho bajo la respetable autoridad de James Ritchie, Esq. de Glasgow.

trinas con entusiasmo, y difundieron sus principios fundamentales en esta parte del reino.

A finales de 1763 el Sr. Smith fue invitado por el Sr. Charles Townshend a acompañar al duque de Buccleuch en sus viajes; las generosas condiciones que le ofreció, sumadas a su intenso deseo de conocer el continente europeo, lo indujeron a renunciar a su plaza en Glasgow. Tuvo motivos para quedar extraordinariamente satisfecho con la conexión que llegó a establecer como consecuencia de este cambio en su situación, y siempre habló de ella con placer y gratitud. Desde el punto de vista del público quizá no fue un cambio igualmente feliz, puesto que interrumpió el ocio estudioso para el cual parecía destinado por la naturaleza, y sólo en él habría podido esperar completar los proyectos literarios que habían ilusionado la ambición de su genio juvenil.

Pero la alteración que a partir de este período sufrieron sus hábitos no careció de ventajas. Hasta entonces había vivido fundamentalmente entre los muros de una universidad, y aunque para una mente como la suya bastaba una mínima observación de la naturaleza humana para transmitir una idea tolerablemente justa de lo que transcurre en el gran teatro del mundo, no cabe dudar que la variedad de los escenarios que recorrió después debió enriquecer su inteligencia con muchas nuevas ideas, y corregir numerosas falsas interpretaciones de la vida y costumbres que incluso las mejores descripciones apenas pueden dejar de reflejar. Y cualesquiera que fueran las luces que sus viajes le proporcionaron en tanto que estudioso de la condición humana, fueron probablemente más útiles al permitirle perfeccionar el sistema de economía política que ya había expuesto en sus lecciones de Glasgow, y cuya publicación pasó a ser el principal objetivo de sus estudios. La coincidencia entre algunos de estos principios y el credo de los economistas franceses, cuya reputación alcanzaba entonces su cenit, y la intimidad que logró con algunos de los líderes de esa escuela, no pudieron dejar de ayudarlo para metodizar y clasificar sus especulaciones; al tiempo que la valiosa colección de datos acumulada por el celoso afán de sus numerosos partidarios le suministró un amplio material para ilustrar y confirmar sus conclusiones teóricas.

El Sr. Smith dejó Glasgow, se reunió con el duque de Buccleuch en Londres a comienzos de 1764, y partió con él hacia el continente en el mes de marzo. En Dover los esperaba Sir James Macdonald, que los acompañó hasta París, y con quien el Sr. Smith sentó las bases de una

amistad que siempre mencionó después con gran aprecio y cuya breve duración a menudo lamentó. Los panegíricos con que la memoria de este hombre culto y afable ha sido honrada por tantas personalidades distinguidas en diversos países de Europa prueban hasta qué punto eran sus talentos dignos de despertar una admiración generalizada. La estimación del Sr. Smith por sus capacidades y conocimientos es un testimonio aún más relevante de sus extraordinarios méritos. El Sr. Hume compartió también en este caso el entusiasmo de su amigo. «Si estuviéramos juntos —dice en una carta dirigida al Sr. Smith— derramaríamos hoy lágrimas por la muerte del pobre Sir James Macdonald. No habríamos podido sufrir mayor pérdida que la de este joven tan valioso».

En esta primera visita a París, el duque de Buccleuch y el Sr. Smith sólo estuvieron diez o doce días*, tras los cuales se trasladaron a Toulouse, donde fijaron su residencia durante dieciocho meses, y donde el Sr. Smith, además de disfrutar del placer de una grata vida social, tuvo la oportunidad de corregir y ampliar sus informaciones acerca de la política interior de Francia, dada la intimidad que estableció con algunos de los personajes principales del Parlamento.

Desde Toulouse emprendieron un largo viaje a través del sur de Francia hasta Ginebra, donde pasaron dos meses. El fallecido conde

---

* Un día después de su arribo a París, el Sr. Smith presentó la renuncia formal a su cátedra ante el rector de la Universidad de Glasgow; al final de su carta dice: «Nunca he estado más preocupado que en este momento por el bien de la Universidad, y sinceramente deseo que quien sea mi sucesor no sólo honre a la plaza por sus méritos, sino que anime a los hombres excelentes con los que habrá de pasar su vida por la probidad de su corazón y la bondad de su temperamento».

El extracto siguiente de las actas de la Universidad, inmediatamente después de la recepción de la carta del Sr. Smith con su renuncia, es al mismo tiempo un testimonio de su asiduidad como profesor y una prueba del recto sentido que en esa casa de estudios se tenía a propósito de los talentos y valía del colega que habían perdido:

«Los reunidos aceptan la renuncia del Dr. Smith en los términos de la carta mencionada, y la plaza de catedrático de Filosofía Moral en esta Universidad queda por consiguiente declarada vacante. La Universidad, al mismo tiempo, no puede dejar de manifestar su sincera desazón por la marcha del Dr. Smith, cuya honradez destacada y afables cualidades le procuraron el aprecio y afecto de sus colegas; y cuyo genio extraordinario, vastas capacidades y amplia erudición tanto honraron a esta sociedad; su elegante e ingeniosa *Teoría de los sentimientos morales* le granjeó la estimación de hombres de discernimiento y letras de toda Europa. Su talento especial para ilustrar temas abstractos y su puntual diligencia para comunicar conocimientos útiles lo distinguieron como profesor, y al mismo tiempo proporcionaron el máximo placer y la más relevante instrucción a los jóvenes bajo su cuidado».

Stanhope, por cuya sabiduría y méritos abrigaba el Sr. Smith un sincero respeto, era entonces habitante de esa república.

Hacia las navidades de 1765 regresaron a París, y allí se quedaron hasta el octubre siguiente. La compañía que tuvo el Sr. Smith durante esos diez meses puede valorarse a partir de las ventajas que disfrutó gracias a las recomendaciones del Sr. Hume. Entre las personas que conoció figuran Turgot, Quesnay, Morellet, Necker*, d'Alembert, Helvétius, Marmontel y Madame Riccoboni; algunos llegaron a ser amigos suyos para siempre. De Madame d'Anville, la respetable madre del recientemente fallecido, excelente y muy lamentado duque de La Rochefoucauld**, recibió muchas atenciones, que siempre recordaba con especial gratitud.

---

* Ver nota (E.).

** La carta siguiente, que se ha conservado de manera fortuita, sirve como recordatorio del nexo del Sr. Smith con la familia Rochefoucauld, y es tan expresiva de la mente virtuosa y liberal del autor que estoy persuadido de que será grato para la Sociedad el registrarla en sus actas.

París, 3 de marzo de 1778.

«El deseo de evocar su recuerdo, señor, cuando uno ha tenido el honor de conocerle, le deberá parecer muy natural; permita que nos apoyemos mi madre y yo en esto, y con ocasión de una nueva edición de las *Máximas de la Rochefoucauld* nos tomemos la libertad de enviarle un ejemplar. Ve usted que no sentimos rencor alguno, puesto que las críticas que le lanza en la *Teoría de los sentimientos morales* no nos han impedido el mandarle esa misma obra. Es menester que no siga yo adelante, porque había tenido la temeridad de emprender la traducción de su *Teoría;* mas cuando había terminado la primera parte, he visto aparecer la traducción del señor abate Blavet, y me he visto forzado a renunciar al placer que tenía de traspasar a mi lengua una de las mejores obras de la suya. [Ver nota (F.).]

Es preciso acometer una justificación de mi abuelo. Quizá no sea difícil primero excursarlo diciendo que siempre vio a los hombres en la corte y la guerra, *dos escenarios sobre los que son ciertamente peores que en otros*, y a continuación justificar por la conducta personal del autor los principios que en su obra sin duda son excesivamente generales. Ha tomado la parte por el todo; y como las gentes que él más ha tenido a la vista estaban animadas por *el amor propio*, él lo ha convertido en el móvil general de todas las personas. Por lo demás, aunque su obra merece ser combatida desde ciertos puntos de vista, es sin embargo estimable incluso por su fondo y mucho por su forma.

Permita que le pregunte si tendremos pronto una edición completa de su amigo el Sr. Hume. Hemos lamentado sinceramente su muerte.

Le suplico que reciba la expresión sincera de todos los sentimientos de estima y afecto con los que me honro, señor, en ser su humilde y muy obediente servidor.

El duque de la ROCHEFOUCAULD.»

El último contacto del Sr. Smith con este hombre excelente fue en el año 1789, cuando le informó, a través de un amigo que estaba entonces en París, que en las futuras ediciones de la *Teoría* el nombre de Rochefoucauld ya no sería clasificado junto al de Mandeville. Y así, en la edición ampliada de la obra, publicada poco antes de su muerte, ha suprimido las críticas

Es muy de lamentar que no escribiera un diario sobre este período tan interesante de su vida; y su aversión a escribir cartas era tal que no supongo que existe ningún recuerdo del mismo en la correspondencia con sus amigos. La extensión y precisión de su memoria, que pocos igualaban, tornaba poco importante para él el registrar por escrito lo que escuchaba o veía; y de la ansiedad antes de su muerte por destruir todos los escritos que conservaba parece inferirse que deseaba que sus biógrafos no dispusieran de ningún material salvo los suministrados por los monumentos perdurables de su genio y la dignidad ejemplar de su vida privada.

Es fácil imaginar la satisfacción con que disfrutó al conversar con Turgot. Sus opiniones sobre los puntos más esenciales de la economía política eran las mismas, y a ambos animaba el mismo celo en pro del interés de la humanidad. Además, los estudios favoritos de ambos habían dirigido sus investigaciones hacia temas en los que las inteligencias más diestras y mejor informadas son susceptibles de sufrir en alto grado sesgos merced al prejuicio y la pasión, y en los cuales, por consiguiente, una coincidencia de juicios es particularmente satisfactoria. Uno de los biógrafos de Turgot cuenta que después de su salida del ministerio ocupó su ocio en una correspondencia filosófica con algunos de sus viejos amigos, y en concreto que él y el Sr. Smith intercambiaron varias cartas sobre asuntos importantes. Subrayo esta anécdota básicamente como prueba de la intimidad que se daba por supuesto que existía entre ellos, porque en otros aspectos la anécdota me parece algo dudosa. No cabe suponer que el Sr. Smith hubiese destruido las cartas de un corresponsal como Turgot, y es aún menos probable que ese intercambio hubiese tenido lugar sin que ninguno de los amigos del Sr. Smith tuviese conocimiento del mismo. Gracias a una investigación llevada a cabo por un caballero en París, por encargo de esta Sociedad tras la muerte del Sr. Smith, tengo razones para creer que no hay pruebas de esa correspondencia entre los papeles de Turgot, y que la historia se ha originado en un informe sugerido por el conocimiento de su antigua

al autor de las *Máximas*, que ciertamente parece (por recusables que puedan ser muchos de sus principios) haberse movido tanto en la vida como en sus escritos por motivaciones muy distintas de las de Mandeville. El lugar genuino de estas máximas aparece a mi juicio correctamente establecido por el ingenioso autor de la noticia preliminar en la edición de las mismas publicada en París en 1778.

amistad. Creo que es importante mencionar esta circunstancia, porque el pasaje en cuestión ha despertado una viva curiosidad por la suerte de las supuestas cartas.

El Sr. Smith era también un buen conocido del Sr. Quesnay, el profundo y original autor del Cuadro Económico; hombre —en palabras del propio Sr. Smith— «de la mayor modestia y sencillez», y de cuyo sistema de política económica declaró que «con todas sus imperfecciones» era «la aproximación más cercana a la verdad que haya sido publicada sobre los principios de tan importante ciencia». De no haber sido por la muerte de Quesnay, el Sr. Smith había tenido la intención (así me lo dijo) de dedicarle su *Riqueza de las naciones*.

Pero no fueron sólo los hombres distinguidos que en esa época derramaron un aura tan espléndida sobre la historia literaria de Francia los que suscitaron la curiosidad del Sr. Smith mientras permaneció en París. Su familiaridad con la literatura elegante tanto de los tiempos antiguos como de los modernos era amplia, y entre sus otras diversas ocupaciones nunca había descuidado el cultivo del gusto por las bellas artes; probablemente menos con vistas a los disfrutes específicos que transmiten (aunque no era en absoluto insensible a sus bellezas) que en razón de su conexión con los principios generales de la mente humana, para cuyo examen abren las más placenteras avenidas. Para quienes especulan sobre un asunto tan delicado, la comparación entre los modos del gusto que prevalecen entre naciones diferentes aporta una valiosa colección de datos; y cabe naturalmente suponer que el Sr. Smith, siempre dispuesto a adscribir a la costumbre y la moda toda su cuota en la regulación de las opiniones humanas acerca de la belleza, aprovechó todas las oportunidades que un país extranjero le presentaba para ilustrar sus antiguas teorías.

Parece que algunas de sus ideas peculiares con respecto a las artes imitativas le fueron en gran medida confirmadas por sus observaciones en el extranjero. Para explicar el placer que obtenemos merced a dichas artes se le había ocurrido inicialmente un principio fundamental: que una buena parte del mismo proviene de la dificultad imitativa; principio que probablemente le fue sugerido por la *difficulté surmontée* con la que algunos críticos franceses habían intentado explicar el efecto de la versificación y la rima*. El Sr. Smith extendió este principio al

* Ver el prólogo al *Oedipe* de Voltaire, ed. de 1729.

máximo y lo refirió con singular ingenio a una vasta variedad de fenómenos en todas las distintas bellas artes. Lo condujo, sin embargo, a algunas conclusiones que parecen, al menos a primera vista, no poco paradójicas, y no puedo evitar pensar que sesgó su juicio en muchas de las opiniones que acostumbraba a formular en el tema de la poesía.

Los principios de la composición dramática habían atraído más especialmente su atención; y la historia del teatro, antiguo y moderno, le había suministrado algunas de las informaciones más destacables sobre las que se fundó su teoría de las artes imitativas. De esta teoría se sigue como consecuencia que las mismas circunstancias que en la tragedia conceden al verso libre una ventaja sobre la prosa, otorgan a la rima una ventaja sobre el verso libre; y el Sr. Smith siempre se inclinó en favor de esta opinión. Llegó tan lejos como para extender la misma doctrina a la comedia, y lamentar que los excelentes retratos de vida y costumbres que presenta la escena inglesa no hubieran sido ejecutados bajo el modelo de la escuela francesa. La admiración que sentía hacia los grandes autores dramáticos de Francia tendió a confirmarlo en estas opiniones, y dicha admiración (derivada originalmente del carácter general de su gusto, que disfrutaba más en la observación de la flexibilidad del genio que se ajusta a reglas establecidas, que en la admiración del vuelo audaz de una imaginación indisciplinada) resultó en alto grado incrementada cuando contempló las bellezas que le habían impactado en su gabinete, elevadas a la máxima perfección de la exhibición teatral. En los últimos años de su vida se entretenía a veces en sus horas de ocio en verificar sus conclusiones teóricas en estos asuntos con los hechos sugeridos por sus estudios y observaciones ulteriores; e intentaba, si le quedaba vida, preparar el resultado de esta labor para la imprenta. Dejó para que fuese publicado un breve fragmento de este trabajo, pero no había avanzado lo suficiente como para aplicar su doctrina a la versificación y el teatro. Como sus ideas sobre ellos era un tema favorito en su conversación, y estaban estrechamente vinculadas con sus principios generales acerca de la crítica, habría sido impropio pasarlas por alto en este bosquejo de su vida; e incluso he creído conveniente detallarlas con una extensión mayor que la que habría justificado la importancia comparativa del tema si hubiese llevado sus planes a la práctica. No estableceré aquí si su apego a las doctrinas, junto a su parcialidad en favor del teatro francés, lo llevó en este caso a generalizar demasiado sus conclusiones y a ignorar algunas peculiaridades en la lengua y versificación de ese país.

El duque de Buccleuch regresó a Londres en octubre de 1766. Espero que Su Alteza, a quien debo varios detalles de la narración que precede, perdone que me tome la libertad de transcribir un párrafo de sus propias palabras: «En octubre de 1766 volvimos a Londres, tras haber pasado casi tres años juntos, sin el menor desacuerdo o frialdad; y, por mi parte, con todos los beneficios que cabe esperar de la compañía de un hombre así. Seguimos siendo amigos hasta la hora de su muerte, y siempre quedaré con la impresión de haber perdido a un amigo que amaba y respetaba, no sólo por sus grandes talentos sino por todas sus virtudes privadas».

El retiro en el que pasó el Sr. Smith los diez años siguientes contrasta vivamente con el modo de vida inestable al que se había acostumbrado durante un tiempo, pero era algo tan acorde con su disposición natural y sus primeros hábitos que resultó siempre sumamente difícil persuadirlo para que lo abandonara. Durante todo este período, salvo unas pocas visitas a Edimburgo y Londres, permaneció en Kirkcaldy junto a su madre; normalmente enfrascado en un estudio intenso, pero en ocasiones solazando su ánimo en la compañía de algunos de sus antiguos compañeros de estudios, cuyas «sobrias aspiraciones» los habían apegado a su tierra natal. Al Sr. Smith le encantaba estar con ellos, y ellos le tenían cariño no sólo por sus maneras sencillas y modestas, sino por el perfecto conocimiento que todos poseían de las virtudes domésticas que lo habían distinguido desde su infancia.

El Sr. Hume, que consideraba que —en sus palabras— «el verdadero escenario de un hombre de letras es una ciudad», realizó varios intentos para seducirlo y apartarlo de su retiro. En una carta, fechada en 1772, le pide que pase un tiempo con él en Edimburgo. «No aceptaré ninguna excusa sobre el estado de su salud, que supongo no será más que un subterfugio inventado por la indolencia y el amor a la soledad. Mi querido Smith, realmente si continúa atendiendo a las quejas de esta naturaleza romperá usted todo vínculo con la sociedad humana, lo que será una gran pérdida para ambas partes». En otra carta, fechada en 1769 en su casa en James's Court (con una vista hacia Frith of Forth, y la costa opuesta de Fife), dice: «Me alegro de haberme acercado y poder verlo, pero como me gustaría también hablar con usted deseo que concertemos medidas con tal objetivo. El mar me marea mortalmente y veo con horror y una suerte de hidrofobia el gran golfo que yace entre nosotros. También estoy cansado de viajar, tanto como usted debe-

ría estarlo de quedarse en su casa. Por eso le propongo que venga aquí y pase unos días conmigo en esta soledad. Quiero saber qué ha estado haciendo y pretendo exigir una rigurosa explicación del método al que se ha abocado durante su retiro. Estoy seguro de que está usted equivocado en muchas de sus especulaciones, particularmente en las que ha padecido la desgracia de no estar de acuerdo conmigo. Todos éstos son motivos para nuestro encuentro, y confío en que me plantee una propuesta razonable con tal objetivo. No hay habitación alguna en la isla de Inchkeith, porque en otro caso lo desafiaría a que se reuniese allí conmigo y que ninguno de nosotros abandonase el lugar hasta que acordásemos todos los puntos controvertidos. El general Conway llegará aquí mañana; iré con él hasta Roseneath y permaneceré allí unos días. A mi regreso espero hallar una carta suya con una audaz aceptación de este desafío».

Finalmente, a comienzos del año 1776, el Sr. Smith explicó al mundo la razón de su prolongado retiro, al publicar su *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*. Tengo ahora ante mí una carta que le envió el Sr. Hume felicitándolo por el acontecimiento. Está fechada el 1 de abril de 1776 (unos seis meses antes de la muerte del Sr. Hume) y revela una amable preocupación por la fama literaria de su amigo: «*Euge! Belle!* Querido Sr. Smith: estoy muy contento con su trabajo, y la lectura del mismo me ha aliviado de una intensa ansiedad. Es un libro que había despertado tantas expectativas —suyas, de sus amigos, del público— que temblaba yo por su aparición. Ya estoy muy aliviado. Como su lectura necesariamente requiere mucha atención, y el público está dispuesto a otorgar muy poca, dudo que llegue a ser muy popular al principio, durante un tiempo. Pero tiene profundidad y solidez y agudeza, y está tan ilustrado con datos curiosos que finalmente habrá de captar la atención pública. Probablemente ha mejorado mucho gracias a su última estancia en Londres. Si estuviera usted conmigo, junto a la chimenea, cuestionaría algunos de sus principios... pero estos puntos, y otros cientos, sólo son aptos para ser discutidos conversando. Espero que sea pronto, porque mi salud está muy quebrantada y no soportará una demora prolongada».

Quizá sea considerado superfluo presentar un análisis particular de una obra tan universalmente conocida como *La riqueza de las naciones*; y en cualquier caso los límites de este ensayo hacen imposible que lo intente ahora. Pero confío en que unas pocas observaciones sobre el

objetivo y orientación del libro puedan ser planteadas sin impropiedad. La historia de la vida de un filósofo contiene poco más que la historia de sus especulaciones; y en el caso de un autor como el Sr. Smith, cuyos estudios se dirigieron sistemáticamente desde su juventud hacia temas de perdurable importancia para la felicidad humana, una reseña de sus escritos, al tiempo que sirve para ilustrar las peculiaridades de su genio, brinda el retrato más fidedigno de su carácter como persona.

SECCIÓN IV

DE LA *INVESTIGACIÓN SOBRE LA NATURALEZA Y LAS CAUSAS DE LA RIQUEZA DE LAS NACIONES**

Una visión histórica de las difer entes formas que han adoptado los asuntos humanos en edades y naciones diferentes sugiere naturalmente la pregunta de si la experiencia de tiempos pasados puede aportar algunos principios generales que iluminen y orienten la política de legisladores futuros. La discusión a la que conduce este interrogante es extraordinariamente difícil; requiere un análisis preciso de los fenómenos con diferencia más complicados que puedan atraer nuestra atención, los que resultan del intrincado y a menudo imperceptible mecanismo de la sociedad política; un tema de estudio que a primera vista parece tan poco proporcionado a nuestras facultades que ha sido generalmente considerado con las mismas emociones pasivas de la maravilla y la sumisión con que en el mundo material revisamos los efectos producidos por la acción misteriosa e incontrolable de causas físicas. Por fortuna en este caso, igual que en muchos otros, las dificultades que durante mucho tiempo desbarataron los esfuerzos del genio solitario empiezan a parecer menos formidables ante los esfuerzos unidos de la raza; y en la medida en que la experiencia y los razonamientos de individuos diferentes confluyen sobre los mismos objetos y se combinan de modo de ilustrarse y limitarse mutuamente, la ciencia de la política adopta más y más la forma sistemática que estimula y asiste la labor de futuros investigadores.

* La extensión que este ensayo ya ha alcanzado, junto con otras razones que es innecesario mencionar aquí, me han inducido, al publicar la siguiente sección, a limitarme a una visión del tema mucho más general de lo que pretendí inicialmente. Ver nota (G.).

En la prosecución de este plan en la ciencia política es poca la ayuda que cabe derivar de la especulación de los filósofos antiguos, que en su mayoría limitaron en sus análisis políticos su atención a una comparación entre las diversas formas de gobierno, y a un examen de las medidas que adoptaron para perpetuar su propia existencia y ampliar las glorias del estado. A los tiempos modernos quedó reservado el investigar los principios universales de justicia y conveniencia que deben regular el orden social bajo cualquier forma de gobierno, y cuyo objetivo es realizar la distribución más equitativa posible de los beneficios derivados de la unión política entre todos los diferentes miembros de una comunidad.

Fue quizá necesaria la invención de la imprenta para abrir el camino a estas investigaciones. En los departamentos de la literatura y la ciencia en donde el genio halla en sí mismo los materiales de su trabajo; en la poesía, en la geometría pura, en algunas ramas de la filosofía moral; los antiguos no sólo sentaron las bases sobre las que edificamos, sino que legaron modelos grandiosos y completos para que los imitemos. Pero en la física, donde nuestro progreso depende de una inmensa recopilación de hechos y de una combinación de las luces accidentales diariamente lanzadas en las vías innumerables de la observación y la experimentación; y en la política, donde los materiales de nuestras teorías están igualmente dispersos y son recopilados y ordenados con aún mayor dificultad, los medios de comunicación aportados por la imprenta han acelerado en el curso de dos siglos el progreso de la mente humana mucho más allá de lo que pudieron imaginar las esperanzas más entusiastas de nuestros predecesores.

El progreso ya alcanzado en esta ciencia, por insignificante que resulte comparado con lo que puede esperarse, ha sido suficiente como para demostrar que la felicidad de la humanidad no depende de la participación directa o indirecta de la gente en la promulgación de las leyes, sino de la equidad y oportunidad con que las leyes sean promulgadas. La participación del pueblo en el gobierno interesa fundamentalmente al reducido número de personas cuya meta es lograr una importancia política, pero la equidad y oportunidad de las leyes interesan a todos los miembros de la comunidad, y más especialmente a aquellos cuya insignificancia personal los deja sin otro incentivo que el que puedan derivar del espíritu general del gobierno bajo el que viven.

Es por tanto evidente que la rama más importante de la ciencia política es la que tiene por objeto determinar los principios filosóficos de la jurisprudencia; o averiguar (en palabras del Sr. Smith) «los principios generales que deberían permear y ser el fundamento del derecho de todas las naciones»*. En los países donde los prejuicios del pueblo son ampliamente distintos de estos principios, la libertad política que su constitución confiere sólo les concede los medios para lograr su completa destrucción. Y si fuera posible suponer que esos principios se aplican totalmente en algún sistema legal, el pueblo no tendría motivos para lamentar el no haber sido el instrumento inmediato de su promulgación. El único criterio infalible sobre la excelencia de cualquier constitución estriba en el detalle de su código municipal; y el valor que las personas sabias atribuyen a la libertad política surge principalmente de la facilidad que supuestamente comporta para la introducción de las mejoras legislativas que recomienda el interés general de la comunidad; combinado con la seguridad que proporciona en la luz y el ánimo del pueblo para una pura y equitativa administración de justicia. No puedo dejar de añadir que la capacidad de un pueblo para ejercitar derechos políticos con provecho para sí mismo y su país presupone una difusión del conocimiento y de una buena moralidad que sólo pueden resultar de la acción previa de leyes favorables al trabajo, al orden y a la libertad.

Los políticos ilustrados están hoy en general convencidos de la verdad de estas observaciones; las obras más célebres publicadas en los diversos países de Europa en los últimos treinta años, por Smith, Quesnay, Turgot, Campomanes, Beccaria y otros, han apuntado a la mejora de la sociedad no por medio del diseño de nuevas constituciones, sino de la ilustración de la política de los legisladores existentes. Tales especulaciones, más esencial y ampliamente útiles que cualesquiera otras, no tienen ninguna tendencia a trastornar instituciones establecidas o inflamar las pasiones de la multitud. Las mejoras que recomiendan han de llevarse a cabo por medios de acción tan gradual y lenta que no encienden las imaginaciones de nadie, más allá de la minoría especulativa; y a medida que son adoptadas afianzan el tejido político y amplían la base sobre la que descansa.

* Ver la conclusión de su *Teoría de los sentimientos morales*.

El gran objetivo de la *Investigación* del Sr. Smith es dirigir la política de las naciones en lo tocante a una clase sumamente importante de sus leyes: las que forman su sistema de economía política. Ostenta incuestionablemente el mérito de haber presentado al mundo la obra más comprensiva y perfecta que haya aparecido sobre los principios generales de cualquier rama de la legislación. Es de esperar que el ejemplo que ha dado será seguido a su debido tiempo por otros autores, para quienes la política interna de los estados plantea muchos otros temas de discusión no menos curiosos e interesantes; y pueda acelerar el progreso de la ciencia que Lord Bacon describió tan bien en el pasaje siguiente: «El objetivo último que los legisladores deben tener presente, y al que deben servir todos sus estatutos y sanciones, es que los ciudadanos puedan vivir felices. Para este propósito es menester que reciban una educación religiosa y pía; que estén formados con una buena moral; que estén defendidos de enemigos foráneos merced a una adecuada organización militar; que estén protegidos por una política eficaz contra sediciones y daños privados; que sean leales al gobierno y obedientes a los magistrados; y finalmente, que cuenten con muchas riquezas y otros recursos nacionales. La ciencia de estos asuntos ciertamente corresponde de modo especial al ámbito de aquellos hombres que, habituados a los asuntos públicos, han llegado a tener una visión amplia del orden social; de los intereses de la comunidad en su conjunto; de las reglas de la equidad natural; de las costumbres de las naciones; de las diferentes formas de gobierno; y que están así preparados para razonar acerca de la sabiduría de las leyes tanto desde la perspectiva de la justicia como desde la de la política. El gran desiderátum, pues, radica en que la investigación de los principios de la justicia natural y los de la conveniencia política permita exhibir un modelo teórico de la legislación que sirva como patrón para estimar la excelencia comparativa de los códigos municipales, y además sugiera indicaciones para su corrección y mejora con vistas al bienestar de la humanidad». La enumeración contenida en este pasaje de los diferentes objetivos de la legislación coincide bastante con lo expuesto por el Sr. Smith al final de su *Teoría de los sentimientos morales;* y el objetivo preciso de las especulaciones políticas que entonces anunció, y de las que publicó después una parte tan valiosa en su *Riqueza de las naciones,* era determinar los principios generales de la justicia y la conveniencia que deberían guiar a las instituciones legislativas en esas áreas tan relevantes;

en palabras de Lord Bacon, determinar las *leges legum*, «leyes de leyes a partir de las cuales podemos establecer lo que está bien y lo que está mal en las estipulaciones de cada ley individual».

La rama de la legislación que el Sr. Smith ha escogido como tema de su obra me lleva naturalmente a subrayar un muy llamativo contraste entre el espíritu de la política antigua y la moderna en lo que respecta a la riqueza de las naciones*. El gran objetivo de la primera era contrarrestar el amor al dinero y la propensión al lujo mediante instituciones efectivas, y mantener en la mayoría del pueblo hábitos de frugalidad y severidad en las maneras. La decadencia de los Estados es atribuida uniformemente por los filósofos e historiadores tanto de Grecia como de Roma a la influencia de las riquezas sobre el carácter nacional; y las leyes de Licurgo que a lo largo del tiempo prohibieron en Esparta los metales preciosos eran consideradas por muchos de ellos como el modelo legislativo más perfecto diseñado por la sabiduría humana. ¡Cuán distinta es la doctrina de los políticos modernos! Lejos de concebir la pobreza como una ventaja para el Estado, su gran objetivo es abrir nuevas fuentes de opulencia nacional, y animar la actividad de todas las clases del pueblo merced al gusto por las conveniencias y comodidades de la vida.

Una causa fundamental de esta diferencia entre el espíritu de la política antigua y la moderna puede residir en la diferencia entre las fuentes de la riqueza nacional en los tiempos antiguos y modernos. En épocas cuando el comercio y la industria estaban aún en su infancia, y en Estados constituidos como la mayoría de las repúblicas antiguas, una súbita afluencia de riquezas desde el exterior era justamente temida como un mal, una alarma para la moral, la actividad y la libertad de un pueblo. El caso es tan diferente actualmente, que las naciones más ricas son aquellas donde el pueblo es más laborioso y donde disfruta del mayor nivel de libertad. En realidad la difusión generalizada de la riqueza entre las clases más bajas de personas fue lo que primero hizo nacer el espíritu de la independencia en la Europa moderna, y lo que produjo bajo algunos gobiernos, en especial el nuestro, una difusión de la libertad y la felicidad más igualitaria que la que existía en las constituciones más afamadas de la antigüedad.

---

* *Science de la Législation*, par le Chev. Filangieri, libro i, cap. 13.

Sin esta difusión de la riqueza entre las clases bajas los efectos relevantes derivados de la invención de la imprenta habrían sido extremadamente limitados; un cierto nivel de sosiego e independencia es necesario para inspirar en las personas un deseo de conocimiento y para proporcionarles el ocio preciso para adquirirlo; y es sólo por las retribuciones, que ese estado de la sociedad ofrece al esfuerzo y la ambición, que las pasiones egoístas de la multitud pueden ser interesadas en la mejora intelectual de sus hijos. La extensa propagación de las luces y el refinamiento a partir de la influencia de la imprenta, con la ayuda del espíritu comercial, parece haber sido el remedio aportado por la naturaleza contra los efectos fatales que en otro caso habría producido la subdivisión del trabajo que acompaña el progreso de las artes mecánicas. Y lo único que hace falta para que el remedio sea efectivo son instituciones sabias que faciliten la instrucción generalizada y adapten la educación de los individuos a los puestos que han de ocupar. La mente del artesano que, por la limitada esfera de su actividad, se hundiría por debajo del nivel del campesino o el salvaje, puede recibir en la infancia los medios del disfrute intelectual y la semilla del progreso moral; e incluso la uniformidad insípida de sus compromisos profesionales, al no presentar objeto alguno que despierte su ingenio o distraiga su atención, puede dejarlo en libertad para emplear sus facultades en temas más interesantes para él y más ampliamente provechosos para los demás.

Estos efectos, a pesar de una variedad de causas contrarrestadoras que aún se mantienen, ya se han producido en un grado apreciable merced a la política liberal de los tiempos modernos. El Sr. Hume, en su ensayo sobre el comercio, después de advertir que numerosos ejércitos fueron reclutados y mantenidos por las pequeñas repúblicas en el mundo antiguo, atribuye el poder militar de esos Estados a su falta de comercio y lujo: «Había pocos artesanos mantenidos por el trabajo de los agricultores, y por consiguiente más soldados podían vivir del mismo». Añade, empero, que «la política de los tiempos antiguos era violenta y contraria al curso natural de las cosas»; con lo que presumo que quiere decir que aspiraba demasiado a modificar el orden social por la fuerza de instituciones efectivas, conforme a una idea preconcebida de la conveniencia, sin confiar suficientemente en aquellos principios de la constitución humana que, siempre que se les deja el campo libre, no sólo conducen a la humanidad hacia la felicidad sino que sientan las bases de una mejora progresiva en su condición y carácter. Las ventajas que

la política moderna ostenta sobre la antigua surgen principalmente de su armonía, en algunos de los capítulos más importantes de la economía política, con un orden de cosas recomendado por la naturaleza; y no sería difícil mostrar que allí donde permanece imperfecta, sus errores pueden ser encontrados en las restricciones que impone sobre el curso natural de los asuntos humanos. En verdad, en dichas restricciones pueden descubrirse las semillas latentes de muchos de los prejuicios y disparates que infectan las maneras modernas, y que durante tanto tiempo han desafiado los razonamientos del filósofo y el ridículo del satírico.

Las muy deficientes indicaciones precedentes forman a mi juicio una introducción, no sólo adecuada sino en alguna medida necesaria, para el puñado de observaciones que presentaré sobre la *Investigación* del Sr. Smith, en la medida en que tienden a ilustrar un nexo entre su sistema de política comercial y sus especulaciones de años anteriores en las que apuntaba más abiertamente hacia el fomento del progreso y la felicidad humanos. Sólo esta visión de la economía política puede tornarla interesante para el moralista, y dignificar los cálculos de pérdidas y ganancias a ojos del filósofo. El Sr. Smith alude a ello en diversos pasajes de su obra, pero en ninguna parte explica plenamente la cuestión; y el intenso énfasis que plantea sobre los efectos de la división del trabajo en el incremento de su capacidad productiva parece, al menos a primera vista, llegar a una conclusión muy diferente y muy melancólica: que las mismas causas que promueven el progreso de las artes tienden a degradar la mente del artesano, y por consiguiente, que el crecimiento de la riqueza nacional implica sacrificar la personalidad del pueblo.

Las doctrinas fundamentales del Sr. Smith son ahora tan ampliamente conocidas que habría sido tedioso presentar aquí una recapitulación de las mismas; incluso si yo pudiese confiar en hacer justicia al tema dentro de los límites que me he prescrito. Me contentaré, pues, con observar en términos generales que el objetivo principal y director de sus especulaciones es ilustrar la disposición estipulada por la naturaleza en los principios de la mente humana, y en las circunstancias de la situación exterior del ser humano, en favor de un aumento gradual y progresivo en los medios de la riqueza nacional; y demostrar que el plan más eficaz para hacer avanzar a un pueblo hacia la grandeza es mantener el orden de cosas que la naturaleza ha señalado; y permitir

que cada persona, en la medida en que cumpla las reglas de la justicia, persiga su propio interés a su manera, y que lleve su trabajo y su capital a competir del modo más libre con sus conciudadanos. Cualquier sistema político que intente por incentivos extraordinarios desviar hacia una actividad especial una cuota del capital de la sociedad mayor que la que acudiría hacia ella naturalmente, o por restricciones extraordinarias impedir que entre en una actividad concreta una cuota del capital que en otro caso sería invertido en ella, es realmente subversivo para el gran objetivo que pretende promover.

Las circunstancias que en la Europa moderna han contribuido a alterar este orden de la naturaleza, y en especial a estimular la actividad de las ciudades, han sido investigadas por el Sr. Smith con agudo ingenio y de modo tal que arrojan mucha luz renovada sobre la historia del estado de la sociedad que prevalece en esta parte del mundo. Sus observaciones sobre el tema tienden a demostrar que dichas circunstancias fueron originalmente el resultado natural e inevitable de la situación peculiar de la humanidad en un período determinado, y que no surgieron de ningún esquema político de carácter general, sino de los intereses y prejuicios privados de clases concretas de personas.

El estado de la sociedad que se originó inicialmente a partir de una combinación singular de accidentes ha sido prolongado mucho más allá de su período natural, merced a un falso sistema de economía política propagado por comerciantes e industriales, una clase de individuos cuyo interés no siempre coincide con el general, y cuyos conocimientos profesionales les proporcionaron muchas ventajas, especialmente en la infancia de esta rama de la ciencia, a la hora de defender las opiniones que deseaban fomentar. Por medio de ese sistema se ha creado un nuevo conjunto de obstáculos al progreso de la prosperidad nacional. Los que provinieron de los desórdenes de la época feudal tendían directamente a perturbar la organización interna de la sociedad, al obstruir la libre circulación del trabajo y el capital, de un empleo a otro, y de un lugar a otro. El falaz sistema de economía política que ha predominado desde entonces, como su objetivo declarado ha sido regular los intercambios comerciales entre las diversas naciones, ha producido su efecto por vías menos directas y menos manifiestas, aunque igualmente perjudiciales para los Estados que lo han adoptado.

Este sistema, derivado de los prejuicios o más bien de los intereses de los especuladores mercantiles, ha sido denominado por el Sr. Smith

sistema comercial o mercantil; y ha estudiado en profundidad sus dos expedientes principales para enriquecer una nación: las restricciones a la importación y los incentivos a la exportación. Observa que una parte de tales arbitrios ha sido dictada por el espíritu del monopolio, y una parte por el espíritu del recelo en contra de los países con los cuales se supone que la balanza comercial es desfavorable. De sus razonamientos se concluye claramente que todos ellos tienden a perjudicar la riqueza de la nación que los impone. Sus opiniones con respecto al recelo del comercio se expresan con un tono de indignación que rara vez revisten sus escritos políticos.

«De esta forma —dice— los artificios solapados de los comerciantes se han erigido en máximas políticas para la conducta de un gran imperio. Se ha pretendido enseñar a las naciones que su interés consiste en arruinar a todos sus vecinos. Se ha intentado que cada nación contemple con envidia la prosperidad de cualquiera de las naciones con las que comercia, y que considere a ese beneficio como su propia pérdida. El comercio, que debería ser entre las naciones como entre los individuos, es decir: un lazo de unión y amistad, se ha vuelto un campo fértil para el desacuerdo y la animosidad. Durante el último siglo, ni la caprichosa ambición de reyes y ministros ha sido tan devastadora para la paz de Europa como el recelo impertinente de los comerciantes y los fabricantes. La violencia e injusticia de los gobernantes de la humanidad es un mal muy antiguo, que quizá apenas tenga remedio en la naturaleza de los asuntos humanos. Pero la mezquina rapacidad y el espíritu monopolista de los comerciantes y los industriales, que no son ni deben ser los gobernantes de la humanidad, es algo que aunque acaso no pueda corregirse, sí puede fácilmente conseguirse que no perturbe la tranquilidad de nadie salvo la de ellos mismos».

Tales son los principios liberales que según el Sr. Smith deberían orientar la política comercial de las naciones; el gran objetivo de los legisladores debería ser facilitar su adopción. De qué manera habría que ejecutar la teoría en casos concretos es una cuestión de naturaleza muy distinta, y cuya solución deberá variar en los diversos países conforme a las distintas circunstancias de cada caso. En una obra especulativa, como la del Sr. Smith, el análisis de esta cuestión no se ajusta con propiedad a su plan general; pero él era plenamente consciente del peligro derivado de una aplicación precipitada de las teorías políticas, lo que aparece claramente no sólo en el estilo general de sus escritos, sino de

algunas observaciones incidentales que formuló expresamente sobre el tema. Afirma en un pasaje: «Son tan desgraciados los efectos de todas las reglamentaciones del sistema mercantil, que no sólo introducen desórdenes muy peligrosos en el estado del cuerpo político, sino que son desórdenes con frecuencia difíciles de remediar sin ocasionar, al menos durante un tiempo, desórdenes todavía mayores. La forma, entonces, en que el sistema natural de perfecta libertad y justicia debe ser gradualmente restaurado, es algo que debemos dejar que determine la sabiduría de los políticos y legisladores del futuro». En la última edición de su *Teoría de los sentimientos morales* introdujo algunas advertencias que se refieren obviamente a la misma importante doctrina. El pasaje siguiente parece aludir más específicamente a los desarreglos del orden social cuyo origen se remonta a las instituciones feudales:

«La persona cuyo espíritu cívico es incitado exclusivamente por la humanidad y la benevolencia respetará los poderes y privilegios establecidos incluso de los individuos y más aún de los principales grupos y clases en los que se divide el Estado. Aunque considere que algunos de ellos son en cierto grado abusivos, se contentará con moderar lo que muchas veces no podrá aniquilar sin gran violencia. Cuando no pueda vencer los enraizados prejuicios del pueblo a través de la razón y la persuasión, no intentará someterlo mediante la fuerza sino que observará religiosamente lo que Cicerón llamó con justicia la divina máxima de Platón: nó emplear más violencia contra el país de la que se emplea contra los padres. Adaptará lo mejor que pueda sus planes públicos a los hábitos y prejuicios establecidos de la gente y arreglará en la medida de sus posibilidades los problemas que puedan derivarse de la falta de esas reglamentaciones a las que el pueblo es reacio a someterse. Cuando no puede instituir el bien, no desdeñará mejorar el mal; y, como Solón, cuando no pueda imponer el mejor sistema legal, procurará establecer el mejor que el pueblo sea capaz de tolerar».

Estas precauciones con respecto a la aplicación práctica de los principios generales eran particularmente necesarias viniendo del autor de *La riqueza de las naciones*, porque la libertad ilimitada de comercio, cuya recomendación es el objetivo fundamental del libro, es muy susceptible de adular la indolencia del político y de sugerir a los investidos del poder absoluto la idea de llevarla inmediatamente a la práctica. El autor del Elogio a la administración de Colbert afirma: «Nada es más hostil a la tranquilidad del político que un espíritu de moderación, porque lo con-

dena a la observación perpetua, le revela a cada momento la insuficiencia de su sabiduría, y lo deja con la sensación melancólica de su propia imperfección; en cambio, al socaire de un puñado de principios generales, un político doctrinario disfruta de una calma perpetua. Con la ayuda de uno solo, el de la perfecta libertad de comercio, gobernaría el mundo y dejaría que los asuntos humanos se resolvieran por sí solos, bajo la acción de los prejuicios e intereses propios de los individuos. Si éstos entran en contradicción, las consecuencias no lo angustian; insiste en que el resultado no podrá ser evaluado hasta que transcurran uno o dos siglos. Si sus contemporáneos, como consecuencia del desorden que ha provocado en los asuntos públicos, tienen escrúpulos a la hora de someterse pacíficamente al experimento, los acusa de impacientes. Sólo ellos, y no él, son los culpables de lo que sufren; y el principio sigue inculcándose con el mismo celo y la misma confianza que antes». Tales las palabras del ingenioso y elocuente autor del Elogio de Colbert, que obtuvo el premio de la Academia francesa en 1763; su trabajo es limitado y está equivocado en sus visiones especulativas, pero abundan en él reflexiones justas e importantes de carácter práctico. No pretenderé establecer hasta qué punto sus observaciones se aplican a la clase particular de políticos que evidentemente tenía presente en la cita anterior.

Es apenas necesario que añada que estas observaciones no desmerecen en absoluto el valor de las teorías políticas que intentan diseñar los principios de una legislación perfecta. Dichas teorías (como he apuntado en otro lugar*) han de ser consideradas meramente como descripciones de los objetivos *últimos* a los que debería aspirar un político. La tranquilidad de su gobierno y el éxito inmediato de sus medidas dependen de su buen sentido y su pericia práctica; sus principios teóricos sólo le permiten orientar sus medidas con firmeza y sabiduría, promover el progreso y la felicidad de las personas, e impedir que abandone estos fines importantes en favor de visiones más limitadas de conveniencia sólo temporal. «En todos los casos —dice el Sr. Hume— será beneficioso saber cuál es el modelo más perfecto, de modo de poder aproximar a él cualquier constitución o forma política real por medio de alteraciones e innovaciones suaves que no perturben demasiado a la sociedad».

* *Elements of the philosophy of the human mind*, pág. 261.

Los límites de este ensayo me hacen imposible examinar en detalle el mérito de la obra del Sr. Smith en lo tocante a la originalidad. La notable coincidencia de su doctrina del libre comercio e industria con la que hallamos en los escritos de los economistas franceses aparece en el breve bosquejo de su sistema que él mismo presenta. Pero seguramente ni los más fervorosos partidarios del sistema pretenderán que ninguno de sus numerosos expositores se ha aproximado al Sr. Smith en la precisión y perspicuidad con que lo presenta, o en el modo científico y luminoso con que lo deduce a partir de principios elementales. La torpeza de su terminología técnica y la forma paradójica con la que han optado por presentar algunas de sus opiniones son reconocidas incluso por quienes están más dispuestos a hacer justicia a sus méritos; y cabe dudar, con relación a la *Investigación* del Sr. Smith, si existe algún libro fuera del círculo de las ciencias matemáticas y físicas que resulte al tiempo tan conforme en su ajuste a las reglas de la recta lógica, y tan accesible al examen de lectores comunes. Aparte de las especulaciones particulares y originales del autor, no creo que haya aparecido en nuestro tiempo una obra que contenga una recopilación tan metódica, comprensiva y juiciosa de toda la filosofía más profunda e ilustrada del momento*.

También hay que subrayar, en justicia con el Sr. Smith, que aunque algunos de los autores económicos le tomaron la delantera para lanzar sus doctrinas al mundo, tales doctrinas fueron en el caso de él mismo totalmente originales, derivadas de sus propias reflexiones. Creo que cualquier persona que lea la *Investigación* con cuidado, y se moleste en examinar la evolución gradual y exquisita de las ideas del autor, se convencerá de ello. Pero en el caso de que persistan dudas al respecto, cabe apuntar que las lecciones políticas del Sr. Smith, que comprendían los principios fundamentales de su *Investigación*, fueron dictadas en Glasgow en fecha tan temprana como 1752 o 1753, período en el que sin duda no había trabajos franceses sobre el tema que hubieran podido servirle de guía en sus análisis**. Es verdad que en el año 1756 el

* Ver nota (H.).

** Como prueba de ello me basta recurrir a una breve historia del desarrollo de la economía política en Francia, publicada en uno de los volúmenes de *Ephémerides du Citoyen*. Véase la primera parte del volumen correspondiente al año 1769. El trabajo se titula *Notice abrégée des différens Écrits modernes, qui ont concouru en France à former la science de l'économie politique.*

Sr. Turgot (del que se dice que tomó sus primeras ideas acerca de la libertad ilimitada del comercio de un viejo comerciante, el Sr. Gournay) publicó en la *Encyclopédie* un artículo que revela suficientemente hasta qué punto su mente se había emancipado de los antiguos prejuicios en favor de las regulaciones comerciales. Pero que tales opiniones se hallaban entonces limitadas en Francia a un puñado de pensadores es algo que queda claro en un pasaje de las *Mémoires sur la Vie et les Ouvrages de M. Turgot* en el cual, después de una breve cita del artículo antes mencionado, el autor añade: «Esas ideas eran *entonces* consideradas paradójicas; han llegado después a convertirse en habituales y algun día serán universalmente adoptadas».

Es evidente que los *Discursos políticos* del Sr. Hume fueron más útiles para el Sr. Smith que ningún otro libro aparecido antes de sus lecciones. Ahora bien, las teorías del Sr. Hume, aunque siempre plausibles e ingeniosas, y en la mayoría de los casos profundas y acertadas, contienen algunos errores básicos; y cuando se las compara con las del Sr. Smith se vuelven una prueba impactante de que al estudiar un tema tan amplio y complicado, si la sagacidad más penetrante se dirige sólo a cuestiones particulares tenderá a confundirse merced las primeras apariencias; y de que nada nos guarda más eficazmente del error que una visión comprensiva del conjunto del campo bajo discusión, asistida por un análisis preciso y paciente de las ideas a las que aplicamos nuestros razonamientos. Merece la pena recordar que el ensayo «Sobre el recelo del comercio» del Sr. Hume, junto con algún otro de sus *Discursos políticos*, recibió una muy halagüeña demostración de aprobación por parte del Sr. Turgot, al encarar éste la labor de traducirlos al francés*.

Soy consciente de que las pruebas que he presentado hasta aquí en favor de la originalidad del Sr. Smith pueden ser objetadas en tanto que no absolutamente decisivas, al descansar enteramente en los recuerdos de los estudiantes que asistieron a sus primeros cursos de filosofía moral en Glasgow, recuerdos que a cuarenta años de distancia no cabe suponer que sean muy precisos. Por fortuna existe un manuscrito breve redactado por el Sr. Smith en el año 1755 y presentado por él ante una sociedad de la que era entonces miembro; en este papel aparece una enumeración bastante extensa de ciertos principios directores, políticos

* Ver nota (I.).

y literarios, sobre los que le preocupaba estipular su derecho exclusivo, con objeto de prevenir la posibilidad de algunas reivindicaciones rivales que creía tener motivos para temer, y a las que su posición como catedrático, sumada a sus comunicaciones francas en grupos privados, lo tornaba particularmente susceptible. Estoy actualmente en posesión de este papel. Su tono es en buena parte el honrado e indignado celo que es quizá inevitable en un hombre consciente de la pureza de sus propias intenciones, cuando sospecha que se han aprovechado de la franqueza de su temperamento. En tales ocasiones no siempre se toman precauciones frente a los plagios que, por crueles que puedan ser en sus efectos, no necesariamente implican mala fe en sus responsables; el grueso de las personas, incapaces de pensar originalmente, están absolutamente imposibilitadas de formarse una idea sobre la naturaleza del daño infligido a un hombre de genio inventivo cuando se usurpa una de sus especulaciones favoritas. Por motivos que algunos miembros de esa sociedad conocen, sería impropio, merced a la publicación de este manuscrito, resucitar la memoria de diferencias privadas; y no habría yo aludido al mismo si no pensara que es un documento valioso sobre la evolución de las ideas políticas del Sr. Smith en fecha muy temprana. Muchas de las opiniones más importantes de *La riqueza de las naciones* están allí detalladas, y sólo citaré unas frases. «El ser humano es generalmente considerado por políticos y proyectistas como el material de una suerte de mecánica política. Los proyectistas perturban la naturaleza en el curso de sus operaciones en los asuntos humanos, y lo único que se necesita es dejarla en paz y permitirle un juego limpio en la persecución de sus fines, de modo que pueda establecer sus propios designios». En otro pasaje dice: «Para llevar a un Estado de la más ruda barbarie hasta el máximo grado de opulencia se requiere poco más que paz, impuestos moderados y una tolerable administración de justicia; todo lo demás se produce por el curso natural de las cosas. Todo los gobiernos que desbaratan este curso natural, que fuerzan las cosas hacia otros canales, o que pretenden detener el progreso de la sociedad en un punto determinado, son antinaturales, y para mantenerse se ven forzados a ser opresivos y tiránicos. Una buena parte de las opiniones presentadas en este papel son tratadas con más extensión en unas lecciones que conservo, y que fueron escritas por un amanuense, que desde hace seis años no está a mi servicio. Todas esas opiniones han sido tema constante en mis lecciones desde que empecé a encargarme de las cla-

ses del Sr. Craigie, en el primer invierno que pasé en Glasgow, hasta hoy, sin ninguna variación apreciable. Todas habían sido temas de mis conferencias pronunciadas en Edimburgo durante el invierno anterior a mi partida, y puedo aducir que innumerables testigos, tanto de allí como de aquí, podrán determinar suficientemente que son mías».

Después de todo, acaso el mérito de una obra como la del Sr. Smith deba ser estimado no tanto por la novedad de los principios que contiene como por los razonamientos empleados para sostenerlos y por la forma científica en que son dispuestos en su correcto orden y conexión. Proclamaciones generales sobre las ventajas del libre comercio es algo que puede encontrarse en varios autores anteriores. Pero en cuestiones de naturaleza tan complicada como las de la economía política, el crédito por tales opiniones pertenece por derecho al autor que primero establece su solidez y las razona hasta sus consecuencias remotas, y no al que por un afortunado accidente tropieza primero con la verdad.

Además de los principios que el Sr. Smith consideraba más particularmente suyos, su *Investigación* exhibe una visión sistemática de los artículos más importantes de la economía política, de modo que cumple el propósito de un tratado elemental sobre esa ciencia tan amplia y difícil. La pericia y extensión intelectual desplegadas en su labor sólo pueden ser ponderadas por los que las han comparado con las de sus predecesores inmediatos. Y quizá en cuanto a utilidad el trabajo que se ha tomado para conectar y metodizar sus ideas dispersas no es menos valioso que los resultados de sus propias especulaciones originales; porque las verdades ejercen su apropiada impresión sobre la mente, y las opiniones equivocadas pueden ser combatidas con éxito, sólo cuando son clasificadas con un orden claro y natural.

No es mi propósito hoy (ni siquiera si estuviese cualificado para la tarea) intentar una separación de las doctrinas sólidas e importantes del libro del Sr. Smith de las opiniones que parecen recusables o dudosas. Admito que no se entendería que yo suscribiera implícitamente algunas de sus conclusiones, en especial en el capítulo donde trata de los principios de la tributación, un asunto que ciertamente ha examinado de modo más descuidado e insatisfactorio que la mayoría de los otros que ha estudiado*.

* Ver nota (J.).

Sería incorrecto terminar esta sección sin anotar la libertad animosa y digna con la que el autor presenta uniformemente sus opiniones, y la superioridad con que va descubriendo todas las pequeñas pasiones vinculadas con las facciones de la época en que escribió. Quien se tome la molestia de comparar el tono general de su composición con el período de su primera edición no dejará de percibir y reconocer la fuerza de esta observación. No es frecuente que el entusiasmo desinteresado por la verdad halle tan pronto su justa retribución. Los filósofos, por emplear una expresión de Lord Bacon, son «los servidores de la posteridad», y el grueso de los que han dedicado sus talentos a los mejores intereses de la humanidad se han visto forzados, igual que Bacon, a «legar su fama» a una raza que aún no había nacido, y a consolarse con la idea de sembrar lo que otra generación iba a cosechar:

> Injerta tus peras, Dafne,
> los frutos serán recogidos por tus descendientes.

El Sr. Smith fue más afortunado, o más bien su fortuna fue en este sentido singular. Sobrevivió a la publicación de su obra sólo quince años; sin embargo, durante ese breve período no sólo tuvo la satisfacción de ver cómo la oposición que despertó al principio gradualmente se fue apaciguando, sino de ser testigo de la influencia práctica de sus escritos en la política comercial de su país.

Sección V

Concluye la narración

Un par de años después de la publicación de *La riqueza de las naciones*, el Sr. Smith fue designado como uno de los Comisarios de Aduanas de Su Majestad en Escocia, una promoción que a su juicio tenía un valor añadido porque la había recibido por una solicitud del duque de Buccleuch. Pasó la mayor parte de esos dos años en Londres, disfrutando de compañías demasiado numerosas y variadas como para permitirle ninguna oportunidad para satisfacer su gusto por el estudio. No fue, empero, un tiempo perdido, porque buena parte del mismo lo pasó con algunos de los primeros nombres de la literatura inglesa. No es una mala muestra de los mismos la que conservó el Dr. Barnard en sus conocidos «Versos dirigidos a Sir Joshua Reynolds y sus amigos»:

Si tengo ideas, y no puedo expresarlas
Gibbon me enseñará a vestirlas
con palabras tersas y selectas;
Jones me enseña modestia, y griego;
Smith a pensar, Burke a hablar,
y Beauclerk a conversar*.

Como consecuencia de su nombramiento en la Junta de Aduanas, el Sr. Smith se instaló en Edimburgo, donde pasó los doce últimos años de su vida; disfrutando de una afluencia que era más que suficiente para satisfacer todas sus necesidades, y de algo que para él tenía mucho más valor: la perspectiva de pasar el resto de sus días entre los compañeros de su juventud.

Su madre, que aunque tenía una edad muy avanzada, poseía aún una salud muy buena y retenía todas sus facultades, lo acompañó a la ciudad; su prima, la señorita Jane Douglas (que había estado antes con su familia en Glasgow y hacia quien siempre sintió un afecto fraternal), compartía con él las tiernas atenciones que requerían los achaques de su tía, y gracias a su afable superintendencia de su economía doméstica lo aliviaba de una carga para la que estaba particularmente mal cualificado.

El acceso al ingreso que le comportó su nuevo cargo le permitió satisfacer, en un grado muy superior que lo admitido por sus circunstancias anteriores, su tendencia natural a la generosidad; y el estado de su patrimonio en el momento de su muerte, comparado con su muy moderado tren de vida, confirmaron más allá de ningún género de duda, lo que sus íntimos habían sospechado a menudo: que una amplia proporción de sus ahorros anuales se destinó a secretas actividades caritativas. Los únicos gastos que podían ser considerados como suyos fueron una pequeña pero excelente biblioteca, formada gradualmente con un criterio selectivo muy juicioso, y una mesa sencilla aunque hospitalaria, en torno a la cual, y sin la formalidad de una invitación, siempre le gustaba recibir a sus amigos**.

---

* Véase el Annual Register del año 1776.

** He sabido de ejemplos muy conmovedores de la beneficencia del Sr. Smith, en casos donde le resultó imposible ocultar por entero sus buenos oficios, a través de una parienta cercana, y una de sus amistades de más confianza, la Srta. Ross, hija del fallecido Patrick Ross, Esq. de Innernethy. Los ejemplos estaban en todos los casos muy por encima de lo que habría podi-

El cambio en sus hábitos que provocó su mudanza a Edimburgo no fue igualmente favorable para sus objetivos literarios. Los deberes del cargo, aunque requerían poco esfuerzo intelectual, fueron sin embargo suficientes para agotar sus energías y disipar su atención; y ahora que su carrera ha terminado es imposible pensar en el tiempo que consumieron sin lamentar que no se hubiera invertido en labores más beneficiosas para el mundo y más a la altura de su mente.

Durante los primeros años de su residencia en esta ciudad, sus estudios parecieron suspenderse totalmente; y su pasión por las letras sólo sirvió para entretener su ocio y animar su conversación. Los achaques de la edad, cuyos indicios empezó a sentir muy temprano, le recordaron, cuando ya era demasiado tarde, lo que aún debía al público y a su propia fama. Los materiales fundamentales para las obras que había anunciado ya habían sido recopilados hacía tiempo, y probablemente no faltaba nada más que unos pocos años de salud y retiro para conferirles la disposición sistemática que tanto le deleitaba, y los adornos del estilo fluido y aparentemente fácil que había cultivado con esmero, y que tras toda su experiencia en la composición fue ajustando con suma dificultad a su inclinación personal*.

La muerte de su madre, en 1784, que fue seguida por la de la señorita Douglas en 1788, probablemente contribuyó a frustrar esos planes. Habían sido los objetos de su cariño durante más de sesenta años, y en su compañía había disfrutado desde la infancia todo lo que sabía acerca de la ternura de una familia**. Estaba ahora solo y desvalido; aunque soportó su pérdida con ecuanimidad, y recuperó aparentemente su antigua jovialidad, su salud y fortaleza decayeron gradualmente hasta el

---

do esperarse, dada su fortuna; y los acompañaron circunstancias que igualmente hacían honor a la delicadeza de sus sentimientos y la liberalidad de su corazón.

* El Sr. Smith me dijo, no mucho antes de su muerte, que después de todo lo que había practicado, seguía escribiendo tan lentamente y con tantas dificultades como al principio. Añadió al mismo tiempo que en este sentido el Sr. Hume había adquirido tanta facilidad que los últimos volúmenes de su *History* se imprimieron directamente a partir de su original, con sólo correcciones marginales.

Podrá satisfacer la curiosidad de algunos lectores el saber que cuando el Sr. Smith se enfrascaba en la composición, solía andar de un lado a otro de su habitación, dictando a un secretario. Todas las obras del Sr. Hume (así me lo han asegurado) fueron escritas de su puño y letra. Pienso que un lector crítico podrá percibir en los estilos diferentes de estos dos autores clásicos los efectos de sus diferentes modos de estudio.

** Ver nota (K.).

momento de su muerte, que tuvo lugar en julio de 1790, unos dos años después de la de su prima y seis después de la de su madre. Su última enfermedad, derivada de una obstrucción intestinal crónica, fue prolongada y dolorosa; pero contó para aliviarla con todo el consuelo que obtuvo de la cariñosa simpatía de sus amigos, y con la completa resignación de su propia mente.

Pocos días antes de su muerte, y viendo que el final se aproximaba velozmente, dio órdenes de destruir todos sus manuscritos, salvo unos ensayos separados que confió al cuidado de sus albaceas; lo demás fue consecuentemente consumido por las llamas. Ni sus amigos más íntimos conocían el contenido concreto de esos papeles; pero no cabe dudar que consistían en parte en las conferencias sobre retórica que pronunció en Edimburgo en 1748, y en las lecciones sobre religión natural y jurisprudencia, que formaban parte de su curso en Glasgow. Es posible que este daño irreparable a las letras proviniese en cierto grado de un cuidado excesivo por el autor de su reputación póstuma; pero con relación a algunos de sus manuscritos ¿no podemos conjeturar que fue influido por motivos más elevados? Es raro que un filósofo, ocupado desde su juventud en análisis morales o políticos, cumpla cabalmente su aspiración de exponer a los demás los fundamentos sobre los que se basan sus propias opiniones; y así sucede que los principios conocidos de un individuo, que ha demostrado al público su sinceridad, su liberalidad y su juicio, tienen derecho a un peso y una autoridad independientemente de las pruebas que en cualquier ocasión particular sea capaz de presentar en su apoyo. Una conciencia secreta de esta circunstancia, y una aprensión de que si no se hace justicia a un argumento importante, el progreso de la verdad puede ser más bien frenado que extendido, probablemente haya podido inducir a muchos autores a privar al mundo de los resultados incompletos de sus trabajos más valiosos; y a contentarse con otorgar la sanción general de su aprobación a verdades que consideraban especialmente interesantes para la raza humana*.

* Después de escribir lo anterior, he recibido los siguientes detalles gracias al Dr. Hutton: «Tiempo antes de su última enfermedad, cuando el Sr. Smith tuvo la ocasión de viajar a Londres, ordenó a sus amigos, a quienes había confiado sus manuscritos, que en la eventualidad de su muerte destruyeran todos los volúmenes con sus lecciones, y que hicieran con el resto de sus manuscritos lo que creyeran oportuno. Cuando empeoró e intuyó el final de su vida, volvió a hablar con sus amigos sobre el mismo tema. Le rogaron que se tranquilizara, porque podía confiar en que cumplirían su deseo. Con esto quedó satisfecho. Pero algunos días más tarde, al

Los añadidos a la *Teoría de los sentimientos morales*, que en su mayoría fueron compuestos bajo severas dolencias, habían sido por suerte enviados a la imprenta a comienzos del verano anterior, y el autor vivió lo suficiente para ver su obra publicada. El aire moral y grave que predomina en esos añadidos, cuando se lo conecta con las circunstancias de su salud quebrantada, suma un encanto peculiar a su conmovedora elocuencia y transmite si fuera posible un interés renovado a esas verdades sublimes que en el retiro académico de su juventud despertaron los primeros ardores de su genio, y sobre las que reposaron los últimos esfuerzos de su mente.

---

comprobar que su ansiedad no había desaparecido por entero, suplicó a uno de ellos que destruyera los volúmenes de inmediato. Así se hizo y su ánimo se vio tan aliviado que pudo recibir a sus amigos por la noche con su complacencia habitual.

»Solían venir a cenar con él los domingos; y esa noche hubo una reunión bastante numerosa. El Sr. Smith no se encontraba lo suficientemente bien como para sentarse con ellos como hacía siempre, y se fue a la cama antes de cenar. Cuando se retiraba, se despidió de sus amigos diciendo: "Creo que debemos trasladar esta reunión a algún otro lugar". Murió pocos días después».

El Sr. Riddell, amigo cercano del Sr. Smith, que estaba presente en una de las conversaciones a propósito de los manuscritos, me dijo, como complemento de la nota del Dr. Hutton, que el Sr. Smith lamentaba «haber hecho tan poco». «Pero pretendía (dijo) haber hecho mucho más, y hay materiales entre mis papeles que pude haber aprovechado grandemente. Sin embargo, eso es ahora imposible».

La idea de destruir las obras no terminadas que poseyera en el momento de su muerte no fue efecto de una resolución súbita o precipitada, como se ve en la siguiente carta al Sr. Hume, escrita por el Sr. Smith en 1773, en un momento en que se preparaba para viajar a Londres, con la perspectiva de una ausencia bastante prolongada de Escocia:

Edimburgo, 16 abril 1773

Mi querido amigo:

Como le he dejado a cargo de todos mis papeles literarios, debo decirle que salvo los que me llevo conmigo, ninguno merece ser publicado, excepto un fragmento de una obra amplia que contiene una historia de los sistemas astronómicos que sucesivamente estuvieron en boga hasta la época de Descartes. Si eso puede ser o no publicado como parte de un proyecto juvenil, es algo que dejo totalmente a su juicio, aunque empiezo a sospechar que hay en algunas de sus partes más refinamiento que solidez. Encontrará usted esta obra en un estrecho cuaderno de folios en mi cuarto. En cuanto a todos los demás papeles sueltos que hallará usted en el escritorio, o tras las puertas de cristal de un buró en mi dormitorio, junto con unos dieciocho cuadernos de folios que también verá usted tras las mismas puertas de cristal, deseo que sean destruidos sin examen previo alguno. Salvo que muera muy súbitamente, me ocuparé que los papeles que llevo conmigo le sean cumplidamente entregados.

Siempre soy, mi querido amigo, muy sinceramente suyo,

ADAM SMITH

A David Hume, Esq.
St. Andrew's Square.

En una carta dirigida en 1787 al Principal de la Universidad de Glasgow, como consecuencia de su elección como rector de tan ilustrada corporación, aparece un grato recuerdo de la satisfacción con que siempre evocó ese período de su carrera literaria, en donde más particularmente se había consagrado a esos estudios importantes. «Ninguna promoción (dice) podría darme tanta genuina satisfacción. Ninguna persona puede deber más a una sociedad como lo que yo debo a la Universidad de Glasgow. Allí me educaron; me enviaron a Oxford; poco después de mi regreso a Escocia me eligieron como uno de sus integrantes, y después me ascendieron a otra plaza, a la cual las capacidades y virtudes del jamás olvidable Dr. Hutcheson habían conferido un grado superior de ilustración. Recuerdo el período de trece años que pasé como miembro de esa sociedad como el más útil, y por consiguiente el más feliz y más honorable período de mi vida; y ahora, tras veintitrés años de ausencia, el que mis viejos amigos y protectores me tengan presente de forma tan agradable me proporciona una alegría de corazón que no es fácil expresar».

La breve narración que ahora toca a su fin, por escasos que sean los incidentes que refiere, puede dar una idea general del genio y personalidad de este hombre ilustre. De los dones y logros intelectuales por los que fue eminentemente distinguido; de la originalidad y amplitud de sus miras; la extensión variedad y corrección de sus informaciones; la inagotable fertilidad de su inventiva; y los adornos que su rica y hermosa imaginación tomó de la cultura clásica; de todo ello dejó él monumentos perdurables. En cuanto a sus valores privados pueden hallarse los testimonios más indudables en la confianza, respeto y afecto que lo acompañaron en todas las diversas relaciones de su vida. La serenidad y jovialidad que manifestó bajo la presión de sus crecientes achaques, y el cálido interés que mostró hasta el final en todo lo conectado con el bienestar de sus amigos, serán recordados durante mucho tiempo en un reducido círculo con el cual, mientras sus fuerzas se lo permitieron, pasó regularmente una velada por semana, y en el cual la evocación de sus méritos aún constituye un grato aunque melancólico lazo de unión.

Quizá sea imposible delinear las facetas más delicadas y distintivas de su mente. Que había muchas peculiaridades en sus maneras y en sus hábitos intelectuales era algo manifiesto hasta para el observador más superficial; aunque para los que lo conocían esas peculiaridades no disminuían en nada el respeto que suscitaban sus capacidades; y aun-

que para sus amigos íntimos agregaban un encanto inexpresable a su conversación, al desplegar con la luz más interesante la llana sencillez de su corazón; se requeriría una pluma muy diestra para presentarlas en público. No estaba ciertamente preparado para los intercambios generales del mundo o para los asuntos de la vida activa. Las amplias especulaciones en las que estuvo ocupado desde su juventud, y la diversidad de los materiales que su propia inventiva suministraba continuamente a sus pensamientos, hacían que habitualmente descuidara los objetos familiares y los sucesos comunes; con frecuencia mostraba ejemplos de distracción que difícilmente habría superado la fantasía de La Bruyère. Incluso en compañía podía quedar absorbido por sus estudios; y a veces parecía, por el movimiento de sus labios, así como su aspecto y sus gestos, que lo arrebataba el fervor de la composición. Sin embargo, muchas veces me ha asombrado porque a años de distancia recordaba con precisión las particularidades más nimias; y me inclino a pensar, por ésta y algunas otras circunstancias, que poseía la capacidad —quizá no infrecuente entre personas ausentes— de recordar, como consecuencia de esfuerzos reflexivos subsiguientes, muchos sucesos que cuando tuvieron lugar no parecieron atraer apreciablemente su atención.

Al defecto mencionado probablemente se debió el que no entrara fácilmente en diálogos o conversaciones normales, y que tendía a transmitir sus propias ideas bajo la forma de una lección. Ahora bien, cuando lo hacía, jamás procedía a partir de un deseo de monopolizar el discurso o complacer su vanidad. Su propia preferencia lo disponía tan intensamente a disfrutar en silencio la alegría de quienes lo rodeaban, que sus amigos a menudo se ponían de acuerdo entre ellos para atraerlo hacia las discusiones que probablemente más le iban a interesar. No creo que se me pueda acusar de exagerado si afirmo que no se conocía que hubiera iniciado él mismo un tema nuevo, o que pareciese poco preparado para discutir sobre los temas planteados por otros. En verdad, nunca era más entretenida su conversación que cuando daba rienda suelta a su genio en las pocas ramas del saber sobre las que sólo controlaba sus rudimentos.

Las opiniones que se formaba sobre las personas, a partir de un ligero conocimiento, eran frecuentemente erróneas; pero la tendencia de su naturaleza lo empujaba más hacia la ciega parcialidad que hacia el prejuicio infundado. Las grandes visiones de los asuntos humanos, en torno a los cuales solía girar su mente, no le dejaban ni tiempo ni de-

seo de estudiar en detalle las peculiaridades no interesantes de personalidades corrientes; en consecuencia, aunque íntimo conocedor de las capacidades del intelecto y las acciones del corazón, y acostumbrado en sus teorías a subrayar con el trazo más delicado las sombras más sutiles del genio y de las pasiones; a pesar de ello, al juzgar a individuos, a veces ocurría que sus estimaciones se alejaban de la verdad en un grado sorprendente.

Asimismo, las opiniones que en la ligereza y confianza de sus horas sociales acostumbraba a arriesgar acerca de libros y cuestiones especulativas no eran uniformemente las que cabría haber esperado, dada la superioridad de su inteligencia y la singular coherencia de sus principios filosóficos. Podían ser influidas por circunstancias accidentales o por el humor del momento; y cuando eran repetidas por quienes sólo lo veían ocasionalmente sugerían ideas falsas y contradictorias sobre sus sentimientos reales. Pero incluso en esas ocasiones, como en la mayoría de las otras, siempre había mucho de verdad en sus observaciones, y también de ingenio; y si las diferentes opiniones que en momentos distintos emitió acerca del mismo tema fueran combinadas todas juntas, de forma de modificarse y limitarse unas a otras, probablemente habrían aportado materiales para una decisión tan comprensiva como justa. Pero en la compañía de sus amigos no tenía pretensión alguna de arribar a las matizadas conclusiones que admiramos en sus escritos, y generalmente se contentaba con un bosquejo audaz y magistral del objeto, desde el primer punto de vista que por su temperamento o capricho se le ocurría. Algo similar cabe observar de cuando intentaba, con su ánimo desatado, delinear las personalidades que, dada una prolongada intimidad, cabía suponer que entendía en profundidad. El retrato siempre era vivo y expresivo; y mirado desde un aspecto particular, normalmente guardaba un intenso y entretenido parecido con el original; pero pocas veces transmitía una imagen justa y completa de todas sus dimensiones y proporciones. En una palabra, el fallo de sus juicios impremeditados estribaba en que eran demasiado sistemáticos y demasiado extremosos.

Pero cualquiera que sea la explicación de estas nimias particularidades de sus maneras, no cabe duda de que estaban estrechamente vinculadas con la candidez genuina de su mente. En esa cualidad afable a menudo les hacía a sus amigos recordar a las historias que se cuentan del bueno de La Fontaine; una cualidad que en él derivaba una gracia

especial de la singularidad de su combinación con los poderes de razonamiento y elocuencia que en sus escritos políticos y morales se han ganado desde hace mucho la admiración de Europa.

En su forma y apariencia exterior no había nada fuera de lo común. Cuando estaba cómodo, y cuando le entusiasmaba una conversación, sus gestos eran animados y no desagraciados; en la compañía de aquellos a quienes amaba, sus rasgos a menudo se iluminaban con una sonrisa de inenarrable benignidad. En presencia de extraños, su tendencia al ensimismamiento, y quizá aún más su conciencia de dicha tendencia, hacían que sus modales resultaran algo torpes; un efecto que probablemente no fue poco acentuado por las ideas especulativas sobre la corrección, que sus hábitos reclusos tendían al mismo tiempo a perfeccionar en su concepción y a disminuir en su capacidad de practicarlas. Jamás posó para un retrato, pero el medallón de Tassie transmite una idea precisa de su perfil y de la expresión general de su semblante.

Legó su valiosa biblioteca, junto con el resto de sus propiedades, a su primo el Sr. David Douglas, abogado*. Había empleado buena parte de su tiempo de ocio en la educación de este caballero; y fue sólo dos años antes de su muerte (en un momento en que mal podía prescindir del placer de su compañía) cuando lo envió a estudiar Derecho a Glasgow, al cuidado del Sr. Millar; la prueba más irrefutable que podía dar de su celo desinteresado en favor del progreso de su amigo, así como de la estimación que sentía por las capacidades de ese eminente catedrático.

Sus albaceas testamentarios fueron el Dr. Black y el Dr. Hutton, con quienes había mantenido durante mucho tiempo la amistad más íntima y cordial, y quienes, a los numerosos otros testimonios que habían dado de su afecto, añadieron el penoso servicio de asistir a sus últimos momentos.

* Recientemente nombrado senador en el Colegio de Justicia, con el título de Lord Reston.

NOTAS A LA VIDA DE ADAM SMITH, LL.D.

Nota (A.)

El recientemente fallecido James Oswald, Esq., que durante muchos años fue uno de los más activos, capaces y patrióticos de entre nuestros representantes escoceses en el Parlamento. Se distinguió particularmente por sus conocimientos en materia de finanzas y por su atención a todo lo relativo a los intereses comerciales y agrícolas del país. Por la forma en que aparece mencionado en un escrito del Sr. Smith, que he podido leer, parece que combinó, además de la prolija información que es reconocido que atesoró como estadista y hombre de negocios, un gusto por los análisis más generales y filosóficos sobre economía política. Fue íntimo de Lord Kames y el Sr. Hume, y uno de los primeros y más confidentes amigos del Sr. Smith.

Nota (B.)

Quienes han obtenido su conocimiento del Dr. Hutcheson sólo a través de sus publicaciones podrá quizá discutir la corrección del epíteto *elocuente* aplicado a cualquiera de sus obras; en especial, si se aplica al *System of moral philosophy*, publicado después de su muerte, y que recoge la sustancia de sus lecciones en la Universidad de Glasgow. Sin embargo, sus talentos como orador deben haber sido de un nivel muy superior a los que desplegó como escritor; todos los estudiantes suyos que he podido encontrar (y algunos son unos jueces ciertamente muy competentes) coinciden exactamente en sus testimonios sobre la extraordinaria impresión que dejaron en los ánimos de sus oyentes. He mencionado en el texto al Sr. Smith como uno de sus más fervientes admiradores; aprovecharé esta oportunidad para añadir a su nombre los del fallecido conde de Selkirk, el fallecido Lord Presidente Miller, y el fallecido Dr. Archibald Maclaine, el muy erudito y juicioso traductor de la Historia Eclesiástica de Mosheim. Mi padre, que también asistió a las lecciones del Dr. Hutcheson durante varios años, siempre las recordaba muy impresionado. En este caso sólo podemos decir, como opinó Quintiliano sobre la elocuencia de Hortensio: «Sus palabras pa-

recen haber complacido de una manera que no podemos descubrir en sus escritos».

La Investigación del Dr. Hutcheson sobre nuestras ideas acerca de la belleza y la virtud, su Discurso sobre las pasiones; y sus Ilustraciones sobre el sentido moral llevan la marca de las facetas características de su genio de manera más indeleble que su obra póstuma. Su gran y merecida fama en este país descansa hoy fundamentalmente sobre la historia tradicional de sus lecciones académicas, que contribuyeron muy grandemente a difundir en Escocia el gusto por la discusión analítica y el espíritu de la investigación liberal, a los que el mundo debe algunas de las más valiosas producciones del siglo XVIII.

Nota (C.)

Según John Gillies, el ilustrado traductor de la Ética y la Política de Aristóteles al inglés, la idea general que recorre la teoría del Sr. Smith fue evidentemente tomada del siguiente pasaje de Polibio: «De la unión de los dos sexos, a la que todos propenden, nacen los niños. Por tanto, cuando alguno de ellos, al llegar a la edad adecuada, en vez de proporcionar la adecuada retribución de gratitud y ayuda a quienes los han criado, intenta por el contrario dañarlos de palabra u obra, es patente que quienes contemplen este mal, tras haber visto también los sufrimientos y los cuidados anhelantes que despliegan los padres en la alimentación y educación de sus hijos, quedarán grandemente ofendidos y disgustados ante semejante proceder. Porque el hombre, que entre todas las diversas clases de animales es el único dotado con la facultad de razonar, no puede, como el resto, ignorar tales acciones, sino que reflexionará sobre lo que ve, comparará el futuro con el presente, y no dejará de expresar su indignación por ese tratamiento injurioso; al que preverá que él mismo podrá en algún momento estar expuesto. Así, cuando cualquiera que haya sido socorrido por alguien en un instante de peligro, en lugar de mostrarse amable con su benefactor, procura siempre destruirlo o perjudicarlo, es evidente que a todas las personas les escandalizará tamaña ingratitud, por simpatía con el resentimiento de su prójimo, y también por una aprehensión de que esa situación podría ser la propia. De ahí surge en la mente de todas las personas una determinada *noción* de la naturaleza y fuerza del deber, en que consiste tanto el comienzo como el fin de la justicia. Del mismo modo, el hom-

bre que en defensa de otros arrostra más cualquier peligro, y hasta hace frente a los ataques de los animales más feroces, nunca deja de obtener las mayores exclamaciones de aplauso y veneración de toda la multitud; mientras que quien revela una conducta distinta es perseguido por la crítica y el reproche. Y así es como la gente empieza a discernir la naturaleza de las cosas honorables y ruines, y en qué estriba la diferencia entre ambas; y a percibir que las primeras, debido a la ventaja que las caracteriza, son propias para ser admiradas e imitadas, y las segundas, detestadas y evitadas».

«La doctrina contenida en este pasaje (dice el Dr. Gillies) es expandida por el Dr. Smith en una teoría de los sentimientos morales. Pero se separa de *su autor* porque sitúa la percepción de lo correcto e incorrecto, última y simplemente, en el sentimiento o sensación. Polibio, por el contrario, mantiene con Aristóteles que esas nociones derivan de la razón, o intelecto, que opera sobre el afecto o apetito; o, en otras palabras, que la facultad moral es un compuesto, y puede resolverse en los dos principios más simples de la mente» (Gillies, Aristóteles, vol. I, págs. 302, 303, 2.ª ed.).

La única expresión que objeto en los dos párrafos anteriores es la frase *su autor,* que insinúa una acusación de plagio contra el Sr. Smith; acusación que estoy seguro no se merece, y que la cita precedente a mi juicio no avala suficientemente. Se trata, en verdad, de un caso de curiosa coincidencia entre dos filósofos que opinan sobre la misma cuestión, y no me cabe ninguna duda de que el propio Sr. Smith la hubiese subrayado, de haberla recordado cuando escribía su libro. Estas coincidencias accidentales entre mentes diferentes se presentan todos los días ante quienes, después de haber tomado de sus recursos internos toda la luz que pudieran arrojar sobre un problema concreto, tienen la curiosidad de comparar sus propias conclusiones con las de sus predecesores. Y es muy sugerente observar que cabe razonablemente esperar que a medida que una conclusión se acerque a la verdad el número de aproximaciones previas a la misma se multiplique.

Pero en el asunto que nos ocupa el tema de la originalidad es de escasa o ninguna relevancia; puesto que el mérito particular de la obra del Sr. Smith no reside en su principio general sino en el hábil uso que ha hecho del mismo para exponer una ordenación sistemática de las discusiones y doctrinas más importantes de la Ética. Desde este punto de vista la *Teoría de los sentimientos morales* puede ser considerada con jus-

ticia como uno de los esfuerzos más originales de la mente humana en dicha rama de la ciencia; e incluso si suponemos que fue primero sugerida al autor por una observación que el mundo disponía desde hacía dos mil años, esta propia circunstancia sólo aportaría un brillo mayor sobre la novedad de su esquema y sobre la inventiva y el discernimiento desplegados en su ejecución.

He dicho en el texto que mi propia opinión sobre los fundamentos de la moral no concuerda con la del Sr. Smith; y me propongo exponer en otra publicación las bases de mi disenso con sus conclusiones acerca de esta cuestión*. Sólo observaré aquí que considero que los defectos de su teoría provienen de una visión más *parcial* que *equivocada* sobre el asunto; y creo que en algunos de los puntos más esenciales de la ética se aproxima mucho a una exposición acertada de la verdad. No debo omitir, para hacer justicia con el autor, que su celo en la defensa de su sistema favorito nunca lo llevó a viciar o desfigurar los fenómenos para cuya explicación lo utilizó; y que el orden interconectado que ha conferido a una multiplicidad de hechos aislados facilitará notablemente los estudios de todos sus sucesores que prosigan de aquí en adelante la misma investigación, en conformidad con las severas reglas de la lógica inductiva.

* * *

Tras el pasaje que he citado al comienzo de esta nota, espero que se me excusará si manifiesto mis dudas sobre si este erudito e ingenioso autor —en esta como en otras ocasiones— no ha permitido que su parcialidad hacia los antiguos lo cegara un poco demasiado en lo tocante a los méritos de sus contemporáneos. Sus laboriosas e interesantes investigaciones en los restos de la filosofía griega ¿no habrían sido empleadas con aún más provecho en la revelación de los sistemas y descubrimientos que nuestros sucesores pudieran reivindicar, más que en conjeturas sobre el origen de los que ya conocemos? Cómo es que las personas de la más profunda erudición, que tan fácilmente rastrean cualquier avance *pasado* hasta la fuente primaria de la antigüedad, no pueden a veces entretenerse, e instruir al mundo, anticipando el progreso *futuro* de la mente humana.

* Ver Stewart, *Works*, vol. vii, págs. 35, 36, 329 ss., 407 ss.

Al estudiar la conexión y *filiación* de las teorías sucesivas, cuando en un momento estamos desconcertados en busca de un eslabón que complete la continuidad de la especulación filosófica, parece mucho más razonable buscarlo en los sistemas del período inmediatamente precedente que en frases despegadas o expresiones accidentales espigadas de las reliquias de épocas remotas. Sólo así podemos esperar descubrir el punto de vista preciso en el que el tema de un autor le llamó primero la atención; y explicarnos satisfactoriamente, a partir del aspecto particular bajo el que lo enfocó, la dirección subsiguiente que adoptó su curiosidad. Al seguir este plan, nuestra meta no es detectar plagios, que suponemos que han sido ocultados intencionadamente por personas geniales, sino rellenar una laguna en la historia de la ciencia, al sacar a la luz el hilo conductor que imperceptiblemente ha guiado a la mente de un estadio a otro. En otro lugar explicaré los pasos sencillos y naturales a través de los cuales la teoría del Sr. Smith emergió de la fase que la discusión sobre ética atravesaba en Gran Bretaña cuando él inició su carrera literaria.

Un autor ya fallecido, hombre de discernimiento y sabiduría, escribió un delicioso e instructivo ensayo sobre las *Señales de la imitación poética*. Los signos de *plagio filosófico* no son menos detectables por una mirada discriminadora y sin prejuicios; y son fácilmente separables de la similitud ocasional de pensamiento e ilustración que cabe esperar encontrar en autores de los tiempos y países más remotos, abocados al examen de las mismas cuestiones o al establecimiento de las mismas verdades.

Dado que las observaciones anteriores se aplican con tanto rigor a la *Riqueza de las naciones* como a la *Teoría de los sentimientos morales*, confío en que se excusará la extensión de esta nota*.

---

* Tendré ocasión más tarde de reivindicar el derecho del Sr. Smith a la originalidad en la primera de esas obras, contra las pretensiones de algunos autores extranjeros. Pero como no volveré a abordar su presunto plagio de los antiguos, traeré aquí a colación, un poco fuera de lugar, dos citas breves, por las que se transmite la impresión de que el germen de sus especulaciones acerca de la riqueza nacional, así como acerca de los principios de la ética, pueden (según el Dr. Gillies) encontrarse en los filósofos griegos. «Al adopta los principios de Aristóteles en los temas del valor de cambio y de la riqueza nacional, el Dr. Smith ha rescatado la ciencia de la economía política de muchas falsas sutilezas y gruesos errores», vol. I, pág. 377, 2.ª ed. «La cuestión del dinero es tratada más arriba, vol. I, pág. 374 ss. En dicho pasaje, comparado con otro en la Magna Moralia, encontramos los principios fundamentales de los economistas modernos»,

Nota (D.)

Extraída por el Sr. Stewart de Nichols, *Illustrations of the Literary History of the Eighteenth Century*, etc., vol III (1818), págs. 515, 516, e incluida como apéndice en forma manuscrita en uno de sus ejemplares de este ensayo.

Del Dr. Adam Smith al Sr. George Baird

Glasgow, 7 febrero 1763

Muy Señor mío:

He hojeado el contenido de la obra de su amigo* con sumo placer; y de todo corazón desearía poder darle o conseguirle todo el estímulo que su ingenio y laboriosidad merecen. Me siento muy agradecido por la amable noticia que cortésmente da de mi persona, y me encantaría contribuir en lo que esté en mi mano para completar su proyecto. Apruebo totalmente su plan de una gramática racional, y estoy convencido de que un trabajo de este tipo, ejecutado con su capacidad y esfuerzo, no sólo será el mejor sistema de gramática sino el mejor sistema de lógica escrito en lengua alguna, así como la mejor historia del progreso natural de la mente humana para llegar a formarse las abstracciones más importantes sobre las que descansa todo razonamiento. Me es imposible, a partir del breve resumen que el Sr. Ward ha tenido la amabilidad de enviarme, formarme una opinión demasiado definida acerca de la corrección de todas las partes de su método, en especial algunas de sus divisiones. De abordar el mismo asunto, yo procuraría empezar con el análisis de los *verbos*; ellos son, a mi juicio, las partes originales del habla, inventadas primero para expresar en

---

vol. II, pág. 43. En respuesta a tales observaciones sólo puedo rogar a mis lectores que las compulsen con el bien conocido pasaje del primer libro de la *Política* de Aristóteles, sobre la legitimidad de la usura. Cuando tenemos en cuenta lo mucho que el interés del dinero entra como elemento en todas nuestras disquisiciones modernas sobre la política comercial, ¿es posible imaginar que haya algo más que la más general y fortuita coincidencia entre los razonamientos de autores como Smith, o Hume, o Turgot, y los de un autor cuya experiencia sobre la naturaleza y efectos del comercio era tan limitada como para imprimir en su mente la convicción de que el recibir un premio por el uso del dinero era incompatible con las reglas de la moral? Véase la edición subsiguiente por Gillies de la *Ética y Política* de Aristóteles.

* William Ward, A. M., maestro de la Escuela de Gramática de Beverley, Yorkshire, que publicó, entre otras obras de gramática, *An Essay on Grammar as it may be applied to the English Language, in Two Treatises*, etc., en cuarto, 1765, que es probablemente el ensayo más filosófico que existe sobre la lengua inglesa.

una palabra todo un acontecimiento; a continuación intentaría demostrar cómo el sujeto fue separado del predicado, y después cómo el objeto fue separado de ambos; de este modo investigaría el origen y uso de todas las diversas partes del habla y todas sus diferentes modificaciones, necesarias para expresar todas las distintas cualidades y relaciones de cualquier hecho determinado. Pero el Sr. Ward podrá tener excelentes razones para seguir su propio método; y quizá, si yo acometiera la misma labor haría otro tanto; con frecuencia las cosas aparecen muy distintas vistas en términos generales, el único ángulo desde el que puedo pretender haberlas considerado, que cuando son analizadas en detalle.

Cuando el Sr. Ward menciona las definiciones que los distintos autores han dado sobre los sustantivos, no cita la del abate Girard, el autor de un libro titulado *Les vrais principes de la Langue Française*, lo que me sugiere que quizá no lo conozca. Es un libro que me llevó en un principio a pensar sobre estas cuestiones, y me ha instruido más que ningún otro. Si el Sr. Ward no lo ha visto, lo pongo a su disposición. Además, los artículos sobre gramática en la *Encyclopédie* francesa me han entretenido sobremanera. Es muy probable que el Sr. Ward conozca ambas obras y, al haber estudiado este problema más que yo, no las valore tanto. Déle mis recuerdos a la Sra. Baird y al Sr. Oswald.

Atentamente,

ADAM SMITH

Nota (E.)

Hay que destacar entre los amigos del Sr. Smith en París al abate Morellet, del que a menudo le escuché hablar con sumo respeto. Pero su nombre escapó a mi memoria cuando escribí este ensayo, y tampoco era tan consciente entonces como lo fui después de lo bien que se habían conocido. Sobre este punto puedo citar lo que me dijo el propio abate Morellet, a quien tuve el placer de ver bastante en el año 1806. Pero prefiero remitirme a sus escritos, que coinciden exactamente con lo que me dijo en persona: «Conocí a Smith durante un viaje que hizo a Francia, en torno a 1762; hablaba mal nuestra lengua, pero *La teoría de los sentimientos morales*, publicada en 1759, me había brindado una muy buena idea de su sagacidad y profundidad. Y en verdad lo considero aún hoy como uno de los hombres que ha formulado las ob-

servaciones y los análisis más completos en todas las cuestiones que ha abordado. El Sr. Turgot, que amaba la metafísica tanto como yo, apreciaba mucho su talento. Nos encontramos muchas veces; fue presentado en casa de Helvétius; hablamos de la teoría comercial, la banca, el crédito público y muchos temas de la gran obra sobre la que estaba entonces meditando», *Memoires de l'Abbé Morellet*, tomo I, pág. 257 (París, 1821).

Nota (F.)

La *Teoría de los sentimientos morales* no atrajo en Francia la atención que cabría haber esperado hasta después de la publicación de la *Riqueza de las naciones*. El Sr. Smith solía atribuir esto en parte a la traducción del abate Blavet, que pensaba había sido hecha de forma descuidada. Quizá pueda hallarse una mejor razón en la condición baja y estancada de la ciencia ética y metafísica en ese país antes de la publicación de la *Encyclopédie*. Sobre este punto deseo transcribir unas frases de un trabajo anónimo suyo, publicado en la *Edinburgh Review* en 1755. Las ideas que contienen, en la medida en que sean admitidas como justas, tienden grandemente a confirmar una observación de D'Alembert, que he citado en otro lugar, con respecto al discernimiento literario de sus compatriotas. Parte I, ensayo iii, Stewart, *Works*, vol. V, pág. 126.

«El genio original e inventivo de los ingleses no sólo se ha manifestado en la filosofía natural sino en la moral, la metafísica y en parte de las ciencias abstractas. Todos los intentos que se han emprendido en los tiempos modernos en favor del progreso en esta filosofía discutida y escasamente próspera, más allá de lo que los antiguos nos legaron, han sido acometidos en Inglaterra. Salvo las *Meditaciones* de Descartes no conozco nada en lengua francesa que pretenda ser original en estas cuestiones; la filosofía del Sr. Régis y la del padre Malebranche son sólo refinamientos de esas *Meditaciones*. Pero el Sr. Hobbes, el Sr. Locke, y el Dr. Mandeville, Lord Shaftesbury, el Dr. Butler, el Dr. Clarke y el Sr. Hutcheson, al menos han procurado todos, conforme a sus sistemas diferentes e incompatibles, ser en alguna medida originales, y añadir algo a la cantidad de observaciones con que el mundo estaba provisto antes de ellos. Esta rama de la filosofía inglesa, que en la actualidad parece ser totalmente ignorada por los propios ingleses, ha sido *reciente-*

mente transportada hasta Francia. Detecto rasgos de ella no sólo en la *Enciclopedia* sino en la *Teoría de los sentimientos agradables* del Sr. De Pouilly, un trabajo original en muchos aspectos, y sobre todo en el reciente *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres* del Sr. Rousseau de Ginebra».

Una nueva traducción de la *Teoría* del Sr. Smith, incluidos sus últimos añadidos, fue publicada en París en 1798 por Madame de Condorcet, con el anexo de unas ingeniosas cartas sobre la simpatía, escritas por la traductora.

Nota (G.)

A modo de explicación de lo sugerido en la nota, creo apropiado añadir *ahora* que cuando este trabajo fue leído en la Royal Society de Edimburgo no era inusual, incluso entre personas informadas y talentosas, el confundir asiduamente las doctrinas especulativas de la economía política con las discusiones referidas a los primeros principios del Gobierno, que entonces desgraciadamente agitaban la opinión pública. A la propia doctrina del libre comercio le fue adjudicada una tendencia revolucionaria; y algunos que antes se habían vanagloriado de su amistad con el Sr. Smith, y de su celo en la propagación de su sistema liberal, empezaron a cuestionar la conveniencia de someter a las disputas de los filósofos los arcanos de la política del Estado y la inescrutable sabiduría de la época feudal. Al reimprimir ahora esta sección he seguido por motivos obvios escrupulosamente el texto de la primera edición sin ninguna alteración ni añadido; reservo para una publicación diferente los comentarios y críticas que plantearé a la obra del Sr. Smith.

Nota (H.)

A pesar del elogio incondicional que en el texto he lanzado al plan del Sr. Smith, me apresuro a aceptar que algunas de sus discusiones y digresiones incidentales pudieron ser integradas en el esquema general con más pericia y discernimiento. Poco énfasis, empero, pondrán en tachas de esta suerte quienes son conscientes de la extrema dificultad de otorgar una forma sistemática a investigaciones tan diversas y a primera vista tan desconectadas como las suyas; investigaciones que tienen en algún caso como meta el establecer principios abstractos de aplicación

universal, y en otro hacen referencia específica a las circunstancias y la política de nuestro propio país. Hay que recordar, además, en qué grado nuestro gusto en materia de esquematización es susceptible de ser influido por nuestros hábitos personales de pensamiento, por el rumbo accidental de nuestros primeros estudios, y por otras circunstancias que cabe esperar que presenten los mismos objetos bajo diferentes aspectos a distintos estudiosos. Algo parecido ocurre incluso en las ciencias más exactas, donde toda la tarea de un autor que lidia con sus elementos es la de exponer verdades conocidas y demostradas en una serie lógica y satisfactoria. Ha sucedido de forma más notable en la geometría pura, cuyos fundamentos han sido modelados en cien formas distintas por los principales matemáticos de la Europa moderna, y ninguno de ellos ha podido hasta hoy atraerse la opinión pública en favor de un solo modelo como indisputablemente el mejor de todos. ¡A cuántas excusas no tendrán derecho, entonces, los que se aventuran en una tierra vasta y virgen, y aspiran a combinar la tarea de la especulación original con una consideración sistemática del método más ilustrado, si en ocasiones confunden el orden histórico de sus propias conclusiones con el proceso natural del intelecto humano!

Nota (I.)

Cuando escribí este trabajo no era plenamente consciente de la medida en que los economistas franceses habían sido anticipados en algunas de sus conclusiones más relevantes por autores (especialmente británicos) muy anteriores. Me había llamado a menudo la atención la coincidencia entre sus razonamientos sobre las ventajas de un impuesto territorial y las especulaciones del Sr. Locke sobre el mismo tema, en uno de sus discursos políticos publicado sesenta años antes; así como la coincidencia de su argumentación en contra de las corporaciones y las compañías exclusivas y lo que había sido proclamado en un período incluso anterior por el célebre Johan de Witt, por Sir Josiah Child, por John Cary de Brístol, y por varios otros pensadores en la segunda parte del siglo XVII. Ciertas citas y referencias del abate Morellet en su excelente memoria sobre la Compañía Francesa de las Indias Orientales, publicada en 1769, llamaron mi atención hacia estos últimos autores; y muchos pasajes más claros y explícitos que los detectados por él me fueron señalados por el conde de Lauderdale en su curiosa y valio-

sa recopilación de tratados ingleses raros sobre economía política. En algunos de ellos la argumentación se presenta de modo tan claro y concluyente que llega a sorprender que verdades durante tanto tiempo al alcance de la opinión pública hayan sido tan subyugadas por el prejuicio y la confusión que resultaron, para una amplia proporción de lectores, algo novedoso y paradójico cuando renacieron en las teorías filosóficas de nuestro tiempo*.

El sistema de economía política que propicia la reglamentación de los intercambios comerciales entre los distintos países, y que el Sr. Smith ha distinguido con el nombre de sistema comercial o mercantil, tuvo sus raíces en prejuicios aún más inveterados que los que restringieron la libertad de comercio e industria entre los miembros de una misma comunidad. No sólo fue sostenido gracias a prejuicios con los que todas las innovaciones debieron lidiar, y por los talentos de organizaciones muy poderosas de hombres interesados en defenderlo, sino también por el patriotismo equivocado y clamoroso de muchos ciudadanos honrados, y su ciega hostilidad contra unos supuestos enemigos o rivales extranjeros. Asimismo, los principios absurdos y engañosos, antes tan extendidos, con relación a la naturaleza de la riqueza nacional y a la importancia fundamental de una balanza comercial favorable (principios que aunque han sido clara y razonadamente refutados por los argumentos del Sr. Smith, hay que reconocer que encajan de forma natural y casi inevitable con las primeras nociones de la mente cuando empieza a especular en torno a la teoría del comercio) transmitieron al sistema mercantil una dosis de plausibilidad, ante la cual los pensadores más agudos de nuestros días no siempre están suficientemente en guardia. Por eso fue que la sabiduría de sus máximas llegó a ser tema de discusión generalizada en un período muy posterior, e incluso hoy no cabe afirmar que la controversia a que dio lugar haya sido completamente zanjada de forma satisfactoria para todas las partes. Pero unos pocos individuos ilustrados, en diversas partes de Europa, entrevieron

* El que los autores de esta isla se hayan adelantado a los de buena parte de Europa en la adopción de las ideas ilustradas con respecto al comercio no sorprenderá si pensamos que, «según el Derecho Común inglés, el libre comercio es derecho fundamental del súbdito». Para las opiniones de Lord Coke y de Lord Chief-Justice Fortescue sobre este punto, véase un ensayo de Lord Lauderdale titulado *Hints to the manufacturers of Great Britain, etc.* (publicado en 1805), en el que también puede verse una lista de estatutos conteniendo reconocimientos y declaraciones sobre el principio mencionado.

la verdad*, y es justo que las alusiones dispersas que formularon sean atesoradas en tanto que materiales para la historia literaria. He pensado a veces acometer un esquema del asunto, pero no pierdo las esperanzas de que esta sugerencia pueda tener el efecto de recomendar la tarea a manos más hábiles. Ahora sólo citaré unos párrafos de un folleto publicado en 1734 por Jacob Vanderlint**, un autor del que se ha hablado frecuentemente en los últimos años, pero cuyo libro no atrajo nunca mucha atención hasta bastante después de la publicación de la *Riqueza de las naciones*. En su prólogo se define como *un comerciante corriente* del que no cabe esperar la *concisión y precisión de un académico*; sin embargo, los pasajes siguientes pueden ser comparados, tanto en su buen sentido como en su liberalismo, con lo que tan bien declaró el Sr. Hume veinte años después en su ensayo sobre el recelo del comercio:

«Todas las naciones poseen algunas mercancías que les son peculiares, y que están por ello destinadas a ser la base del comercio entre algunas naciones y a generar mucho empleo marítimo para las personas, un empleo que sin tales peculiaridades probablemente no existiría; creo que así nos sucede a nosotros, igual que a otras naciones; y he observado antes que si una nación resultara por la naturaleza más distinguida en este aspecto que otras, como obtendría gracias a ello más dinero que esas otras naciones, los precios de todas sus mercancías y trabajo serían más elevados proporcionalmente y, en consecuencia, no sería más rica y poderosa por poseer más dinero que sus vecinas.

»Si importamos bienes de cualquier género más baratos de lo que los producimos ahora, pero que podríamos llegar a producir igualmente baratos, en ese caso indudablemente deberíamos intentar producir esos bienes, y abrir así nuevas ramas de empleo y actividad para nues-

---

* Según afirma Lord Herbert of Cherbury, la doctrina siguiente fue expuesta hace casi tres siglos en la Cámara de los Comunes inglesa por Sir Thomas More (entonces *speaker*): «Estoy convencido de que no deben ustedes temer esta penuria o escasez de dinero; el intercambio de cosas está tan establecido en todo el mundo que existe una llegada perpetua de todo lo que la humanidad necesita. Así, sus mercancías siempre hallarán dinero; y, por no ir más lejos, citaré sólo a nuestros propios comerciantes que (les aseguro a ustedes) estarán tan contentos con sus cereales y ganado como ustedes podrán estarlo con cualquier cosa que ellos les ofrezcan», *The life and reign of King Henry the Eighth*, Londres, 1762, pág. 135.

Es bastante desalentador pensar que el prejuicio mercantil que aquí combate este gran hombre no se ha acabado aún de rendir ante todas las luces filosóficas del siglo XVIII.

** *Money answers all things, etc., etc.*, Londres, 1734.

tro propio pueblo, y suprimir el inconveniente de recibir bienes del exterior que podríamos producir nosotros en condiciones igualmente buenas; y como gracias a esto impediríamos a cualquier nación que nos vendiese bienes de esa clase, ello bloquearía la entrada de bienes extranjeros de forma mucho más eficaz que ninguna ley.

»Y como tales son las prohibiciones y restricciones por las que debería obstruirse cualquier comercio exterior, si este método fuera aplicado, nuestras clases acomodadas se verían enriquecidas a pesar de su consumo de otros bienes extranjeros que, dadas las peculiaridades de otras naciones, nos veríamos obligados a importar. Porque una vez que produzcamos aquí todo lo que podamos, los bienes que importemos después serán más baratos de lo que nosotros podríamos producirlos (así deberá ser, porque en caso contrario no los importaríamos), y es evidente que el consumo de tales bienes no daría lugar a un gasto tan cuantioso como el que se suscitaría si pudiésemos excluirlos por una ley del parlamento, para producirlos por nuestra cuenta.

»Por consiguiente, de aquí se deduce que es imposible que nadie se empobrezca consumiendo bienes extranjeros a precios menores que lo que nos costaría producirlos, una vez que hayamos hecho todo lo posible para producir aquí los bienes a precios tan bajos como su coste de importación, y viésemos que no podemos producir esos bienes; esta circunstancia hace que todos esos bienes caigan dentro de la categoría de *peculiaridades* de los países que pueden producirlos más baratos que nosotros, pues necesariamente operarán como tales» (págs. 97, 98, 99).

El mismo autor en otra parte de su obra cita una máxima de Erasmus Philips a la que llama *gloriosa:* «Que una nación comercial debe ser una tienda abierta, donde el comerciante pueda comprar lo que desee y vender lo que pueda. Todo lo que a usted le ofrecen y usted no quiere, no lo comprará; si lo desea, la cuantía de la gabela no impedirá que lo tenga».

Dice Vanderlint: «Todas las naciones del mundo, pues, deben ser consideradas como un solo cuerpo de comerciantes, que ejercen sus diversas actividades en beneficio y ventaja recíprocos de cada uno» (pág. 42). Y añade, evidentemente en línea con los prejuicios nacionales: «No argüiré en pro de un comercio libre e irrestricto con Francia, aunque no veo cómo nos podría perjudicar, incluso en ese caso» (pág. 45).

En estas frases se sugiere un argumento en favor del comercio libre en todo el globo, basado en los mismos principios sobre los que el

Sr. Smith demostró los efectos beneficiosos de una división y distribución del trabajo entre los miembros de una misma comunidad. La felicidad de toda la raza sería de hecho promovida por aquella disposición en una forma exactamente análoga a como ésta multiplica las comodidades de una nación en concreto.

En el mismo ensayo el Sr. Vanderlint sigue los pasos de Locke y sostiene con gran ingenio la conocida doctrina de los economistas de que todos los impuestos recaen en última instancia sobre la tierra, y recomienda aplicar un impuesto sobre la tierra en lugar de las complejas reglamentaciones fiscales que en todas partes han adoptado los gobernantes de la Europa moderna; y que empobrecen y oprimen al pueblo, pero no enriquecen en el mismo grado al soberano*.

La doctrina que distingue de modo más exclusivo a esta famosa escuela no es la del libre comercio ni la del impuesto territorial (en ambos temas fueron anticipados en parte por autores ingleses), sino lo que han argumentado tan ingeniosa y enérgicamente con respecto a la tendencia de las regulaciones y restricciones actuales a fomentar la actividad de las ciudades con preferencia a la del campo. El revivir la languideciente agricultura francesa fue el primero y principal objetivo de sus especulaciones; y es imposible dejar de admirar la agudeza y sutileza metafísica con la que todas sus diversas discusiones se combinan para abordar sistemáticamente este tema favorito. La influencia de sus esfuerzos en lograr girar la atención de los gobernantes de Francia, bajo la antigua monarquía, hacia el estímulo de esta rama esencial de la actividad nacional fue subrayada por el Sr. Smith hace más de treinta

* Lord Lauderdale ha rastreado señales de lo que habitualmente se considera como las particularidades del sistema económico en diversas publicaciones británicas hoy casi olvidadas. El siguiente extracto, de un tratado publicado por el Sr. Asgill en 1696, respira el mismo espíritu de la filosofía de Quesnay:

»Lo que llamamos mercancías no es más que tierra separada del suelo. El hombre no trabaja en otra cosa que no sea tierra. Los comerciantes son los agentes del mundo que intercambian una parte de la tierra por otra. El mismo rey es alimentado por el esfuerzo del buey, y las vestimentas del ejército y el avituallamiento de la marina deben ser todos pagados por el propietario del suelo como receptor único. Todas las cosas del mundo son originalmente productos de la tierra, y allí se cultivan todas» (*Inquire into the nature and origin of public wealth*, pág. 113).

El título del tratado de Asgill es *Several assertions proved, in order to create another species of money than gold*, y su objeto fue defender la proposición del Dr. Chamberlayne en favor de un Banco de la Tierra, presentada ante la Cámara de los Comunes inglesa en 1693 y ante el Parlamento escocés en 1703.

años; y no ha dejado de actuar en la misma dirección bajo todas las violentas y fantásticas metamorfosis que el gobierno de ese país ha registrado desde entonces*.

En su combate contra la política de los privilegios comerciales, y su defensa de las ventajas recíprocas de un comercio libre entre las diferentes naciones, los fundadores de la secta de los economistas admitieron sinceramente desde el principio que tomaron de Inglaterra sus primeras luces. El testimonio del Sr. Turgot al respecto es tan perfectamente decisivo que espero satisfacer a algunos de mis lectores (en el estado presente de interrupción de nuestra comunicación con el continente) con las siguientes citas de una memoria que hasta hace poco era escasamente conocida, incluso en Francia. Las transcribo de su *Elogio* del Sr. Vincent de Gournay, cuyo nombre siempre ha sido unido al de Quesnay por los autores franceses que han procurado rastrear el origen y evolución de las opiniones que ahora prevalecen en esta rama de la legislación (*Oeuvres* del Sr. Turgot, tomo III, París, 1808).

«Jean-Claude-Marie Vincent, señor de Gournay, etc., ha muerto en París el 27 de junio pasado (1759) a la edad de cuarenta y siete años.

»Había nacido en Saint-Malo en el mes de mayo de 1712, hijo de Claude Vincent, uno de los hombres de negocios más importantes de la ciudad, y secretario del rey.

»Sus padres lo destinaron al comercio y lo enviaron a Cádiz en 1729, apenas cumplidos los diecisiete años» (pág. 321).

«A las luces que el Sr. de Gournay acumuló por su propia experiencia y sus reflexiones se unió la lectura de las mejores obras que sobre esta materia poseían las distintas naciones de Europa, *y en particular la nación inglesa, la más rica de todas en esta actividad, y cuya lengua llegó a serle por esta razón familiar*. Las obras que leyó con más placer, y cuya doctrina más apreció, fueron los tratados del afamado Josiah Child, que tradujo más tarde al francés, y las memorias de Johan de Witt. Se sabe que estos dos grandes hombres son considerados, uno en Inglaterra y el otro en Holanda, como los legisladores del comercio; que sus principios se han transformado en los principios nacionales, y que el cumplimiento de estos principios es considerado como una de las fuentes

* Es de justicia con los economistas añadir que han puesto más énfasis que ninguna otra clase de autores en los principios de la economía política, considerados en su conexión con el carácter intelectual y moral de un pueblo.

de la prodigiosa superioridad que ambas naciones han alcanzado en el comercio por encima de todas las demás potencias. El Sr. de Gournay encontró sin cesar en la práctica de un amplio comercio la verificación de esos principios simples y nítidos, los convirtió en propios sin saber que él estaba destinado a difundir un día su luz en Francia, y a merecer de su patria el mismo tributo de reconocimiento que Inglaterra y Holanda rinden a la memoria de esos dos benefactores de sus naciones y de la humanidad» (págs. 324, 325).

«Tras abandonar España, el Sr. de Gournay tomó la decisión de emplear unos años viajando por las diversas partes de Europa, para aumentar sus conocimientos, extender su correspondencia y entablar relaciones beneficiosas para el comercio que se proponía llevar adelante. Viajó a Hamburgo; recorrió Holanda e Inglaterra; en todas partes hizo observaciones y recogió memorias sobre el estado del comercio y la marina, y sobre los principios administrativos adoptados por esas naciones con relación a los campos mencionados. Durante sus viajes mantuvo una correspondencia con el Sr. de Maurepas, con quien compartió la información que fue recogiendo» (págs. 325, 326).

«El Sr. de Gournay accede en 1749 a un cargo de consejero del Gran Consejo; y el Sr. de Machault, que conocía bien los méritos del Sr. de Gournay, consigue que obtenga una plaza de intendente de comercio en 1751. Desde este momento la vida del Sr. de Gournay se convierte en la de un hombre público; su ingreso en el Departamento de Comercio pareció representar un tiempo revolucionario. El Sr. de Gournay, con una práctica de veinte años en un comercio sumamente extendido y variado, *con la frecuentación de los más hábiles negociantes de Holanda e Inglaterra, con la lectura de los autores más estimados en ambas naciones, con la observación atenta de las causas de su asombrosa prosperidad*, se había formado unos principios que parecieron novedosos a algunos de los magistrados que componían el Departamento de Comercio» (págs. 327, 328).

«El Sr. de Gournay no ignoraba que muchos de los errores a los que se oponía habían sido verdades en otro tiempo establecidas en la mayor parte de Europa, y que aún quedaban vestigios de las mismas incluso en Inglaterra; pero sabía también que el gobierno inglés había suprimido una porción de los mismos, y si se conservaban otros, lejos de adoptarlos como instituciones útiles, buscaba cómo limitarlos, cómo impedir que se extiendan, y sólo los toleraba porque la constitución republicana erige a veces obstáculos a la reforma de ciertos errores, cuan-

do ellos sólo pueden ser corregidos por una autoridad cuyo ejercicio más beneficioso para el pueblo despierta siempre la desconfianza de éste. *Sabía por fin que pasado un siglo todas las personas esclarecidas en Holanda e Inglaterra consideraban esos errores como restos de la barbarie gótica y la debilidad de todos los gobiernos que no habían advertido la importancia de la libertad pública, ni sabido protegerla de las invasiones del espíritu monopolista y del interés particular**.

»El Sr. de Gournay acometió y vio acometer durante veinte años el mayor comercio del mundo, sin haber tenido ocasión de aprender fuera de los libros acerca de la existencia de todas esas leyes a las que adjudicaba tanta importancia, y no creía que lo iban a tomar por un *novateur* o un *homme à systèmes*, en la medida en que no hacía más que desarrollar los principios que la experiencia le había enseñado, y que veía universalmente reconocidos por los hombres de negocios más esclarecidos con quienes vivió.

»Tales principios, llamados de *système nouveau*, le parecían las máximas más simples y sensatas. Todo su pretendido *système* se apoyaba sobre esta máxima: que por regla general toda persona conoce su propio interés mejor que otra persona para la cual dicho interés resulta por completo indiferente**.

---

* Algunos de estos principios liberales se abrieron camino en Francia antes de finales del siglo XVII. Puede consultarse un libro muy curioso titulado *Le détail de la France sous le Règne Présent*. La primera edición (que nunca he visto) apareció en 1698 o 1699; la segunda fue publicada en 1707. Ambas ediciones son anónimas, aunque es sabido que el autor fue el Sr. de Boisguillebert, a quien Voltaire atribuyó también (erróneamente) el *Projet d'une dixme royale* publicado por el mariscal de Vauban. (Ver *Ephémérides du Citoyen*, año 1769, tomo IX, págs. 12, 13.)

La feliz expresión *laissez nous faire*, que se cuenta que un viejo mercader (Le Gendre) empleó durante una conversación con Colbert, y la máxima aún más significativa del marqués d'Argenson, *pas trop gouverner*, deben la proverbial celebridad que han adquirido al brillo accidental que reflejaron sobre ellas las discusiones de tiempos más modernos. Pero al mismo tiempo indican en sus autores una clara percepción de la importancia de un problema que el Sr. Burke ha declarado que es «*uno de los más delicados de la legislación: determinar qué es lo que el Estado debe asumir la responsabilidad de dirigir con la sabiduría pública, y qué debe dejar a la discrecionalidad individual, con la menor interferencia posible*». La solución a este problema, en algunos de sus casos más interesantes, puede ser considerada como uno de los objetivos principales de la *Investigación* del Sr. Smith; y entre los muchos cambios felices que esa obra gradualmente produjo en las opiniones prevalecientes no hay quizá ninguno más importante que su poderoso efecto en desacreditar ese espíritu empírico de la regulación invasora que la multitud tan fácilmente confunde con la prudente sagacidad de la experiencia política.

** En una obra anterior he procurado reivindicar, sobre el mismo principio, algunas de las especulaciones políticas del Sr. Smith contra la acusación de que están fundadas en la teoría y

»De ahí el Sr. de Gournay concluyó que como el interés de las personas es precisamente el mismo que el interés general, lo mejor que se puede hacer es dejar a cada persona en libertad de hacer lo que desee. Pensaba que era imposible que en el comercio libre el interés particular no confluyera con el interés general» (págs. 334, 335, 336).

Al comentar la opinión del Sr. de Gournay acerca de los impuestos, el Sr. Turgot no menciona la fuente de donde la obtuvo. Pero en este asunto (cualquiera que sea lo que se piense de la justeza de esa opinión) no podrá caber ninguna duda entre quienes conozcan los escritos de Locke y Vanderlint. Dice Turgot: «Él creía que todos los impuestos siempre son pagados en última instancia por el propietario, que vende ese montante de menos de los productos de su tierra, y que si se repartieran todos los impuestos entre las fincas, los propietarios y el reino ganarían con ello todo lo que absorben los gastos administrativos, todo el consumo o el empleo estéril de hombres que se pierde al percibir los impuestos, al realizar o impedir el contrabando, sin contar el prodigioso aumento de riquezas y valores resultante de la expansión del comercio» (págs. 350, 351).

En una nota del editor a propósito de este pasaje, el proyecto de un impuesto territorial y el libre comercio se mencionan entre los puntos más importantes en que Gournay y Quesnay estaban totalmente de acuerdo; y no deja de ser curioso que las mismas dos doctrinas hubieran sido combinadas como partes del mismo sistema en el tratado de Vanderlint, publicado casi veinte años antes*.

---

no en la experiencia práctica. No fui consciente hasta mucho después que esta visión del tema había sido sancionada por autoridades del nivel del Sr. de Gournay y el Sr. Turgot. Ver *Philosophy of the human mind*, págs. 254, 255, 256, 3.ª ed., cap. IV, #8, Stewart, *Works*, vol. II, pág. 235 ss.

* Ya he citado la opinión de Vanderlint acerca del comercio libre. Presentaré también en sus propias palabras sus ideas sobre la imposición: «No puedo terminar este apartado sin demostrar que si todos los impuestos sobre los bienes fueran suprimidos, y recayeran sólo sobre tierras y casas, los caballeros tendrían más *renta neta* de sus fincas que lo que tienen ahora, cuando los impuestos recaen casi totalmente sobre los bienes». Para su argumentación en prueba de esta proposición, véase su *Essay on money*, pág. 109 ss. Véase también *Considerations on the lowering of interest and raising the value of money*, de Locke, publicado en 1691.

En cuanto al *descubrimiento* (como ha sido llamado) de la *luminosa distinción entre el «produit total» y el «produit net de la culture»* (ver *Ephémérides du Citoyen*, 1769, tomo I, págs. 13, 25 y 26, y tomo IX, pág. 9), no vale la pena disputar acerca de su autor. Cualquiera que sea el mérito que pueda poseer esta teoría impositiva, todo el crédito por ella evidentemente corresponde a los que propusieron primero la doctrina expuesta en el párrafo anterior. No se puede cier-

Por la narración que hace Turgot sobre el Sr. de Gournay no parece que se hayan publicado ninguna de sus obras originales; tampoco he oído que haya tenido renombre ni siquiera como traductor, antes de 1752. Dice el Sr. Turgot: «Tuvo la fortuna de encontrar en el Sr. Trudaine el mismo amor a la verdad y al bien público que él sentía; como hasta entonces no había desarrollado aún sus principios sino sólo ocasionalmente, en la discusión de negocios o en la conversación, el Sr. Trudaine le aconsejaba que presentase una especie de cuerpo de su doctrina; y con este propósito tradujo en 1752 los tratados sobre el comercio y sobre el interés del dinero de Josiah Child y Thomas Culpepper» (pág. 354). Cito este pasaje porque me permite corregir una inexactitud de fechas que se le ha escapado al sabio e ingenioso autor al que debemos la primera edición completa que ha aparecido de las obras de Turgot. Tras dividir a los economistas en dos escuelas, la de Gournay y la de Quesnay, clasifica dentro de la primera (entre otros nombres muy ilustres) al Sr. David Hume, cuyos *Discursos políticos*, me tomo la libertad de subrayar, fueron publicados en fecha tan temprana como 1752, el mismo año en que el Sr. de Gournay publicó sus traducciones de Child y Culpepper.

El mismo autor añade después: «Entre estas dos escuelas, beneficiándose de la una y la otra, pero evitando con esmero parecer que integraban ninguna de ellas, se elevaron algunos filósofos eclécticos, a la cabeza de los cuales hay que situar al Sr. Turgot, al abate Condillac y al célebre Adam Smith, y entre los cuales debe contarse el muy honorable traductor de éste, Sr. senador Germain Garnier, en Inglaterra mi Lord Lansdowne, en París el Sr. Say y en Ginebra el Sr. Simonde».

No es mi cometido actual determinar en qué medida el Sr. Smith se valió de los escritos de los economistas en su *Riqueza de las naciones*. Todo lo que deseo dejar sentado es su derecho indisputable a las mismas opiniones que profesaba en común con ellos, bastantes años antes de que los nombres de Gournay o Quesnay se oyeran en la república de las letras.

Con respecto al muy distinguido e ilustrado político inglés, incluido aquí con el Sr. Smith entre los discípulos *eclécticos* de Gournay y de

---

tamente considerar que los cálculos del Sr. Quesnay, por interesantes y útiles que pudieron parecer en un país con una proporción tan abultada de la tierra cultivada por *métayers* o *coloni partiarii*, arrojaran ninguna nueva luz sobre los principios generales de la economía política.

Quesnay, estoy en condiciones de informar, por su propia autorización, de la circunstancia accidental que lo condujo por primera vez a esta línea de pensamiento. En una carta que tuve el honor de recibir del Lord en 1795, dice lo siguiente:

«Debo a un viaje efectuado con el Sr. Smith entre Edimburgo y Londres el diferenciar entre luz y oscuridad durante la mejor parte de mi vida. La novedad de sus principios, sumada a mi juventud y prejuicios, me impidieron comprenderlos entonces, pero los presentaba con tanta benevolencia, así como elocuencia, que ejercieron una cierta influencia, que aunque no se desarrolló de modo de llegar a una convicción plena hasta unos años después, puedo afirmar que constituyó a partir de entonces desde la felicidad de mi vida hasta cualquier pequeña consideración que haya podido disfrutar en ella».

Así como la corriente de la opinión pública en cualquier período determinado (o al menos los hábitos de estudio predominantes) puede ser evaluada con bastante exactitud a partir de los libros que *entonces* eran más demandados, quizá sea oportuno mencionar, antes de concluir esta nota, que en el año 1751 (el mismo en el que el Sr. Smith fue promovido a su cátedra), varios de nuestros tratados seleccionados sobre economía política fueron republicados por Robert y Andrew Foulis, impresores de la Universidad de Glasgow. Tengo ahora ante mí un libro del Sr. Law titulado *Proposals and reasons for constituting a Council of Trade in Scotland, etc.*, reimpreso ese año; en el que se observa que las siguientes obras habían sido editadas recientemente por la Universidad: *Discourse of trade* de Child; *Essay on money and trade* de Law; *Trade and navigation of Great Britain considered* de Gee, y el *Querist* de Berkeley. En la misma lista, indicando que está *en prensa* aparece *Political arithmetic* de Sir William Petty.

Hay que recordar que las conferencias del Sr. Smith (a cuya fama debió su nombramiento en Glasgow) fueron pronunciadas en Edimburgo en fecha tan temprana como 1748.

Nota (J.)

Entre las doctrinas cuestionables que el Sr. Smith avaló con su nombre quizá ninguna comprenda tantas consecuencias importantes como la opinión que mantuvo sobre la conveniencia de las restricciones legales del tipo de interés. Lo inconcluyente de su razonamiento en

este punto ha sido probado, con un nivel singular de agudeza lógica, por el Sr. Bentham, en un breve tratado titulado *A defence of usury;* una obra a la que (a pesar del prolongado intervalo que ha transcurrido desde su publicación) por lo que yo sé no se le ha intentado dar réplica alguna; y sobre la cual un autor recientemente fallecido, eminente conocedor de las operaciones del comercio, ha manifestado (en mi opinión con gran acierto) que es «perfectamente irrebatible»*. Es una circunstancia notable que el Sr. Smith haya adoptado, en este caso aislado, sobre un fundamento tan endeble una conclusión tan llamativamente opuesta al espíritu general de sus discusiones políticas, y tan manifiestamente distinta de los principios fundamentales que en otras ocasiones él ha desarrollado con audacia en todas sus aplicaciones prácticas. El asunto es aún más sorprendente, dado que los economistas franceses, unos años antes, habían obviado las objeciones más plausibles que cabe plantear en contra de esta extensión de la doctrina del libre comercio. Véanse en particular algunas observaciones en las *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas*, del Sr. Turgot, y un ensayo separado del mismo autor, titulado *Mémoire sur le prêt à interêt, et sur le commerce des fers***.

Sobre esta cuestión en particular, no obstante, igual que sobre las mencionadas en la nota anterior, se me permitirá que subraye los derechos de nuestros compatriotas con anterioridad a los de los economistas. En una memoria presentada por el célebre Sr. Law (antes de su ascenso al ministerio) al regente duque de Orléans, ese ingenioso autor sostiene la misma opinión que el Sr. Turgot, y los argumentos que emplea para defenderla tienen la claridad y concisión que por regla general distinguen sus composiciones. La memoria a la que me refiero puede encontrarse en una obra francesa titulada *Recherches et considérations sur les finances de France, depuis 1595 jusq'en 1721*, véase vol. VI, pág. 181,

* Sir Francis Baring, folleto sobre el Banco de Inglaterra.

** En un ensayo leído ante una sociedad literaria de Glasgow, algunos años antes de la publicación de la *Riqueza de las naciones*, el Dr. Reid criticó la conveniencia de las restricciones legales sobre el tipo de interés, y basó su opinión en algunas de las mismas consideraciones que después iba a exponer el Sr. Bentham tan enérgicamente. Es probable que su atención haya sido atraída hacia esa cuestión por la defensa sumamente débil que de tales restricciones hace Sir James Steuart en su *Economía Política*, un libro de reciente publicación entonces y que (aunque difería ampliamente de muchas de sus doctrinas) en sus lecciones académicas solía recomendar con entusiasmo a sus alumnos. Se trataba en realidad de la única obra sistemática sobre el tema aparecida en nuestra lengua antes de la *Investigación* del Sr. Smith.

Liège, 1758. En este volumen dicha doctrina es atribuida por el editor al Sr. Law como su autor o al menos el primero que la difundió en Francia: «*Una opinión presentada por primera vez en Francia por el Sr. Law* fue que el Estado jamás debe regular el tipo de interés», pág. 64.

Parece claro que Law llegó a esta opinión a través de Locke, cuyos razonamientos (él mismo se declara en favor de un tipo de interés legal) parecen apuntar a una conclusión opuesta. En verdad, la justificación que sugiere de las reglamentaciones existentes es tan insignificante y está razonada con tanta ligereza que casi cabe suponer que sólo un respeto por los prejuicios establecidos le impidió desplegar su argumento plenamente. El pasaje al que aludo, considerando el momento en el que fue escrito, no acredita escasamente la sagacidad de Locke.

* * *

No habría entrado en los detalles históricos contenidos en las dos últimas notas si no hubiera deseado obviar el efecto del prejuicio endeble pero inveterado que cierra los ojos de tantos ante las verdades más manifiestas e importantes, cuando se supone que proceden de un lugar nocivo. Las principales opiniones que los economistas franceses incorporaron y sistematizaron tuvieron todas de hecho un origen británico; y muchas de ellas se seguían como consecuencias necesarias de una máxima de derecho natural que (según Lord Coke) se identifica con los primeros principios de la jurisprudencia inglesa: «*La ley de la libertad completa de todo comercio es un corolario del derecho de propiedad*».

La parte realmente recusable del sistema económico (como he observado en otro escrito) es la relativa al poder del soberano. Sus autores y patrocinadores originales eran resueltos opositores a la libertad política, y en su ardor en pro del derecho de propiedad y el comercio libre perdieron de vista el único medio por el que uno u otro pueden ser eficazmente protegidos.

Nota (K.)

En la primera parte de la vida del Sr. Smith, como bien sabían sus amigos, se había sentido durante varios años atraído por una joven dama de gran belleza y mérito. No he podido averiguar en qué medida sus intenciones fueron favorablemente acogidas, ni qué circunstan-

cias impidieron la unión; pero creo que es casi seguro que después de este desengaño apartó de sí toda idea de matrimonio. La dama a la que me refiero también murió soltera. Sobrevivió al Sr. Smith por muchos años y aún vivía mucho después de la publicación de la primera edición de esta memoria. Tuve el placer de verla cuando ya había cumplido los ochenta años, y conservaba signos evidentes de su belleza. La fuerza de su inteligencia y la alegría de su temperamento no parecían haber sufrido en absoluto por el paso del tiempo.

FIN DE LAS NOTAS

P.S. Poco después de que la anterior relación sobre el Sr. Smith fuera leída ante la Royal Society, sus albaceas y amigos, el Dr. Black y el Dr. Hutton, publicaron un volumen con sus ensayos póstumos. Este volumen contiene tres ensayos sobre los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas; ilustrados, primero, por la Historia de la astronomía, segundo, por la Historia antigua de la física, y tercero, por la Historia antigua de la lógica y la metafísica. A ellos se añaden otros tres ensayos: sobre las artes imitativas, sobre la afinidad entre ciertos versos ingleses e italianos, y sobre los sentidos externos. «La mayoría de los ensayos —se dice en una advertencia que suscriben los editores— formaba parte de un plan que él se planteó en su día sobre una historia relacionada de las ciencias liberales y las artes elegantes». Las mismas autoridades nos informan que: «Desde hace mucho tiempo comprobó que era menester abandonar este proyecto, dada su exagerada amplitud, y dichas partes quedaron a un lado, ignoradas hasta su muerte».

Como este volumen póstumo no apareció hasta después de la publicación de la memoria precedente, no correspondería al propósito de estas notas el plantear observaciones sobre los distintos ensayos que contiene. Sus méritos ciertamente no fueron sobrevalorados por los dos ilustres editores, cuando expresaron su confianza en que «el lector descubrirá en ellos esa feliz conexión, esa expresión plena y precisa, y esa ilustración clara que destacan en el resto de sus obras; y que aunque es difícil añadir mucho a la vasta fama que justamente adquirió merced a sus restantes escritos, estos ensayos serán leídos con satisfacción y placer». Los primeros ensayos, especialmente el fragmento sobre la Historia de la astronomía, aparecen marcados quizá tan intensamente

como cualquiera de sus composiciones más acabadas con las características peculiares de su mente rica, original y comprensiva.

* * *

Con objeto de obviar una cavilosidad que les pueda sobrevenir a algunos de los lectores que no conocieron personalmente al Sr. Smith, aprovecharé esta oportunidad para mencionar que al omitir en el curso de la narración anterior su título honorífico de LL. D. (que le concedió la Universidad de Glasgow poco tiempo antes de que renunciara a su cátedra) no sólo he respetado sus propias preferencias, sino la práctica uniforme del círculo en el que tuve la dicha de disfrutar de su compañía. El haberle dado, tan poco después de su fallecimiento, un título que jamás utilizó fuera de la portada de sus libros, y que nunca es mencionado en las cartas del Sr. Hume y sus otros amigos íntimos, me habría hecho justo merecedor de la acusación de afectación por parte de la audiencia ante la cual fue leído mi trabajo; pero la verdad es (mi oído estaba tan poco acostumbrado *entonces* al nombre de Doctor Smith) que fui por completo inconsciente de la omisión, hasta que me fue señalada varios años después, como una circunstancia que, por nimia que fuese, había sido magnificada por más de un crítico y convertida en asunto de grave animadversión.

ÍNDICE DE NOMBRES

Addison, Joseph, 199.
Alembert, Jean le Rond d', 215, 217, 252, 261, 298.
Alfonso X, 79, 84.
Al Mamún, Abul-Abbas-Abdallah, 78, 79.
Anacreonte, 62.
Anaxágoras, 63, 120.
Anaximandro, 63.
Anaxímenes, 63.
Antonino Pío, 74, 76.
Anville, Marie-Louise-Nicole, duquesa de, 261.
Apolonio de Pérgamo, 13, 69.
Apuleyo, 66.
Argenson, René Louis de Voyer, marqués d', 307 n.
Argyll, Archibald Campbell, tercer duque de, 255, 257.
Aristógenes, 58.
Aristóteles, 54, 58, 63, 65-66, 68-69, 76-78, 80, 83, 87, 89, 109, 120-121, 127, 128-129 n, 132-135, 140, 292-293, 295-296 n.
Arquelao de Mileto, 63.
Arquíloco, 62.
Arquímedes, 116.
Arquitas de Tarento, 63.
Asgill, John, 304 n.
Atico, Tito Pomponio, 75.
Averroes, 78.
Avicena, 78.
Avison, Charles, 203.

Bacon, Francis, 215, 217, 229, 270-271, 282.
Baird, George, 296.
Baring, Sir Francis, 311 n.
Barnard, Thomas, obispo, 282.
Beauclerk, Topham, 283.
Beccaria, Cesare, 269.
Bentham, Jeremy, 311, 311 n.
Berkeley, George, obispo, 14, 22, 31-33, 150, 153, 159, 310.
Black, Joseph, 26, 31, 43, 290, 313.
Blavet, Jean-Louis, abate, 261 n, 298.
Boisguillebert, Pierre Le Pesant, señor de, 307 n.
Boulliau, Ismael, 95.
Boyle, Robert, 215.
Bower, Archibald, 257.
Bradley, James, 216.
Brahe, Tycho, 84, 88-93, 95, 98, 104, 109.
Brown, Kevin L., 33.
Buccleuch, Henry Scott, tercer duque de, 257, 259-260, 265, 282.
Buffon, Georges Louis Leclerc, conde de, 219.
Burke, Edmund, 20, 255, 283, 307 n.
Butler, Joseph, 220, 298.

Calipo, 65, 68.
Campomanes, Pedro Rodríguez, conde de, 269.
Cary, John, 300.
Cassini, Giovanni Domenico, 97-98, 103-105.
Chamberlayne, Edward, 304 n.
Chaucer, Geoffrey, 185.
Cheselden, William, 156, 161-163.
Child, Sir Josiah, 300, 305, 309-310.
Cicerón, 58, 75, 121, 129 n, 276.
Clarke, Samuel, 220, 236, 298.
Cleanto, 72.
Coke, Sir Edward, 301, 312.
Colbert, Jean-Baptiste, 276-277, 307 n.
Condillac, Étienne Bonnot de, 309.
Condorcet, Marie-Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marqués de, 20.
Condorcet, Sophie de Grouchy, marquesa de, 20, 299.
Conway, Henry Seymour, general, 266.
Copérnico, Nicolás, 80-81, 84-92, 94-96, 98, 101, 104, 252.
Corelli, Arcangelo, 193, 201.
Cousin, Victor, 20.
Craigie, Thomas, 231, 281.
Cratilo, 63.
Cudworth, Ralph, 133, 236.
Culpepper, Thomas, 309.

Dalzel, Andrew, 12 n, 230 n.
Daubenton, Louis-Jean-Marie, 217, 219.
Demócrito, 63, 142.
Descartes, René, 54, 95, 99-100, 102-105, 109, 220, 286, 298.
Diderot, Denis, 215, 217.
Douglas, David, Lord Reston, 290.
Douglas, Jane, 283, 284.
Douglas, Margaret, 227.
Douglas, Robert, de Stathenry, 227.
Dryden, John, 44.
Drysdale, John, 228.
Dunlop, Alexander, 13.

Empédocles, 63, 114.
Epicteto, 12 n.
Epicuro, 63, 142.
Esopo, 176.
Espeusipo, 129 n.
Estesícoro, 62.
Estuardo, Carlos, 15.
Euclides, 13.
Eudoxio, 65, 67, 68, 80, 109.

Ferguson, Adam, 255.
Filangieri, Gaetano, 271 n.
Formey, Jean-Henri-Samuel, 217.
Fortescue, Sir John, 301.
Foulis, Andrew, 310.
Foulis, Robert, 310.
Fracastoro, Jerónimo, 69.
Franklin, Benjamín, 150.

Galeno, 77.
Galileo, 88, 91, 92, 94.
Garnier, Germain, 228 n, 309.
Gassendi, Pierre, 94, 95, 142.
Gee, Joshua, 310.
Gibbon, Edward, 14, 283.
Gillies, John, 292, 293, 295 n, 296 n.
Girard, Gabriel, abate, 297.
Gournay, Jean-Claude-Marie Vincent, 279, 305-308, 308 n, 309.
Gregory, David, 216.
Grocio, Hugo, 16, 19.

Haendel, Georg Friedrich, 193, 201.
Helvétius, Claude-Adrien, 261, 298.
Heráclito, 63, 127.
Herbert of Cherbury, Edward Herbert, primer barón de, 302.
Herder, Johann Gottfried von, 20.
Hesíodo, 120.
Hiparco, 69, 74-78, 80, 87, 94-95, 108-109.
Hipócrates, 77.
Hobbes, Thomas, 21, 220, 298.
Holbach, Paul-Henri Dietrich, barón d', 20.

Homero, 62.
Hope, Charles, Lord, 255.
Hortensio, Quinto, 291.
Hume, David, 14-15, 17, 19-22, 24, 26, 28-29, 231, 237, 247, 252, 254-258, 260-261, 265-266, 272, 277, 279, 284 n, 291, 296 n, 302, 309, 314.
Hutcheson, Francis, 10, 12-13, 16, 21-22, 220, 230-231, 236-237, 287, 291-292, 298.
Hutton, James, 26, 31, 43, 285-286 n, 290, 313.

Jenócrates, 129 n.
Jenófanes, 63, 66.
Jenyns, Soame, 255.
Johnson, Samuel, 234, 235.
Johnstone (después Pulteney), William, 231.
Jones, Sir William, 283.
Jouffroy, Théodore-Simon, 20.

Kames, Henry Home, Lord, 15, 231, 253, 255, 291.
Kant, Immanuel, 20.
Keill, John, 216.
Képler, Juan, 92-99, 101-102, 104-105.
Knox, John, 257.

La Bruyère, Jean de, 288.
La Fontaine, Jean de, 289.
Lansdowne, William Petty Fitzmaurice, segundo conde de Shelburne y primer marqués de, 309.
La Rochefoucauld, François, duque de, 23, 24, 26, 33.
La Rochefoucauld d'Anville, Louis Alexandre, duque de, 261, 261 n.
Lauderdale, James Maitland, octavo conde de, 300-301, 304.
Law, John, 310-312.
Leucipo, 63, 142.
Le Gendre, Adrien Marie, 307 n.
Licurgo, 271.
Linneo, Carlos de, 33, 164, 167, 169.
Locke, John, 14, 22, 31, 132, 152, 220, 298, 300, 304, 308, 308 n.
Loudoun, Hugh Campbell, tercer conde de, 227.
Loudon, John, 12.
Lucrecio, 140.
Luis XIV, 217.
Lyttelton, George, primer barón de, 255, 257.

Macdonald, Sir James, 259, 260.
Maclaine, Archibald, 229, 291.
Maclaurin, Colin, 98.
Machault d'Arnouville, Jean-Baptiste, 306.
Maestlin, Miguel, 92.
Malebranche, Nicolás, 31, 59, 130 n, 132-133, 220, 298.
Mandeville, Bernard, 22, 34, 220-221, 261, 262 n, 298.
Marmontel, Jean-François, 261.
Maurepas, Jean-Frédéric-Phélypaux, conde de, 218, 306.
McCulloch, John Ramsay, 14.
Meliso de Samos, 63.
Metastasio (Pietro Trapassi), 192, 199, 224.
Millar, Andrew, 255, 257.
Millar, John, 18-19, 26-27, 232 n, 253, 255, 257, 290.
Miller, David, 228.
Miller, Thomas, Lord Presidente, 291.
Milton, John, 44, 187, 193, 214.
Molyneux, William, 32.
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de, 233, 252-253.
Montucla, Jean-Étienne, 252.
Morellet, André, abate, 261, 297-298, 300.
More, Sir Thomas, 302.
Mosheim, Johann Lorenz von, 291.

Necker, Jacques, 261.
Newton, Sir Isaac, 98, 104-106, 108-112, 142, 150, 215.
Nichols, John, 296.

Ocelo Lucano, 63, 121.
Ochtertyre, John Ramsay, 18.
Orléans, duque de, 311.
Oswald, George, 297.
Oswald, James, de Dunnikier, 228, 257, 258, 291, 297.
Oswald, John, obispo de Raphoe, 228.

Parménides, 63.
Pergolesi, Giovanni Battista, 192.
Petty, Sir William, 310.
Peuerbach, Georg von, 78, 79, 89, 109.
Philips, Erasmus, 303.
Piles, Roger de, 203.
Pineau-Duclos, Charles, 211.
Pitágoras, 62-63.
Platón, 63, 67, 69, 80, 121, 123, 127-129, 130 n, 131-135, 190, 220, 229, 276.
Plinio el Viejo, 75.
Plutarco, 66, 75, 80, 129 n.
Polibio, 292-293.
Polignac, Melchor, cardenal de, 98.
Pope, Alexander, 198, 199.
Porfirio, 127.
Pouilly, Lévesque de, 220, 299.
Proclo, 76.
Protágoras, 63.
Ptolomeo, 69, 74, 76-83, 85, 89-90, 92, 95, 98, 109.
Pufendorf, Samuel, 16, 19.

Quesnay, François, 261, 263, 269, 304 n, 305, 308-309, 309 n, 310.
Quintiliano, Marco Fabio, 291.

Réaumur, René Antoine Ferchault de, 219.
Regiomontano (Johannes Müller), 79, 80.
Régis, Pierre-Sylvain, 220, 298.
Reid, Thomas, 20, 22, 229 n, 311 n.
Reinhold, Erasmo, 84.
Rembrandt, Reynolds, Sir Joshua, 176.
Riccoboni, Marie-Jeanne Laboras de Mézières, Madame, 261.
Riddell, 286.
Ritchie, James, 258.
Robertson, William, 257.
Rodríguez Braun, Carlos, 11 n, 36.
Ross, Ian Simpson, 14-16, 19, 34-36.
Ross, Patrick, de Innernethy, 283 n.
Ross, Srta., 283 n.
Rousseau, Jean-Jacques, 34, 196-197, 217, 220-221, 224-225, 298.
Rouet, William, 255.

Safo, 62.
Sauveur, Joseph, 211.
Say, Jean-Baptiste, 309.
Scarron, Paul, 176.
Schumpeter, Joseph A., 9-11, 27, 31.
Selkirk, Dunbar Douglas, cuarto conde de, 291.
Séneca, 75, 129 n.
Shaftesbury, Anthony Ashley Cooper, tercer conde de, 22, 220, 298.
Shakespeare, William, 214.
Simonde de Sismondi, Jean-Charles-Léonard, 309.
Simónides de Ceos, 62.
Simson, Robert, 12, 13, 229.
Smith, Adam (padre), 227.
Smith, Robert, 216.
Sócrates, 63, 131.
Solón, 276.
Spenser, Edmund, 214.
Stanhope, Philip, segundo conde, 261.
Steuart, Sir James, 311.
Stewart, Dugald, 9, 12 n, 13-14, 16, 18-20, 23, 25-28, 33-35, 227-228 n, 294 n, 296, 298.
Stewart, Matthew, 291.
Swift, Jonathan, 28.

Tales, 62, 63, 66.
Tassie, James, 290.
Teón de Alejandría, 76.
Ticiano, 203.
Timeo, 63, 121, 127, 132.
Townshend, Charles, 257, 259.
Trudaine, Jean-Claude, 309.
Turgot, Anne-Robert-Jacques, 261-262, 269, 279, 296 n, 298, 305, 308 n, 308-309, 311.

Vanderlint, Jacob, 302-304, 308, 308 n.
Vauban, Sébastien Le Prestre, mariscal de, 307 n.
Voltaire, 34, 98, 217, 224-225, 256, 263 n, 307 n.

Walpole, Horace, cuarto conde de Orford, 255.
Warburton, William, obispo, 255.
Ward, William, 296 n, 296-297.
Ward, Set, 95.
Wedderburn (después Lord Loughborough), Alexander, 213, 231, 255.
Witt, Johan de, 300, 305.
Wright, Patience, 178.

Zeno, Apostolo, 199.
Zenón de Elea, 63.

Ensayos filosóficos

Los *Ensayos filosóficos* de Adam Smith, nunca traducidos al castellano hasta esta edición, fueron publicados póstumamente, en 1795, junto con una interesante biografía del autor, a cargo de su amigo Dugald Stewart, catedrático de Filosofía Moral de la Universidad de Edimburgo. Los *ensayos* son un conjunto de breves estudios sobre filosofía de la ciencia, la teoría del conocimiento y la estética. Aunque parecen muy alejados de la disciplina que dio fama a Smith, la ciencia económica, el gran historiador del pensamiento J. A. Schumpeter dijo de ellos que «nadie puede hacerse una idea adecuada de la estatura intelectual de Smith sin conocer estos ensayos». Adam Smith, en efecto, proyectaba escribir una gran obra filosófica que abarcaría todas las ramas de la filosofía moral, la estética y las artes, pero nunca concluyó su propósito. La lectura de los *Ensayos filosóficos* —fragmentos de ese gran proyecto— ayuda a comprender, de forma entretenida, cómo y por qué Smith escribió sus dos obras fundamentales: *La riqueza de la naciones* y *La teoría de los sentimientos morales*.

Clásicos de la Economía

PIRÁMIDE

ISBN 84-368-1264-6

0224001 9 788436 812640